

BERNARD CORNWELL

VHTRED

EL PAGAPO

ΣΑΙΟΠΕΣ, ΒΙΚΙΠΓΟΣ Υ ΠΟΡΜΑΠΔΟΣ, VII



Lectulandia

A comienzos del siglo x, Inglaterra se convulsiona. Tras la muerte de Alfredo el Grande, es Edward, su hijo, quien reina ahora. Wessex sobrevive como puede, pero parece que la paz es insostenible: los daneses, por el norte, liderados por el vikingo Cnut Longsword, están preparados para invadir el condado, y no descansarán hasta conseguir la corona de esmeraldas.

Uhtred, el que fuera el mejor y más importante guerrero de Alfredo, no tiene ahora el favor del nuevo rey, y debe liderar un grupo de hombres fuera de la ley, entre los cuales se cuenta su hijo, ya adulto, para reconquistar su antigua casa familiar, la gran fortaleza de Northumbria, Bebbanburg. Pero el caudillo vikingo Cnut Longsword está reuniendo un ejército. Cuando sus señores de la guerra responden a la llamada, las lealtades se verán divididas y muchos hombres morirán en las más sangrientas batallas habidas hasta la fecha entre los pueblos sajones y los daneses. Será Uhtred, señor de los proscritos, quien tome en sus manos las riendas del destino de toda una nación...

Lectulandia

Bernard Cornwell

Uhtred, el pagano

Sajones, vikingos y normandos - 7

ePub r1.0

libra 04.12.15

Título original: *The Pagan Lord*
Bernard Cornwell, 2013
Traducción: Gregorio Cantera
Ilustraciones: John Gilkes

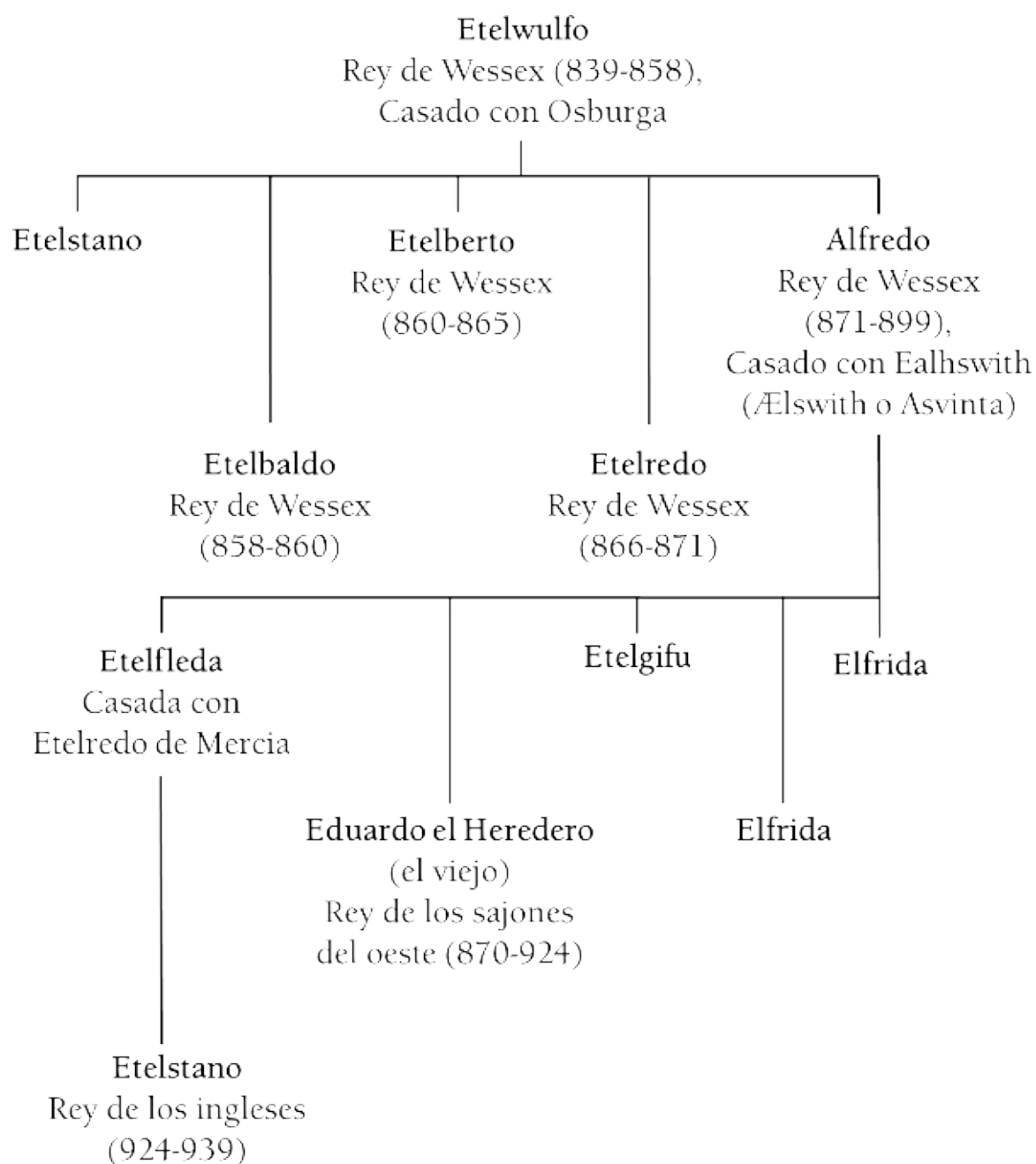
Editor digital: libra
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Tom y Dana
Go raibh mile maith agat
(Que la vida os colme de venturas)



Familia real de Wessex



Topónimos

La ortografía de los topónimos de la Inglaterra anglosajona era y es una asignatura pendiente, carente de coherencia, en la que no hay concordancia ni siquiera en cuanto a los nombres. Londres, por ejemplo, podía aparecer como Lundonia, Lundenberg, Lundenne, Lundene, Lundenwic, Lundenceaster y Lundres. Claro que habrá lectores que prefieran otras versiones de los topónimos enumerados en lo que sigue, pero, aun reconociendo que ni esa solución es incuestionable, he preferido recurrir, por lo general, a la ortografía utilizada en el *Oxford* o en el *Cambridge Dictionary of English Place-Names* (Diccionario Oxford, o Cambridge, de topónimos ingleses) para los años próximos al 900 de nuestra era. En 956, Hayling Island se escribía tanto Heilicingae como Hæglingaiggæ. Tampoco he sido coherente en este aspecto: he preferido escribir England antes que Englalund^[1] igual que me he decantado por el vocablo Northumbria en vez de Norðhymbraland para que nadie piense que los límites del antiguo reino coinciden con los del condado en la actualidad. Así que esta lista, como la ortografía de los nombres que aparecen en ella, es caprichosa.

- **Æsc's Hill:** Ashdown, Berkshire
- **Afen:** Río Avon, Wiltshire
- **Beamfleot:** Benfleet, Essex
- **Bearddan Igge:** Bardney, Lincolnshire
- **Bebbanburg:** Castillo de Bamburgh, Northumbria
- **Bedehal:** Beadnell, Northumbria
- **Beorgford:** Burford, Oxfordshire
- **Botulfstan:** Boston, Lincolnshire
- **Buchestanes:** Buxton, Derbyshire
- **Ceaster:** Chester, Cheshire
- **Ceodre:** Cheddar, Somerset
- **Cesterfelda:** Chesterfield, Derbyshire
- **Cirrenceastre:** Cirencester, Gloucestershire
- **Coddeswold Hills:** Montes Cotswold, Gloucestershire
- **Cornwalum:** Cornualles
- **Cumbraland:** Cumberland
- **Dunholm:** Durham, condado de Durham
- **Dyflin:** Dublín, Irlanda
- **Eoferwic:** York, Yorkshire
- **Ethandum:** Edington, Wiltshire

- **Exanceaster:** Exeter, Devon
- **Fagranforda:** Fairford, Gloucestershire
- **Farnea Islands:** Islas Farnea, Northumbria
- **Flaneburg:** Flamborough, Yorkshire
- **Foirthe:** Río Forth, Escocia
- **Gleawecestre:** Gloucester, Gloucestershire
- **Grimesbi:** Grimsby, Lincolnshire
- **Haithabu:** Hedeby, Dinamarca
- **Humbre:** Río Humber
- **Liccelfeld:** Lichfield, Staffordshire
- **Lindcolne:** Lincoln, Lincolnshire
- **Lindisfarne:** Lindisfarne (Holy Island), Northumbria
- **Lundene:** Londres
- **Mærse:** Río Mersey
- **Pencric:** Penkridge, Staffordshire
- **Sæfern:** Río Severn
- **Sceapig:** Isla de Sheppey, Kent
- **Snotengaham:** Nottingham, Nottinghamshire
- **Tameworþig:** Tamworth, Staffordshire
- **Temes:** Río Támesis
- **Teotanheale:** Tettenhall, Midlands Occidentales
- **The Gewæsc:** The Wash (El lavado), estuario
- **Tofecestre:** Towcester, Northamptonshire
- **Uisc:** Río Exe
- **Wiltunscir:** Wiltshire
- **Wintanceaster:** Winchester, Hampshire
- **Wodnesfeld:** Wednesbury, Midlands Occidentales

PRIMERA PARTE

El abad

Capítulo I

Un cielo mohíno.

El cielo es obra de los dioses; reflejaba su estado de ánimo, un tanto alicaído aquel día por lo visto. Estábamos en pleno verano, pero, procedente del este, una lluvia inmisericorde nos azotaba. Parecía invierno.

Iba a lomos de *Rayo*, el mejor de mis caballos. Un corcel negro como la noche, con un destello de pelaje gris en los cuartos traseros. Así lo llamaba, en recuerdo de aquel magnífico lebrél que, en cierta ocasión, había sacrificado a Thor. Renegué de tener que matar a aquel perro, pero los dioses son insaciables: nos reclaman sacrificios y, luego, nos dejan de lado. *Rayo* era un animal imponente, fuerte y arisco, todo un caballo de guerra a la altura de mi reputación como guerrero en aquel día plomizo. Iba enfundado en una cota de malla, revestido de acero y cuero. Al costado izquierdo, *Hálito de serpiente*, la mejor espada del mundo, aunque ni falta que me hacían espada, escudo o hacha para plantar cara al enemigo con el que había de vérmelas aquel día. Aun así, la llevaba conmigo, porque era mi fiel compañera. Aún la tengo. Cuando muera, cosa que no habrá de tardar en suceder, alguien me cerrará los dedos alrededor de las guardas de cuero de su pomo desgastado y ella me llevará al Valhalla, el salón de los muertos de los dioses, donde lo festejaremos.

Pero no aquel día.

Aquel oscuro día estival, encaramado en la silla de mi montura, me encontraba en mitad de una calle enfangada, desafiando al enemigo. Podía oírlo, pero no acertaba a verlo. De sobra sabían ellos que yo andaba allí.

La calle era lo bastante ancha como para que pasasen dos carretas. A ambos lados, casas de adobe con techumbres de cañizo, ennegrecidas por la lluvia y cubiertas por líquenes. Más que calle, entre las rodadas de carros y las inmundicias de perros y cerdos que vagaban a su antojo, era un lodazal donde dejarse las cernejas. Un viento racheado ondulaba los charcos que se habían formado en las roderas y dispersaba el humo que salía por el agujero de una de las techumbres, esparciendo un olor a madera quemada.

Dos personas más venían conmigo. Había salido de Lundene con veintidós hombres, pero el asunto que me había llevado a aquella hedionda aldea azotada por la lluvia era de carácter privado, de modo que había dejado al grueso de mis hombres a una milla del lugar. A lomos de un corcel gris, me seguía Osbert, mi hijo pequeño. A sus ya diecinueve años, llevaba cota de mallas y una espada al costado. Aunque a mí me seguía pareciendo un muchacho, era todo un hombre. Me tenía respeto, el mismo que sentía yo por mi padre. Hay madres que malcrían a sus hijos, pero Osbert se había quedado sin madre, así que lo había educado con severidad, porque todo hombre que se precie ha de estar preparado para lo que se le venga encima. El mundo

está lleno de enemigos. Los cristianos nos dicen que tenemos que amar a nuestros enemigos y poner la otra mejilla. Los cristianos están mal de la cabeza.

Junto a Osbert, Etelstano, el primogénito, y bastardo, del rey Eduardo de Wessex. Al igual que mi hijo, y aunque solo tenía ocho años, vestía también cota de malla. Etelstano no me tenía ningún respeto. Trataba de inculcármelo, pero, sin inmutarse, se me quedaba mirando con aquellos ojos azules y esbozaba una sonrisa burlona. Quería a aquel chico tanto como a Osbert.

Los dos eran cristianos. Una batalla perdida por mi parte. En un mundo de muerte, traición y miseria, los cristianos llevan todas las de ganar. Claro que todavía se rinde culto a los dioses antiguos, pero se los arrincona en valles remotos, en lugares perdidos, en los helados confines del norte del mundo, en tanto que los cristianos se extienden como una plaga. Su dios crucificado es poderoso. Lo admito. De siempre he sabido que su dios es casi irreductible, y no entiendo por qué mis dioses consienten que ese bastardo les coma el terreno, pero así son las cosas. Porque se la está jugando. No se me ocurre otra explicación. El dios crucificado los engaña, los engatusa, y ya se sabe que mentirosos y embaucadores siempre se salen con la suya.

Esperé, pues, en aquella calle enfangada, en tanto que *Rayo* escarbaba en un charco con una de sus vigorosas pezuñas. Por encima del cuero y de la cota de malla, llevaba una capa de lana de color azul oscuro, con ribetes de armiño. Al cuello, el martillo de Thor; en la cabeza, el yelmo con el lobo como cimera. Sueltas, las baberas. Unas gotas de lluvia me caían por el reborde del morrión. Botas largas de cuero, con unos trapos embutidos en la parte alta para evitar que el agua se colase dentro. Guanteletes y, en los brazos, brazaletes de oro y de plata; esos brazaletes que, por derecho, luce todo señor de la guerra tras haber acabado con sus enemigos. Me presentaba en todo mi esplendor, aunque el enemigo al que me disponía a enfrentarme no mereciese tanto respeto.

—Padre —empezó a decir Osbert—, ¿y si no...?

—¿Acaso te he dirigido la palabra?

—No.

—Pues calla la boca —bramé.

No era para ponerse así, lo sé, pero estaba furioso. Una rabia que no sabía cómo descargar, rabia contra todo bicho viviente, contra aquel mundo miserable y carente de sentido, una rabia cargada de impotencia. El enemigo se refugiaba tras unas puertas cerradas y cantaba. Podía oír sus cánticos, aunque no acertaba a entender lo que decían. Me habían visto, de eso estaba seguro, igual que habrían visto que la calle ya no estaba desierta. Los lugareños no querían entrometerse en nada de lo que fuera a pasar allí.

Y eso que, aun siendo el causante, ni yo mismo sabía que iba a pasar. ¿Y si las puertas permanecían cerradas y el enemigo se mantenía agazapado en el interior de aquella recia construcción de madera? Sin duda, esa era la pregunta que Osbert había

querido formular. ¿Y si el enemigo no daba la cara? Claro que él no los habría llamado así... Se habría limitado a preguntar qué pensábamos hacer si no «abandonaban» el encierro.

—Si no salen —dije—, echaré abajo esa maldita puerta, entraré y sacaré de ahí a ese bastardo. En ese caso, vosotros dos os quedaréis aquí, al cuidado de *Rayo*.

—Sí, padre.

—Iré con vos —dijo Etelstano.

—Haréis tal y como os acabo de decir, maldita sea.

—Como digáis, lord Uhtred —dijo, agachando la cabeza, aunque sabía que se estaba burlando de mí. No me hizo falta ni volverme para imaginarme su mueca insolente, aunque tampoco habría tenido ocasión de hacerlo porque, en aquel preciso instante, cesaron los cánticos. Aguardé en silencio. Al cabo de un momento, se abrieron las puertas.

Y salieron. Media docena de ancianos, en primer lugar; luego, los jóvenes que, claramente, no me quitaban el ojo de encima, pero ni aquella visión de Uhtred, señor de la guerra, revestido de toda su iracunda gloria, fue capaz de borrarles la alegría que se reflejaba en sus rostros. Parecían felices: sonreían, se daban palmadas en la espalda, se abrazaban y reían de buena gana.

No se mostraban tan risueños los seis ancianos. Con paso lento, se acercaron adonde yo estaba; no me moví.

—Tengo entendido que vos sois lord Uhtred —dijo uno de ellos. Llevaba una mugrienta túnica blanca ceñida con un cordel; pelo canoso, barba gris, rostro enjuto y atezado, surcado por profundas arrugas alrededor de la boca y los ojos. El pelo le caía por debajo de los hombros; la barba le llegaba hasta la cintura. Un viejo zorro, pensé, pero no carente de autoridad: tenía que ser un clérigo de cierto rango porque portaba un pesado bastón rematado con una cruz de plata labrada.

Ni siquiera le contesté. Observaba a los más jóvenes. Muchachos, en su mayoría, o jóvenes que acababan de hacerse hombres. Con el pelo rapado a la altura de la frente, sus cráneos pálidos relucían bajo la luz de aquel día gris. Detrás, salieron unas cuantas personas de más edad. Me imaginé que serían los padres de aquellos chicos.

—Lord Uhtred —insistió el hombre.

—Hablaré con vos cuando lo tenga a bien —rezongué.

—No es una respuesta digna de vos —replicó, señalándome con la cruz como si pretendiera intimidarme.

—Lavaos antes vuestra apestosa boca con orines de cabra —repuse. Acababa de ver al joven que había ido a buscar y espoleé a *Rayo* para que se pusiese en marcha. Dos de los ancianos trataron de detenerme, pero *Rayo* chascó sus descomunales dientes y ambos dieron un paso atrás y huyeron por piernas. El animal había sacado a relucir su vieja sangre danesa, y los seis ancianos se dispersaron como brozas.

Acerqué el corcel hasta el grupo de los más jóvenes, me encorvé sobre la silla y atrapé la sotana negra de uno de ellos, casi un hombre ya. Lo alcé en volandas, lo

tumbé boca abajo en el pomo de la silla y, con las rodillas, obligué a *Rayo* a dar media vuelta.

Entonces empezó la trifulca.

Dos o tres de los jóvenes intentaron detenerme. Uno de ellos sujetó a *Rayo* por la brida; fue un error, un grave error. El caballo chascó los dientes, y el muchacho, casi un hombre también, gritó, en tanto que el animal se encabritaba sobre las patas traseras y pateaba con las delanteras sin que yo moviera un dedo. Escuche el estrépito de uno de sus pesados cascos al chocar con hueso y, al instante, brotaba un rojo chorro de sangre. *Rayo*, entrenado para mantenerse en movimiento incluso cuando algún adversario le trababa una de las patas traseras, dio un salto adelante. Lo espoleé y, de soslayo, vi que un hombre yacía en el suelo con la cabeza ensangrentada. Tratando de derribarme de la silla, otro de aquellos insensatos se asió a mi bota derecha; le estampé un manotazo y noté cómo aflojaba la presión. Fue entonces cuando el hombre de largos cabellos blancos me plantó cara. Me había seguido hasta el centro del tumulto, sin dejar de exigirme a voces que soltara a mi prisionero; luego, como un necio, blandió la pesada cruz de plata que remataba el largo bastón que llevaba sobre la cabeza de *Rayo*. Pero el animal estaba adiestrado para la guerra; hizo un ágil quiebro, me incliné, me apoderé del bastón y se lo arrebaté de entre las manos. Aun así, no cejó en su empeño. No dejaba de maldecirme mientras sujetaba a *Rayo* por la brida, tratando de llevarlo de nuevo hasta el nutrido grupo de jóvenes, pensando que, solo con ver cuántos eran, me sentiría acobardado.

Alcé el bastón y lo lancé con fuerza. Apunté con el extremo inferior como si fuera una lanza, sin fijarme que estaba recubierto de un pincho de metal para asentar la cruz en el suelo. Solo pretendía aturdir a aquel necio que no dejaba de vociferar, pero el bastón le acertó de lleno en la cabeza. Le perforó el cráneo. La sangre puso una nota de color en aquel día lúgubre. Se oyeron unos gritos que retumbaron hasta en el cielo de los cristianos mientras yo observaba el bastón y cómo el hombre de la túnica blanca, para entonces salpicada de manchas de color rojo, daba traspiés y, con ojos vidriosos, abría y cerraba la boca, con una cruz cristiana que apuntaba al cielo clavada en mitad de la cabeza. Sus largos cabellos blancos se tiñeron de color carmesí y cayó al suelo. Se desplomó y se quedó tieso.

—¡El abad! —gritó alguien; espoleé a *Rayo* y di un salto hacia adelante, esquivando al último de aquellos muchachos, casi hombres, mientras sus madres no dejaban de gritar. El hombre al que llevaba tumbado en la silla se revolvió; le propiné un coscorrón en la nuca mientras dejábamos atrás aquel gentío y volvíamos a la calle.

El hombre que llevaba en la silla era mi hijo. Mi primogénito. No era otro que Uhtred, hijo de Uhtred; había cabalgado desde Lundene para impedir que se hiciera cura. Demasiado tarde. Un predicador ambulante, uno de esos curas de pelo largo, barbas enmarañadas y ojos de loco que engatusan a los necios y los convencen de que les den plata a cambio de una bendición, me había hablado de la decisión que había tomado mi hijo.

—Toda la cristiandad se regocija —me había dicho, mirándome de soslayo.

—¿Y a qué tanto regocijo? —le había preguntado.

—¡A que vuestro hijo va a ser cura! Dentro de dos días, según tengo entendido, en Tofeceaster.

Y eso era lo que los cristianos habían estado haciendo en su iglesia: consagrar a sus hechiceros, convertir a unos muchachos en curas de ropajes negros que seguirían propalando toda aquella basura, y mi hijo, mi primogénito, ya era un condenado cura cristiano. Lo aticé de nuevo.

—¡Bastardo! —rezongué—. ¡Bastardo, gallina! ¡Pequeño cretino traidor!

—Padre... —empezó a decir.

—No soy tu padre —bramé. Había dejado a Uhtred en el suelo al pie de la pared de una choza, junto a una bosta reciente que olía como mil demonios. Lo empujé hasta que la pisó—. No eres hijo mío —continué—, y no te llamas Uhtred.

—Padre...

—¿Quieres que te rebane el pescuezo con *Hálito de serpiente*? —grité—. Si quieres ser hijo mío, quítate esa odiosa vestimenta negra, ponte una cota de malla y haz lo que te diga.

—Sirvo a Dios.

—En ese caso, búscate otro maldito nombre. Ya no eres Uhtred Uhtredson —me revolví en la silla—: ¡Osbert!

Mi hijo pequeño espoleó su caballo y se acercó. Parecía nervioso.

—Aquí me tenéis, padre.

—Desde hoy, te llamarás Uhtred —se quedó mirando a su hermano; luego, me miró a mí y, si bien de mala gana, asintió—. ¿Cómo te llamas? —le pregunté.

No estaba muy seguro, pero, al verme tan furioso, asintió de nuevo.

—Mi nombre es Uhtred, padre.

—Tú eres Uhtred Uhtredson —remaché—, mi único hijo.

Lo mismo que en otra ocasión, aunque de esto hace ya mucho tiempo, me había pasado a mí. Mi padre, que se llamaba Uhtred, me había puesto el nombre de Osbert, pero cuando mi hermano mayor, que también se llamaba Uhtred, cayó a manos de los daneses, mi padre me había impuesto su nombre. En mi familia, siempre ha sido así: el hijo mayor es quien ostenta el nombre. Mi madrastra, mujer de pocas luces, me había bautizado por segunda vez porque, según ella, los ángeles que montan guardia a las puertas del paraíso no me conocerían por mi nuevo nombre y, por esa razón, me sumergieron en una tina llena de agua, aunque, gracias a Cristo, el cristianismo no hizo mella en mí, pues descubrí a los antiguos dioses, los mismos a los que he rendido culto desde entonces.

Los cinco curas de más edad se enzarzaron conmigo. Conocía a dos de ellos, los gemelos Ceolnoth y Ceolberth, quienes, treinta años antes, habían estado retenidos conmigo como rehenes en Mercia. Éramos unos niños cuando caímos en manos de los daneses, un destino que yo había celebrado y del que los gemelos no habían

dejado de renegar. Ya eran mayores por entonces: dos curas idénticos, fornidos ambos, barbas grisáceas, caras redondeadas y lívidas de ira.

—¡Habéis matado al abad Wihfred! —me espetó uno de los dos gemelos. Estaba furioso, sorprendido, tan encolerizado que, más que hablar, farfullaba. No tenía ni idea de cuál de los dos era, porque nunca había podido distinguirlos.

—¡Y el pobre padre Burgred, con el rostro estragado! —dijo el otro gemelo. Se echó a un lado como si fuera a hacerse con la brida de *Rayo*, pero obligue al caballo a volverse para que amenazase a los gemelos con aquellos enormes dientes amarillentos que ya habían mordido en la cara al cura recién ordenado. Los dos dieron un paso atrás.

—¡Al abad Wihfred! —repitió el nombre de marras el primero de los gemelos—. ¡Nunca hubo hombre más santo!

—Me atacó —repliqué. En realidad, no pretendía matar al pobre anciano, pero no tenía sentido que tratase de explicárselo a los gemelos.

—¡Pagaréis por esto! —gritó uno de los dos—. ¡Seréis maldito por siempre!

El otro tendió una mano al avergonzado muchacho que pisaba la bosta.

—¡Padre Uhtred! —dijo.

—¡¡No se llama Uhtred —vociferé—, y si se atreve a utilizar ese nombre —repliqué, mirándolo mientras así hablaba—, daré con él, lo abriré en canal y echaré sus tripas de cobarde a los cerdos!! No es hijo mío. No es digno de ser hijo mío.

El hombre que no merecía ser hijo mío saltó, embadurnado de la bosta, pringado de excrementos. Alzó los ojos hacia mí y preguntó:

—¿Cómo he de llamarme entonces?

—Judas —dije con sorna. Había sido educado como cristiano y había tenido que escuchar todas sus patrañas, y me acordé de que un hombre llamado Judas había traicionado al dios crucificado. Nunca lo entendí. Si quería ser nuestro salvador, ese dios tenía que acabar clavado en una cruz y, sin embargo, los cristianos maldecían al hombre que lo había hecho posible. Pensé que deberían rendirle culto como a un santo, pero, quia, lo denostaban por traidor—. Judas —repetí, satisfecho de haberme acordado del nombre.

El chico que había sido mi hijo dudó un instante y, por fin, asintió.

—De ahora en adelante —les dijo a los gemelos—, seré el padre Judas: ese será mi nombre.

—Pero no podéis utilizar ese... —balbució uno de los dos, Ceolnoth o Ceolberth.

—Soy el padre Judas —dijo con aspereza.

—¡Seréis el padre Uhtred! —gritó uno de los gemelos, antes de señalarme a mí con el dedo—. ¡No goza de autoridad alguna aquí! ¡Es un pagano, un proscrito, un ser execrable a los ojos de Dios! —temblando de ira, casi no podía hablar; aun así, respiró hondo, cerró los ojos y alzó las manos hacia el cielo plomizo—: ¡Oh, Dios —gritó—, caiga tu cólera sobre este pecador! ¡Caiga tu castigo sobre él! ¡Echa a perder sus cosechas y envíale una enfermedad! ¡Muéstrale tu poder, oh, Señor! —y, alzando

la voz hasta dar casi un alarido, exclamó—: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, maldigo a este hombre y a toda su descendencia.

Tomó aire, y yo apreté la rodilla contra la ijada de *Rayo*; el enorme corcel dio un paso hacia aquel insensato que vociferaba. Estaba tan furioso como los gemelos.

—¡Maldícelo, Señor —gritó—, y humíllalo con tu gran misericordia! ¡Maldícelos a él y a su descendencia, y prívalos de tu gracia por siempre! ¡Húndelo, Señor, en la inmundicia, en el dolor y en la miseria!

—¡Padre! —gritó el hombre que había sido mi hijo.

Etelstano reía entre dientes. Uhtred, mi único hijo, profirió un grito entrecortado.

Acababa de dar una patada a aquel necio que no dejaba de vociferar. Saqué el pie derecho del estribo, le estampé la pesada bota en la cara y, en lugar de palabras, de su boca solo salió sangre, que le corrió por los labios. Vacilante, dio un paso atrás, llevándose la mano derecha a la boca destrozada.

—Escupid los dientes —le ordené; al ver que no me hacía caso, medio desenvainé a *Hálito de serpiente*. Y escupió una mezcla de sangre, babas y dientes—. De los dos, ¿quién sois vos? —le pregunté al otro.

Se me quedó mirando embobado hasta que recuperó la normalidad.

—Ceolnoth —dijo.

—Al menos, podré distinguiros a partir de ahora —repuse.

Ni siquiera miré de nuevo al padre Judas. Sin bajarme del caballo, me alejé de allí.

Cabalgué de vuelta a casa.



No sé si la maldición de Ceolberth había surtido efecto, pero el caso es que, cuando llegué a mis tierras, solo encontré muerte, humo y desolación.

Cnut Ranulfson había arrasado el caserío. Le había prendido fuego. Había acabado con todo lo que había encontrado a su paso. Y se había llevado presa a Sigunn.

Nada tenía sentido; no en aquel momento, al menos. Mi hacienda estaba a un paso de Cirrenceastre, en el corazón de Mercia. Arriesgándose a tener que batallar y a la posibilidad de caer prisioneros, una partida de daneses a caballo se había aventurado lejos de sus dominios y atacado mis tierras. Hasta ahí, podía entenderlo. Una victoria sobre Uhtred bastaba para acrecentar la fama de cualquiera y animaría a los bardos a mofarse de mí en composiciones que celebrasen la victoria, aun cuando el ataque se hubiera producido en un momento en que no quedaba casi nadie. ¿Habrían enviado ojeadores por delante? Seguramente habrían sobornado a algunos

lugareños para que espíasen para ellos y, así, estar al tanto de cuándo andaba por allí y de cuándo tenía pensado ausentarme, y esos espías les habrían informado de que habían requerido mi presencia en Lundene para asesorar a los hombres del rey Eduardo acerca de las defensas de la ciudad. ¿Merecía la pena haber arriesgado tanto para atacar una hacienda casi desierta? No tenía sentido.

Y se habían llevado a Sigunn.

Era mi compañera. No mi esposa. Aunque por entonces no andaba falto de amantes, desde la muerte de Gisela no había vuelto a contraer matrimonio. Etelfleda era una de ellas, pero, como aparte de ser la hija del difunto rey Alfredo, estaba casada con otro, no podíamos vivir juntos como marido y mujer. Ese puesto lo ocupaba Sigunn, y Etelfleda lo sabía.

—Si no fuese Sigunn —me había dicho un día—, otra ocuparía su lugar.

—Quién sabe si una docena.

—Sí, quién sabe.

Habían capturado a Sigunn en Beamfleot. Era danesa, una preciosa danesa, esbelta y de piel muy blanca, que lloraba a su marido muerto cuando la sacamos de un brazo de mar bañada en sangre. Para entonces, al cabo de casi diez años juntos, cubierta de oro, se le dispensaba un trato respetuoso. Era la señora del caserío, y ahora había desaparecido. Se la había llevado Cnut Ranulfson, Cnut Longsword.

—Fue hace tres mañanas —me informó Osferth. Era el hijo bastardo del rey Alfredo, quien había intentado meterlo a cura, pero Osferth, a pesar de su físico y de su forma de pensar, más propios de un clérigo, optó por ser guerrero. Era meticuloso, certero, inteligente, leal y rara vez se acaloraba. Se parecía a su padre y, a medida que pasaban los años, cada vez más.

—O sea, el domingo por la mañana —dije, con la mirada perdida.

—Todos estaban en la iglesia, mi señor —me aclaró Osferth.

—Todos menos Sigunn.

—Que no es cristiana, mi señor —respondió, con un deje de desaprobación.

Finan, que no solo era mi compañero, sino el hombre que se quedaba al frente de la mesnada cuando yo me ausentaba, se había llevado a una veintena de hombres para escoltar a Etelfleda durante su periplo por Mercia. Había ido a inspeccionar las ciudadelas que defendían Mercia de los daneses y, sin duda, se habría detenido a orar en todas las iglesias que le hubieran salido al paso por el camino. Su marido, Etelredo, era reacio a abandonar su feudo de Gleawecestre, así que Etelfleda se había hecho cargo del asunto en su lugar. Disponía de su propia tropa para protegerla, pero, temiendo por su seguridad, no por parte de los habitantes de Mercia, que la adoraban, sino de los partidarios de su esposo, le había insistido para que Finan y veinte de los míos fuesen con ella. En ausencia del irlandés, Osferth había quedado al mando de los hombres que defendían Fagranforda. Había dejado a seis de los míos para que custodiasen el caserío, los graneros, los establos y el molino, más que suficientes en principio, porque mi hacienda quedaba lejos de los territorios que estaban en manos

de los daneses.

—Culpa mía, mi señor —dijo Osferth.

—Con seis bastaba —repuse. Y los seis estaban muertos, al igual que Herric, mi intendente tullido y otros tres criados. Se habían llevado cuarenta o cincuenta caballos y habían quemado el caserío. Como pardos troncos de árboles abrasados, algunas de las paredes aún se mantenían en pie, pero el centro del caserío no era sino un montón de cenizas humeantes. Los daneses se habían presentado cuando nadie se lo esperaba; echaron la puerta abajo, acabaron con Herric y todos los que intentaron plantarles cara, apresaron a Sigunn y se fueron.

—Sabían que estaríais todos en la iglesia —dije.

—Por eso aparecieron en domingo —concluyó la frase Sihtric, otro de mis hombres.

—Y estarían al tanto de que vos no andaríais por aquí —añadió Osferth.

—¿Cuántos eran? —le pregunté a Osferth.

—Cuarenta o cincuenta —me repitió, armándose de paciencia. Debía de haberle hecho la misma pregunta no menos de una docena de veces.

Los daneses no se embarcan en una incursión así para pasar el rato. Había un montón de granjas y haciendas sajonas a un paso de sus dominios, pero aquellos hombres se habían arriesgado a adentrarse hasta el mismo corazón de Mercia. ¿Por Sigunn? No tenía ningún valor para ellos.

—Vinieron dispuestos a acabar con vos, mi señor —apuntó Osferth.

Si los daneses hubieran tanteado el terreno, habrían hablado con gente que hubiera pasado por allí y estarían al tanto de que siempre llevaba no menos de veinte hombres conmigo. Había optado por que no entrasen conmigo en Tofeceaster para dar su merecido al hombre que había sido mi hijo, pues un guerrero no necesita a veinte hombres para plantar cara a un puñado de curas. Me había bastado con la compañía de mi hijo y de un chiquillo. Pero los daneses no podían haber sabido que yo estaba en Tofeceaster, ya que ni yo mismo sabía que iría allí hasta que me enteré de que mi condenado hijo iba a convertirse en un hechicero cristiano. Sin embargo, y aun a riesgo de tener un encontronazo con los míos, Cnut Ranulfson había puesto en peligro a sus hombres, enviándolos a una incursión tan larga como inútil. Me habrían superado en número, pero habría sufrido más bajas de las que podía permitirse, y Cnut Longsword era un hombre calculador, poco dado a correr más riesgos de los necesarios. Nada de aquello tenía sentido.

—¿Estáis seguro de que era Cnut Ranulfson? —le pregunté a Osferth.

—Llevaban su pendón, mi señor.

—¿El hacha y la cruz astillada?

—Así es, mi señor.

—¿Dónde anda el padre Cuthberto? —pregunté. Tengo curas a mi lado. No soy cristiano, pero tan largos son los tentáculos del dios crucificado que la mayoría de mis hombres lo son y, por entonces, Cuthberto era mi capellán. Me caía bien.

Larguirucho y desgarrado, era hijo de un cantero y estaba casado con una liberta que respondía al extraño nombre de Mehrasa. Una belleza de piel atezada, capturada en alguna tierra ignota y remota del sur y traída a Britania por un traficante de esclavos que había sucumbido bajo el filo de mi espada, y que, en aquel momento y a voz en grito, se lamentaba de que su marido había desaparecido.

—¿Por qué no estaba en la iglesia? —le pregunté a Osferth; el muchacho se encogió de hombros—. ¿No estaría holgando con Mehrasa? —insistí, irritado.

—¿Acaso hace otra cosa? —comentó Osferth, de nuevo con cara de pocos amigos.

—Entonces, ¿dónde está? —volví a la carga.

—A lo peor se lo han llevado —apuntó Sihtric.

—Antes matarían a un cura que llevárselo con ellos —comenté. Me acerqué a los restos del caserío. Unos cuantos hombres revolvían entre las cenizas, apartando tablones chamuscados que aún humeaban. Quizás apareciese allí hecho un gurrúño el cuerpo calcinado del padre Cuthberto—. Contadme lo que visteis —le pedí a Osferth una vez más.

Armándose de paciencia, me lo repitió de cabo a rabo. Se encontraba en la iglesia de Fagranforda cuando oyó unos gritos que venían de mi hacienda, no muy lejos del lugar. Salió de la iglesia y reparó en la primera columna de humo que se alzaba contra el cielo estival; para cuando, tras alertar a los hombres, montó a caballo, los asaltantes ya se habían ido. Los había seguido y había llegado a atisbarlos, y estaba seguro de que había visto a Sigunn entre aquellos hombres revestidos de oscuras cotas de malla.

—Llevaba el vestido blanco, mi señor, ese que os gusta tanto.

—Pero ¿no acertasteis a ver al padre Cuthberto?

—Iría vestido de negro, mi señor, como la mayoría de los jinetes, así que quizá no llegué a distinguirlo. Nunca conseguimos acercarnos lo suficiente. Cabalgaban veloces como el viento.

Entre las cenizas, aparecieron unos huesos. Entre dos jambas quemadas, pasé por el lugar donde se alzara la puerta de madera del caserío y un olor a carne quemada me dio en la nariz. Aparté una viga abrasada de un puntapié y vi un arpa entre las cenizas. ¿Por qué no se había quemado? Las cuerdas se habían encogido hasta convertirse en tocones ennegrecidos, pero el marco parecía intacto. Me incliné para recogerlo y la madera, aún caliente, se me deshizo en la mano.

—¿Qué ha sido de Oslic? —pregunté. Había sido nuestro arpista, un bardo que nos deleitaba con sus canciones guerreras en el caserío.

—Lo mataron, señor —dijo Osferth.

Sin apartar los ojos de los huesos que uno de los hombres había encontrado entre las cenizas, Mehrasa comenzó a lanzar lamentos aún más desgarradores.

—Decidle a esa que se calle —bramé.

—Son huesos de perro, mi señor —se inclinó ante mí el hombre del rastrillo.

Los perros que tanto le gustaban a Sigunn y que correteaban por casa. Unos

pequeños terrier, maestros en dar buena cuenta de las ratas. De entre las cenizas, el hombre sacó una bandeja de plata retorcida por el calor.

—No venían a por mí —dije, mientras contemplaba los pequeños esqueletos.

—¿Por quién, si no? —se interesó Sihtric que, en tiempos, había sido uno de mis criados y ahora era uno de los míos, y de los mejores.

—A por Sigunn —contesté, porque no se me ocurría otra explicación.

—Pero ¿por qué, mi señor? Ni siquiera es vuestra esposa.

—Sabe del cariño que le profeso —dije—, y eso significa que quiere algo.

—Cnut Longsword —dijo Sihtric, torciendo el gesto.

Y eso que Sihtric no era un cobarde. Hijo de Kjartan el Cruel, Sihtric había heredado la destreza de su padre con las armas. Había peleado a mi lado en un muro de escudos y tenía más que sobradas pruebas de su arrojo, pero, al oír el nombre de Cnut, se había puesto nervioso. Y con razón. Cnut Ranulfson era toda una leyenda en los territorios que estaban en manos de los daneses. Era un hombre menudo, de piel muy blanca y, aunque aún no era viejo, el pelo del color del marfil. Yo le echaba unos cuarenta años, que no eran pocos, y aparte de listo como el hambre y despiadado desde el día que nació, había venido al mundo con ese color de pelo. Su espada, *Carámbano de hielo*, era temida desde las islas del norte hasta las costas del sur de Wessex, y sus proezas habían servido como reclamo para que hombres del otro lado del mar le prestaran juramento de lealtad y estuvieran a su servicio. Tanto él como su amigo, Sigurd Thorrson, eran los más importantes señores daneses de Northumbria, y la ambición que los guiaba no era otra que la de serlo también de toda Britania. Pero hasta ahora se habían topado con un enemigo que siempre les había parado los pies.

Y resultaba que Cnut Ranulfson, Cnut Longsword, el hombre que con una espada en la mano era el más temido en toda Britania, tenía cautiva a la mujer de su enemigo.

—Quiere algo —repetí.

—¿A vos? —se interesó Osferth.

Descubrimos sus intenciones al final del día, cuando el padre Cuthberto volvió a casa. Nos lo devolvió un tratante en pieles que lo traía en su carreta. Fue Mehrasa quien, a grito pelado, nos dio el aviso.

Me encontraba en el enorme granero, que los daneses no habían tenido tiempo de quemar y que haría las veces de vivienda hasta que levantáramos otra, y observaba en silencio cómo, con unas piedras, los hombres preparaban un hogar; al oír los alaridos, salí corriendo y me encontré con una carreta que venía dando tumbos por el sendero. Sin dejar de dar gritos, Mehrasa se colgaba de los brazos largos y descarnados de su marido, un Cuthberto desfallecido.

—¡Silencio! —grité.

Mis hombres me seguían. Al verme llegar, el pellejero detuvo la carreta y se postró de rodillas. Me contó que había visto al padre Cuthberto al norte de donde estábamos.

—Estaba en Beogford, mi señor —me dijo—, a la orilla del río. Le estaban tirando piedras.

—¿Quién le tiraba piedras?

—Unos chiquillos, mi señor. Estaban jugando.

Así que Cnut había cabalgado hasta el vado, donde, por lo visto, había soltado al cura. Aparte de la sotana larga, manchada de barro y hecha trizas, Cuthberto tenía cuajarones de sangre en la cabeza.

—¿Qué les hicisteis a los chicos? —pregunté al tratante.

—Los eché con cajas destempladas, mi señor.

—¿Dónde estaba?

—Entre los juncales, mi señor, a la orilla del río. Gimoteaba.

—Padre Cuthberto —dije, al tiempo que me acercaba a la carreta.

—¡Mi señor, mi señor! —tendiéndome la mano.

—¿Cómo iba a estar llorando? —le dije al tratante—. ¡Osferth! Dadle algo de dinero a este hombre —señalando a quien nos había devuelto al cura—. Os daremos algo de comer —le dije al hombre— y os dejaremos una cuadra donde vos y vuestros caballos podréis pasar la noche.

—¡Mi señor! —gimió el padre Cuthberto.

Me aproximé a la carreta y lo ayude a incorporarse. Era alto, pero casi tan ligero como una pluma, cosa que no dejó de sorprenderme.

—¿Podéis manteneros en pie? —le pregunté.

—Sí, mi señor.

Lo puse en el suelo, lo ayudé a mantenerse en equilibrio y me eché a un lado mientras Mehrasa lo estrechaba entre sus brazos.

—Mi señor —me dijo por encima del hombro de ella—, tengo un mensaje.

Cualquiera diría que estaba llorando, y quizás así era, pero un hombre que no tiene ojos no puede llorar. Un hombre con dos cuencas ensangrentadas no puede llorar. Un ciego siente la necesidad de llorar, pero no puede hacerlo.

Cnut le había sacado los ojos.



Tameworþig. Allí era donde tenía que encontrarme con Cnut Ranulfson.

—Me dijo que vos entenderíais el porqué, mi señor —me dijo el padre Cuthberto.

—¿Y no os dijo nada más?

—Que vos entenderíais el porqué —repitió—, y que más os valía ir a verlo antes de que esta luna desaparezca, o mataría a vuestra mujer. Lentamente.

Me acerqué hasta la puerta del granero y alcé los ojos hacia el cielo nocturno; unas nubes ocultaban la luna. Poco más me hacía falta para ver lo pequeño que era ya cuarto menguante lo que resplandecía en lo alto. Disponía de una semana antes de

que desapareciera.

—¿Qué más dijo?

—Solo que teníais que presentaros en Tameworþig antes de que pasara esta luna, mi señor.

—¿Que más me valdría? —insistí; no salía de mi asombro.

—Dijo que vos lo entenderíais, mi señor.

—¡No tengo ni idea!

—Dijo también que... —añadió el padre Cuthberto, hablando con lentitud.

—¿Qué dijo?

—Dijo que me sacaba los ojos para que no pudiera verla.

—¿Verla? ¿A quién?

—Dijo que no era digno de mirarla, mi señor.

—¿Mirar a quién?

—¡Por eso me dejó ciego! —se lamentó, al tiempo que Mehrasa comenzaba a dar alaridos de nuevo. No pude sacar nada más de ninguno de los dos.

Aunque el destino no me había llevado nunca a ese lugar, algo había oído de Tameworþig, una localidad en los límites de las tierras de Cnut Ranulfson. Ciudad próspera en su día, capital del poderoso rey Offa, dueño y señor de Mercia, el mismo que había levantado una muralla contra los galeses y regido los destinos de Northumbria y Wessex. Offa había reclamado para sí el título de rey de todos los sajones, pero de eso hacía mucho tiempo, tanto como el que el rey llevaba muerto, y su respetado reino de Mercia no era sino un triste despojo que se repartían daneses y sajones. De Tameworþig, la ciudad que en su día albergara al más poderoso rey de toda Britania, la ciudad fortificada donde se concentraban sus tropas tan temidas, solo quedaban unas ruinas devastadas donde los sajones trabajaban como esclavos para *jarls* daneses. De todas las propiedades de Cnut, era también la que quedaba más al sur, una avanzadilla de la supremacía danesa en una frontera en guerra.

—Es una trampa —me advirtió Osferth.

Algo me decía que no era así. El instinto lo es todo. La acción que Cnut había emprendido era peligrosa, en verdad arriesgada. Había enviado hombres, si es que él no iba al frente, al corazón de Mercia, donde su reducida cuadrilla podría haberse visto rodeada y pasada a cuchillo. Alguna razón, pues, tenía que haberlo llevado a correr semejante riesgo. Algo quería, y pensaba que lo tenía yo, y por eso me había convocado no en una de sus espléndidas mansiones, sino en Tameworþig, a solo un paso del territorio sajón.

—Iremos a caballo —dije.

Reuní a todos los hombres en condiciones de montar. Expuestos a heladores vientos estivales y violentos chubascos inesperados, nos dirigimos hacia el norte un total de sesenta y ocho guerreros, pertrechados todos con sus cotas de malla y sus yelmos, con escudos, hachas, espadas, lanzas y mazas de guerra.

—Mal se presenta la cosecha de este año —le dije a Osferth mientras

cabalgábamos.

—Igual que el año pasado, mi señor.

—Convendría estar al tanto de quién estaría dispuesto a vendernos grano.

—El precio estará por las nubes.

—Lo que sea antes que niños muertos —repuse.

—Vos sois el *hlaford* —dijo.

Me volví en la silla.

—¡Etelstano!

—¿Lord Uhtred? —contestó el chaval a la par que espoleaba su montura.

—¿Por qué me llaman *hlaford*?

—Porque sois quien vela por el pan, mi señor —respondió—, y el deber de un *hlaford* es dar de comer a los suyos.

Emití un gruñido de satisfacción al oír su respuesta. Un *hlaford* es un señor, el hombre que vela por que no falte el *hlaf*, el pan. Mi obligación es que, por crudo que sea el invierno, los míos sigan con vida y, si para eso hacía falta oro, oro habría que pagar. Lo tenía, aunque nunca lo suficiente. Soñaba con Bebbanburg, la fortaleza en las tierras del norte que me había arrebatado mi tío Ælfric. Un fortín inexpugnable, el último refugio a lo largo de la costa de Northumbria, tan imponente y formidable que nunca había caído en manos de los daneses. Desde los ricos pastos de Mercia hasta la inhóspita frontera escocesa, se habían apoderado del norte de Britania, pero Bebbanburg nunca había caído en su poder y, si quería recuperarla, necesitaba más oro, todo el que fuera necesario para contar con más hombres, más lanzas, más hachas y más espadas, y así poder derrotar a aquellos parientes que me habían despojado de una fortaleza que era mía. Para eso, tendríamos que guerrear en territorios que estaban en manos de los daneses. Había empezado a barruntar que moriría antes de recuperar Bebbanburg.

Tras dos jornadas de viaje, llegamos a Tameworþig. En algún punto tuvimos que cruzar la marca que delimitaba los territorios sajones y daneses, una frontera mal definida, una ancha franja de terreno donde solo se veían caseríos quemados y huertos arrasados y donde, aparte de fieras salvajes, pocos eran los animales que pacían. Sin embargo, me fijé en algunas viejas granjas reconstruidas; un granero nuevo de tablonces relucientes y ganado en algunos prados. La paz había llevado a algunas gentes a instalarse en aquellas tierras limítrofes. Una paz que, con sus más y sus menos, se había mantenido desde la batalla de Anglia Oriental, librada al poco de morir Alfredo. Se habían producido escaramuzas para robar ganado y conseguir esclavos, encontronazos en las tierras fronterizas, pero no se habían reunido ejércitos. Los daneses mantenían su empeño de conquistar el sur, mientras que los sajones no cejaban en su idea de recuperar el norte, pero el caso es que, durante diez años, habíamos vivido una calma tensa. Una paz que no me habría importado poner en jaque al frente de un ejército que me llevase al norte, a Bebbanburg, pero ni Mercia ni Wessex parecían dispuestos a prestarme los hombres que necesitaba, y no me había

quedado otro remedio que respetar la tregua.

Y ahora era Cnut quien la había quebrantado.

Sabía que llegábamos. Habría dispuesto ojeadores que escudriñasen todos los caminos que hubiera desde el sur, así que no tomamos precauciones. Cuando merodeábamos por aquella frontera incierta, solíamos mandar por delante a nuestros propios ojeadores; pero, en aquella ocasión, Cnut nos esperaba, y no nos preocupamos de nada. Seguimos una calzada romana. Y allí estaba.

Tameworþig se alzaba al norte de río Tame. Cnut nos aguardaba en la orilla sur del río y estaba claro que pretendía impresionarnos, porque disponía de más de doscientos hombres que formaban un muro de escudos a lo ancho de la calzada. Su pendón, un hacha de guerra que astillaba una cruz cristiana, ondeaba en el centro de la formación, y el propio Cnut, con su resplandeciente cota de malla, envuelto en una capa de color marrón oscuro con pieles a la altura de los hombros y los brazos cuajados de brazaletes de oro, esperaba a lomos de su montura unos pasos por delante de sus hombres.

Ordené a los míos que se detuviesen, y avancé yo solo.

Cnut vino hacia donde yo estaba.

A una distancia equivalente al largo de una lanza, refrenamos nuestros caballos. Nos quedamos mirándonos.

El yelmo realizaba su cara alargada. Su pálida tez carecía de lustre; su boca, siempre propensa a esbozar una sonrisa, no era sino un destello de amargura. Parecía más avejentado de cómo lo recordaba y, en ese instante, al fijarme en sus ojos grises, no sin sorpresa, caí en la cuenta de que, si Cnut Ranulfson quería alcanzar lo que se había propuesto en la vida, debía darse prisa.

Nos observábamos, pues, bajo la lluvia. Un cuervo emprendió el vuelo por encima de unos fresnos y me pregunté el significado de semejante augurio.

—¡*Jarl* Cnut! —dije para romper el silencio.

—¡*Lord* Uhtred! —contestó. Su caballo, un corcel gris, hizo un quiebro; con la mano enguantada, el danés le dio unas palmaditas en el pescuezo para tranquilizarlo—. Os he pedido que vinierais —continuó—, y acudís a toda prisa, como un niño asustado.

—¿Acaso estamos aquí para intercambiar insultos, precisamente con vos, nacido de una mujer que, al menor chasquido de dedos, se acostaba con cualquiera?

Guardó silencio durante un momento. Bajo aquella imperturbable lluvia estival, medio ocultas entre la arboleda, atisbé las aguas frías de un río. Batiendo pesadamente las alas en el aire frío, dos cisnes remontaron el vuelo. ¿Un cuervo y dos cisnes? Me llevé la mano al martillo que llevaba al cuello con la esperanza de que fueran buenos presagios.

—¿Dónde está ella? —se decidió Cnut por fin.

—Si supiera dónde está —repuse—, podría daros una respuesta.

Eché un vistazo por encima de mí hacia el lugar donde, a caballo, esperaban mis

hombres.

—No la habéis traído con vos —se limitó a decir.

—¿Vamos a dedicarnos a jugar a las adivinanzas? —le pregunté—. En ese caso, a ver si os sabéis esta: ¿qué tiene cuatro asideros, cuatro palitroques, dos luciérnagas y un cascabel?

—Andaos con ojo.

—Pues una cabra —añadí—: cuatro ubres, cuatro patas, dos cuernecillos y un rabo. Ya lo veis: una adivinanza fácil. La vuestra no lo es tanto.

Se me quedó mirando.

—Hace dos semanas —dijo, al tiempo que señalaba mi enseña—, ese estandarte ondeaba en mis tierras.

—Ni lo envié, ni lo traje aquí —repliqué.

—Setenta hombres, según tengo entendido —sin prestar atención a mi respuesta—, que huyeron por el lado de Buchestanes.

—Hace unos cuantos años que no piso esos parajes.

—Se llevaron a mi esposa; a mi hijo y a mi hija también.

Lo observé con atención. Lo había dejado caer como si tal cosa; no parecía decir lo mismo la expresión de su rostro, glacial y desafiante.

—Me habían contado que teníais un hijo —dije.

—Se llama Cnut Cnutson y, junto con su madre y su hermana, están en vuestras manos.

—No fui yo —respondí con aplomo. La mujer de Cnut había muerto de parto unos años antes, y estaba al tanto de que se había casado de nuevo. Un enlace que había llamado la atención. Todo el mundo daba por sentado que Cnut buscaría un matrimonio de conveniencia con tal de acrecentar sus propiedades, disponer de una buena dote o establecer nuevas alianzas, pero todo apuntaba a que su nueva esposa era una campesina, con fama de ser una mujer de extraordinaria belleza, que le había dado dos hijos, un chico y una chica. Tenía más hijos, claro está, todos bastardos, pero su nueva esposa le había dado lo que más ansiaba en el mundo: un heredero—. ¿Qué edad tiene vuestro hijo? —le pregunté.

—Seis años y siete meses.

—¿Y cómo es que andaba por Buchestanes? —insistí—. ¿Interesándose por su futuro?

—Mi esposa lo llevó a ver a la hechicera —fue la respuesta de Cnut.

—¿Todavía vive? —le pregunté, sorprendido. La hechicera en cuestión era una anciana cuando yo fui a verla, de ahí que me imaginase que habría muerto hacía tiempo.

—Rezad por que mi mujer y mis hijos sigan con vida —replicó Cnut, con aspereza—, y no hayan sufrido daño alguno.

—No sé nada de vuestra esposa ni de vuestros hijos —contesté.

—¡Vuestros hombres se los llevaron! —bramó—. ¡Era vuestra enseña! —dejando

caer una mano enguantada en el pomo de *Carámbano de hielo*, su tan temida espada —. Traédmelos de vuelta —continuó—, o entregaré a vuestra mujer a mis hombres y, cuando hayan acabado con ella, la desollaré viva y os haré llegar su piel como sudadero.

Me volví en la silla.

—¡Uhtred! ¡Ven un momento! —mi hijo espoleó su montura, se detuvo a mi lado, miró a Cnut y luego volvió la vista hacia mí—. Desmonta —le ordené— y llégate al pie del estribo del *jarl* Cnut. —El joven dudó un instante antes de bajarse de la silla. Me incliné para hacerme con la brida de su caballo. Cnut frunció el ceño: no entendía qué estaba pasando; luego, dirigió una mirada a Uhtred que, obediente, permanecía de pie, al lado de su imponente corcel gris—. Mi único hijo —dije.

—Pensaba que... —empezó a decir Cnut.

—Mi único hijo —repetí, con rabia—. Si lo que voy a deciros es mentira, podéis quedaros con él y hacer con él lo que os plazca. Por la vida de mi único hijo, juro que jamás me llevé a vuestra esposa ni a vuestros hijos, que no envié hombres a vuestros dominios, que no sé nada de incursión alguna por el lado de Buchestanes.

—Enarbolaban vuestra enseña.

—No es difícil hacerse con una igual —dije.

Traída y llevada por rachas de viento que estremecían los charcos que se habían formado en los surcos de los campos cercanos, arreció la lluvia. Cnut miró a Uhtred.

—Se parece a vos —dijo—. Tan feo como un sapo.

—No anduve por Buchestanes —le dije con aspereza—, y no envié hombres a vuestros dominios.

—A caballo —le dijo Cnut a mi hijo, antes de volver la vista a mí—. Os tengo por enemigo, lord Uhtred.

—Y hacéis bien.

—Pero me imagino que estaréis sediento.

—Eso también —asentí.

—En ese caso, decid a los vuestros que mantengan las espadas en sus vainas, que las tierras que pisan son mías y que será un placer acabar con cualquiera que se atreva a importunarme. Luego, llevadlos al caserío. Hay cerveza. No es muy buena, pero seguro que sí lo bastante para unos puercos sajones.

Se dio media vuelta y espoleó su caballo. Fuimos tras él.



Rodeado de una muralla antigua de adobe que imaginé que se habría construido por orden del rey Offa, el caserío se asentaba en lo alto de un promontorio. Una empalizada se alzaba por encima del muro; tras aquella defensa de madera, se alzaba un caserío de alto hastial y maderos ennegrecidos por el paso del tiempo. Entre los

líquenes aún se podían ver restos de las intrincadas filigranas que habían realzado aquellos maderos labrados. Cornamentas y cráneos de lobo coronaban la puerta principal, en tanto que el interior del antiguo edificio y la alta techumbre a dos aguas se sustentaban sobre unas macizas vigas de roble de las que colgaban más cráneos. Las crepitantes llamas de una magnífica hoguera que ardía en el hogar situado en el centro iluminaban la estancia principal. Si la oferta de hospitalidad por parte de Cnut me había sorprendido, cuál no sería mi sorpresa cuando, al adentrarme en aquel alto recinto, vi a Haesten subido al estrado y sonriendo de forma artera, como una comadreja enloquecida.

Haesten. El mismo a quien, años atrás, había librado de una muerte segura, y de quien solo traiciones había recibido tras devolverle la libertad y la vida. En tiempos, Haesten había llegado a ser un hombre poderoso, cuyos ejércitos habían supuesto una amenaza para Wessex, pero el destino se había encargado de bajarle los humos. Imposible llevar la cuenta de las veces que me había, enfrentado con él y lo había derrotado, pero, rastrero como una serpiente que se zafa del rastrillo de un campesino, siempre salía adelante. Rodeado de un puñado de leales, llevaba años atrincherado en la antigua fortaleza romana de Ceaster. Aquel era el último sitio donde lo había dejado, y resulta que me lo encontraba allí, en Tameworþig.

—Me ha prestado juramento de lealtad —me aclaró Cnut, al fijarse en mi cara de sorpresa.

—A mí también —dije.

—Mi lord Uhtred —se apresuró a darme la bienvenida, con los brazos abiertos y esbozando una sonrisa tan ancha como el río Temes. Me pareció que los años se le habían venido encima, que estaba mayor; todos lo estábamos. Sus rubios cabellos se habían vuelto plateados y tenía la cara llena de arrugas, pero su mirada, entre inquieta y vivaracha, seguía siendo igual de maliciosa. Llevaba brazaletes de oro y, al cuello, una cadena, también de oro, de la que colgaba un martillo del mismo metal, al igual que el martillo que lucía en el lóbulo de su oreja izquierda—. Siempre es un placer veros —dijo.

—Para vos, querréis decir —repuse.

—Tenemos que ser amigos —añadió—. Se acabaron las guerras.

—¿Ah, sí?

—Los sajones se quedan con el sur; nosotros, los daneses, con el norte. Mejor eso que matarnos entre todos, ¿no os parece?

—Si vos sois el encargado de anunciarme que las guerras han acabado, estoy seguro de que no habrá de pasar mucho tiempo antes de que veamos nuevos muros de escudos —respondí. Y así sería, si estaba en mis manos. Diez años llevaba empeñado en sacar a patadas a Haesten de su madriguera de Ceaster, pero mi primo Etelredo, señor de Mercia, siempre se había negado a facilitarme las tropas necesarias. Lo mismo le había suplicado a Eduardo de Wessex, quien también se había negado, alegando que Ceaster estaba en territorio de Mercia, no de Wessex, y que, en

consecuencia, se trataba de un asunto que tenía que resolver Etelredo; pero mi primo no podía ni verme, hasta el punto de que prefería que los daneses siguiesen en Ceaster antes que contribuir a acrecentar mi renombre. Por si fuera poco, Haesten disfrutaba en aquel momento de la protección de Cnut, lo que hacía aún más difícil si cabe, por no decir que era inalcanzable, mi empeño en reconquistar Ceaster.

—Lord Uhtred no se fía de mi palabra —le dijo Haesten a Cnut—, pero soy un hombre nuevo, ¿no es así, mi señor?

—Así es —repuso Cnut—, porque si me traicionáis os sacaré los huesos y se los daré de comer a mis perros.

—En ese caso, me temo que vuestros pobres perros van a pasar mucha hambre, mi señor —dijo Haesten.

Cnut lo apartó a un lado y me condujo hasta la mesa principal, en lo alto del estrado.

—Me resulta útil —me confió para explicar la presencia de Haesten.

—¿Os fiais de él? —le pregunté.

—No me fío de nadie, pero le doy miedo, así que sí, confío en que me será leal.

—En ese caso, ¿por qué no os hacéis con Ceaster?

—¿Cuántos hombres tiene a su lado? ¿Ciento cincuenta? Pues que sea el propio Haesten quien les dé de comer, sin mengua para mis riquezas. Ahora es como un perro. Le rasco la panza y hace todo lo que le digo.

De todos modos y aunque lejos de nosotros dos, le hizo un hueco en la mesa principal. La estancia era lo bastante amplia como para acoger a los guerreros de Cnut y a mis hombres; al fondo, lejos del fuego y a un paso de la puerta, habían instalado otras dos mesas para los tullidos y mendigos.

—Aprovecharán nuestras sobras —me explicó.

Tullidos y mendigos se dieron un hartazgo porque, aquella noche, Cnut nos ofreció un festín: piernas de caballo asadas, bandejas de judías y cebollas, enormes truchas y percas, pan recién horneado, generosas raciones de esas morcillas de sangre que tanto me gustan, y todo regado con una cerveza excepcionalmente buena. Él mismo se encargó de servirme el primer cuerno, antes de volver la vista con cara de pocos amigos al lugar donde mis hombres y los suyos comían juntos.

—No suelo utilizar mucho esta casa para mi gusto, está demasiado cerca de los apestosos sajones como vos.

—¿Me estáis proponiendo que la quemé? —apunté.

—¿Porque os quemé la vuestra? —semejante idea pareció levantarle el ánimo—. Eso fue en venganza por lo del *Matarife marino* —dijo con una sonrisa maliciosa. *Matarife marino* había sido su barco máspreciado y, en su día, yo lo había reducido a un montón de maderos chamuscados—. Pero ¿qué ha sido de vos, bastardo? —preguntó al tiempo que entrechocaba su cuerno de cerveza con el mío—. ¿Qué ha sido de vuestro otro hijo? ¿Murió?

—Se hizo cura cristiano; así que, en cuanto a mí, sí, está muerto.

Se echó a reír al oír lo que le decía, y señaló a Uhtred.

—¿Y ese otro?

—Es un hombre de armas.

—Se parece a vos. Esperemos que no pelee igual que vos. Y el otro chaval, ¿quién es?

—Etelstano —contesté—, hijo del rey Eduardo.

Cnut frunció el ceño.

—¿Y lo habéis traído aquí? ¿Qué me impide quedarme con ese pequeño bastardo como rehén?

—Pues eso, que es bastardo.

—Ya —dijo, cayendo en la cuenta—. De modo que no será rey de Wessex.

—Eduardo tiene más hijos.

—Confío en que mi hijo sepa conservar mis tierras —continuó Cnut—, y quizá lo consiga. Es un buen chico. Pero solo los más fuertes tienen derecho a mandar, lord Uhtred, no cualquiera a quien se le haya escurrido a una reina de entre las piernas.

—Quizás esa reina no piense como vos.

—¿A quién le importa lo que pueda pensar una esposa? —Hablaba como si aquello no fuera con él, pero me dio la impresión de que mentía. Quería que su hijo heredase sus tierras y sus riquezas; lo mismo que queremos todos. Un escalofrío de rabia me recorrió el cuerpo al acordarme del padre Judas. Al menos tenía otro hijo, un buen hijo, en tanto que Cnut solo tenía uno, y había desaparecido. Cnut cortó una tajada de carne de caballo y me acercó una porción generosa—. ¿Por qué los vuestros no comen caballo? —se interesó, al darse cuenta de que la mayoría de mis hombres no habían probado la carne.

—Su dios no se lo permite —respondí.

Se me quedó mirando pensativo, intentando adivinar si le estaba tomando el pelo.

—¿De verdad?

—Como os lo digo. Cuentan con un gran hechicero en Roma —le expliqué—, un hombre al que llaman Papa, que ha decretado que los cristianos no pueden comer carne de caballo.

—¿Por qué no?

—Porque nosotros sacrificamos caballos a Odín y a Thor, y nos comemos su carne. Por eso, ellos lo tienen prohibido.

—A más tocamos nosotros —comentó Cnut—. Es una pena que su dios no les enseñe de paso a dejar solas a sus mujeres —soltó una risotada; siempre había sido aficionado a los chistes y me sorprendió que tuviese ganas de contarme uno—: ¿Sabéis por qué huelen los pedos?

—Pues no, no caigo.

—Para que los sordos puedan disfrutarlos también —rio de nuevo, y me pregunté cómo era posible que un hombre tan lleno de rencor por la desaparición de su esposa y de sus hijos pudiera estar tan alegre. Quizá me leyó el pensamiento, porque, de

repente, se puso serio—. ¿Quién se habrá llevado a mi esposa y a mis hijos?

—No lo sé.

Dio unos golpecitos en la mesa con la punta de los dedos, y al instante añadió:

—Todos los sajones son enemigos míos, al igual que los hombres del norte asentados en Irlanda, y los escoceses. Entre ellos anda el juego.

—¿Por qué no otro danés?

—No se atreverían —me confió—. Tengo razones para creer que eran sajones.

—¿Por qué?

—Alguien los oyó hablar. Y esa persona me dijo que hablaban vuestra asquerosa lengua.

—Hay sajones al servicio de hombres del norte —apunté.

—No tantos. Así que, ¿quién se los habrá llevado?

—Alguien que piensa servirse de ellos como rehenes —afirmé.

—¿Quién?

—A mí no me miréis, desde luego.

—No sé por qué, pero os creo —comentó—. A lo peor me estoy haciendo viejo a la par que sentimental, pero siento haber quemado vuestro caserío y haberle sacado los ojos a vuestro cura.

—¿Cnut Longsword pidiendo disculpas? —pregunté con socarronería.

—Ya os digo que creo que me estoy haciendo viejo —dijo.

—También me robasteis los caballos.

—Esos me los quedaré —clavó un cuchillo en un pedazo de queso, cortó una rebanada y paseó la mirada por la estancia, alumbrada gracias al inmenso hogar redondo que se veía en el centro, donde dormitaban no menos de doce perros—. ¿Por qué no habéis tomado Bebbanburg? —me preguntó.

—¿Por qué no lo habéis hecho vos?

Un brusco asentimiento por su parte me indicó que había dado en el clavo. Como todos los daneses del norte, soñaba con apoderarse de Bebbanburg, y estaba al tanto de la de vueltas que había dado a la forma de conseguirlo. Se encogió de hombros.

—Necesitaría cuatrocientos hombres —dijo.

—Vos los tenéis. Yo no.

—Aun así, ninguno saldría con vida de esa lengua de tierra.

—Y si yo quisiera recuperarlo —repliqué—, tendría que llevar cuatrocientos hombres, cruzar vuestras tierras, las de Sigurd Thorrson y, después, hacer frente a los hombres de mi tío en ese mismo terreno.

—Vuestro tío es viejo. Tengo entendido que está enfermo.

—Bien.

—Su hijo heredará la fortaleza. Más vale que sea él, que no vos.

—¿Estáis seguro?

—No es un guerrero de vuestra talla —dijo Cnut, farfullando el cumplido, sin mirarme mientras hablaba—: Si os hago un favor —continuó, sin apartar la vista del

espléndido fuego del hogar—, ¿estaríais dispuesto a hacerme otro a cambio?

—Quién sabe —respondí con cautela.

Dio un manotazo en la mesa, sobresaltando a cuatro lebreles que dormitaban bajo el tablero; luego, hizo una seña a uno de los suyos. El hombre se puso en pie. Cnut le señaló la puerta de la mansión y, sin rechistar, el hombre en cuestión se adentró en la noche.

—Encontrad al que se llevó a mi esposa y a mis hijos —dijo Cnut.

—Si es sajón —le dije—, es probable que pueda hacerlo.

—Hacedlo —replicó con aspereza—, ayudadme a recuperarlos —se detuvo un instante, mientras paseaba sus ojos claros por la estancia—. Me han dicho que tenéis una hija preciosa.

—Así es.

—Casadla entonces con mi hijo.

—Stiorra debe de tener unos diez años más que Cnut Cnutson.

—¿Y? No va a desposarse con ella por amor, pedazo de animal, sino para establecer una alianza. Lord Uhtred, vos y yo podríamos hacernos con esta isla.

—¿Y qué iba a hacer yo con toda esta isla?

Esbozó una especie de sonrisa.

—Deduzco que la puta sigue llevando las riendas, ¿no es así?

—¿Qué puta?

—Eteflada —dijo en un suspiro.

—¿Y quién lleva las riendas de Cnut Longsword? —pregunté.

Se echó a reír, pero no me contestó. En vez de eso, volvió la cabeza hacia la puerta de la estancia.

—Ahí tenéis a vuestra otra puta. Nadie le ha tocado un pelo.

El hombre enviado por Cnut estaba de vuelta con Sigunn, quien, nada más entrar por la puerta, se detuvo y miró a su alrededor con precaución hasta que me vio en el estrado junto al danés. Entonces echó a correr atravesando la estancia, rodeó la mesa por uno de los extremos y me estrechó entre sus brazos. Ante tales muestras de cariño, Cnut se echó a reír.

—Podéis quedaros aquí, mujer —le dijo—, entre los vuestros —abrazada a mí, Sigunn no dijo nada. Cnut me dirigió una sonrisa maliciosa por encima de su hombro—. Sois libre de iros, sajón —añadió—, pero encontrad a quien tan mal me quiere. Encontrad al que se ha llevado a mi mujer y a mis hijos.

—Si está en mi mano —repose, aunque tendría que haberlo pensado mejor.

¿Quién habría podido tener el valor de raptar a la familia de Cnut Longsword? ¿Quién se habría atrevido a tanto? Pero no pensaba con claridad. Creía que solo buscaban la forma de hacerle daño, y estaba equivocado. Y Haesten andaba por allí y había prestado juramento de lealtad al danés; pero Haesten era como Loki, el dios renegado, y eso debería haberme llevado a reflexionar. En vez de eso, bebí y hablé y escuché los chistes de Cnut, mientras el arpista entonaba gestas victoriosas contra los

sajones.

A la mañana siguiente, junto con Sigunn, regresamos al sur.

Capítulo II

Uhtred, mi hijo. Al principio, se me hizo raro llamarlo así. Durante casi veinte años lo había llamado Osbert, y tenía que hacer un esfuerzo cada vez que me dirigía a él con su nuevo nombre. Lo mismo quizá le pasara a mi padre conmigo cuando me impuso el nombre que hoy llevo. A la vuelta de Tameworþig, reclamé la presencia de Uhtred a mi lado.

—Todavía no habéis peleado en un muro de escudos —le dije.

—Aún no, padre.

—No seréis un hombre mientras no paséis por eso —continué.

—Lo estoy deseando.

—Tanto como yo deseo protegeros —contesté—. Ya he perdido un hijo; no me gustaría perder otro.

Cabalgábamos en silencio por parajes húmedos y grises. Hacía un poco de viento y, con las hojas cargadas de agua, los árboles se mecían mohínos. Malas cosechas por doquier. Anochecía y, por el oeste, los campos anegados reflejaban una luz grisácea. Lentamente, dos cuervos alzaron el vuelo hacia las nubes que ocultaban el sol que se ponía.

—Pero no podré protegeros siempre —continué—. Tarde o temprano, tendréis que pelear en un muro de escudos. Tendréis que demostrar vuestro valor.

—Lo sé, padre.

Mi hijo no tenía la culpa de no haber tenido ocasión de hacerlo. Una de las secuelas de aquella paz precaria que, como una niebla húmeda, se había extendido por toda Britania, era que los hombres de armas se habían quedado en casa. Se habían producido escaramuzas, pero ninguna batalla digna de tal nombre desde que, en Anglia oriental, les habíamos parado los pies a aquellos daneses de la vieja estirpe. Nada hacía más felices a los curas cristianos que propalar que su dios era el garante de aquella paz, pues tales eran sus designios, pero no habría estado de más saber si era también la causa de tanta dejadez. El rey Eduardo de Wessex se contentaba con defender lo que había heredado de su padre y no daba muestras de albergar mayores ambiciones por ampliar sus dominios; amurriado, Etelredo de Mercia se consumía en Gleawecestre. ¿Y Cnut? Era un excelente guerrero, pero también cauto, y quién sabe si, pasando por alto el mal trago de la privación de su esposa y los gemelos, no tendría bastante con gozar de su nueva y preciosa mujer.

—Cnut me cae bien —dije.

—No escatimó en nada, desde luego —comentó mi hijo.

Pasé por alto aquella respuesta. Cnut había sido un magnífico anfitrión, qué duda cabe, pero no hacía sino cumplir con la obligación de todo señor, aunque, en lo tocante a ese punto, también debería haberlo pensado mejor. Espléndido había sido el

festín de Tameworþig, y preparado de antemano, lo que significaba que Cnut sabía que, en lugar de acabar conmigo, tenía que procurar distraerme durante un rato.

—Llegará el día en que tengamos que acabar con él —dije—, y con su hijo, si es que lo encuentra. Se interponen en nuestro camino. Por ahora, nos ceñiremos a lo que nos pidió. Daremos con quienquiera que se llevase a su mujer y a sus hijos.

—¿Por qué? —me preguntó.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué tenemos que ayudarlo? Es un danés. Enemigo nuestro, por tanto.

—No he dicho que vayamos a ayudarlo —rezongué—. Pero el que se llevó a su mujer está tramando algo. Y quiero saber de qué se trata.

—¿Cómo se llama la mujer de Cnut? —se interesó.

—No se lo pregunté —repuse—, pero tengo entendido que es preciosa. No como esa humilde costurera entrada en carnes y con cara de culito de lechón que os tiráis todas las noches.

—No es su cara lo que miro —contestó, frunciendo el ceño—. Cnut dijo que le habían arrebatado a su mujer en Buchestanes, ¿verdad? —preguntó.

—Eso dijo, sí.

—¿No queda eso demasiado lejos, en dirección norte?

—Bastante, sí.

—¿De modo que una cuadrilla de sajones se adentra en las tierras de Cnut sin que nadie se percate ni les plante cara?

—Yo lo hice una vez.

—Pero vos sois lord Uhtred, el hombre que sale airoso de cualquier trance —dijo con una sonrisa maliciosa.

—Fui a ver a la hechicera —contesté, y me acordé de aquella extraña noche y de la hermosa criatura que, en mi visión, había yacido conmigo. Erce, la llamaban, pero, por la mañana, solo vi a Ælfadell, la vieja bruja—. Ve el futuro —añadí, pero Ælfadell nada me había dicho acerca de Bebbanburg, que era lo que había ido a preguntar. Me habría gustado que me dijera que recuperaría la fortaleza, que llegaría a ser su dueño y señor de pleno derecho, y eso me llevó a pensar en mi tío, viejo y enfermo, y me irrité. No quería que muriese sin haberle devuelto el daño que me había infligido. Bebbanburg. Esa era mi obsesión. Había pasado los últimos años tratando de reunir el oro necesario para ir al norte y asediar sus imponentes murallas, pero las malas cosechas habían hecho mella en mi fortuna—. Me estoy haciendo viejo —dije.

—Pero ¿qué decís, padre? —me preguntó Uhtred, sobresaltado.

—Si no recupero Bebbanburg —respondí—, tendréis que hacerlo vos. Llevad mis restos allí, enterradme allí. Que *Hálito de serpiente* repose junto a mí en la tumba.

—Vos lo haréis —dijo.

—Me estoy haciendo viejo —repetí, y era cierto. Había vivido más de cincuenta años, cuando la mayoría de los hombres se daban con un canto en los dientes con tal

de llegar a los cuarenta. Los años de más solo nos dejan ilusiones marchitas. Había vivido una época en que solo aspirábamos a levantar un país, sin rastro de daneses, un país de raíces inglesas, pero los daneses aún dominaban el norte del territorio, en tanto que en el sur, sajón, abundaban esos curas que no dejaban de predicar que pusiéramos la otra mejilla. Me preguntaba qué pasaría cuando yo hubiera muerto: si, entre caseríos en llamas e iglesias destruidas, sería el hijo de Cnut quien se pusiese al frente de la gran invasión definitiva; y si la tierra de los anglos, Inglaterra, como le gustaba decir a Alfredo, no llegaría a ser conocida como Dinaterra, país de los daneses.

Osferth, el hijo bastardo de Alfredo, espoleó el caballo y se puso a nuestra altura.

—Qué cosa más rara —dijo.

—¿Qué veis de raro? —pregunté. Había estado ensimismado, sin darme cuenta de lo que pasaba en derredor, pero, al mirar al frente, reparé en que, por el sur, el cielo parecía teñido de rojo, de un rojo vivo, el color del fuego.

—Deben de ser los rescoldos del caserío —dijo Osferth. Estaba anocheciendo y, salvo a lo lejos, por el oeste y por el sur, encima del fuego, el cielo permanecía oscuro. Las llamas se reflejaban en las nubes y el viento del este traía olor a quemado. Estábamos cerca de casa, así que aquel humo tenía que venir de Fagranforda—. Pero el fuego no puede haberse extendido tanto —añadió Osferth, sin acabar de entenderlo—. Cuando nos fuimos, ya estaba apagado.

—Y no ha dejado de llover desde entonces —apuntó mi hijo.

Por un momento, pensé que estarían quemando rastros, pero al instante caí en la cuenta de que era un disparate. Aún faltaba mucho para la cosecha, así que apreté los talones para que *Rayo* cabalgase más deprisa. Sus grandes cascos chapotearon en los surcos anegados; lo espoleé de nuevo para ponerlo al galope. A lomos de su caballo, más pequeño y ligero, Etelstano me dejó atrás a toda velocidad. A voces, le dije que volviese a nuestro lado, pero él siguió adelante, como si no me hubiera oído.

—Es un cabezota —dijo Osferth, con un gesto de desaprobación.

—No le queda otra —respondí. Un hijo bastardo tiene que luchar para abrirse paso en la vida. Bien lo sabía Osferth, Etelstano, como Osferth, bien podía ser hijo de rey, pero no era hijo de la esposa de Eduardo, y eso le hacía peligroso a ojos de su regia familia política. Por fuerza, debía ser testarudo.

Habíamos llegado a mis tierras y cruzamos unos pastos anegados hasta llegar al arroyo que regaba mis campos.

—¡No! —exclamé sin acabar de creermelo lo que veía: el molino estaba en llamas. Era un molino de agua que yo mismo había construido. Ardía por los cuatro costados; a un paso, bailando como demonios, reparé en unos hombres con vestiduras negras. Muy por delante de nosotros, Etelstano había detenido su caballo y contemplaba cómo, más allá del molino, el resto de los edificios también estaba en llamas. Todo lo que los hombres de Cnut Ranulfson no habían quemado ardía ahora: el granero, los establos, las vaquerías, todo; y, en medio de aquel barullo, algunos hombres

ejecutaban negras cabriolas a la luz de las llamas.

Hombres, pero también algunas mujeres. A montones. Y niños, que corrían como locos alrededor de las crepitantes llamas. Cuando el caballete del granero se vino abajo lanzando chispas a lo alto, hacia el cielo oscuro, prorrumpieron todos en un grito de júbilo y, entre las llamaradas que surgieron, observé los llamativos estandartes que portaban unos hombres vestidos de negro.

—Curas —dijo mi hijo.

Al oír cómo cantaban, espoleé a *Rayo*, al tiempo que hacía una seña a mis hombres. Galopamos por el campo anegado hasta el lugar donde antes se alzaba mi propiedad. A medida que nos acercábamos, observé que aquellas siniestras vestiduras se arremolinaban. No se me pasó por alto el resplandor de las armas. Cientos de personas se concentraban, mofándose a voz en cuello, mientras, por encima de sus cabezas, asomaban picas y azadas, hachas y guadañas. No vi escudos. Era el *fyrð*, hombres del vulgo dispuestos a defender su comarca, los mismos que formaban la guarnición de los *burhs* caso de que aparecieran los daneses; solo que habían invadido mi propiedad y, en cuanto me vieron, comenzaron a insultarme a grito pelado.

Un hombre con capa blanca y a lomos de un caballo blanco se abrió paso a través de la chusma. Alzó una mano reclamando silencio; al ver que no lo conseguía, obligó a su caballo a dar media vuelta y, a gritos, se enfrentó con la multitud enfurecida. Oía las voces que profería, pero no qué les decía. Una vez que se hubieron callado, se los quedó mirando un momento; luego, obligó al caballo a dar media vuelta y lo espoleó para acercarse a donde yo estaba. Yo me había detenido. En línea recta, mis hombres formaban a ambos lados. Me entretuve en observar al gentío en busca de caras conocidas; no vi ninguna. Al parecer, mis vecinos no habían tenido agallas para tomar parte en aquella locura incendiaria.

El jinete se detuvo a unos pasos de mí. Era un cura. Bajo la capa blanca, llevaba una sotana negra y un crucifijo de plata que resplandecía sobre la tela negra. Era un hombre de cara alargada, surcada de oscuras arrugas, boca ancha, nariz ganchuda y ojos oscuros y hundidos bajo unas cejas espesas y negras.

—Soy el obispo Wulfheard —se presentó. Me miró a los ojos y, a pesar de su aspecto desafiante, reparé en lo nervioso que estaba—. Wulfheard de Hereford —añadió, como si el nombre de la sede que ocupaba le otorgase una mayor dignidad.

—Sé hacia dónde cae Hereford —le dije. Era una ciudad en la marca fronteriza entre Mercia y Wessex, mucho más pequeña que Gleawecestre que, a diferencia de la más importante y por algún motivo que solo los cristianos podrían explicar, contaba con un obispo. Algo me habían contado también acerca de Wulfheard. Uno de esos curas ambiciosos, siempre con cuchicheos a oídos del rey. Sería el obispo de Hereford, pero se pasaba la vida en Gleawecestre, donde se le tenía por el perrito faldero de Etelredo.

Aparté los ojos de él, y me fijé en la línea de hombres que me impedían el paso.

¿Trescientos, quizá? Reparé en que algunos empuñaban espadas, pero casi todas las armas que blandían eran las normales en cualquier hacienda. Con todo, trescientos hombres armados con hachas de cortar madera, azadas u hoces podían infligir un daño considerable a mi tropa de sesenta y ocho hombres.

—¡Tened la bondad de mirarme! —exigió Wulfheard.

Sin apartar los ojos de la multitud, me llevé la mano derecha al pomo de *Hálito de serpiente*.

—No sois quién para darme órdenes, Wulfheard —le dije, sin mirarlo siquiera.

—Soy el encargado de transmitirlos —aseguró con grandilocuencia—, de parte de Dios Todopoderoso y de lord Etelredo.

—No he prestado juramento de lealtad a ninguno de los dos —repuse—, así que vuestras órdenes nada tienen que ver conmigo.

—¡Os burláis de Dios! —profirió a voces el obispo, lo bastante alto como para que el populacho lo oyera.

Un murmullo se alzó entre la muchedumbre; hubo incluso quienes se atrevieron a dar un paso adelante, como dispuestos a ir a por los míos.

Lo mismo que el obispo Wulfheard. Haciendo como si no estuviera allí, se dirigió a mis hombres.

—¡Lord Uhtred —gritó— ha quedado apartado de la iglesia de Dios! ¡Ha matado a un santo abad y herido a otros siervos de Dios! ¡Ha sido declarado proscrito en esta tierra, y todo aquel que lo siga, cualquiera que le preste juramento de lealtad, será también proscrito a ojos de Dios y de los hombres!

Permanecí impassible en la silla. Con el casco, *Rayo* pateó con fuerza el blando verdín del suelo y, asustadizo, el caballo del obispo se echó a un lado. Mis hombres guardaban silencio. Las mujeres y los hijos de algunos de ellos nos habían visto y corrían a lo largo del arroyo en busca de la protección que pudieran proporcionarles nuestras armas. Habían quemado sus casas. Podía ver el humo que ascendía de la calle que discurría hasta la pequeña colina que se erguía al oeste.

—¡Si aspiráis a ir al cielo —les decía el obispo a mis hombres—, si queréis que vuestras esposas y vuestros hijos gocen de la gracia salvadora de nuestro señor Jesús, debéis apartaros de este hombre del maligno! —señalándome a mí—. ¡Ha sido maldito por Dios y arrojado a las tinieblas exteriores! ¡Ha sido encontrado culpable! ¡Ha sido reprobado! ¡Está condenado! ¡Es una abominación a los ojos del Señor! ¡Una abominación! —Estaba claro que le había gustado la palabreja, porque repitió—: ¡Una abominación! Y si seguís a su lado, si estáis de su parte a la hora de pelear, ¡también vosotros seréis condenados, vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos! ¡Vosotros y ellos os veréis condenados a los eternos tormentos del infierno! ¡Quedáis, por tanto, liberados del juramento de lealtad que le prestasteis! ¡Y habéis de saber que acabar con su vida no es pecado! ¡Acabar con esta abominación os hace merecedores de la gracia de Dios!

Estaba incitándolos a acabar conmigo, pero, a pesar de que el gentío,

soliviantado, más que enardecido, se puso en marcha, ninguno de los míos movió un dedo para atacarme. Inquietos, empezaron a dar vueltas en derredor. En cuanto vilo que hacían, reparé en que no estaban dispuestos a enfrentarse con aquella turba de cristianos furibundos, porque sus esposas no habían venido en busca de protección, como había pensado, sino que trataban de apartarlos de mí, y me acordé de lo que, en cierta ocasión, me había dicho el padre Pyrlig: que las mujeres eran las más fanáticas; y caí en la cuenta de que aquellas mujeres, todas cristianas, estaban socavando la lealtad de mis hombres.

¿Qué es un juramento? Una promesa de lealtad a un señor, pero a los cristianos siempre les queda una instancia superior. Mis dioses no exigen juramentos, pero su dios crucificado es más celoso que un amante. Les dice a los suyos que no pueden tener otros dioses que él. ¡Menuda ridiculez! Aun así, los cristianos se arrastran ante él y apostatan de sus viejos dioses. Mis hombres no sabían qué hacer. Me miraron, y algunos acabaron por espolear sus monturas y alejarse de mí, no para unirse a aquella multitud desafiante, sino para, apartándose de ellos y de mí, dirigirse hacia el oeste.

—Solo vos tenéis la culpa —dijo el obispo Wulfheard, tras poner su caballo de nuevo frente a mí—. Acabasteis con la vida del abad Wihfred, un santo, y el pueblo de Dios está harto de vos.

No todos mis hombres dudaron. Algunos, daneses en su mayoría, al igual que Osferth, espolearon sus caballos y se colocaron a mi lado.

—Sois cristiano —le dije—. ¿Por qué no os vais con los demás?

—Olvidáis —contestó— que yo ya he sido repudiado por Dios. Soy un bastardo, maldito, por tanto.

Mi hijo y Etelstano también se quedaron; me preocupaba la suerte del más joven. La mayoría de mis hombres eran cristianos y me habían dejado solo, en tanto que ya se contaban por centenares los integrantes de aquella multitud que curas y monjes no dejaban de enardecer.

—¡Acabemos con los paganos! —Oí cómo gritaba un cura de barba negra—. ¡Con él y con su mujer! ¡Profanan nuestras tierras! ¡Malditos seremos mientras sigan con vida!

—¿Vuestros curas amenazan a una mujer? —le pregunté a Wulfheard. A lomos de una pequeña yegua gris, Sigunn se mantenía a mi lado. Espoleé a *Rayo* y me acerqué al obispo, que apartó su caballo—. Pondré una espada en sus manos —le dije—, y me quedaré a ver cómo os saca vuestras sucias tripas, cagueta de mierda.

Osferth se llegó a mi lado y tomó a *Rayo* por las bridas.

—Más valdría una retirada a tiempo, mi señor —dijo.

Saqué a *Hálito de serpiente* de la vaina. La noche se nos había echado encima; por el lado de occidente, el cielo se encendía en tonos púrpura que viraban hacia el gris antes de dar paso a una vasta oscuridad en la que, a través de diminutos resquicios, se atisbaba el titilar de las estrellas entre las nubes. La luz de las llamas se reflejaba en la ancha hoja de mi espada.

—Quizás antes tenga que acabar con un obispo —bramé, obligando a *Rayo* a volverse hacia donde estaba Wulfheard, quien apretó los talones con tanta fuerza, que su caballo dio un brinco y casi desarzona al jinete.

—¡Señor! —gritó Osferth reconviniéndome, al tiempo que espoleaba su caballo para cruzarse en mi camino. La multitud pensó que los dos íbamos tras el obispo y, entre gritos y chillidos, blandiendo sus rudimentarias armas, cegados por el fervor de que no hacían sino lo que su Dios les había ordenado, se abalanzaron sobre nosotros. Me di cuenta de que no teníamos nada que hacer, pero estaba tan enfurecido que pensé que, antes que salir corriendo, me abriría paso a través de aquella chusma.

De modo que, ignorando al obispo, que huía por piernas, obligué a mi caballo a dar media vuelta, dispuesto a enfrentarme con la multitud. Y entonces fue cuando se oyó el bramido de una trompa.

Un estruendoso clamor, a la vez que a mi derecha, por el oeste, donde el sol aún resplandecía bajo el horizonte, al galope irrumpía una hilera de jinetes que se interpuso entre la multitud y yo. Con las caras cubiertas por las baberas de los yelmos, vestían cota de malla y portaban espadas o lanzas. El resplandor de las llamas en sus cascos los asemejaba a lanceros sanguinarios; al dar media vuelta y plantar cara a la multitud, sus corceles levantaron tapines de tierra húmeda.

Uno de ellos se detuvo frente a mí. Bajó la espada y, al trote, se llegó hasta *Rayo*, momento en el que la alzó de nuevo a modo de saludo. Reparé en que esbozaba una sonrisa de complicidad.

—¿Qué habéis hecho esta vez, mi señor?

—Por lo visto, maté a un abad.

—Así que habéis creado un mártir y un santo —dijo sin alzar la voz, antes de darse media vuelta en la silla y observar a la multitud que se agolpaba al otro lado de sus jinetes, que, contenida tras su aparición, todavía resultaba amenazadora—. Seguro que pensasteis que os estarían agradecidos por darles otro santo que venerar, ¿me equivoco? —dijo—. Como veréis, no dan esa impresión.

—Fue sin querer —dije.

—Con vos, siempre pasan estas cosas, mi señor —dijo, sin que aquella sonrisa se le hubiera borrado de la cara. Era Finan, mi amigo, el irlandés que se quedaba al frente de los míos cuando yo me ausentaba, el hombre que se había hecho cargo de proteger a *Etelfleda*.

Y allí estaba *Etelfleda* en persona; y el griterío enfurecido se extinguió a medida que, lentamente, a lomos de su caballo, se plantó ante ellos. Con una capa blanca y una cinta de plata que recogía sus claros cabellos, montaba una yegua blanca. Hija de rey y muy querida en Mercia, parecía una reina. Al darse cuenta de quién era, el obispo Wulfheard se apresuró a llegarse a su lado, hablándole en voz baja y con apremio; ella no le hizo caso. De cara a la multitud y erguida en su silla, me ignoró a mí también. Permaneció en silencio durante un momento. Las llamas de los edificios ardiendo se reflejaban en la plata con que se recogía el pelo, al igual que en su cuello

y en sus delicadas muñecas. No llegué a verle la cara, pero la conocía tan bien que no me cabía duda del gesto glacial y severo que lucía.

—Ahora, os iréis de aquí —profirió. Se oyó un gruñido de protesta y repitió la orden en voz alta—: ¡Os iréis de aquí! —Aguardó hasta que se impuso el silencio—. Los curas y monjes que andan cerca os acompañarán. Aquellos de vosotros que hayáis venido desde lejos encontraréis techo y comida en Cirrenceastre. ¡Idos, pues! —dio media vuelta a su caballo y el obispo Wulfheard hizo lo mismo. Oí cómo le insistía, hasta que ella alzó la mano y, con voz desafiante, dijo—: ¿Quién manda aquí, obispo, vos o yo?

Eteflada no estaba al frente de los destinos de Mercia. Su marido era el señor de Mercia y, si hubiera tenido lo que hay que tener, podría haberse proclamado rey de aquel territorio, en lugar de convertirse en vasallo de Wessex. Su permanencia en el poder dependía tan solo de la ayuda que le prestaban los guerreros sajones del oeste, y estos solo se la prestaban porque había tomado a Eteflada por esposa, ella, hija de Alfredo, el más grande de los reyes de los sajones del oeste, y hermana de Eduardo, rey de Wessex a la sazón. Etefredo no podía ni ver a su esposa, pero la necesitaba, igual que no podía verme a mí porque sabía que era su amante, algo de lo que también estaba al tanto el obispo Wulfheard. Al oír aquellas palabras, se puso muy tenso; luego, me miró, y me di cuenta de que estaba a un paso de plantarle cara y hacer valer de nuevo su autoridad sobre la multitud sedienta de venganza, pero Eteflada los había apaciguado. Ella era quien mandaba. Y bien podía hacerlo, porque era querida en Mercia, y el populacho que había quemado mi hacienda no quería desairarla. El obispo no tuvo en cuenta ese detalle.

—Lord Uhtred... —comenzó a decir, antes de ser interrumpido de forma perentoria.

—Lord Uhtred —dijo Eteflada en voz alta, de forma que la mayor parte del gentío la oyera— es un necio. Ha ofendido a Dios y a los hombres. ¡Ha sido declarado proscrito! ¡Pero no habrá un baño de sangre! Bastante se ha derramado ya, y no ha de correr más. ¡Ahora idos! —dos palabras que iban dirigidas al obispo, pero ella volvió los ojos a la multitud y, con un gesto, les indicó que hicieran lo mismo.

Y se fueron. La presencia de sus guerreros era suficientemente convincente, qué duda cabe, pero su sola firmeza y autoridad lograron imponerse sobre aquellos curas y monjes exaltados que los habían incitado a destruir mi hacienda. Se fueron, pues, por donde habían venido, dejando atrás las llamas que iluminaban la noche. Solo se quedaron los míos y aquellos hombres que habían prestado juramento de lealtad a Eteflada que, por fin, se volvió hacia mí y, con cara de enojo, se me quedó mirando.

—Seréis necio —dijo.

Callé la boca. Tan sumido en la desolación como los páramos del norte, me quedé en la silla contemplando el fuego. De repente, me dio por pensar en Bebbanburg, atrapada entre el bravío mar del norte y altas colinas peladas.

—El abad Wihtred era un buen hombre —dijo Eteflada—, un hombre que

miraba por los pobres, daba de comer al hambriento y vestía al desnudo.

—Me atacó —dije.

—¡Pero vos sois un guerrero! ¡El gran Uhtred! ¡Él solo era un monje! —se santiguó—. Al igual que vos, era originario de Northumbria, donde sufrió persecución a manos de los daneses, ¡pero no renunció a su fe! Se mantuvo firme a pesar del desprecio y el odio con que lo zaherían los paganos, ¡y todo para sucumbir ante vos!

—No fui con la intención de matarlo —dije.

—¡Pero lo hicisteis! ¿Y por qué? ¿Porque vuestro hijo se ha hecho cura?

—No es hijo mío.

—¡Grandísimo necio! Claro que es hijo vuestro, y deberíais estar orgulloso de él.

—No es hijo mío —manteniéndome en mis trece.

—Y ahora es un hijo de la nada —espetó—. Siempre habéis tenido enemigos en Mercia, y ahora os han ganado la partida. ¡Echad un vistazo! —dijo, al tiempo que, irritada, señalaba los edificios en llamas—. Etelredo enviará hombres para apresaros, y los cristianos os quieren muerto.

—Vuestro esposo no se atreverá a levantar un dedo contra mí —dije.

—¡Y tanto que sí! Tiene una nueva mujer, que me quiere ver muerta, lo mismo que a vos. Sueña con ser reina de Mercia. Me mordí la lengua y no dije nada. Como siempre, Etelfleda tenía razón. Su marido, que la odiaba tanto como a mí, se había echado una amante llamada Eadith, hija de un *thegn* del sur de Mercia, de quien se decía que era tan ambiciosa como hermosa. Tenía un hermano, de nombre Eardwulf, que había llegado a ser el jefe de la guardia personal de Etelredo, un hombre tan arrojado como ambiciosa era su hermana. Una partida de galeses hambrientos había saqueado la frontera occidental, y Eardwulf había ido en su busca, les había dado caza y había acabado con ellos. Un hombre despierto, a tenor de lo que me habían contado, con treinta años menos que yo y hermano de una mujer ambiciosa que aspiraba a convertirse en reina.

—Los cristianos han ganado —concluyó Etelfleda.

—Vos lo sois.

Pasó por alto el comentario. Con la mirada perdida, contempló las llamas y, como si estuviera harta de todo, meneó la cabeza.

—Hemos vivido en paz los últimos años.

—No por mi voluntad —repuse con aspereza—. He reclamado hombres una y otra vez. Tendríamos que haber tomado Ceaster, acabado con Haesten y expulsado a Cnut del norte de Mercia. ¡No hay paz! No habrá paz mientras los daneses no se hayan ido.

—Pero vivimos en paz —insistió—, y los cristianos no os necesitan cuando impera la paz. En caso de guerra, solo anhelan que Uhtred de Bebbanburg se ponga de su parte. Pero ¿qué pasa ahora, ahora que vivimos en paz? Que ahora no os necesitan, y siempre han soñado con deshacerse de vos. ¿Y cuál es vuestra respuesta?

¡Matar a uno de los hombres más santos de Mercia!

—¿Santo? —apunté con sorna—. Un necio que inició una pelea.

—¿Y teníais que seguirle la corriente? —añadió, fuera de sí—. ¡El abad Wihfred era el hombre que predicaba sin descanso sobre san Oswaldo! ¡Wihfred tuvo una visión! ¡Y vos acabasteis con él!

Ante eso, guardé silencio. En la Britania sajona, se había desatado una suerte de santa locura: la creencia de que si se llegaba a descubrir los restos de san Oswaldo, todos los sajones volverían a ser un solo pueblo, lo que significaba que los sajones que vivían bajo el yugo danés recuperarían la libertad de la noche a la mañana; que Northumbria, Anglia oriental y el norte de Mercia se verían libres de la presencia de paganos daneses, y todo porque, dispersos trescientos años atrás, juntos de nuevo, reposarían los restos de un santo. Estaba al tanto de todo lo referente a san Oswaldo, señor que lo fuera en su día de Bebbanburg. Mi tío, el taimado Ælfric, conservaba uno de los brazos del muerto. Años antes, yo mismo me había encargado de trasladar la cabeza del santo a un lugar seguro, y se presumía que el resto del cuerpo se hallaba enterrado en algún monasterio al sur de Northumbria.

—Wihfred quería lo mismo que vos —continuó Etelfleda, irritada—. ¡Quería un sajón al frente de los destinos de Northumbria!

—No fui con la intención de quitarle la vida —dije—, y lo siento.

—¡Y hacéis bien! Si os quedáis aquí, aparecerán doscientos lanceros dispuestos a llevaros a juicio.

—Les plantaré cara.

Se mofó de mí con una carcajada.

—¿Con qué?

—Vos y yo contamos con más de doscientos hombres —dije.

—Sois más necio de lo que pensaba si creéis que voy a ordenar a los míos que se enfrenten a otros hombres de Mercia.

Por supuesto: ella jamás se enfrentaría con los habitantes de Mercia. Los hombres de Mercia la querían, pero su amor no llegaba a tanto como para reunir un ejército capaz de derrotar a su marido, porque él era quien dispensaba la riqueza, el *hlaford*, y bien podía movilizar a un millar de hombres. Por miedo de lo que pudiera pasar si se enfrentaba abiertamente con ella, no le quedaba otra que fingir que sus relaciones con Etelfleda eran cordiales, o su hermano, el rey de Wessex, se tomaría cumplida venganza. También me temía a mí, pero la Iglesia me había despojado de casi todo mi poder.

—¿Qué vais a hacer vos? —le pregunté.

—Rezar —respondió—, y hacerme cargo de los vuestros —señalando a aquellos cuya fe los había llevado a renegar de la lealtad que me debían—. Y guardar silencio —añadió—, no dar a mi marido ningún motivo para que acabe conmigo.

—Venid conmigo —le dije.

—¿Y correr la misma suerte que un necio proscrito? —me preguntó con aspereza.

Alcé los ojos siguiendo el humo que llegaba hasta el cielo, ensuciándolo.

—¿Sabéis si fue vuestro marido quien envió a unos hombres con el encargo de llevarse a la familia de Cnut? —le pregunté.

—¿Que si hizo qué? —me preguntó, extrañada.

—Alguien que se hacía pasar por mí le ha arrebatado a su mujer y a sus hijos. Frunció el ceño.

—¿Y vos cómo lo sabéis?

—Porque acababa de llegar de su hacienda —repuse.

—Si Etelredo hubiera hecho algo así, me habría enterado —dijo. Al igual que él, ella también tenía sus espías en el entorno de su marido.

—Pues alguien lo hizo —comenté, y no fui yo.

—Otros daneses quizá —apuntó.

Devolví a *Hálito de serpiente* a su vaina.

—Como Mercia ha vivido en paz durante los últimos años, pensáis que las guerras han terminado. Pero no es así. Cnut Ranulfson persigue un sueño, y quiere verlo hecho realidad antes de que sea demasiado viejo. Así que no bajéis la guardia en los territorios fronterizos.

—Eso hago —dijo, aunque no parecía muy segura.

—Alguien tiene ganas de gresca —repuse—. ¿Estáis segura de que no se trata de Etelredo?

—Se propone lanzar un ataque contra Anglia oriental.

En esta ocasión, el sorprendido fui yo.

—¿Que quiere hacer qué?

—Atacar Anglia oriental. Seguro que a su nueva mujer le encantan las marismas —comentó torciendo el gesto.

Con todo, un ataque contra Anglia oriental tenía cierta lógica. Era uno de los reinos perdidos, perdidos a manos de los daneses, y estaba cerca de Mercia. Si Etelredo se apoderaba de aquel territorio, bien podría alzarse con el trono y ceñirse la corona. Se convertiría en el rey Etelredo, con autoridad sobre el *fyrð* y los *thegns* de Anglia oriental, y sería tan poderoso como su cuñado, el rey Eduardo.

Pero intentar conquistar Anglia oriental tenía un inconveniente. Los daneses del norte de Mercia acudirían en su ayuda. Y ya no solo sería una guerra entre Mercia y Anglia oriental, sino entre Mercia y todos los daneses asentados en Britania, una guerra a la que por fuerza Wessex se vería arrastrado, una guerra capaz de asolar toda la isla.

A menos que los daneses del norte no movieran un dedo, ¿y qué mejor forma de conseguirlo que reteniendo como rehenes a la esposa y a los hijos que Cnut tanto quería?

—Tiene que ser Etelredo —dije.

Etefleda negó con la cabeza.

—Si así fuera, lo sabría. Además, siente pavor de Cnut. Todos lo tenemos —con

tristeza contemplaba los edificios en llamas—. ¿Adónde vais a ir?

—Lejos —contesté.

Alargó una de sus blancas manos y me rozó el brazo.

—Sois un necio, Uhtred.

—Lo sé.

—Y si hay guerra... —dijo, intranquila.

—Volveré.

—¿Prometido?

Asentí sin más rodeos.

—Si hay guerra, os protegeré —dije—. Hace años os juré que así lo haría, y un abad muerto no va a cambiar mi juramento.

Se volvió y contempló de nuevo los edificios en llamas; el resplandor del fuego hizo que se le humedecieran los ojos.

—Velaré por Stiorra —dijo.

—No permitáis que se case.

—Está en edad de hacerlo —replicó, antes de volverse—. ¿Cómo podré encontraros? —me preguntó.

—No podréis —repuse—. Yo daré con vos.

Suspiró; luego, miró hacia atrás e hizo una seña a Etelstano.

—Vos vendréis conmigo —ordenó. El chico me dirigió una mirada, y asentí.

—¿Dónde tenéis pensado ir?

—Lejos —repetí.

Pero ya lo sabía. Pensaba ir a Bebbanburg.



Tras el ataque de los cristianos, me quedé solo con treinta y tres hombres. Un puñado, como Osferth, Finan y mi propio hijo seguían siendo cristianos, pero la mayoría eran daneses o frisios, devotos, pues, de Odín, Thor y los otros dioses del Asgard.

Desenterramos el botín que había enterrado bajo el caserío y, a continuación, junto con las mujeres y los niños de los hombres que habían permanecido leales a mí, nos dirigimos hacia el este. Pasamos la noche en un soto, no lejos de Fagranforda. Sigunn estaba conmigo; se la veía intranquila y con pocas ganas de hablar. Al verme tan desabrido y de mal humor, todos andaban inquietos; solo Finan se atrevió a dirigirme la palabra.

—Pero, vamos a ver, ¿qué pasó en realidad? —me preguntó a la luz de un gris amanecer.

—Ya os lo dije. Que en mala hora maté a un condenado abad.

—Wihfred. El hombre que no dejaba de repetir lo de san Oswaldo.

—Una locura —dije, irritado.

—Casi con toda seguridad —apuntó Finan.

—¡Pues claro que lo es! ¿Qué habrá sido del pobre Oswald, enterrado en territorio danés, si tiempo atrás machacaron sus huesos hasta pulverizarlos? No se chupan el dedo.

—¿Quién sabe si lo exhumaron? —dijo Finan—. A lo mejor, no. A veces, esa locura da sus frutos.

—¿Qué queréis decir?

Se encogió de hombros.

—Recuerdo que en Irlanda hubo un santón empeñado en que solo dejaría de llover el día que tocáramos un tambor con el fémur de santa Attracta, bendita mujer. Como ya os habréis imaginado, había inundaciones por entonces. Nunca se había visto llover de tal manera. Hasta los patos estaban hartos de tanta lluvia.

—¿Y qué pasó?

—Pues que exhumaron a la pobre mujer, tocaron un tambor con el dichoso fémur y dejó de llover.

—En cualquier caso, habría parado en algún momento.

—Sí, probablemente, pero no había otra alternativa: o eso o construir un arca.

—Está bien; cometí un error matando a ese bastardo —dije—, y ahora los cristianos quieren servirse de mi calavera como cuenco para beber.

Se había levantado una mañana gris. Las nubes se habían despejado en parte durante la noche, pero, en aquel momento, arremolinadas de nuevo, descargaban chubascos sin parar. Cabalgábamos por senderos que discurrían entre campos de centeno, cebada y trigo que, anegados, la lluvia había doblegado. Nos dirigíamos a Lundene; de vez en cuando, a mi derecha y a lo lejos, atisbaba el Temes que, lento y taciturno, discurría hacia el mar lejano.

—Los cristianos han estado buscando una razón para deshacerse de vos —dijo Finan.

—Vos sois uno de ellos —repliqué—. ¿Por qué seguís a mi lado?

Esbozó una sonrisa perezosa.

—Lo que un cura da por bueno bien puede condenarlo otro. Si me quedo con vos, ¿me voy de cabeza al infierno? De todas formas, lo más probable es que acabe allí, aunque no me costará mucho dar con un cura que me asegure lo contrario.

—¿Por qué Sihtric no ha seguido ese razonamiento?

—Por hacer caso de las mujeres. Temen más a los curas que a una tempestad.

—¿Y qué me decís de vuestra mujer?

—Amo a esa criatura, pero no es quién para decirme lo que debo hacer. No estoy diciendo que no se despelleje las rodillas a fuerza de tanto rezo, claro está —observó, sonriendo con malicia de nuevo—. Lo mismo que el padre Cuthberto, el pobre: también quería venir con nosotros.

—¿Un cura ciego? —pregunté sorprendido—. ¿Por qué íbamos a cargar con un

cura ciego? Mejor estará con Eteflleda.

—Pero él quería quedarse con vos —dijo Finan—. De modo que si eso era lo que quería un cura, ¿qué pecado puede haber en mí por querer lo mismo? —pareció dudar—. ¿Qué vamos a hacer?

No quise decirle a Finan la verdad, que tenía pensado ir a Bebbanburg, cuando ni yo mismo estaba convencido. Para tornar Bebbanburg necesitaba oro y centenares de hombres, y solo disponía de treinta y tres.

—Nos haremos vikingos —le dije.

—Me lo figuraba. Y volveremos a las andadas.

—¿Por qué lo decís?

—Cosas del destino, ¿no es lo que suele decirse? Nos exponemos un momento a la luz y no pasa un día sin que los negros nubarrones que se ciernen sobre la cristiandad se abatan sobre nosotros. ¿Así que lord Etefredo está decidido a ir a la guerra?

—Eso parece.

—Es lo que quieren su mujer y el hermano de esta. Y cuando Mercia se vea sumida en el caos, nos pedirán a gritos que volvamos y pongamos a salvo sus miserables vidas —afirmó Finan, muy seguro de lo que decía—. Y cuando lo hagamos, nos otorgarán su perdón. Y con sus húmedos labios, los curas nos besarán el culo, faltaría más.

No pude por menos de sonreír. Finan y yo habíamos sido amigos durante muchos años. Juntos, habíamos sido esclavos y, codo con codo, habíamos peleado en un muro de escudos; me lo quedé mirando y reparé en los cabellos grises que asomaban bajo su espesa pelambreira. No menos grises que los de su barba canosa. Me imaginé que yo tendría un aspecto parecido.

—Nos hacemos viejos —dije.

—Eso parece, pero no más sabios, ¿verdad? —y se echó a reír.

Atrás dejamos unas cuantas aldeas y dos pequeños pueblos. Preocupado por si los curas habían enviado recado de que nos atacasen, no las tenía todas conmigo, pero nadie nos prestó atención. El viento viró al este y se puso frío, trayendo más lluvia. Más de una vez volví la vista atrás, preguntándome si lord Etefredo habría mandado hombres en pos de nosotros, pero no acerté a ver a nadie, así que supuse que se daba por satisfecho con haberme expulsado de Mercia. Era primo mío, marido de mi amante y también mi enemigo jurado, y aquel húmedo verano había conseguido, por fin, aquello con lo que tanto tiempo había soñado: humillarme.

Cinco días tardamos en llegar a Lundene. Nos desplazábamos con lentitud, no solo porque los caminos estaban inundados, sino porque no teníamos suficientes caballos para cargar con todo: víveres, niños, armaduras, escudos y armas.

Siempre me gustó Lundene. Un sitio irrespirable y maloliente, calles llenas de inmundicia. Allí hasta el río hiede, y eso que el río es su razón de ser. Basta con poner rumbo oeste para adentrarse en Mercia y Wessex, al este, y el resto del mundo se abre

ante nuestra proa. Los comerciantes llegan a Lundene con cargamentos de aceite y pieles, trigo, heno, esclavos o artículos de lujo. Es una ciudad que se asienta en territorio de Mercia, pero Alfredo había dispuesto que su defensa quedase en manos de tropas sajonas del oeste, y Etelredo nunca se había atrevido a poner en duda aquella ocupación. Era, en realidad, dos ciudades en una. La ciudad nueva, el sitio por donde entramos, levantada por los sajones, se extendía por la orilla norte del ancho y cachazudo Temes; enfilamos una calle larga y, abriéndonos paso entre carretas y rebaños, dejamos atrás el arrabal de los matarifes, sus callejas y sus charcos de sangre. Lo mismo que las pozas de los curtidores, un poco más arriba; de allí venía aquel hedor nauseabundo a orines y heces, hasta que nos dimos de bruces con el río, que fluía entre la ciudad nueva y la ciudad antigua, y un montón de recuerdos se me vinieron a la cabeza. Allí había peleado. Ante nosotros, la muralla y la puerta romanas donde había desbaratado un ataque danés. Seguimos colina arriba; al verme, los guardias de la puerta se apartaron. No sé por qué me había dado en la nariz que me recibirían con caras largas; nada de eso: me dirigieron un saludo con la cabeza y me dieron la bienvenida. Sin tenerlas todas conmigo, pasé bajo el arco romano y me adentré en la ciudad antigua, una ciudad en lo alto de una colina, una ciudad de piedra, ladrillo y tejas, erigida por los romanos.

A los sajones nunca nos gustó vivir en la ciudad antigua. Era un lugar inquietante. Había fantasmas, extraños fantasmas que no entendíamos cómo, desde Roma, habían ido a parar allí. Nada que ver con la Roma de los cristianos: esa no entrañaba misterio alguno. Ocasión tuve de hablarlo con una docena de hombres que habían ido en peregrinación y que habían regresado haciéndose lenguas de aquella maravillosa ciudad donde no se veían sino columnas, cúpulas y arcos en ruinas, lobos merodeando entre las vetustas piedras, y aquel Papa cristiano, que difundía su ponzoña desde un palacio devastado a orillas de un río pestilente; todo eso me cuadraba. Roma era como otra Lundene, solo que más grande, pero los fantasmas que habitaban la antigua ciudad provenían de una Roma diferente, una ciudad que ostentaba un enorme poder, una ciudad que había tenido los destinos del mundo en sus manos. Sus ejércitos lo mismo habían cruzado desiertos que cumbres nevadas, sometido tribus y países enteros, hasta que, de pronto y por alguna razón que no se me alcanzaba, ese mismo poder les había dado la espalda. Atrás había quedado la tenacidad de sus incontenibles legiones; las tribus vencidas se alzaron de nuevo y toda la gloria de aquella gran ciudad se había tornado en decadencia. Lo mismo podía decirse de Lundene. ¡Bastaba con echar un vistazo! Espléndidos edificios sumidos en el abandono. Me invadió, como siempre que pasaba por allí, una sensación de devastación. Nosotros, los sajones, levantamos edificios de madera con techumbres de paja; siempre a merced de los vientos, nuestras casas se pudrían bajo la lluvia, pero no había nadie capaz de recuperar el esplendor de la época romana. Nos precipitamos hacia el caos. El fin del mundo será el caos, cuando los dioses luchen entre sí, y estaba convencido, todavía lo estoy, de que el inexplicable auge del

cristianismo es la primera señal de la ruina que se nos viene encima. Somos juguetes infantiles arrastrados por un río que, por fuerza, ha de desembocar en una funesta matanza.

Fuimos a una taberna que quedaba junto al río. En realidad, se llamaba la Taberna de Wulfred, pero todo el mundo la conocía como la de El danés muerto, porque, un día, al bajar la marea, dejó al descubierto a un guerrero danés empalado en una de las muchas pilastras carcomidas que perforaban el lodo allí donde tiempo atrás había embarcaderos. Wulfred me conocía y, si se llevó una sorpresa cuando le dije que buscaba acomodo en sus cavernosos antros, tuvo la delicadeza de no darlo a entender. Normalmente, me alojaba en el palacio real que se alzaba en la cima de la colina, pero el caso es que allí estaba yo, ofreciéndole dinero a cambio.

—He venido a comprar un barco —le dije.

—De esos hay para dar y tomar.

—Y reclutar hombres.

—Hombres sin cuento estarán dispuestos a seguir al gran lord Uhtred.

No estaba yo tan seguro. En tiempos, sabedores de que era un señor generoso, muchos eran quienes se llegaban a prestarme juramento de lealtad, pero, en aquellos momentos, habría llegado a sus oídos la noticia de que la Iglesia me había declarado maldito y el miedo al infierno los mantendría alejados de mí.

—Eso es bueno para nosotros —dijo Finan aquella noche.

—¿Por qué?

—Porque los bastardos que estén dispuestos a unirse a nosotros no tendrán miedo del infierno —sonrió con malicia, dejando al descubierto tres dientes amarillos en sus encías vacías—. Necesitamos cabrones que estén dispuestos a luchar hasta en el infierno.

—Igual que nosotros —apunté.

—Porque sé lo que tenéis en la cabeza —dijo.

—¿Ah, sí?

Se acomodó en el banco, al tiempo que echaba una ojeada a la amplia estancia donde los hombres bebían.

—¿Cuántos años llevamos juntos? —preguntó, antes de añadir sin esperar respuesta—: ¿Y en qué no habéis dejado de pensar durante todos estos años? ¿Y qué mejor momento que este?

—¿Por qué ahora?

—Está claro: porque será lo que menos se esperan esos mamones.

—Con un poco de suerte, lograré reunir unos cincuenta hombres —dije.

—¿De cuántos dispone vuestro tío?

—No sé. ¿Trescientos? Quizá más.

Me echó una mirada y esbozó una sonrisa.

—O mucho me equivoco, o ya tenéis pensado cómo vais a hacerlo, ¿no es así?

Eché mano al martillo que llevaba al cuello y confié en que los antiguos dioses

aún tuvieran algún poder en este decadente mundo de locos.

—Así es.

—En tal caso, que Cristo ayude a esos trescientos —dijo—, porque están perdidos.

Era una locura.

Pero, como Finan había dicho, a veces la locura sale bien.



Se llamaba *Medianoche*, curioso nombre para un barco de guerra, pero Kenric, el que me lo vendía, me contó que lo habían construido con árboles talados a medianoche.

—Trae buena suerte —me explicó.

Disponía de bancadas para cuarenta y cuatro remeros, un mástil de píceas arriado, una vela salpicada de lodo y tensada con sogas de cáñamo, y una proa enhiesta con un mascarón con forma de cabeza de dragón. Su anterior propietario la había pintado de rojo y negro, pero, al desconcharse, los colores habían perdido su esplendor original, como si el dragón estuviera aquejado de escorbuto.

—Embarcación afortunada —me contó Kenric. Era un hombre bajo, fornido, calvo y con barba, que construía barcos en un astillero situado en la parte este de las murallas de la ciudad romana. A su cargo, cuarenta o cincuenta artesanos, esclavos algunos de ellos, que, sirviéndose de azuelas y sierras, construían barcos mercantes, panzudos, pesados y lentos, pero *Medianoche* era otra cosa: largo, amplio en el centro, de escaso calado y casi a ras del agua. Un animal elegante.

—¿Lo habéis construido vos? —le pregunté.

—Se fue a pique.

—¿Cuándo?

—Hará cosa de un año, el día de san Marcos. El viento del norte lo arrastró hasta que encalló en los arenales de Sceapig.

Me di una vuelta por el embarcadero y eché un vistazo a la embarcación. Las planchas estaban ennegrecidas, aunque lo más probable era que se debiera a la lluvia recién caída.

—No parece estar en malas condiciones —comenté.

—Un par de planchas de la hilada de proa desfondadas —dijo Kenric—. Nada que no se pueda enmendar en uno o dos días.

—¿Danés?

—Frisio —respondió—. Buen roble, recio, nada que ver con esa cochambre danesa.

—¿Cómo es que la tripulación no hizo cuanto pudo por recuperarlo?

—Esos necios bajaron a tierra, acamparon y cayeron en manos de los hombres de

Cent.

—¿Y por qué los de Cent no se quedaron con el barco?

—Porque esos inútiles cabrones empezaron a pelearse entre ellos hasta quedar exhaustos. Me dejé caer por allí y reparé en que seis de los frisios aún seguían con vida; dos de esos pobres cabrones murieron al poco —santiguándose.

—¿Qué suerte corrieron los otros cuatro?

Con el pulgar, señaló a los esclavos que trabajaban en un nuevo barco.

—Ellos fueron los que me dijeron cómo se llamaba el barco. Si no os gusta, siempre estáis a tiempo de cambiárselo.

—Cambiarle el nombre a un barco trae mala suerte —dije.

—No, si dais con una virgen que esté dispuesta a mear en el pantoque —replicó Kenric, antes de quedarse pensativo—. Aunque bien mirado, no, no resultará tarea fácil.

—Mantendré el nombre —dije—, si lo compro.

—Estupenda factura —admitió Kenric a regañadientes, como si pusiese en duda que los frisios pudieran construir barcos tan buenos como los suyos.

Pero los frisios eran armadores de renombre. Las embarcaciones sajonas siempre pecaban de pesadas, casi como si el mar les diera miedo, pero los frisios y los hombres del norte construían barcos mucho más ligeros, que no roturaban las olas, sino que solo parecían rozarlas. Una tontería, claro; incluso una embarcación tan estilizada como el *Medianoche* iba cargada con un lastre de piedras y podía levantar el vuelo tanto como yo estaba en condiciones de volar, pero algo misterioso había en su hechura que le hacía parecer ligera.

—Pensé en vendérsela al rey Eduardo —comentó Kenric.

—¿Y no le satisfizo?

—No era lo bastante espaciosa —escupiendo con desdén—. Si de sajones del oeste se trata, siempre pasa lo mismo: cuanto más grandes sean, mejor, y luego se extrañan de que no pueden dar caza a los daneses. ¿Dónde tenéis pensado ir?

—A Frisia —dije—, o al sur, quién sabe.

—Poned mejor rumbo norte —dijo Kenric.

—¿Por qué?

—No hay tantos cristianos por aquellos parajes, mi señor —respondió con sorna.

Así que estaba al tanto. Me distinguía con el tratamiento de «señor» y toda esa monserga, pero estaba al corriente de que no pasaba por mi mejor momento. Y eso repercutiría en el precio.

—Ya estoy viejo para neviscas, nevadas y heladas —dije, antes de saltar a la cubierta de proa del *Medianoche*. Se estremeció bajo mis pies. Era un barco de guerra, un barco para dedicarse al pillaje, y de auténtico roble frisio, por si fuera poco.

—¿Cuándo lo calafateasteis por última vez?

—Cuando recompuse los desperfectos de que os he hablado.

Levanté dos de las planchas de cubierta y presté atención a las piedras que hacían las veces de lastre. Había agua, nada extraño, por otra parte, en un barco que llevaba tiempo sin usarse. Lo importante era saber si se trataba de agua de lluvia o de agua salada que, río arriba, hubiera traído la marea. El agua estaba muy honda como para tocarla con la mano, así que escupí y observé que la burbuja del escupitajo permanecía a flote, de modo que se trataba de agua dulce. De haber sido salada, el escupitajo se habría extendido en el agua hasta disolverse. Un barco resistente, pues. Si el agua del pantoque era dulce, tenía que haber caído del cielo, no era agua procedente del mar.

—Está bien sellado.

—Habrá que limpiar el casco.

Se encogió de hombros.

—Puedo hacerlo, pero el astillero está a pleno rendimiento. Encarecerá el precio.

Seguro que encontraría una playa donde, entre marea y marea, pudiéramos hacerlo. Eché un vistazo a los otros amarres de Kenric y me fijé en un pequeño y ennegrecido barco mercante allí atracado. La mitad de eslora que *Medianoche*, pero la misma manga. Un carcamán, apto para llevar cargas pesadas de un punto a otro de la costa.

—¿Os gusta más ese? —se interesó Kenric, tomándome el pelo.

—¿Es de los que hacéis aquí?

—Yo no me dedico a construir mierdas semejantes. No; pertenecía a un sajón del este. El cabrón me dejó dinero a deber. Lo desguazaré y utilizaré las planchas.

—¿Cuánto pedís por *Medianoche*?

Regateamos. Pero Kenric sabía que llevaba las de ganar y acabé pagando más de la cuenta. Necesitaba remos y velas también; llegamos a un acuerdo en cuanto al precio y Kenric escupió en la mano y me la tendió. Dudé un instante antes de estrechársela.

—Vuestro es —dijo—, y que os traiga suerte, mi señor.

Así fue cómo adquirí el *Medianoche*, un barco construido con madera talada en plena noche.

De nuevo era el patrón de un barco. Y me dirigía al norte.

SEGUNDA PARTE

El Medianoche

Capítulo III

Me encantan el ponto, las olas alargadas, el viento que motea con gotas de agua pulverizada cuanto nos rodea, el hendimiento de la proa de un barco en el mar bravío y el estallido de blancura y las salpicaduras de agua salada en la vela y en las hiladas, y el abisal verdor de un ancho mar que, ondulándose al paso de la nave, amenazante y rompiente, alza por la popa su rizada cresta, en tanto la proa se yergue ante la onda y el casco embiste y el mar hierve a lo largo de las bordas cuando ya con un bramido la ola se aleja. Me encantan los pájaros que pasan rasando el agua argéntea, el viento, ya sea a favor o en contra, los remos que suben y bajan. Me encanta el mar. He vivido muchos años y sé de los desengaños de la vida, de los desvelos que afligen el ánimo del ser humano, de los pesares que encanecen el pelo y encogen el corazón; todo eso queda atrás cuando nos adentramos en el océano. Solo en el mar un hombre se siente verdaderamente libre.

Seis días tardé en dejar arregladas las cosas en Lundene. Lo más importante: encontrar un sitio donde las familias de los míos pudieran estar a salvo. Tenía amigos allí y, aunque los cristianos habían jurado que darían con nosotros y acabarían conmigo, Lundene es una ciudad que todo lo perdona. Los forasteros pueden encontrar refugio en sus callejas y, a pesar de las revueltas y de los curas que condenan el culto a otros dioses, la gente procura no entrometerse en la vida de los demás. Había vivido unos cuantos años en aquella ciudad. Había estado al mando de la guarnición que la defendía y reconstruido las antiguas murallas romanas, y tenía amigos que me habían prometido que se ocuparían de los nuestros. Sigunn estaba empeñada en venir conmigo, pero nos dirigíamos a un lugar donde las hojas de las espadas iban a teñirse de sangre, un sitio poco apropiado para una mujer. Además, si había prohibido a los míos que cargasen con sus mujeres, no podía consentirlo, así que se contentó con una bolsa de mi oro y la promesa de que volveríamos. Compramos pescado y carne en salazón, llenamos las barricas del barco con cerveza y arrumamos todo en el *Medianoche*; solo entonces nos dispusimos a zarpar. Había dejado en tierra a dos de los hombres de más edad para que velasen por nuestras familias; pero, como los cuatro esclavos frisios que habían formado parte de la tripulación de la nave en el momento del naufragio decidieron unirse a nosotros, un total de treinta y cuatro hombres enfilamos río abajo. Aprovechamos la marea para bordear los amplios meandros que conocía tan bien como la palma de mi mano, dejamos atrás los arenales donde se agitaban los juncales y los pájaros piaban como locos hasta más allá de Beamfleot, donde había obtenido una gran victoria que había inspirado a los poetas y tintado los canales de sangre, antes de salir por fin a mar abierto y quedar expuestos a los cuatro vientos.

Fondeamos en una caleta situada en algún lugar de la costa de Anglia oriental; allí

pasamos tres días rascando el casco hasta dejarlo limpio de algas y verdín. Lo hacíamos aprovechando la marea baja; limpiamos primero uno de los costados, y calafateamos bien las juntas; con la marea alta, lo pusimos a flote, lo escoramos del otro lado y adcentamos el otro costado. Y volvimos a mar abierto, a remo hasta salir de la ensenada; luego, izamos la vela y pusimos rumbo norte tras aquel mascarón de proa con forma de cabeza de dragón. Retiramos los remos y, dejándonos llevar por un viento del este, experimente aquella felicidad que siempre había sentido cuando contaba con un buen barco y un buen viento favorable.

Obligué a mi hijo a hacerse cargo del timón para que se fuera acostumbrando a llevar un barco. Al principio, como es natural, desplazaba o tiraba con fuerza de la caña o corregía el rumbo demasiado tarde, de forma que el *Medianoche* cabeceaba o hacía una guiñada y perdía velocidad, pero al día siguiente me fijé en Uhtred y en cómo sonreía, y supe que ya podía sentir cómo se estremecía el alargado casco a través de la caña del timón. Había aprendido el manejo y lo estaba disfrutando.

Pasábamos las noches en tierra, adentrándonos en cualquier ensenada en algún lugar desierto de la costa y volviendo a mar abierto con las primeras luces del alba. Pocas embarcaciones avistamos que no fueran botes de pesca que, al ver nuestro amenazante mascarón de proa, recogían las redes y remaban como locos hacia tierra firme. Sin prestarles atención, seguimos nuestro rumbo. Al tercer día, en lontananza avisté un mástil por el este; Finan que, con su vista de lince, lo vio al mismo tiempo que yo, abrió la boca para avisarme, pero le pedí que guardase silencio, al tiempo que volvía la cabeza hacia Uhtred a modo de explicación. Finan esbozó una sonrisa de complicidad. La mayoría de los hombres ya habían reparado también en aquel barco que se divisaba a lo lejos, pero, al darse cuenta de por qué no decía nada, callaron la boca. El *Medianoche* siguió su rumbo, mientras mi hijo, bajo un viento que le revolvía sus largos cabellos y le tapaba la cara, contemplaba extasiado las olas que se nos venían encima.



El lejano barco se fue acercando. Tenía una vela tan gris como las nubes bajas. Una vela descomunal, ancha y de calado, entrecruzada de sogas de cáñamo para reforzar el lienzo. No tenía pinta de carguero, sino que, casi con toda seguridad, era otro estilizado y veloz barco de guerra. Mis hombres no le quitaban los ojos de encima, atentos al instante en que su casco apareciese por encima de aquel horizonte agitado, en tanto que Uhtred se limitaba a fruncir el ceño mientras observaba la cara posterior de nuestra vela, que estaba floja.

—¿Habría que asegurarla? —preguntó.

—Buena idea —asentí. Al oír que me parecía bien, esbozó una suerte de sonrisa, pero no hizo nada—. Dejaos de estupideces y dad la orden de una vez —añadí en un

tono que hizo que se le borrara la sonrisa de la cara—. Sois el timonel.

Así lo hizo, y dos hombres aseguraron el lienzo hasta tensarlo por completo. El *Medianoche* se hundió en una sima entre dos olas y alzó la proa para salvar otra masa de agua verdosa que se nos venía encima; al coronar la cresta, volví la vista al este y vi que la proa de aquel barco estaba cada vez más cerca. Una indómita y altiva cabeza de animal como mascarón de proa. Luego, desapareció tras una cortina de salpicaduras de agua que nos trajo el Viento.

—¿Cuál es la primera obligación de un timonel? —le pregunté a mi hijo.

—Mantener el barco a salvo —respondió sin dudarlo.

—¿Y cómo lo hace?

Uhtred frunció el ceño. Sin saber por qué, se dio cuenta de que había metido la pata, hasta que por fin reparó en la tripulación, que no dejaba de mirar al este, y se volvió.

—¡Dios mío! —dijo.

—Sois un necio descuidado. Vuestra obligación es estar al tanto —al ver cómo se lo echaba en cara delante de todos, se dio cuenta de lo enfadado que estaba, pero no dijo nada—. Es un barco de guerra —continué—, y hace un buen rato que nos ha avistado. Le ha picado la curiosidad y viene a olisquear. ¿Qué hacemos ahora?

Volvió a mirar al otro barco. Su proa ya resultaba visible en todo momento; no tardaríamos en divisar también su casco.

—Es mucho más grande que el nuestro —dijo Uhtred.

—Eso parece, sí.

—En tal caso, no haremos nada.

Una decisión acertada, la misma que yo había tomado nada más ver el barco en lontananza. Tenían curiosidad por saber quiénes éramos y habían puesto rumbo a nosotros, pero, una vez que estuvieran más cerca, se darían cuenta de que éramos peligrosos. No éramos un mercante, cargado de pieles, alfarería o cualquier otra cosa que se pudiera robar y vender; éramos guerreros y, aunque su tripulación nos doblase en número, sufriría unas cuantas bajas, algo que ningún barco de esas características puede permitirse.

—Mantengamos el rumbo, pues.

Hacia el norte. Siempre al norte, donde los dioses aún conservaban su poder, donde el mundo apenas si se percibía bajo el hielo; al norte, rumbo a Bebbanburg. Hacia aquella fortaleza que, como el reducto de un dios, se cernía sobre el mar bravío. Los daneses se habían apoderado de toda Northumbria; de su estirpe eran los reyes que ocupaban el trono de Eoferwic, pero nunca habían podido hacerse con Bebbanburg. Y se morían de ganas por conseguirlo. Resollaban tras ella como un perro que olisquea a una perra en celo, pero aquella perra era de las que enseñaban los dientes y sacaban las uñas. Y yo solo disponía de un barco pequeño, y soñaba con apoderarme de aquello que ejércitos enteros de daneses no habían sido capaces de tomar.

—Es un barco de Anglia oriental —me dijo Finan, llegándose a mi lado. El intruso estaba cada vez más cerca y, aunque en diagonal, su proa apuntaba hacia nosotros; al ser más grande, era más rápido que el *Medianoche*.

—¿De Anglia oriental?

—No se trata de un dragón —Finan señalaba hacia el barco con la barbilla—, sino de esa extraña fiera de la que el rey Ehoric se sirvió para identificar sus barcos. Un león. —Ehoric había muerto y un nuevo rey estaba al frente de los destinos de Anglia oriental; quizás hubiera decidido conservar el antiguo símbolo—. Tripulación al completo, por otra parte —añadió.

—¿Setenta hombres? —aventuré.

—Más o menos.

Con cotas de malla y yelmos, los hombres del otro barco parecían dispuestos a plantar cara, pero, cuando Finan me preguntó si debíamos seguir su ejemplo, con la cabeza le di a entender que no. Quizá tratasen de intimidarnos, pero seguía pensando que no vendrían a por nosotros, así que no tenía sentido que nos preparásemos para el combate si no pensábamos hacerles frente.

El barco de Anglia oriental disponía de una buena vela. Viró para aproximarse a nosotros y, luego, la arrió para disminuir la velocidad y acomodarse a nuestra marcha.

—¿Quién sois? —me preguntó en danés un hombre alto desde el otro barco.

—¡Wulf Ranulfson! —contesté, inventándome un nombre.

—¿De dónde venís?

—¡De Haithabu! —grité, una ciudad al sur en territorio danés, muy lejos de Anglia oriental.

—¿Qué andáis haciendo por aquí?

—Hemos escoltado a un par de mercaderes hasta Lundene —respondí—, y volvemos a casa. ¿Quién sois vos?

Al oír la pregunta, se quedó un tanto sorprendido y dudó un momento.

—¡Aldger! —respondió—. ¡Al servicio del rey Raedwald!

—¡Que los dioses os guarden muchos años! —respondí cortésmente.

—Si vuestro destino es Haithabu, ¡estáis muy al oeste! —gritó Aldger. No le faltaba razón, claro está. Si de verdad nos hubiésemos dirigido al sur del territorio danés, antes y mucho más al sur tendríamos que haber cruzado al otro lado del mar, si pretendíamos arribar a las costas de Frisia.

—¡Culpa de este maldito viento!

Guardó silencio. Se quedó mirándonos durante un rato; a continuación dio orden de regresar a puerto y el barco más grande nos adelantó.

—¿Quién es Raedwald? —se interesó Finan.

—Quien rige los destinos de Anglia oriental —repuse—; un viejo achacoso, por lo que tengo entendido, que pinta tanto como un castrón en un lupanar.

—Y un rey pusilánime es un buen reclamo para iniciar una guerra —dijo Finan—. De ahí, el interés de Etelredo; ahora lo entiendo.

—El rey Etelredo de Anglia oriental —repuse con desdén; estaba claro que mi primo anhelaba ese título; no estaba tan claro, sin embargo, que tal fuera el deseo de los habitantes de ese territorio. Extraño reino aquel, danés y cristiano a la vez, lo que resultaba confuso, porque la mayoría de los daneses se encomendaban a mis dioses, en tanto que los sajones veneraban al crucificado, pero el caso es que los daneses de Anglia oriental habían tolerado el cristianismo, lo que daba lugar a un extraño maridaje que no era ni carne ni pescado. Mantenían alianzas tanto con Wessex como con Northumbria, enemigos jurados, lo que venía a ser algo así como que los habitantes de aquel reino lamían el culo de unos y besaban el de los otros. Por si fuera poco, eran débiles. El anciano rey Ehoric había tratado de complacer a los daneses del norte dirigiendo un ataque contra Wessex, y tanto él como muchos de sus principales *thegns* habían sido víctimas de una carnicería. Una carnicería que yo dirigí, mi batalla. Al recordarlo, la sensación de haber sido traicionado hizo que me hirviera la sangre. Eran tantas las veces que había guerreado de parte de los cristianos, acabado con sus enemigos y defendido sus territorios, que no me cabía en la cabeza que ahora me escupiesen como si de trozo de ternilla rancia se tratase.

Aldger pasó por delante de nuestra proa. Por fuerza, hubo de ordenar que su barco, mucho más grande, se acercase al nuestro, quizá para comprobar si a última hora estábamos dispuestos a oponer resistencia; con un gruñido le di a entender a Uhtred que mantuviese el rumbo, y nuestra proa pasó a una distancia no superior al largo de una espada de su timón. Aunque con el viento en contra, estábamos lo bastante cerca como para oler su embarcación. Le dije adiós con la mano, y se quedó mirándonos mientras su proa viraba de nuevo y ponía rumbo norte. Sin nada mejor que hacer quizá, se mantuvo a nuestra altura durante un rato. Y así siguió durante una hora o más, hasta que la nave alargada viró y, viento en popa a toda vela, se dirigió a la costa que se veía a lo lejos.

Pasamos la noche en el mar. Ni siquiera veíamos la costa, aunque sabía que no quedaba lejos hacia el oeste. Arriamos la vela y dejamos que el *Medianoche* cabecease con rumbo norte llevado por unas olas cortas y empinadas que bañaban la cubierta con su fría espuma. Uhtred se engurrñó a mi lado; yo me hice cargo del timón durante la mayor parte de la noche, hablándole de las correrías de Grimnir, «el enmascarado».

—¿Sabéis? Se trataba de Odín, en realidad —le decía—, pero cuando el dios quería mezclarse con los humanos, se ponía una máscara y adoptaba otro nombre.

—Lo mismo que Jesús.

—¿También se ponía una máscara?

—No; caminaba entre los hombres.

—Los dioses pueden hacer lo que les venga en gana —contesté—, pero, a partir de este momento, nosotros también nos pondremos una máscara. No diréis a nadie mi nombre ni el vuestro. Desde ahora, yo seré Wulf Ranulfson y vos seréis Ranulf Wulfson.

—¿Dónde vamos? —me preguntó.

—Ya os lo he dicho —repuse.

—A Bebbanburg —dijo, con voz cansina.

—Porque es nuestro —dije—. ¿Os acordáis de Beocca?

—Pues claro.

—Él fue quien me entregó los títulos de propiedad —dije. El bueno del padre Beocca, tan feo, tan tullido, tan formal. Amigo del rey Alfredo y un buen hombre; de niño, él había sido mi tutor. Hacía poco que había fallecido; sus huesos contrahechos reposaban en la iglesia de Wintanceaster, a un paso del sepulcro de su bienamado Alfredo. Antes de morir, me había hecho llegar los documentos que demostraban que Bebbanburg era mío, aunque a nadie le hacía falta documento alguno para saber que yo era el dueño de pleno derecho de la fortaleza. Mi padre había muerto cuando yo era todavía niño; mi tío me había arrebatado Bebbanburg y, por mucha tinta que emborronase un pergamino, no estaba dispuesto a cederme el puesto que me correspondía. Él disponía de espadas y lanzas; yo contaba con *Medianoche* y un puñado de hombres.

—Somos descendientes de la estirpe de Odín —le dije a Uhtred.

—Lo sé, padre —dijo armándose de paciencia. Más de una vez le había hablado de nuestros antepasados, pero los curas cristianos le habían llevado a poner en duda mis pretensiones.

—Sangre de dioses corre por nuestras venas —le dije—. Cuando Odín se hacía pasar por Grimnir yacía con una mujer; de ella descendemos nosotros. Y cuando lleguemos a Bebbanburg, lucharemos como los propios dioses.

Fue Grimesbi lo que me había llevado a pensar en Grimnir. Un villorrio que se alzaba en la orilla sur del río Humbre, no muy lejos del mar abierto. La leyenda aseguraba que Odín había construido allí una mansión. Aunque no me cabía en la cabeza qué podía haber visto un dios en aquella lengua de marjales azotada por los vientos, el caso es que ofrecía un fondeadero seguro cuando las tormentas se abatían sobre el mar que se abría más allá de la ancha desembocadura del río.

Grimesbi era una localidad de Northumbria. Aunque mucho había llovido desde entonces, en tiempos, cuando los dominios de los reyes de Mercia llegaban hasta el Humbre, Grimesbi había sido uno de los enclaves más al norte de su territorio. Por entonces, estaba en manos de los daneses y, como toda localidad portuaria, recibía con los brazos abiertos a cualesquiera viajeros, ya fuesen daneses, sajones, frisios, incluso escoceses. La decisión de poner rumbo a aquel pequeño puerto entrañaba un riesgo: estaba seguro de que mi tío estaría ansioso por saber de mis andanzas por tierras del norte, que tendría hombres a sueldo en Grimesbi que le mantendrían puntualmente informado de cuanto allí pasase. Pero yo también necesitaba información, aunque, para conseguirla, tuviese que correr el riesgo de atracar en Grimesbi, puerto en el que recalaban muchos hombres de mar; quizás alguno estuviera al tanto de cómo andaban las cosas tras las inexpugnables murallas de

Bebbanburg. Siguiendo el ejemplo de Grimnir, trataría de correr el menor riesgo posible. Me pondría una máscara. Me haría pasar por Wulf Ranulfson, de Haithabu.

Le dije a mi hijo que se hiciera cargo del timón.

—¿Viramos hacia el oeste? —me preguntó.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Ni siquiera se divisa la costa. ¿Cómo vamos a llegar a Grimesbi?

—Muy fácil —repuse.

—¿Cómo?

—Lo sabréis en cuanto avistemos dos o tres barcos.

Grimesbi se alzaba a orillas del Hambre y, como si de una vereda se tratase, miles de daneses habían elegido aquel río para llegar al centro de Britania. Estaba convencido de que avistaríamos otros barcos, y eso fue lo que pasó. No había pasado ni una hora desde que Uhtred me hiciera aquella pregunta, cuando avistamos las velas de seis navíos que se dirigían al oeste, y otros dos que, a remo, iban rumbo este; su presencia me confirmó que había llegado al lugar que andaba buscando: la ruta marítima que, desde Frisia y Dinamarca, llevaba al Hambre.

—¡Seis! —exclamó Finan.

No era para tanto. Las seis embarcaciones que se dirigían a Britania eran barcos de guerra, y armados hasta los dientes, sospechaba. Muchos eran los hombres que venían del otro lado de mar; quizá les habían llegado rumores de que podían hacerse con un buen botín o quién sabe si Cnut no los habría llamado.

—La paz toca a su fin —apunte.

—Dentro de nada, estarán pidiendo a gritos que volváis —dijo Finan.

—Antes tendrán que besar mi culo pagano.

Finan rio entre dientes, antes de dirigirme una mirada burlona.

—Wulf Ranulfson —dijo—. ¿Por qué ese nombre?

—¿Por qué no? —repuse, encogiéndome de hombros—. Tenía que dar con un nombre, y ese es uno de tantos.

—¿Cnut Ranulfson? —apuntó—. ¿Y lo de Wulf? Se me hace raro que hayáis elegido ese nombre.

—Ni siquiera lo había pensado —murmuré, quitándole importancia.

—O estabais pensando en él —dijo Finan—. ¿De verdad creéis que se dispone a avanzar sobre el sur?

—No tardará en hacerlo —respondí, torciendo el gesto.

—Pero antes tendrán que besar vuestro culo pagano, ¿no es así? —continuó Finan—. ¿Y si la dama Eteflada os manda recado?

Esbocé una sonrisa, pero no dije nada. En ese momento, avistamos tierra, una franja gris sobre un mar gris; le dije a Uhtred que me cediera el timón. Aunque el Hambre era un río que conocía bien, nunca había estado en Grimesbi. Íbamos con la vela desplegada todavía y el *Medianoche* se adentró en la desembocadura del río por

la orilla este, tras culminar una larga lengua de arena conocida como el Pico del Cuervo. El mar rompía con fuerza contra aquel arenal sembrado de ennegrecidos y enhiestos restos de barcos que habían naufragado, pero, en cuanto doblamos el pico, las aguas se tranquilizaron y las olas se amansaron: estábamos en el río. Muy ancho en aquellos parajes, era una enorme extensión de agua gris bajo un cielo no menos gris zarandeado por el viento. Grimesbi se alzaba en la orilla sur del río. Arriamos la vela; los hombres refunfuñaron al tener que introducir los remos en los escálamos. Siempre la misma historia. No he conocido una sola tripulación que no se queje cuando se les dice que ha llegado la hora de remar; con todo, pusieron su mejor voluntad, se hicieron con las cañas, y el *Medianoche* se deslizó entre unos tristes juncales que, a modo de boyas, nos indicaban los arenales sumergidos, y de los que, como largas marañas de redes oscuras, pendían infinidad de nasas. Ya estábamos en el fondeadero de Grimesbi, donde atisbamos un montón de pequeños barcos de pesca y media docena de embarcaciones de mayor tamaño. Dos de los más grandes eran barcos de guerra, como el *Medianoche*; los otros eran cargueros; todos amarrados a lo largo de un muelle que reposaba en unas pilastras ennegrecidas.

—Ese embarcadero está podrido —apuntó Finan.

—Lo más seguro.

Más allá, se alzaba un villorrio de casas de madera tan renegridas como los pilares del embarcadero. En la costa cenagosa, columnas de humo señalaban aquellos lugares donde estaban ahumando pescado o hirviendo agua del mar para obtener sal. Al final del embarcadero, había un hueco entre dos barcos de mayor tamaño, el sitio justo para amarrar nuestra nave al muelle.

—Nunca conseguiréis atracar en ese agujero.

—¿Estáis seguro?

—No sin chocar con uno de los otros dos barcos.

—Ya será menos —reliqué. Finan se echó a reír; ordené que remasen más despacio, de forma que el *Medianoche* se dejase llevar por el agua.

—Dos chelines, de los sajones del oeste, a que no lo conseguís sin daros con uno de esos barcos —dijo Finan.

—Hecho —dije tendiéndole una mano. Me dio una palmada, y ordené que retirasen los remos al interior del barco, de forma que la poca velocidad que llevaba el *Medianoche* lo aproximase a aquel hueco. Aunque estaba seguro de que alguien nos observaba, aparte de unos niños pequeños que se dedicaban a espantar a las gaviotas para alejarlas de los secaderos de pescado, no vi a nadie en tierra. Siempre se me hace raro el esmero que ponemos en demostrar que somos auténticos lobos de mar. Aunque no los viéramos, seguro que alguien más estaba siguiendo la maniobra. Remos en alto, las palas meciéndose contra el cielo gris, y con la proa apuntando a la popa de un barco de guerra alargado, el *Medianoche* se fue arrimando.

—Vais a chocar —dijo Finan, con satisfacción.

Giré por completo el timón, empujándolo con fuerza y, si no me había

equivocado, gracias al último impulso, deberíamos encajar el *Medianoche* en aquel hueco, aunque, de haber calculado mal, quedaríamos demasiado alejados del muelle o chocaría contra las pilastras y abriría un boquete en el casco. Pero la nave se asentó en aquel hueco con una delicadeza que para sí quisiera cualquier marino experimentado, y apenas si se movía cuando el primero de mis hombres saltó al embarcadero y amarró el cabo de popa. Otro de los míos hizo lo propio con el de proa, y el costado del *Medianoche* rozó contra uno de los pilares, con tanta suavidad que el casco apenas si se estremeció. Solté la caña del timón, esboqué una sonrisa y tendí una mano.

—A ver esos dos chelines, cabrón irlandés.

—Pura suerte —refunfuñó Finan, sacando las monedas del morral.

La tripulación nos miraba con sorna.

—¡Mi nombre —les dije— es Wulf Ranulfson, de Haithabu! Si nunca habéis estado allí, podéis decir que os recluté en Lundene. —Señalé a mi hijo—. Él es Ranulf Wulfson; hemos venido a hacer acopio de víveres antes de volver a nuestra tierra, al otro lado del mar.

Por un angosto camino que, a lo largo de una lengua de cieno llevaba al embarcadero, completamente embozados y provistos de espadas, dos hombres se llegaron hasta donde estábamos. Salté al muelle y salí a su encuentro. No parecían intranquilos.

—¡Otro día pasado por agua! —fue el saludo que me dedicó uno de ellos.

—¿Ah, sí? —respondí. A pesar de los oscuros nubarrones, no llovía.

—¡Lo será!

—Es de los que aseguran que los huesos le avisan del tiempo que vamos a tener —dijo el otro.

—¡Lluvia, y más lluvia a continuación! —dijo el primero—. Soy Rulf, bailío de esta localidad, o sea, ¡aquel a quien tendréis que pagar si pensáis dejar vuestro barco aquí!

—¿Cuánto?

—Pediros que me entregarais vuestra carga sería excesivo; vamos a dejarlo en un penique de plata al día.

De modo que eran honrados. Les entregué dos trozos de plata que había cortado de un brazalete, y Rulf se los guardó en un zurrón.

—¿Al servicio de quién estáis? —pregunté.

—Del *jarl* Sigurd.

—¿Sigurd Thorrson?

—Habéis dado en el clavo: un hombre justo.

—Eso tengo entendido —dije. No solo sabía quién era, sino que había matado a su hijo durante la última de las grandes batallas que habían librado daneses y sajones. Sigurd no podía ni verme; por si fuera poco, aparte de aliado, era el mejor amigo de Cnut.

—Seguro que nadie os ha hablado mal de él —repuso Rulf, antes de echar un vistazo al *Medianoche*—. ¿Y cuál es vuestro nombre, si puede saberse? —me preguntó, mientras contaba los hombres que iban a bordo y tomaba nota de los escudos y las espadas que se apilaban en el centro de la embarcación.

—Wulf Ranulfson —contesté—. Vengo de Lundene y me dirijo a Haithabu.

—¿No vendréis en busca de pendencia?

—No buscamos otra cosa —sonreí—, pero solo venimos a por cerveza y comida.

Dejó entrever una sonrisa.

—Ya estáis al tanto de las normas, Wulf Ranulfson: nada de armas en el pueblo —dijo al tiempo que, con la cabeza, señalaba un edificio alargado, al abrigo de una ennegrecida techumbre de cañizo—. Esa es la taberna. Han atracado dos barcos de Frisia; procurad no enzarzaros.

—No hemos venido en busca de pelea.

—De ser así, caeríais en manos del *jarl* Sigurd, y no querréis que eso pase, ¿verdad que no?

Una taberna de lo más espaciosa para un pueblo tan pequeño. Grimesbi no tenía muralla: solo un hediondo foso que rodeaba un puñado de casas abigarradas. Era una ciudad de pescadores, así que pensé que la mayoría de los hombres estarían faenando en las ricas aguas del océano. Las casas estaban muy juntas, como si, arrimándose unas a otras, fueran a protegerse mejor de los vendavales que, por fuerza, habrían de llegarles del mar, a un paso tan solo. Las más grandes eran unos almacenes repletos de cuanto pueda necesitar un marino: sogas de cáñamo, pescado ahumado, carne en salazón, tablones desbastados, remos pulidos, cuchillos de pesca, garfios, pernos para escálamos, pelo de caballo para calafatear..., todo lo que, en condiciones meteorológicas adversas, un barco pudiera necesitar para llevar a cabo las reparaciones necesarias o hacer acopio de víveres. Más que un puerto de pesca, era una ciudad por la que pasaban muchos viajeros, un lugar al que acudían en busca de cobijo los barcos que bordeaban aquella costa; por eso mismo había decidido recalar allí.

Iba en busca de novedades, y confiaba en que algún tripulante de alguna de las naves de paso estaría en condiciones de dárme las, lo que me obligaría a pasar todo el día en la taberna. Dejé el *Medianoche* a las órdenes de Osferth, recordándole que los miembros de la tripulación solo podían bajar a tierra en grupos reducidos.

—¡Nada de peleas! —les advertí a todos, antes de que Finan y yo siguiéramos los pasos de Rulf y su acompañante a lo largo del embarcadero.

Al ver que íbamos tras ellos, Rulf, hombre considerado, nos esperó.

—¿Necesitáis víveres? —preguntó.

—Buena cerveza, algo de pan quizá.

—Ambas cosas os las proporcionarán en la taberna. Si me necesitáis para algo más, me encontraréis en la casa que queda al lado de la iglesia.

—¿Iglesia? —pregunté sorprendido.

—Un edificio con una cruz clavada en el hastial. No tiene pérdida.

—¿Acaso el *jarl* Sigurd consiente tales desatinos? —insistí.

—Le da igual. Por aquí pasan un montón de barcos cristianos, y sus tripulaciones quieren rezar. Si encima se dejan sus buenos dineros en el pueblo, ¿por qué no recibirlos con los brazos abiertos? Además, buena renta paga el cura al *jarl* por el alquiler del edificio.

—¿Y aprovecha para endilgaros sus predicas?

Rulf se echó a reír.

—Ya le tengo dicho que, si alguna vez se le ocurre hacerlo, yo mismo me encargaré de clavarlo por las orejas en su cruz.

Empezó a llover, una lluvia sesgada, insidiosa, que venía del mar. Siguiendo el foso, Finan y yo dimos una vuelta por el pueblo. Más allá del foso, vimos una calzada que se dirigía al sur. Un esqueleto colgaba de un poste al otro lado de la zanja.

—Algún ladrón, seguramente —dijo Finan.

Eché un vistazo a las marismas a nuestro alrededor. Me hice una composición de lugar porque, si bien confiaba en que no debería pasar allí, uno nunca está seguro de dónde puede armarse una trifulca. Se trataba de un lugar desolado y húmedo, pero también un sitio donde los barcos podían encontrar abrigo si se desencadenaba una de aquellas tormentas que podían convertir el mar en un caos gris y blancuzco.

Finan y yo nos acomodamos en la taberna, donde nos dieron una cerveza amarga y un pan tan duro como una piedra, pero la sopa de pescado era consistente y estaba recién hecha. Era una estancia amplia y alargada de vigas bajas, que una enorme fogata, de madera de deriva que ardía en un hogar situado en el centro, mantenía a una buena temperatura; aún no era mediodía y el local estaba lleno a rebosar. Había daneses, frisios y sajones. Los hombres cantaban y las putas se dedicaban a lo suyo recorriendo las largas mesas, llevándose a los hombres por una escala de madera a un desván acondicionado bajo un hastial, arrancando gritos de júbilo entre la concurrencia cada vez que las tarimas del altillo rebotaban, soltando nubes de polvo que iban a caer sobre nuestras jarras de cerveza. No perdía ni ripio de las conversaciones, pero no me pareció que nadie se jactase de haber ido al sur bordeando la costa de Northumbria. Necesitaba a alguien que hubiese estado en Bebbanburg, y estaba dispuesto a esperar lo que hiciera falta porque tenía que dar con esa persona.

Aunque parezca mentira, la persona en cuestión acabó por dar conmigo. A primeras horas de la tarde, un cura, me imaginé que el mismo que alquilaba la pequeña iglesia que se alzaba en el centro del pueblo, cruzó el umbral de la taberna sacudiéndose la lluvia que le empapaba la capa. Lo acompañaban dos hombres fornidos, que no se separaban de él mientras iba de mesa en mesa. Era un hombre mayor, enjuto y de pelo canoso, con una andrajosa sotana negra cubierta de manchas que parecían de vomitona. Un hombre de barba enmarañada y largos cabellos grasientos, pero de sonrisa pronta y mirada astuta. Miró hacia donde estábamos

nosotros, reparó en la cruz que Finan llevaba al cuello y, a través de los bancales, se abrió paso hasta nuestra mesa, que quedaba junto a la escala que usaban las putas.

—Soy el padre Byrnjolf —le dijo a Finan a modo de presentación—, ¿y vos sois?

Finan no le dijo su nombre. Se limitó a sonreír, a mirarlo fijamente, pero no dijo nada.

—Padre Byrnjolf —dijo de forma atropellada, como si jamás se le hubiera pasado por la cabeza la idea de preguntarle a Finan cómo se llamaba—. Veo que habéis tomado la decisión de daros una vuelta por nuestro pequeño pueblo, ¿me equivoco, hijo mío?

—Solo de paso, padre, solo de paso.

—En tal caso, a lo mejor tenéis la bondad de echar una moneda para contribuir a la obra de Dios en este lugar —añadió, al tiempo que le pasaba un platillo por delante de las narices. Sus dos acompañantes, unos hombres de aspecto impresionante, con sendos jubones de cuero, cinturones anchos y cuchillos largos, no se movieron de su lado. Ninguno de los dos sonreía.

—¿Y si no lo hago? —se interesó Finan.

—Dios os bendecirá de todos modos —dijo el padre Byrnjolf. Era danés, y eso me sacaba de quicio. Si todavía se me hacía cuesta arriba imaginarme a un danés que se hubiera hecho cristiano, menos me cabía en la cabeza que, encima, fuese cura. Se fijó en el martillo que llevaba y dio un paso atrás.

—No pretendía ofenderos —dijo con humildad—. Solo contribuyo a la obra de Dios.

—Como esos —repuse, mirando a los tablones del suelo del desván, que no dejaban de moverse y de crujir.

Se echó a reír y volvió a mirar a Finan.

—Si puedes ayudar a la Iglesia, hijo mío, Dios te lo pagará.

Finan sacó una moneda del morral y el cura se santiguó. Estaba claro que solo pretendía acercarse a viajeros cristianos, y sus dos acompañantes solo iban con él por si surgía algún malentendido con un pagano.

—¿Cuánto pagáis de alquiler al *jarl* Sigurd? —le pregunté. Sentía curiosidad y confiaba en que Sigurd le sacase una cantidad desorbitada.

—Gracias a Dios, no pago nada. Lord Ælfric lo hace por mí. Todo lo que recaudo es para los pobres.

—¿Lord Ælfric? —repetí, confiando en que no se me notase en la voz lo sorprendido que me había quedado.

El cura se hizo con la moneda de Finan.

—Ælfric de Bernicia —nos aclaró—. Es nuestro valedor, y con largueza. Acabo de estar con él —al tiempo que se señalaba las manchas de la sotana negra, como si tuvieran algo que ver con la visita.

¡Ælfric de Bernicia! En tiempos hubo un reino conocido como Bernicia del que mis antepasados habían sido reyes; un reino que, tras ser conquistado por

Northumbria, había desaparecido, ya hacía mucho, y del que solo quedaba en pie la fortaleza de Bebbanburg y las tierras colindantes. Y resulta que mi tío tenía a bien darse a conocer como Ælfric de Bernicia. No dejó de sorprenderme que, de paso, ya puestos, no se hubiera autoproclamado rey.

—¿Qué os hizo Ælfric? —le pregunté—. ¿Acaso se dedicó a echaros las sobras de la comida por encima?

—Siempre que voy en barco me mareo —dijo el cura, con una sonrisa—. Solo Dios sabe lo poco que me gusta. No paran de balancearse, ¿sabéis? Todo el rato arriba y abajo, hasta que el estómago, incapaz de contener nada por bueno que sea, os lleva a arrojar la comida a los peces. Pero lord Ælfric tiene a bien que, tres veces al año, vaya a verlo, así que tengo que sobreponerme al mareo. —Puso la moneda en el platillo—. Dios te lo pague, hijo —le dijo a Finan.

Finan esbozó una sonrisa.

—Hay un remedio infalible para el mareo, padre —le dijo.

—Bendito sea Dios, ¿de qué se trata? —se interesó el padre Byrnjolf sin apartar los ojos del irlandés—. Cuéntamelo, hijo mío.

—Quedarse sentado debajo de un árbol.

—No te burles de mí, hijo mío, no me tomes el pelo —dijo con un suspiro; a continuación, y con razón, se me quedó mirando con cara de asombro: acababa de poner una moneda de oro encima de la mesa.

—Acomodaos y tomad un trago de cerveza —le dije.

Vaciló un momento. Los paganos le ponían nervioso, pero el oro resultaba tentador.

—Alabado sea Dios —dijo, y se sentó en el banco de enfrente.

Eché una ojeada a los dos hombres. Fornidos, con las manos manchadas de esa negra brea con que se recubren las redes de pesca. Uno de ellos era un mocetón realmente imponente, de cara atezada por el viento, nariz aplastada y unos puños como mazas de guerra.

—No voy a matar a vuestro cura —les dije—; así que no hace falta que os quedéis ahí como un par de pasmarotes. Id a por una jarra de cerveza.

Uno de ellos se quedó mirando al padre Byrnjolf, que hizo un gesto de asentimiento, y los dos se fueron al otro extremo de la estancia.

—Almas bondadosas —dijo el cura—, pero soy de los que prefieren que su cuerpo se quede de una pieza.

—¿Pescadores?

—Así es —respondió—, como los discípulos de nuestro Señor.

Me pregunté si alguno de los discípulos del dios crucificado habría tenido la nariz aplastada, los pómulos estragados y la mirada perdida. Quién sabe. Los marineros son gente recia. Vi que los dos se acomodaban en una mesa, y giré la moneda entre los dedos ante los ojos del cura. El oro brilló y, con un tintineo, comenzó a dar vueltas hasta que perdió el impulso que llevaba. La moneda repiqueteó un momento y fue a

caer encima de la mesa. Se la acerqué un poco al cura. Finan había pedido otra ronda y se sirvió cerveza de la jarra.

—Tengo entendido —le dije al padre Byrnjolf— que lord Ælfric anda buscando hombres.

El cura no dejaba de mirar la moneda.

—¿Qué os han contado?

—Que Bebbanburg es una fortaleza inexpugnable, pero que Ælfric carece de barcos.

—Tiene dos en realidad —dijo el padre Byrnjolf, con cautela.

—¿Para vigilar sus costas?

—Para disuadir a los piratas. Y sí, estáis en lo cierto: a veces alquila otros barcos. Dos no dan abasto.

—Se me acababa de ocurrir que quizá pudiéramos llegarnos a Bebbanburg... —dije, enderezando la moneda y haciéndola girar de nuevo—. ¿Trata bien a la gente que no es cristiana?

—Pues sí, es decir —haciendo una pausa para rectificar lo que acababa de decir—, quizás amable no sea el término correcto, pero es justo. Trata a la gente con consideración.

—Habládme de él —le rogué.

La luz se reflejó en la moneda, que brilló lanzando un destello.

—No anda muy bien de salud —añadió el padre Byrnjolf—; es su hijo quien lleva las riendas de todo.

—¿Y cómo se llama su hijo? —pregunté. De sobra lo sabía yo. Ælfric era mi tío, el hombre que me había arrebatado Bebbanburg, y su hijo se llamaba Uhtred.

—Se llama Uhtred —dijo el cura—; su hijo lleva ese nombre, ¡un gran muchacho! Solo tiene diez años, pero es fuerte y arrojado, ¡un buen chico!

—¿Y también se llama Uhtred?

—Un nombre tradicional de esa familia.

—¿Solo tiene un hijo? —insistí.

—Ha tenido tres, pero los dos más pequeños han muerto —santiguándose—. Pero el mayor sigue adelante, gracias a Dios.

Será cabrón, me dije para mis adentros, pensando en Ælfric. Le había puesto Uhtred a su hijo, y así él había llamado también Uhtred al suyo, y todo porque los Uhtred son los señores de Bebbanburg. Pero yo soy Uhtred y mío es Bebbanburg, en tanto que Ælfric, al poner a su hijo el nombre de Uhtred, trataba de proclamar a los cuatro vientos que yo había perdido la fortaleza, un lugar que seguiría en manos de los suyos hasta el final de los tiempos.

—¿Cómo puedo llegar allí? —pregunté—. ¿Acaso dispone de puerto?

Subyugado por la moneda de oro, el padre Byrnjolf me puso al tanto de cosas que ya sabía y de otras de las que no estaba al corriente. Me explicó que tendríamos que negociar el paso por la estrecha bocana norte que daba a la fortaleza si quería llevar el

Medianoche a las aguas poco profundas del puerto recogido que se abría a los pies de la colosal roca sobre la que se alzaba Bebbanburg. Nos permitirían bajar a tierra, me aseguró, pero si queríamos llegar a la mansión de lord Ælfric, tendríamos que seguir el sendero ascendente que llevaba hasta la primera puerta, la conocida como Puerta Baja. Un portalón, según nos dijo, de enorme proporciones, encajado en murallas de piedra. Una vez traspasada esa puerta, llegaríamos a una vasta explanada donde veríamos una herrería junto a los establos; tras cruzarla, otro sendero empinado conducía hasta la Puerta Alta, tras la que permanecían a buen resguardo la mansión de Ælfric, otras dependencias habitables, la armería y la atalaya.

—Y más piedra, claro —dejé caer.

—Pues sí: lord Ælfric ha levantado otra muralla en aquel recinto, para que nadie pueda pasar.

—¿Dispone de muchos hombres?

—Unos cuarenta o cincuenta viven en la fortaleza. Dispone de más guerreros, como es natural, hombres que se dedican a arar la tierra o que viven en su casa.

Algo que también sabía yo. Mi tío estaba en condiciones de reunir un ejército formidable, pero la mayoría de sus hombres vivían en caseríos o fuera de la fortaleza. Tardaría un día o dos, cuando menos, en reunir a aquellos centenares de hombres, lo que significaba que tendría que vérmelas con los miembros de su guardia personal, cuarenta o cincuenta guerreros bien pertrechados y entrenados, cuyo trabajo consistía en impedir que la pesadilla de Ælfric se hiciera realidad.

—¿Tenéis pensado ir pronto al norte? —se interesó el padre Byrnjolf.

Hice como si no le hubiera oído.

—¿Acaso anda escaso de barcos para proteger a sus mercaderes?

—Por lo general, llevan lana, cebada y pieles —dijo el cura—. Normalmente, van al sur, a Lundene, o cruzan el mar hasta Frisia, así que sí: necesitan protección.

—Y paga bien.

—Todo el mundo está al tanto de su generosidad.

—Me habéis sido de gran ayuda, padre —dije, enviando la moneda al otro lado de la mesa.

—Que Dios te lo pague, hijo mío —dijo el cura a gatas, intentando recuperar la moneda que había ido a caer entre los tablones del suelo—. ¿Cómo os llamáis? —me preguntó cuando se hizo con el oro.

—Wulf Ranulfson.

—Que Dios os proteja durante vuestra travesía al norte, Wulf Ranulfson.

—A lo mejor no vamos al norte —dije, cuando el cura se puso en pie—. Me han llegado rumores de que se puede liar una buena en el sur.

—Dios no lo quiera —pareció titubear—. ¿Una buena, decís?

—En Lundene se comenta que lord Etelredo piensa que ya es hora de apoderarse de Anglia oriental.

El padre Byrnjolf se santiguó.

—Dios no lo permita, Dios no lo quiera —dijo.

—Siempre se puede sacar algo de provecho —repliqué—, así que rezo por que haya guerra.

Sin decir nada, se fue a toda prisa. Yo estaba de espaldas a él.

—¿Qué está haciendo? —le pregunté a Finan.

—Hablando con sus dos acompañantes. Nos miran.

Corté un trozo de queso.

—¿Qué razón puede tener Ælfric para hacerse cargo de los gastos de un cura en Grimesbi?

—¿Que es un buen cristiano? —apuntó Finan, con sorna.

—Ælfric es un traidor, una mierda pinchada en un palo.

Finan miró al cura y, luego, me miró a mí.

—El padre Byrnjolf se queda con la plata de vuestro tío.

—A cambio —repliqué—, él le pone al tanto de quién anda por Grimesbi: quién va y quién viene.

—Y de quién anda haciendo preguntas acerca de Bebbanburg.

—Como bien acabo de hacer.

Finan asintió.

—Exacto. Igual que habéis pagado más de la cuenta a ese cabrón, y habéis hecho muchas preguntas sobre sus defensas, ya de paso podríais haberle dicho vuestro verdadero nombre.

Fruncí el ceño, pero Finan estaba en lo cierto. Me había mostrado demasiado ansioso con tal de obtener información, de modo que el padre Byrnjolf se habría quedado más que con la mosca detrás de la oreja.

—¿Y cómo le pone al corriente de lo que pasa por aquí?

—¿Los pescadores?

—¿Con este viento? —me atreví a decir, fijándome en las aldabillas de una de las contraventanas, que no dejaban de golpear y de traquetear—. ¿Dos días de travesía? Un día y medio como mucho, si utilizan un barco del mismo tamaño que el *Medianoche*.

—Tres, si tocan tierra por la noche.

—¿Y me habrá dicho la verdad ese cabrón? —pregunté en voz alta.

—¿En cuanto a los hombres que protegen a vuestro tío? —preguntó Finan, mientras garabateaba pasando el dedo índice por encima de un poco de cerveza que se había derramado—. Me dio la impresión de que sí —añadió, sonriendo a medias—. ¿Cincuenta hombres? Si conseguimos entrar, tendríamos que ser capaces de acabar con ellos.

—Siempre y cuando podamos entrar —dije, volviéndome y haciendo como que miraba la fogata que ardía en el centro de la estancia, cuyas llamas se alzaban al encuentro con la lluvia que entraba por el agujero del techo. El padre Byrnjolf estaba muy enfrascado en la conversación que mantenía con sus dos fornidos acompañantes;

justo mientras los miraba, se dieron media vuelta y se precipitaron hacia la puerta de la taberna.

—¿Qué hay de la marea? —le pregunté a Finan, sin dejar de mirar al cura.

—Alta esta noche; baja al amanecer.

—En ese caso, nos iremos al amanecer —dije.

Porque el *Medianoche* se disponía a salir de caza.



Zarpamos al amanecer, con la marea baja, hacia un mundo de un gris acerado. Un mar gris, bajo un cielo gris y una niebla también gris; como un animal elegante y temible, el *Medianoche* se deslizó por entre todos aquellos grises. Utilizamos solo veinte de los remos de que disponíamos, que, aparte del leve crujido en los escálamos y del chapoteo, inevitable en ocasiones, de alguna pala al hundirse en el agua, se alzaban y bajaban casi en silencio. Mientras bordeábamos los juncos que señalaban el canal, atrás dejábamos una estela encrespada, oscura y plateada, que se dilataba hasta desaparecer.

Dejándonos llevar por la marea, llegamos al mar. La niebla se tornó más espesa, pero la marea nos llevaba por donde yo quería, y no viré rumbo norte hasta que nuestra proa se encabritó frente a las embestidas de olas mucho más grandes. Remábamos de forma pausada. A lo lejos, se oía el bramido del mar al romper en el Pico del Cuervo, y me alejé hasta que el ruido cesó por completo; para entonces, la niebla gris se había espesado y tornado más reluciente. Había dejado de llover. Aunque unas olas pequeñas, últimos coletazos del mal tiempo, seguían estrellándose con rabia contra el casco de nuestra embarcación, el mar estaba tranquilo, calmo, y tuve la sensación de que el viento se disponía a soplar de nuevo; ordené que izaran la vela empapada para ponerla en condiciones.

Y así fue: del este una vez más, el viento sopló y la vela se hinchó y retiramos los remos, y el *Medianoche* puso rumbo norte. Se levantó la niebla y, no lejos de la costa, atisbé unos botes de pesca; sin prestarles atención, continué hacia el norte; los dioses parecían estar de mi parte, porque el viento viró un poco hacia el sur, mientras el sol se alzaba entre unas nubes deshilachadas. Oímos los graznidos de unas aves marinas.

Tanto avanzamos que, a última hora de la tarde, vislumbramos los blancos acantilados de Flaneburg, punto de referencia más que conocido. Cuántas veces no habría pasado cerca de aquel enorme promontorio con sus perforados y blancos acantilados. Podía ver la blancura de las olas al romper contra ellos y, a medida que nos acercábamos, oír el estampido del agua al estrellarse contra aquellas cuevas.

—Flaneburg —le dije a mi hijo—. ¡Recordad este sitio!

—No es fácil de olvidar —respondió mientras observaba aquel torbellino de agua y piedras.

—Más vale mantenerse lo más lejos posible de aquí —le dije—. Las corrientes son muy fuertes cerca de los acantilados; mar adentro, es más fácil. Y si alguna vez vais huyendo de un vendaval del norte, ni se os ocurra buscar refugio en la cara sur.

—¿Ah, no?

—Aguas poco profundas —añadí, señalando los ennegrecidos restos de barcos que sobresalían entre amenazantes olas—. Flaneburg engulle hombres y barcos. Evítadlo.

El empuje de la marea había cambiado y la teníamos en contra, el *Medianoche* se enfrentaba con las olas; di la orden de que arriasen la vela y los hombres se pusieran a los remos. El mar trataba de arrastrarnos hacia el sur, y yo iba en busca de refugio en la cara norte de Flaneburg, donde las aguas eran más profundas y no podría avistarnos ningún barco que viniese del sur. Me arrimé cuanto pude a los acantilados. Los alcatraces revoloteaban alrededor de nuestro mástil; los frailecillos volaban muy deprisa al ras de las olas que rompían. Las olas se estrellaban contra las rocas y se desparramaban por los salientes, retirándose en una encolerizada mezclanza de remolinos blancos. Arriba, en lo alto del acantilado, llegué a ver unas hierbas dobladas por el viento; dos hombres observaban nuestras evoluciones. Pendientes de nosotros, por si tocábamos tierra; jamás se me habría ocurrido llevar un barco hasta la pequeña cala que se abría en la cara norte de Flaneburg, y tampoco estaba dispuesto a intentarlo en aquella ocasión.

Al revés: pusimos proa contra la corriente y, a fuerza de remos, allí nos quedamos. Cuando llegamos, había cinco barcos de pesca cerca del gran saliente blanco. Dos, al este de los acantilados; otros tres, al norte. Al vernos, todos huyeron hacia la costa. Éramos el lobo, y las ovejas sabían cuál era su lugar y todo eso, así que, a medida que las sombras se echaban sobre el mar, nos dejaron solos. Cesó el viento, aunque no por eso se tranquilizaron aquellas aguas tan agitadas. La corriente nos arrastraba con fuerza, de modo que mis hombres tuvieron que emplearse a fondo con los remos para mantener el barco en su sitio. Las sombras se tornaron en oscuridad, y el mar pasó de ser gris a ser casi negro, aunque de una negrura hendida por surcos de espuma blanca. El cielo se puso gris de nuevo, pero luminoso.

—A lo mejor no tienen pensado venir esta noche —dijo Finan, llegándose a mi lado, junto al timón.

—No pueden ir por tierra, y tendrán prisa por llegar —repuse.

—¿Por qué no van a ir por tierra? —preguntó mi hijo.

—Dejaos de preguntas necias —respondí, irritado.

Se me quedó mirando.

—Son daneses —se revolvió—. ¿No dijisteis que el cura era danés? —antes de añadir, sin esperar mi respuesta—: Quizá los dos pescadores fueran cristianos y sajones —continuó—, pero el *jarl* Sigurd se muestra tolerante con la religión que profesan. Podrían ir a caballo por Northumbria, sin que nadie los molestase.

—Tiene razón —comentó Finan.

—No, no la tiene —insistí—. A caballo tardarían demasiado.

Confiaba en estar en lo cierto. Con tal de no tener que soportar aquellos mareos cada vez que iba en barco para informar cuanto antes, estaba seguro de que al padre Byrnjolf le habría encantado la idea de poder ir a caballo hasta Bebbanburg. Me había hecho a la idea de que los pescadores lo acercarían a la costa, donde siempre cabía la posibilidad de que apareciese algún barco de daneses de pura cepa que anduviese en busca de refugio o, caso de no encontrar ninguno, encallar su nave en cualquier playa. Hacer aquella travesía en un bote pequeño y a un paso de la costa era más seguro que aventurarse por las largas rutas marítimas del norte.

Volví la vista hacia el oeste. Las estrellas parpadeaban entre nubes oscuras. Ya era casi de noche, pero habría luna.

—Saben que nos hemos ido de Grimesbi —dijo mi hijo—, y estarán preocupados por si estamos esperándolos.

—¿Por qué habrían de estarlo? —pregunté.

—Porque estuvisteis haciendo preguntas sobre Bebbanburg —repuso Finan, cortante.

—Y saben cuántos somos, porque nos contaron —repliqué—: treinta y seis. ¿Qué van a hacer treinta y seis hombres frente a Bebbanburg?

—Nada, eso es lo que habrán pensado —dijo Finan—. Quizá se hayan tragado vuestro cuento, y al padre Byrnjolf ni siquiera se le haya pasado por la cabeza la idea de enviar un aviso.

Cayó la noche. La luz de la luna bañaba el mar, pero la tierra estaba a oscuras. A lo lejos, hacia el norte, una fogata resplandecía en la costa, pero todo lo demás, hasta los blancos acantilados, permanecía en tinieblas. Surcado por destellos de color plata, gris y blanco, el mar no era sino una masa negra. Llevé al *Medianoche* unas brazas más al norte para mantenerlo alejado de los acantilados durante la noche. Cualquier barco mar adentro no lo distinguiría de tierra firme. Agazapado, el lobo se mantenía al acecho.

Y, cuando menos lo esperábamos, apareció la presa.

La avistamos hacia el sur: un barco pequeño, con una vela cuadrada; lo primero que vi fue aquella vela oscura. Estaría a una media milla del extremo este de Flaneburg; sin pararme a pensarlo, aparté la caña del timón, mientras Finan daba la orden de que los remos se pusieran a la faena, y el *Medianoche* abandonó su oscuro escondrijo.

—¡Con brío! —le gruñí a Finan.

—Con todas nuestras fuerzas —contestó. Una ola rompió en la proa y el agua corrió a raudales por la cubierta. Los hombres se esforzaban cuanto podían, los remos se combaban, el barco avanzaba deprisa—. ¡Más rápido! —gritó Finan, dando patadas en el suelo para marcar el ritmo.

—¿Cómo estáis tan seguro de que se trata de ellos? —me preguntó Uhtred.

—No lo estoy.

Nos había visto. Quizá fuera la espuma blanca que levantaba nuestra proa o el ruido de nuestros pesados remos al hundirse, pero reparé en que aquel pequeño cascarón trataba de alejarse y mientras un hombre se afanaba en asegurar una soga para tensar la vela; fue entonces cuando debieron de darse cuenta de que no tenían escapatoria, y viraron hacia nosotros. La vela se aflojó durante un instante, la aseguraron de nuevo, y el pequeño barco puso proa hacia el *Medianoche*.

—Lo que pretenden hacer —le expliqué a Uhtred— es cambiar de rumbo en el último momento y destrozar una de nuestras hileras de remos. Ese hombre sabe lo que se trae entre manos.

—¿Cuál de las dos?

—Ojalá lo supiera... —dije, y callé la boca.

A bordo de la nave que se aproximaba iba más de un hombre. ¿Dos? ¿Tres, quizá? Era un barco de pesca, de casco ancho, seguro y lento, pero lo bastante pesado como para astillarnos los remos.

—Nos embestirá por ese lado —dije, señalando al sur. Con la cara pálida bajo la luz de la luna, Uhtred se me quedó mirando—. Fijaos —le dije—: el timonel está de pie junto al timón. No tiene forma de acercarlo contra sí, no tiene sitio, así que no le quedará otra que alejarlo de él.

—¡Remad, cabrones! —gritaba Finan.

Cien pasos, cincuenta, y el barco de pesca mantenía el rumbo, proa contra proa, y acerté a ver que había tres hombres a bordo, y el barco, cada vez más cerca, hasta que ya no vi aquel casco que quedaba por debajo de nuestra proa, y solo pude ver la oscura vela, cada vez más cerca; con todas mis fuerzas, atraje la caña del timón hacia mí, y vi cómo, en ese momento, el otro barco viraba, pero yo me había adelantado a sus intenciones; viraron tal y como había pronosticado y nuestra proa, coronada por la cabeza de un animal, se abalanzó sobre su casco panzudo. Sentí cómo el *Medianoche* se estremecía, oí un grito, el estruendo de madera al astillarse, y vi cómo el mástil y la vela desaparecían mientras nuestros remos se ponían en movimiento de nuevo y algo raspaba el fondo del casco de nuestra nave y, en el agua, solo se veían trozos de madera.

—¡Dejad de remar! —grité.

Aunque las piedras del lastre se hubieran llevado la mayor parte del casco destrozado al fondo del mar, allá donde se ocultan los monstruos, nosotros cargábamos con los restos del barco que se había ido a pique. La vela había desaparecido; solo quedaban unos maderos astillados, un enorme serón de pescado vacío, y un hombre que chapoteaba a la desesperada, tratando de mantenerse a flote en aquel mar agitado con tal de llegar al costado del *Medianoche*.

—Es uno de los dos que estaban con el padre Byrnjolf —dijo Finan.

—¿Lo habéis reconocido?

—¿No veis esa nariz aplastada?

El hombre consiguió aferrarse a un remo y se arrimó al costado de nuestra nave;

Finan se agachó y se hizo con un hacha. Me miró, asentí con la cabeza; al caer, la hoja del hacha resplandeció bajo la luz de la luna. Se oyó un ruido similar al que hacen los matarifes y, del cráneo hendido, brotó una nube de sangre tan negra como la tierra; luego, el hombre desapareció.

—Izad la vela —dije, y, en cuanto recogieron los remos y se hinchó la vela, puse rumbo al norte de nuevo.

En plena noche, el *Medianoche* había acabado con nuestros enemigos, y nos dirigíamos a Bebbanburg. La pesadilla de Ælfric estaba a punto de hacerse realidad.

Capítulo IV

En contra de lo que habría deseado, aquella noche el tiempo se encalmó.

Tampoco entraba en mis cálculos recordar la cara de aquel pescador de nariz aplastada y pómulos atezados y cubiertos de magulladuras que, desesperado y vapuleado, alzaba unos ojos suplicantes; cómo nos lo habíamos quitado de en medio, cómo su negra sangre se había alzado en la noche negra, cómo había desaparecido en medio de un remolino de agua negra a un paso del *Medianoche*. Somos crueles.

Cuántas veces y con tanto aplomo, Hild, una mujer a la que había amado antes de que fuera abadesa en Wessex, una buena cristiana, no me habría hablado de paz. Se refería a su dios como el «príncipe de la paz», mientras trataba de convencerme de que, si los adoradores de los dioses verdaderos llegasen a reconocer a su príncipe crucificado, siempre reinaría la paz. «Bienaventurados los mansos», gustaba de repetirme; habría estado encantada de ver cómo habían ido las cosas durante aquellos últimos pocos años, porque Britania había conocido una paz desasosegada. Al igual que los galeses y los escoceses, los daneses se habían limitado a realizar algunas incursiones en busca de ganado, de esclavos a veces, pero no había habido guerra. No otra era la razón de que mi hijo no hubiera participado nunca en un muro de escudos: no había habido ocasión de formarlos. Se había entrenado sin descanso, día tras día, pero los ejercicios poco tienen que ver con la realidad, con ese terror que hace que se suelten las tripas cuando, a un brazo de distancia, hay que enfrentarse con un loco que, apestando a hidromiel, enarbola una pesada hacha de guerra.

No faltaban quienes predicaban que aquella paz de que habíamos disfrutado durante aquellos últimos y pocos años era para que se cumpliese la voluntad del dios de los cristianos, y que deberíamos darnos con un canto en los dientes porque nuestros hijos podrían crecer sin miedo y recogeríamos lo que habíamos sembrado; que solo en tiempos de paz como aquellos, los curas cristianos podrían llevar su mensaje a los daneses y que, cuando dicha labor hubiera concluido, todos viviríamos en paz y armonía en un mundo cristiano.

Pero no había habido tal paz.

En parte, debido al agotamiento. Nos habíamos peleado durante años y años, y la última batalla, un baño de sangre en las marismas invernales de Anglia oriental, donde habían perdido la vida el rey Ehoric y el aspirante Etelwoldo, al igual que el hijo de Sigurd Thorrrson, había sido una carnicería de tales dimensiones que se nos habían quitado las ganas de más guerra. Pero las circunstancias apenas habían cambiado. El norte y el este seguían en manos de los daneses, en tanto que el sur y el oeste seguían en poder de los sajones. Escaso era el terreno que habían ganado tantas tumbas para los dos bandos enfrentados. Y Alfredo, que ansiaba la paz, pero también se había dado cuenta de que esta jamás se alcanzaría mientras dos tribus siguieran

peleándose por los mismos predios, había fallecido. Ahora su hijo, Eduardo, era el rey de Wessex, y se daba por satisfecho con que los daneses estuviesen tranquilos. Aspiraba a lo mismo con que su padre había soñado, que todos los sajones se uniesen bajo una sola corona, pero era joven, tenía miedo al fracaso y no se fiaba de los hombres de más edad que habían aconsejado a su padre, así que se dejaba llevar por aquellos curas que le decían que se esforzase en conservar lo que tenía y que se olvidase de los daneses. Porque al final, y al decir de aquellos clérigos, los daneses abrazarían el cristianismo y todos nos amaríamos los unos a los otros. Con todo, no era ese el único mensaje que defendían todos los curas. Algunos, como el abad al que había liquidado, llamaban a los sajones a ponerse en pie de guerra, proclamando que los restos de san Oswaldo los conducirían a la victoria.

No les faltaba razón a aquellos curas beligerantes. No en lo tocante a los restos de san Oswaldo quiero decir, algo sobre lo que yo mantenía mis reservas, sino en proclamar que nunca habría una paz duradera mientras los daneses siguieran ocupando unos territorios que antaño pertenecieran a los sajones. Pero aquellos daneses no renunciaban a nada: soñaban con apoderarse del resto de Mercia y quedarse con todo Wessex. Fuese cual fuese el estandarte bajo el que luchasen, el martillo o la cruz, los daneses nunca se daban por satisfechos. Y se habían hecho fuertes de nuevo. Las pérdidas de las guerras les habían venido bien; andaban intranquilos, lo mismo que Etelredo, señor de Mercia. Toda su vida bajo la férula de Wessex, y hete aquí que había encontrado una mujer nueva, se hacía mayor y quería dejar huella. Anhelaba que los poetas ensalzasen sus victorias, que se escribieran crónicas para que su nombre pasara a la historia, y estaba dispuesto a iniciar una guerra, una guerra que enfrentaría a la Mercia cristiana con la no menos cristiana Anglia oriental, una guerra que arrastraría al resto de Britania. De nuevo, habría muros de escudos.

Porque no era posible que hubiera paz, no al menos mientras dos tribus ocupasen un mismo territorio. Una de las dos tenía que alzarse con la victoria. Ni siquiera el dios crucificado era capaz de modificar tal verdad. Y yo era un hombre de armas y, en un mundo en guerra, un guerrero tiene que ser cruel.

El pescador había alzado los ojos con mirada suplicante, pero el hacha había caído y él había ido a parar a su tumba marina. Me habría traicionado por servir a Ælfric.

Me dije a mí mismo que alguna vez tendríamos que poner fin a tanta crueldad. Toda mi vida había peleado a favor de Wessex. Yo era quien había llevado a la victoria al dios crucificado, pero aquel dios me había dado la espalda y escupido a la cara, así que iría a Bebbanburg y, una vez la hubiese recuperado, me quedaría allí y observaría cómo se peleaban las dos tribus. Tal era mi plan. Volvería a mi hogar y me quedaría en casa, y convencería a Etelfleda para que se viniese conmigo y, entonces, ni siquiera el dios crucificado podría sacarme de Bebbanburg, porque es una fortaleza inexpugnable.

Por la mañana, le conté a Finan cómo nos haríamos con ella. Al oírme, se echó a reír.

—Podría dar resultado —dijo.

—Rezad a vuestro dios para que nos envíe un tiempo que nos acompañe —repuse, con voz lúgubre, sin ninguna razón. Necesitaba que el tiempo estuviese revuelto, un tiempo capaz de amedrentar a los barcos, pero, de buenas a primeras, el cielo se había puesto azul y el tiempo se había templado. El viento soplaba flojo y del sur, de forma que nuestra vela solo se hinchaba a veces, haciéndonos perder velocidad y que el *Medianoche*, indolente, gandulease en un mar resplandeciente bajo el sol. La mayoría de los hombres estaban dormidos, y me parecía bien que se tomasen un descanso en vez de ponerse a los remos. Mar adentro, nos habíamos alejado de la costa y no se veía a nadie más bajo aquel cielo despejado.

Finan miró a lo alto para ver dónde estaba el sol.

—No vamos a Bebbanburg —dijo.

—Nos dirigimos a Frisia.

—¡Frisia!

—No podemos ir a Bebbanburg en estos momentos —le expliqué—, ni tampoco podemos quedarnos en las costas de Northumbria porque, más pronto o más tarde, Ælfric acabará por enterarse de que andamos por aquí, así que debemos ocultarnos durante unos días. Nos esconderemos en Frisia.

Así fue cómo cruzamos al otro lado del mar hasta esos extraños parajes de islas, agua, arenales, cañaverales, arena y madera de deriva, surcados por canales que modifican su curso de un día para otro, tierras que un día parecen firmes y, al siguiente, desaparecen. Un lugar donde las garzas reales, las focas y los proscritos se sienten como en casa. Tres días y dos noches nos llevó la travesía hasta que, al final del tercer día, cuando el sol se hundía por el oeste en una incandescente caldera de fuego, tras ordenar a uno de los hombres que se encaramase a la proa y, con la ayuda de un remo, comprobase la profundidad del agua, nos vimos serpenteando entre las islas.

Había pasado una temporada en esos parajes. En aquellos bajíos, había tendido una celada a Skirnir antes de acabar con él, y también había encontrado el pingüe tesoro que escondía en su mansión de la isla de Zegge. No había destruido su mansión y eso íbamos buscando, pero, barrida por incesantes corrientes, parecía que la isla había desaparecido cuando atisbamos un banco de arena en forma de luna creciente, el mismo sitio precisamente donde habíamos convencido a Skirnir de la conveniencia de dividir sus fuerzas; atracamos allí el *Medianoche* y levantamos un campamento en las dunas.

Dos cosas necesitaba: un segundo barco y que hiciera mal tiempo. No me atreví a ir en busca de otro barco porque nos movíamos en aguas que estaban en manos de otro y, si me hubiera apoderado de un barco antes de la cuenta, el hombre en cuestión tendría tiempo de dar conmigo y querría saber qué hacía merodeando en sus

dominios. No obstante, al segundo día de estar allí, fue él quien acabó por dar con nosotros: llegó en una nave larga y baja con cuarenta remeros. Su barco se movía con ligereza y seguridad por aquel intrincado canal que se retorció hasta nuestro refugio, encalló la proa en la arena y el timonel, a voces, ordenó a los remeros que volvieran al agua. Un hombre saltó a tierra; un hombre imponente, de cara tan ancha y plana como la hoja de una pala, con una barba que le llegaba a la cintura.

—¿Se puede saber quién sois? —gritó con voz desenfadada.

—Wulf Ranulfson —contesté, sentado como estaba en un madero desteñido arrastrado por el mar, sin molestarme siquiera en ponerme de pie.

Eché a andar playa arriba. Hacía un día templado, pero llevaba una pesada capa, botas altas y una caperuza de cotas de malla; cabellos enmarañados y largos que le llegaban a los hombros; una espada larga ceñida a la cintura y una cadena de plata sin brillo medio oculta bajo la barba.

—¿Y se puede saber quién es Wulf Ranulfson? —preguntó.

—Un navegante de Haithabu —repuse, con mesura—, que vuelve a casa.

—¿Y por qué estáis en una de mis islas?

—Tomándonos un descanso —contesté—, y reparando algunas cosas.

—Pues el caso es que cobro porque descanséis y por las reparaciones —dijo.

—Pero yo soy de los que no pagan —repliqué, sin alzar la voz.

—Soy Thancward —cacareó, como si esperase que su nombre me sonara de algo—. Dispongo de dieciséis tripulaciones con sus correspondientes barcos. Y si digo que me paguéis es que tenéis que pagar.

—¿Y cuánto pedís?

—La suficiente plata como para añadir dos eslabones a esta cadena —dejó caer.

Lenta y perezosamente, me puse en pie. Thancward era un hombre imponente, pero yo era más alto y reparé en el leve gesto de sorpresa que se dibujó en su rostro.

—Thancward —dije, como si tratara de quedarme con su nombre—. La verdad es que tal nombre no me suena de nada y si, como decís, dispusiera de dieciséis barcos, ¿por qué habría de molestarse en venir el propio Thancward a esta isla miserable? ¿Acaso no habría enviado a sus hombres para que expulsasen a un insignificante viajero? Si su barco dispone de bancas para cincuenta remeros, ¿cómo es que solo lleva cuarenta? ¿Se habrá dejado a los que faltan durante la travesía? ¿No será que ha pensado que somos un barco mercante? ¿No será que nos ha visto como una presa fácil y habrá pensado que no necesitaba tantos guerreros?

No era un necio. Solo era un pirata, y me imaginé que quizá dispusiera de dos o tres barcos, de los que solo aquel en el que había venido estaba en condiciones de hacerse a la mar, que pretendía hacernos creer que era el dueño y señor de aquellos bajíos y que cualquier barco que pasara por allí tenía que pagarle derechos de paso. Pero para eso tenía que contar con hombres, hombres que sin duda perdería si se enzarzaba en una pelea conmigo. De repente, esbozó una sonrisa.

—¿Así que no sois un barco mercante?

—No.

—Haberlo dicho antes —tratando de que el tono de sorpresa que se reflejaba en su voz sonase natural—. En ese caso, ¡bienvenidos! ¿Necesitáis víveres?

—¿Qué nos ofrecéis?

—¿Cerveza? —dejó caer.

—¿Qué tal unos nabos? —zanjé—. ¿Coles, judías?

—Os los enviaré —dijo.

—Y os los pagaré —repuse, y los dos quedamos de acuerdo. Le daría un trozo de plata, y volvería a quedarme a solas.

Pertinaz, el tiempo seguía encalmado y templado. Tras aquel verano desolador, frío y húmedo, durante tres días calentó el sol y tan solo sopló una ligera brisa. Tres días que nos dedicamos a practicar con la espada en la playa, tres días de intranquilidad a la espera de que hiciera mal tiempo. Necesitaba que hiciera mal tiempo, con viento del norte y aguas encrespadas. Necesitaba que, desde las murallas de Bebbanburg, solo se atisbasen aguas revueltas y blancas, y cuanto más tiempo brillase aquel sol sobre un mar cristalino, más me preocupaba que el padre Byrnjolf pudiese haber enviado otro recado a Bebbanburg. Estaba casi seguro de que el cura había perdido la vida cuando el *Medianoche* embistió contra el barco de pesca, pero eso no quería decir que no hubiese enviado un segundo mensaje por medio de algún mercader que se dirigiese al norte por los viejos caminos. Era poco probable, pero cabía la posibilidad, y solo de pensarlo me reconcomía por dentro.

Al cuarto día por la mañana, poco a poco, la parte nordeste del cielo se fue cubriendo de nubes oscuras. No se arremolinaron todas en aquel extremo, sino que trazaron una línea recta como el mango de una lanza que, de un lado a otro, cruzaba el cielo; a un lado de la línea, pleno verano; el resto del cielo, negro como boca de lobo. Era un augurio, pero no sabía cómo interpretarlo. La oscuridad se extendió, un muro de escudos de los dioses avanzando por el firmamento, y pensé que el presagio significaba que mis dioses, los dioses del norte, se disponían a traer una tremenda tormenta al sur. Me situé en lo alto de una duna: el viento soplaba con suficiente fuerza como para llevarse la arena de la cresta de la duna, el mar se agitaba en ondas blancas y los cachones rompían cubriendo de espuma blanca los alargados bajíos, y supe que había llegado la hora de poner rumbo hacia la tormenta.

Era hora de volver a casa.



Armas a punto y escudos en condiciones. Espadas, lanzas y hachas afiladas con piedras de amolar, escudos reforzados con hierro o cuero. Sabíamos que zarpábamos para ir a pelear, pero el primer combate fue el que tuvimos que librar con el mar.

El mar es una puta. Está en manos de Ran, esa diosa que dispone de una tupida

red para atrapar a los hombres, en tanto que sus nueve hijas, las olas, arrastran a los barcos hacia esa red. Está casada con un gigante, Ægir, un animal indolente que prefiere dormir la borrachera en las estancias de los dioses, mientras la puta de su mujer y sus maliciosas hijas atraen a barcos y hombres a sus fríos y desangelados pechos.

Así que me encomendé a Ran. Hay que halagarla, hay que decirle que es preciosa, que, en cuanto a belleza, ninguna de las criaturas del cielo, de la tierra o del mundo subterráneo pueden hacerle sombra; que tanto Freyja como Eostre, Sigyn y todas las demás diosas del cielo sienten celos de su hermosura y, si se le repite una y otra vez, quizá tome en sus manos ese escudo de plata bruñida en el que admira su propia imagen y, mientras lo hace, el mar recobra la calma. Así que le dije a esa puta lo guapa que era, que los dioses se consumían por el deseo cuando pasaba, que ante ella hasta las estrellas palidecían, que era la más hermosa de entre los dioses. Pero aquella noche, Ran estaba iracunda. Envió una tormenta desde el nordeste que, llegada de las tierras heladas, zarandeo el mar hasta embravecerlo. Habíamos navegado todo el día hacia el oeste, llevados por un fuerte viento que no dejaba de azotarnos y, si el viento hubiera seguido así, nos habríamos quedado tiesos y calados, aunque a salvo; pero, al caer la noche, entre aullidos y alaridos, el viento fue a más, y tuvimos que arriar la vela y ponernos a los remos para mantener el rumbo del *Medianoche* y plantar cara a las malévolas olas que se estrellaban contra la proa, que, encabritándose sin que nos diésemos cuenta, como monstruos de blancas crestas, levantaban en volandas el casco y lo dejaban caer en su seno abismal, mientras el maderamen crujía, el casco se tensaba y los remeros quedaban anegados por torbellinos de agua. La achicábamos, arrojándola por la borda, con tal de que el *Medianoche* no quedase engullido en las redes de Ran, mientras el viento seguía con sus alaridos y las olas se abatían sobre nosotros. Dos hombres me echaban una mano para sujetar el timón que, en algún momento, pensé que podía partirse; hubo momentos en los que creí que íbamos a naufragar y, a gritos, recité mis plegarias a la diosa puta, y me di cuenta de que lo mismo hacían todos los hombres que estaban a bordo conmigo.

El amanecer nos ofreció una mejor imagen del caos. Una pálida luz gris nos permitió contemplar estremecedores horrores desde la cresta de unas olas cortas y empinadas, donde la luz se tornaba más gris aún para mostrarnos un mar enfurecido. Con la tez acartonada por el salitre y el cuerpo magullado, solo queríamos dormir, pero tuvimos que seguir enfrentándonos a aquel mar. Doce hombres iban a los remos, tres se las veían y se las deseaban para sujetar la caña del timón mientras, echando mano de yelmos y calderos, todos tratábamos de achicar el agua que se nos venía encima por la proa o entraba por los costados del barco cuando el casco se ladeaba o, de repente, como una fiera, se erguía una ola surgida de las profundidades. Cuando estábamos en lo alto de la cresta solo acertábamos a ver un torbellino, hasta que nos hundíamos en un turbulento valle; durante unos segundos, cesaba el viento, y ya el agua se disponía a precipitarse de nuevo sobre nosotros, al tiempo que, ante nuestros

ojos, bramaba la siguiente ola que amenazaba con descargar y llevarnos por delante.

Le dije a esa puta de Ran que era hermosa; le dije a esa arpía de los mares que era el sueño de todo hombre y la esperanza de los dioses, y quizá me escuchó y contempló su rostro reflejado en su escudo de plata, porque, poco a poco, casi sin darnos cuenta, la furia del mar fue cediendo. Pero no cesó. El mar seguía causando estragos y soplaban un viento enloquecido, pero las olas habían bajado de tamaño y los hombres pudieron dejar de baldear por un momento, aunque los remeros seguían esforzándose por mantener el rumbo entre tanta ira desatada.

—¿Dónde estamos? —preguntó Finan. Estaba agotado.

—En algún sitio entre el mar y el cielo —fue lo único que acerté a decirle.

Llevaba conmigo una venturina, una lámina de una pálida roca cristalizada del tamaño de la mano de un hombre. Son piedras que proceden de las tierras heladas y mi buen oro me había costado; pero, si de cara al cielo la movemos de un lado a otro del horizonte, la piedra nos indica la posición del sol aunque las nubes nos lo oculten y, en cuanto un hombre descubre dónde está el sol, alto o bajo, ya sabe hacia dónde debe dirigirse. Cuando se topa con el sol, aunque esté oscuro, la venturina emite un destello apagado, pero aquel día las nubes eran demasiado densas y llovía a cántaros, así que la piedra en cuestión permaneció impertérrita y muda. Con todo, me di cuenta de que el viento había virado al este y, a eso de media mañana, izamos la vela a medias y aquel viento insidioso hinchó el lienzo tensado con cuerdas y el *Medianoche* siguió adelante, embistiendo las olas con la proa, pero cabalgándolas en lugar de tener que enfrentarse con ellas. Bendije a los frisios que habían construido el barco, y me pregunté cuántos hombres habrían ido a reposar para siempre en sus húmedas tumbas aquella noche, y cambié el rumbo del *Medianoche* hacia un punto que pensaba que estaría a medio camino entre el norte y el oeste. Necesitaba ir hacia el norte y hacia el oeste, tenía que seguir ese rumbo a toda costa; pero, aparte de dejarme guiar por ese instinto que nunca abandona a quien va al frente de un barco, no tenía ni idea de dónde estábamos ni de adónde nos dirigíamos. Ese instinto, el mismo que nunca abandona a un guerrero hizo que, a medida que pasaba el día, mi cabeza empezase a divagar igual que un barco zarandeado por un viento letal. Pensé en batallas que había librado mucho tiempo atrás, en muros de escudos, en el miedo que sentíamos, en la sobrecogedora comezón de saber que el enemigo anda cerca, y traté de buscar un augurio en cada nube, en cada ave marina, en cada ola que rompía. Pensé en Bebbanburg, la fortaleza que había sabido resistir frente a los daneses durante toda mi vida, y en la locura de creer que podría hacerme con ella solo con la ayuda de un reducido grupo de hombres cansados, calados, exhaustos tras la tormenta. Y me encomendé a las Hilanderas, las tres diosas que tejen nuestros destinos a los pies del árbol del mundo, para que me enviasen una señal, un augurio de que todo iba a salir bien.

Sin tener ni idea de dónde estábamos, mantuvimos el rumbo para que los hombres, agotados, pudieran echar una cabezada, en tanto que yo seguía al timón

hasta que, incapaz, de mantenerme despierto, Finan se hizo cargo y yo me quedé dormido como un tronco. Cuando me desperté, ya era de noche, pero el mar aún se presentaba bravío y el viento no dejaba de aullar. Abriéndome paso entre hombres dormidos o medio adormilados, llegué a colocarme al pie de la cabeza de dragón y traté de atisbar algo en medio de aquella oscuridad. Más que mirar, aguzaba la oreja por ver si distinguía el sonido de los cachones al romper en tierra firme, pero lo único que alcance a escuchar fue el bramido del agua y del viento. Me estremecí. Tenía la ropa empapada; soplaban un viento helador. Me sentí viejo.

Aunque no con tanta fuerza, la tormenta aún seguía retumbando cuando atisbamos la luz gris del amanecer y, como si huyésemos del alba, viré el rumbo del *Medianoche* hacia el oeste. Y las Nornas velaron por nosotros hasta que avistamos tierra, aunque no tenía la menor idea de si estábamos en Northumbria o en Escocia. Lo único de lo que estaba seguro era que no se trataba de Anglia oriental, porque acerté a ver unos altos promontorios rocosos donde rompían los cachones entre imponentes nubes de espuma. Viramos hacia el norte de nuevo, y el *Medianoche* encaró las olas, mientras buscábamos un lugar donde poder tomarnos un respiro tras la pelea que habíamos mantenido con el mar hasta que, al bordear uno de aquellos pequeños promontorios, atisbé una ensenada recogida, donde el agua se estremecía en lugar de agitarse, festoneada por una ancha playa alargada y, sin dudarlo, pensé que los dioses tenían que haber estado pendientes de mí, porque allí estaba el barco que iba buscando.

Era un barco mercante, la mitad de eslora que el *Medianoche*, que había sido arrastrado hasta la costa por la tormenta; a pesar del impacto, no estaba destrozado. Muy al contrario: recostado en la playa, tres hombres trataban de excavar un canal en la arena para volver a ponerlo a flote. Ya habían aligerado la carga que transportaba el barco encallado, porque avisté unos bultos amontonados más allá de donde llegaba la pleamar y, cerca, ardía una enorme fogata de madera de deriva donde la tripulación debía de haberse secado y entrado en calor. Nos habían visto, porque, a medida que el *Medianoche* se acercaba, se retiraron y se agazaparon tras unas dunas desde donde se dominaba la playa.

—El barco que andábamos buscando —le dije a Finan.

—Sí; nos viene que ni pintado —repuso—, y esos pobres cabrones ya han llevado a cabo la mitad de las tareas de salvamento.

Aquellos pobres cabrones se habían puesto a ello, pero nos llevó la mayor parte del día sacar el barco de la arena y devolverlo al mar. Veinte de los hombres bajaron a tierra conmigo y terminamos de sacar todo el lastre que llevaba, desmontar el mástil y poner los remos bajo el casco para librarlo del pegajoso abrazo de la arena. Al encallar, el impacto había abierto algunas grietas en el maderamen, y rellenamos las juntas con algas. Haría agua como un cedazo, pero no necesitaba que se mantuviese a flote durante mucho tiempo. Tan solo el necesario para engañar a Ælfric.

Cuando aún estábamos cavando zanjas para deslizar los remos con los que

pensábamos levantar el casco, la tripulación del barco se armó de valor para volver a la playa. Eran dos hombres y un chaval, todos frisios.

—¿Quién sois? —preguntó inquieto uno de los hombres. Un tipo fornido, de espaldas anchas y tez curtida de marinero. En una de las manos llevaba un hacha colgando, como si quisiera darnos a entender que no pretendía hacerme ningún daño.

—Nadie a quien conozcáis —contesté—, ¿y vos?

—Blekulf —rezongó, al tiempo que, con la cabeza, señalaba el barco—. Lo hice yo.

—Vos lo hicisteis, pero yo lo necesito —repuse con aspereza. Me acerqué al lugar donde habían amontonado el cargamento que llevaban. Había cuatro barriles de piezas de cristal embaladas en paja; otros dos, repletos de clavos de cobre, una caja pequeña del preciado ámbar y cuatro pesadas piedras de molino, cortadas y pulidas—. Podéis quedaros con todo —le dije.

—¿Por cuánto tiempo? —se interesó Blekulf, con la voz quebrada—. ¿De qué puede valernos la carga si no disponemos de barco? —preguntó al tiempo que volvía la vista tierra adentro, donde, aparte de unas nubes preñadas de lluvia que se cernían sobre un paisaje desolador, poco más había que ver—. Esos malnacidos me dejarán sin nada.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Esos escoceses —dijo—. Son unos bárbaros. —Se encogió de hombros.

—¿Llevabais ese cargamento a Escocia? —me interesé.

—No, a Lundene. Éramos ocho.

—¿Ocho tripulantes? —le pregunté, sorprendido de que fueran tantos hombres a bordo.

—Ocho barcos. Hasta donde yo sé somos el único que queda a salvo.

—Tuvisteis que hacerlo muy bien para salir con vida.

Había sobrevivido gracias a su enorme pericia como marino. Se había dado cuenta de la magnitud de la tormenta, que les había pillado por sorpresa; había arriado la vela de la verga, la había partido en dos para poder extenderla a ambos lados del mástil y, sirviéndose de los clavos que aseguraban la carga, la había afianzado a los costados de la nave como si de una cubierta improvisada se tratase. Había evitado que el pequeño barco se hundiese, pero, como no podían remar, se habían visto arrastrados hasta aquella alargada y desierta franja de arena.

—Esta mañana hemos visto a uno de esos salvajes por aquí —dijo, taciturno.

—¿Solo uno?

—Llevaba una lanza. Se quedó mirándonos y se fue.

—Entonces, volverá con sus amigos —le dije, antes de reparar en un chaval de ocho o nueve años, según mis cuentas—. ¿Es hijo vuestro?

—Mi único hijo —dijo Blekulf. Llamé a Finan.

—Llevaos al chico a bordo del *Medianoche* —le ordené, antes de volverme de nuevo hacia el frisio—. Me llevo a vuestro hijo como rehén, y vos también vendréis

conmigo. Si hacéis todo lo que os diga, os devolveré el barco y la carga.

—¿Qué he de hacer? —preguntó, receloso.

—Para empezar —le dije—, procurad mantener vuestro barco a salvo durante la noche.

—¡Señor! —gritó Finan; me volví y observé que señalaba al norte. En lo alto de las dunas, a lomos de unos ponis de pequeño porte, habían aparecido una docena de hombres. Con lanzas. Los sobrepasábamos en número, y tuvieron el sentido común de mantenerse a una distancia prudencial, mientras nosotros nos las veíamos y deseábamos para llevar al agua el barco de Blekulf; nos dijo que se llamaba *Reinbôge*, un nombre que se me antojó extraño.

—Mientras lo construíamos, no paró de llover ni un momento —me explicó—, hasta que, el día en que lo botamos, apareció un doble arco iris —encogiéndose de hombros—. Por eso mi mujer lo llamó así.

Por fin, conseguimos levantarlo de la arena y arrastrarlo. Mientras lo conducíamos por la playa y lo devolvíamos al mar, entonamos la canción del espejo de Ran. Finan volvió a bordo del *Medianoche* y, con una maroma, atamos la popa de nuestro barco de guerra a la proa del *Reinbôge*, y remolcamos al más pequeño hasta dejar atrás el sitio donde rompían las olas. Luego, repusimos el lastre y volvimos a colocar el cargamento en la bodega de su casco panzudo. Erguimos el mástil y lo aseguramos con unas tiras tensadas de cuero. Los jinetes no dejaban de observarnos, pero no nos interrumpieron. Debían de haber pensado que el barco encallado sería presa fácil, pero la aparición del *Medianoche* había echado por tierra sus esperanzas; al caer la noche, dieron media vuelta y desaparecieron.

Dejé a Finan al mando del *Medianoche*, en tanto que yo me iba a bordo del *Reinbôge*. Aunque teníamos que achicar el agua de continuo por culpa de las grietas abiertas, era un buen barco, recio y sólido, que se movía con soltura en medio de aquel mar agitado. Aquella noche, el viento fue a menos. Seguía soplando con fuerza, pero las olas ya no eran tan despiadadas. El mar era un batiburrillo de ondas rápidas que se perdían en la oscuridad mientras nosotros nos alejábamos de la costa. El viento no dejó de soplar en toda la noche, a veces incluso en forma de rachas fuertes, pero nunca llegaron a revestir la furia de que habían hecho gala en pleno fragor de la tormenta; al amanecer de un nuevo día nublado, izamos la vela partida en dos y el *Reinbôge* siguió al *Medianoche*, rumbo sur.

Al mediodía, bajo un cielo quejumbroso y un mar picado, llegamos a Bebbanburg.



Allí fue donde había empezado todo; de eso, hacía toda una vida.

Era tan solo un niño cuanto atisbé tres barcos.

Según lo recordaba yo, surgieron de un banco de bruma que flotaba sobre el mar, y quizá fuera eso lo que pasó, pero la memoria es un instrumento poco fiable, porque las otras imágenes que conservo de aquel día son las de un cielo claro y despejado, de modo que a lo mejor no había niebla, pero tuve la impresión de que, en un momento dado, el mar estaba desierto y, al cabo de instante, había tres barcos que se acercaban por el sur.

Eran unos bajeles maravillosos. Habían aparecido como si flotaran en el océano, como si carecieran de peso y, cuando sus remos hendían las olas, semejaba que rasaban el agua. Rizadas y altivas proas y popas, coronadas por doradas cabezas de animales, serpientes y dragones, y en aquel ya lejano día estival, se me antojó que los tres barcos bailaban en el agua, impelidos por el sube y baja de bancales de remos de alas plateadas. Me había quedado mirándolos extasiado. Se trataba de barcos daneses, los primeros de aquellos que, por millares, habrían de llegar para asolar Britania.

—Mierdas del demonio —había rezongado mi padre.

—Ojalá el diablo los engullese —había dicho mi tío. Era Ælfric. Sí, de eso hacía toda una vida. Tras tanto tiempo, ahora iba con la intención de ver a mi tío de nuevo.

¿Y qué vería Ælfric aquella mañana, mientras la tormenta aún retumbaba a lo lejos y el viento azotaba las empalizadas de madera de aquella fortaleza que había usurpado? Lo primero que vio fue un pequeño barco mercante que, como podía, trataba de poner rumbo sur. Contaba con la ayuda de una vela, un lienzo hecho trizas, unos jirones que ondeaban en la verga. Vio a dos hombres intentando mover a remo el pesado barco, aunque tenían que dejar de hacerlo cada dos por tres para achicar el agua.

O, mejor dicho, los centinelas de Ælfric atisbaron el *Reinbôge* tratando de salir de un mal trance. Dos hombres que se deslomaban a los remos, con la corriente en contra y aquellos andrajos por vela. Los hombres que estuvieran de guardia en Bebbanburg debieron de pensar que, allí abajo, solo había un barco maltrecho y destrozado, que se mantenía a flote de milagro, y así conseguimos que les pareciera que tratábamos de bordear los bajíos de Lindisfarne para ir en busca de refugio al puerto de aguas poco profundas que se abría a espaldas de la fortaleza. Los mismos centinelas se habrían percatado de que habíamos fracasado en el intento y habrían visto cómo el viento nos arrastraba hacia el sur a lo largo de la costa, más allá de las altas murallas, hacia la brecha traicionera que separaba la tierra firme de las islas Farnea, refugio de aves vocingleras y, durante todo el rato, aquel barco que se iba a pique se arrimaba a la costa, donde las olas rompían con estrépito entre nubes de espuma, hasta que desapareció tras la cara sur del promontorio. Todo lo que habrían visto e imaginado aquellos hombres que nos observaban desde lo alto de Bebbanburg era que el *Reinbôge* estaba a punto de naufragar cerca de Bedehal.

Eso es lo que vieron. A dos hombres a cargo de dos largos remos luchando contra el mar y a otro al timón, pero no vieron a los siete guerreros que, a cubierto bajo unas capas, se ocultaban junto a la carga. Habrían visto una ocasión de pillaje, pero nada

que indicase peligro y, además, estarían distraídos porque, al poco de que el *Reinbôge* pasara a los pies de la fortaleza, atisbaron un segundo barco, el *Medianoche*, mucho más peligroso que el primero, porque no era un mercante, sino un barco de guerra. Pero también lo estaba pasando mal. Unos hombres achicaban agua en tanto que otros remaban y, desde lo alto de las murallas, aquellos hombres solo acertarían a ver una tripulación diezmada, con solo diez remos disponible, aunque con eso le bastaba para bordear sin peligro Lindisfarne y, a través de aquellas aguas embravecidas, dirigirse a la entrada poco profunda del puerto que se abría a espaldas de Bebbanburg. Así que, más o menos, una hora después de que perdieran de vista al *Reinbôge*, el *Medianoche* hizo su entrada en el puerto de Ælfric.

En resumen, que los hombres de Ælfric vieron dos barcos. Dos supervivientes de una tormenta espantosa. Dos navíos en busca de cobijo. Eso es lo que vieron los hombres de Ælfric, y eso es lo yo quería que vieran.

Aún estaba a bordo del *Reinbôge*; Finan seguía al mando del *Medianoche*. Sabía que, una vez dentro del puerto de Bebbanburg, le harían preguntas, pero llevaba las respuestas preparadas. Les diría que éramos daneses que nos dirigíamos al sur, a Anglia oriental, y que estábamos dispuestos a pagar a lord Ælfric por gozar del privilegio de contar con un refugio mientras recomponíamos el barco tras los destrozos que había sufrido durante la tormenta. Con eso bastaría. Ælfric lo daría por bueno, pero reclamaría una suma importante de dinero; Finan llevaba monedas de oro para la ocasión. No pensaba que mi tío fuera buscando otra cosa que no fuera dinero. Vivía rodeado de daneses y, aunque enemigos, nada iba a sacar en limpio provocando su ira. Se quedaría con el dinero y guardaría silencio; todo lo que Finan tenía que hacer era enjaretarle aquel cuento, pagar y esperar. Tenía que atracar el barco tan cerca de la entrada de la fortaleza como le fuera posible y, simulando agotamiento, sus hombres se quedarían tumbados. Ninguno llevaba cotas de malla, tampoco espadas, aunque ambas cosas las tenían a mano.

Así que Finan esperó.

Mientras, yo dejé que el *Reinbôge* encallase en la playa que había al sur del promontorio de Bedehal, y me dispuse a esperar también.

Todo dependía de Ælfric, que hizo exactamente lo que yo había figurado. Envío a su bailío al *Medianoche*, el individuo se guardó las monedas de oro y le dijo a Finan que podían quedarse allí tres días. Le recalcó que no podían bajar a tierra más de cuatro hombres a la vez y que ninguno de ellos fuese nunca armado; Finan dijo que sí a todo. Y, en tanto el bailío negociaba con el *Medianoche*, mi tío enviaba hombres al sur para que diesen con el naufragado *Reinbôge*. Siempre se sacaba tajada de un naufragio; siempre habría algo de madera, carga, cordaje o lienzo que fuera aprovechable y, aunque los lugareños de los alrededores estuvieran deseando hacerse con semejante bicoca, sabían que más les valía no privar de sus prebendas al hombre que mandaba en la imponente fortaleza que tenían a un paso y que reclamaría sus derechos por la fuerza.

Así que esperé a bordo del *Reinbôge* encallado, acaricié el martillo que llevaba al cuello y me encomendé a Thor para que todo saliera bien.

Vimos a unas cuantas personas entre las dunas que se alzaban en el lado norte de la playa, donde habíamos varado el *Reinbôge*; vecinos de una aldea, castigada por el mal tiempo, que estaba a un paso del mar; pescadores en su mayoría, cuyos pequeños botes quedaban a buen resguardo de las tormentas junto a un riachuelo que se abría paso en la roca que se alzaba en la cara sur del bajo promontorio de Bedehal. Sorprendidos sin duda al ver cómo aflojábamos la tira de cuero que sujetaba el mástil a la popa del *Reinbôge*, algunos de los lugareños nos observaban. Solo podían distinguir a tres de los que íbamos a bordo. Y eso fue todo lo que vieron mientras retirábamos el mástil y, junto con la vela hecha jirones, lo dejábamos caer a lo largo del barco. La marea estaba baja, pero empezaba a subir, y el *Reinbôge*, zarandeado por las olas, cabeceando, se quedó mirando a la playa.

Temeroso de que cada golpe contra la arena abriera una nueva grieta en el casco o agrandara alguna de las que ya tenía, el pobre Blekulf estaba angustiado por la suerte que pudiera correr su barco.

—Os compraré otro barco —le dije.

—Pero este lo construí yo... —contestó apesadumbrado, dando a entender que ningún barco que pudiera comprarle sería ni la mitad de bueno que aquel que había salido de sus propias manos.

—En ese caso, rezad porque lo hicierais bien —repliqué antes de decirle a Osferth, que seguía engurrñado en la bodega del *Reinbôge*, que tomara el mando—. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—Sí, señor.

—Quedaos aquí con Osferth —le dije a Blekulf; luego ordené a Rolla, un danés sanguinario, que eligiese las armas que iba a llevar y que viniese conmigo. Saltamos desde la proa del barco; no sin esfuerzo llegamos a la playa, y fuimos hasta las dunas. Llevaba conmigo a *Hálito de serpiente*. Sabía que no tardarían en llegar hombres procedentes de la fortaleza, y eso quería decir que se acercaba la hora de tener que echar mano de la espada. Mientras cruzábamos la playa, los lugareños tuvieron que darse cuenta de que portábamos espadas, pero ni se movieron de donde estaban ni tampoco salieron al paso de los jinetes que, al poco, llegaron del norte.

Oculto entre las hierbas azotadas por el viento que crecían en la duna, los conté: eran siete. Todos con cotas de malla, yelmos y armas. Con las capas al aire, cabalgaban veloces bajo un viento racheado, levantando arena con los cascos de sus monturas. Venían a medio galope, deseando dar por concluido el encargo recibido y volver a la fortaleza. Estaba empezando a llover, una lluvia insidiosa que llegaba del mar, y que nos venía de perillas. Gracias a ella, los siete jinetes tendrían más prisa en dar el asunto por concluido. No estarían tan pendientes de todo.

Enseguida llegaron a la playa. Se encontraron con un barco encallado, desmantelado, y unos jirones de lienzo que ondeaban al aire sin sentido. Al amparo

de unas dunas, Rolla y yo nos dirigimos a toda prisa al norte. Nadie se dio cuenta. Nos acercamos al sitio por donde, entre las dunas, habían aparecido aquellos jinetes, el mismo camino que tomarían para volver a la fortaleza y, espada en mano, los esperamos; me llegué a lo alto de una loma de arena y, una vez arriba, oteé el panorama.

Los siete jinetes habían arribado junto al *Reinbôge* y refrenaron sus corceles a un paso de las olas que venían a morir en la playa tras dejar atrás aquel cascarón atorado. Cinco desmontaron. Vi cómo llamaban a Blekulf, el único tripulante al que podían ver. Podía haberles advertido de lo que pasaba, claro está, pero su hijo y el otro navegante que seguía con vida estaban a bordo del *Medianoche* y, temeroso por la suerte que pudiera correr su hijo, no dijo nada que pudiera delatarnos. Solo les contó que se había ido a pique y, chapoteando en el agua, los cinco se acercaron al barco. Ninguno llevaba la espada desenfundada. Los otros dos jinetes esperaban en la playa y, en ese instante, Osferth cayó sobre ellos.

Tras saltar por la proa del *Reinbôge* provistos de espadas, hachas y lanzas, de improviso aparecieron siete de los míos. Acribillados a hachazos en el cuello, los cinco cayeron en sus manos con una rapidez inusitada, a la vez que Osferth embestía con una lanza al jinete que tenía más cerca. El hombre se volvió, esquivando el lanzazo, y espoleó su montura tratando de alejarse de tan inesperada matanza, que había teñido de sangre la espuma que traían las olas. Su compañero picó espuelas y siguió sus pasos.

—Vienen dos —le dije a Rolla—. De un momento a otro.

Nos agazapamos los dos, uno a cada lado del sendero. Oía cada vez más cerca el retumbar de cascos. Con Hálito de serpiente en la mano y el alma consumida por la ira. Había atisbado Bebbanburg cuando el maltrecho *Reinbôge* la dejaba atrás, y había contemplado mi heredad, mi fortaleza, mi hogar, el lugar con el que había soñado desde el día que me habían obligado a salir de allí, el lugar que me habían arrebatado, el mismo que me disponía a retornar tras acabar con aquel que me lo había usurpado.

Y así, comencé a tomarme cumplida venganza. Avisté al jinete que venía en primer lugar y, blandiendo la espada, me abalancé sobre él; a trompicones, el caballo reculó, así que no acerté al jinete, pero el caballo se fue al suelo patas arriba, levantando nubes de arena con los cascos; el segundo caballo se estrelló contra el primero y también se fue al suelo, en tanto que Rolla, rechinando los dientes, hundía la hoja de su espada en el pecho del jinete. Con ojos enloquecidos, los caballos se esforzaban por ponerse en pie; me hice con las riendas de uno de ellos, al tiempo que le plantaba un pie en el pecho al jinete que se había ido al suelo y le apuntaba a la garganta con *Hálito de serpiente*.

—Estúpido —se revolvió aquel hombre—, ¿acaso no sabéis quiénes somos?

—Y tanto que sí —repuse.

Rolla se había hecho con el segundo caballo y, de un solo y certero tajo, acababa

con su jinete; su sangre tiñó la arena. Volví la vista atrás, hacia el *Reinbôge*, y me percaté de que Osferth se había apoderado de los otros cinco caballos y que sus hombres habían sacado del agua los cuerpos sin vida de los jinetes y les estaban despojando de las cotas de malla, las capas y los yelmos.

Me agaché junto a mi prisionero y le desabroché la hebilla del tahalí. Se lo lancé a Rolla, y le dije al hombre que se pusiese en pie.

—¿Cómo os llamáis? —le pregunté.

—Cenwalh —musitó.

—¡Más alto!

—¡Cenwalh! —gritó.

Comenzó a llover a cántaros, una pérfida y penetrante lluvia que venía del mar todavía agitado. Y de repente, me eché a reír. Era una locura. ¿Un grupo reducido de hombres calados hasta los huesos tratando de apoderarse por las bravas de la fortaleza más inexpugnable de Britania? Empuñando a *Hálito de serpiente*, le obligué a dar un paso atrás.

—¿Cuántos hombres hay en Bebbanburg? —le pregunté.

—Suficientes para acabar diez veces con vosotros —gruñó.

—¿Tantos? ¿De cuántos estamos hablando, si puede saberse?

No le vi muy dispuesto a darme una respuesta, y pensó que podía engañarme.

—Treinta y ocho —dijo.

Giré la muñeca, y la punta de la hoja de *Hálito de serpiente* le rasgó la piel del cuello. Brotó una gota de sangre, que rodó hasta ir a caer en la cota de malla.

—Ahora quiero oír la verdad —insistí.

Se llevó una mano al lugar donde había caído la gota de sangre.

—Cincuenta y ocho —dijo, a disgusto.

—¿Incluidos vos y esos hombres?

—Contándonos a nosotros, sí.

Estimé que decía la verdad. Mi padre siempre había dispuesto de una guarnición de entre cincuenta y sesenta hombres, y Ælfric tampoco querría tener más porque eso le comprometía a proporcionar armas, cotas de malla, manutención y soldada a cada uno de los miembros de su guardia personal. Caso de que le hubieran avisado de que corría un peligro real, podía recurrir a muchos más hombres entre los que trabajaban en las tierras que pertenecían a Bebbanburg, pero reunir semejante ejército llevaba su tiempo. Así que nos superaban en una proporción de dos a uno; no me había esperado menos.

Osferth y sus hombres se acercaron a donde estábamos, con los cinco caballos y los atuendos, cotas de malla, yelmos y armas de los hombres a los que habían matado.

—¿Os fijasteis en qué caballo iba montado cada uno de ellos? —le pregunté.

—Por supuesto, señor —contestó Osferth, volviéndose para echar un vistazo a sus hombres, que eran quienes iban al cargo de los caballos—: el hombre de la capa

marrón iba a lomos del corcel manchado, el de la capa azul en el capón negro, el del jubón de cuero en... —pareció dudar.

—En la yegua pía —continuó mi hijo—, el de la capa negra en el corcel negro de pequeño porte, y...

—Cambiaos de ropa —les interrumpí, al tiempo que me volvía a Cenwalh—. Y vos, desnudaos.

—¿Que me desnude?

—Que os quitéis esas ropas —dije—, o puedo despojaros de ellas una vez muerto. A vuestra elección.

Eran siete los jinetes que habían salido, de modo que los guardias de la puerta de Bebbanburg tenían que ver regresar a siete. Con toda seguridad, los guardias sabrían quiénes eran, acostumbrados a verlos a diario a lomos de sus monturas, así que cuando volviéramos a la fortaleza, debían ver a esos mismos hombres. Si la capa marrón y blanca a rayas que llevaba Cenwalh reposaba sobre las ancas de un caballo que no era el suyo, de inmediato los guardias se darían cuenta de que algo no iba bien, pero si veían la misma capa en un jinete que montaba el alto corcel de pelo alazán de Cenwalh, pensarían que veían lo de siempre.

Nos cambiamos de ropa. Temblando bajo aquel aire helado, Cenwalh se quedó con una camisola de lana que le llegaba hasta el culo. Se quedó mirándome, me observó con atención mientras me ponía la capa azul cielo de un desconocido sobre mi cota de malla. Vio cómo me guardaba el martillo de Thor bajo ella para ocultarlo a la vista de los demás. Había oído cómo Osferth se dirigía a mí como «señor» y, poco a poco, fue cayendo en la cuenta de quién era yo en realidad.

—Vos sois... —empezó a decir, y calló al instante—. Vos sois... —se arrancó de nuevo.

—Pues sí, soy Uhtred Uhtredson —rezongué—, señor de pleno derecho de Bebbanburg. ¿Queréis jurarme lealtad ahora? —mientras me colgaba del cuello la pesada cruz de plata de un hombre muerto. El yelmo no era de mi talla, me quedaba demasiado pequeño, así que conservé el mío; como la capa llevaba caperuza, me cubrí el lobo de plata que coronaba la cimera. Me ceñí mi propio tahalí a la cintura. Quedaría oculto bajo la capa; quería llevar a *Hálito de serpiente* conmigo.

—De modo que vos sois Uhtred el Pérfido —dijo Cenwalh, con un hilo de voz.

—¿Es así como me llama?

—Eso y cosas mucho peores —respondió Cenwalh.

Me hice con la espada de Cenwalh, que sostenía Rolla, y la saqué de la vaina. Una buena hoja, bien cuidada y afilada.

—¿Sigue mi tío con vida? —le pregunté.

—Así es —me contestó.

—«Señor» —le afeó Osferth—, tenéis que dirigiros a él como «señor».

—Ya debe de ser mayor —comenté—, y tengo entendido que está enfermo.

—Sigue con vida —dijo Cenwalh, negándose de plano a dirigirse a mí como

«señor».

—¿Muchos achaques?

—Los propios de una persona de edad avanzada —dijo, restándole importancia.

—¿Y sus hijos?

—Lord Uhtred es quien lleva las riendas —dijo Cenwalh, refiriéndose a mi primo, Uhtred, hijo de Ælfric y padre a su vez de otro Uhtred.

—Habládme del hijo de Ælfric —dije.

—Se parece a vos —replicó Cenwalh, como si eso fuera una desgracia.

—¿Qué os había encargado que hicierais? —le pregunté.

—¿Encargado?

—Envió a siete hombres. ¿Para qué?

Frunció el ceño, como si no entendiera lo que le preguntaba; le acerqué la hoja a la cara y dio un respingo. Volvió la vista al *Reinbôge*, que se mecía al compás de las olas mientras, al subir, la marea lo acercaba a la playa.

—Que viniéramos a echar un vistazo —contestó de mal talante.

—Y os encontrasteis con nosotros —repliqué—. ¿Qué habríais hecho de no haber estado nosotros allí?

—Amarrarlo —dijo, sin apartar los ojos del barco encallado.

—¿Y llevaros la carga que llevaba? ¿Cómo lo habríais hecho? ¿Por vuestros propios medios?

—En la aldea hay muchos hombres —rezongó. Así que Cenwalh se habría limitado a amarrar el barco en condiciones durante la marea alta, y obligado a los lugareños a despojarlo de la carga que llevaba. Eso suponía que habría dejado algunos hombres para ver que todo se hacía en condiciones y que nadie se quedaba con algún objeto de valor, lo que me llevó a pensar que nadie en la fortaleza esperaba que regresasen los siete. Reflexioné un momento.

—¿Y si solo hubiera llevado lastre?

Se encogió de hombros.

—Depende de si hubiera merecido la pena. Parece un buen barco.

—En cuyo caso, lo habríais amarrado y lo habríais dejado allí hasta que el tiempo mejorase.

Asintió.

—Y si a lord Ælfric no le hubiese gustado, lo habríamos desguazado y vendido.

—Habládme de la fortaleza —le dije.

No me contó nada que yo no supiera. Un sendero serpenteante, que discurría por una estrecha lengua de tierra y ascendía en pendiente hasta el gran arco de madera, llevaba a la Puerta Baja; al otro lado, se abría un patio amplio donde se asentaban los establos y la forja del herrero. Ese patio estaba protegido por una alta empalizada, pero el patio interior de la fortaleza, en la cima del peñón, estaba defendido por otra muralla, más alta si cabe, con un único acceso: la Puerta Alta. Allí, en lo más alto de la roca, se alzaba la suntuosa mansión de Ælfric y otras estancias más pequeñas,

donde vivían los soldados de su guardia personal con sus familias. Por imponente que pareciera, la clave para acceder a Bebbanburg no era la Puerta Baja, sino la Puerta Alta.

—¿Y suelen dejar abierta esa puerta?

—Cerrada, siempre cerrada —contestó Cenwalh con voz desafiante—, y os están esperando.

Me lo quedé mirando.

—¿A mí?

—Lord Ælfric sabe que vuestro hijo se ha hecho cura y que os han declarado proscrito. Intuye que vendréis al norte. Piensa que es una locura, pero como no tenéis ningún otro sitio donde ir, está convencido de que acabaréis por venir aquí.

Y no iba desencaminado, pensé. Una ráfaga de viento nos caló de arriba abajo. El *Reinbôge* se mecía con las olas.

—No sabe nada —dije, iracundo—, y no caerá en la cuenta hasta el momento en que le clave la espada en la garganta.

—Acabará con vos —replicó, mofándose de mí. Pero fue Rolla quien acabó con él. Hice un gesto de asentimiento con la cabeza al danés, de pie a espaldas de un Cenwalh que no dejaba de temblar y que no se dio cuenta de nada hasta el mismo instante en que murió. La espada le atravesó el cuello: un tajo limpio, inapelable, misericordioso. Se desplomó en la arena.

—A caballo —bramé a los míos.

Siete íbamos a lomos de nuestras monturas; los otros tres iban andando, como si fueran prisioneros.

Y volvimos a casa.

Capítulo V

«Habría que poner fin a esta matanza».

No dejaba de repetírmelo a mí mismo mientras cabalgaba hacia Bebbanburg, mi hogar familiar: «habría que poner fin a esta matanza». Una carnicería sería el precio que habría de pagar para imponerme en la fortaleza, pero, después, cerraría las puertas al mundo exterior y haría oídos sordos a las peticiones que lo arrastrarían al caos, y vuelta a empezar, en tanto yo me quedaba tan tranquilo al otro lado de aquellas altas murallas de madera. Dejaría que cristianos y paganos, sajones y daneses se peleasen entre ellos hasta que no quedase ni uno con vida para contarlo; en Bebbanburg, viviría como un rey, y convencería a Etelfleda para que se aviniese a ser mi reina. Los mercaderes que recorriesen al camino que bordeaba la costa nos pagarían por hacerlo, los barcos que pasaran por allí pagarían por tal privilegio, y amontonaríamos dineros sin cuento mientras llevábamos una vida sin sobresaltos.

Cuando las ranas críen pelo.

Un dicho que el padre Pyrlig gustaba de repetir. Lo echaba de menos. Aunque galés, era uno de los pocos buenos cristianos que he conocido; tras la muerte de Alfredo, había vuelto a su tierra natal donde, por lo que sabía, seguía con vida. Como guerrero que había sido en su día, me imaginaba cómo habría disfrutado con aquel ataque tan carente de cordura. Nueve hombres contra Bebbanburg. Y eso sin contar a Blekulf, el patrón del *Reinbôge*, que también venía con nosotros. Le había dado a elegir entre quedarse junto a supreciado y atorado barco o acompañarnos; temeroso de los lugareños e inquieto por la vida de su hijo, nos seguía a pie detrás de los caballos.

Nueve hombres. Uno de ellos, mi propio hijo. También venía Osferth, el buen y leal Osferth, que habría sido rey si su madre se hubiera desposado con su padre. En más de una ocasión me daba la impresión de que Osferth, como Alfredo, su padre, desaprobaba lo que hacía, pero, entre tantos como, asustados, habían renegado de mí, él siempre me había sido leal. Otro sajón venía con nosotros. Un sajón del oeste, un tal Swithun, que portaba el nombre de uno de los santos más venerados por sus paisanos, aunque él era todo menos santo. Un muchacho alto, animoso y temperamental, de pelambreira rubia y ojos azules cargados de inocencia, bullicioso, y dotado de unas manos tan largas como el mejor de los ladrones. Hartos de los robos que cometía, los lugareños lo habían arrastrado ante mí para que hiciera justicia. Me pidieron que lo marcara, incluso que le cortase una mano; en lugar de eso, él me desafió a una pelea y, como tanta desenvoltura me hizo gracia, le di una espada. No me costó derrotarlo, porque no estaba entrenado, pero, al ver que era tan fuerte y casi tan rápido como Finan, le perdoné con la condición de que me jurase lealtad y se pusiera a mis órdenes. Me caía bien.

Rolla era danés. Alto, musculoso, cosido a cicatrices, había servido a las órdenes de otro señor, al que nunca se refería por su nombre y al que había dejado de lado, quebrantando el juramento prestado, porque el hombre en cuestión había prometido que acabaría con él.

—¿Qué hicisteis? —le pregunté cuando se había presentado ante mí para prestarme juramento de lealtad.

—Su mujer —contestó.

—Poco inteligente por vuestra parte —le había contestado.

—Fue tan placentero...

Tan rápido en el combate como una comadreja, sanguinario y despiadado, un hombre más que acostumbrado a toda clase de barbaridades, veneraba a los antiguos dioses, pero se había desposado con una pequeña cristiana regordeta que se había quedado con Sigunn en Lundene. Rolla metía miedo a casi todos mis hombres, que, por otro lado, lo admiraban, aunque ninguno tanto como Eldgrim, un joven danés con quien, borracho y desnudo, me había topado en un callejón de Lundene. Lo habían desplumado y le habían propinado una buena paliza. De cara inocente y redonda, y una espesa mata de pelo castaño ensortijado, volvía locas a las mujeres, pero él no podía vivir sin Kettil, el tercero de los daneses que venían conmigo aquel día. Como Eldgrim, Kettil tendría dieciocho o diecinueve años, y era tan delgado como la cuerda de un arpa. Parecía frágil, pero su apariencia resultaba engañosa, porque era rápido en el combate y fuerte con un escudo en la mano. Un puñado de insensatos, que también los había entre los míos, se burlaban de Kettil y Eldgrim por la amistad que mantenían, que iba mucho más allá de que se llevaran bien; de modo que un día había plantado unas varas de avellano en el patio de Fagranforda y animé a aquellos que tanto se burlaban a que pelearan a espada desnuda con cualquiera de los dos, Nadie se atrevió a ponerse en medio de las varas de avellano, y las mofas cesaron.

De Bedehal a Bebbanburg, conmigo venían también dos frisios. Folcbald era uno, tan lento como un buey, pero tozudo como una mula. Detrás de un muro de escudos, Folcbald era inamovible. Extremadamente fuerte, aunque de inteligencia corta, era leal y, en un muro de escudos, valía por dos. Wibrund, por otro lado, aparte de primo suyo, era temperamental, poco paciente y pendenciero, pero muy bueno a la hora de pelear e incansable con un remo en las manos.

De modo que los nueve, en compañía de Blekulf, nos dirigimos a Bebbanburg. Seguimos el sendero que salía al norte de Bedehalz a nuestra derecha, dunas de arena; a nuestra izquierda, esponjosas tierras de labranza que se extendían hasta las colinas, tierra adentro. Llovía cada vez más, aunque el viento ya no soplaba con tanta fuerza. Osferth espoleó su caballo para acercarse a mi lado. Llevaba una pesada capa negra provista de una caperuza con la que se cubría la cara. Aun así, no se me pasó por alto la malévola sonrisa que mostraba en la boca.

—Prometisteis que llevaríamos una vida apasionante —dijo.

—¿En serio?

—De eso hace ya muchos años —añadió—, cuando me librasteis de ser cura. — Su padre había querido que su hijo bastardo se hiciera cura, pero Osferth había optado por ser un hombre de armas.

—Podíais acabar de prepararos —le dejé caer—; seguro que acababan por convertirlos en uno de sus hechiceros.

—No son hechiceros —dijo, armándose de paciencia.

Esbocé una sonrisa burlona; era tan fácil tomarle el pelo a Osferth.

—Seríais un buen cura —insistí, ya en serio— y, a estas alturas, obispo, seguramente.

Negó con la cabeza.

—No; mejor abad, ¿no os parece? —repondió haciendo una mueca—. Abad de algún monasterio perdido, tratando de cultivar trigo en alguna tierra pantanosa y recitando mis plegarias.

—¿Cómo no ibais a ser obispo? —le espeté sin más—. ¡Vuestro padre fue rey!

Volvió a negar con la cabeza, con más firmeza si cabe.

—Soy el pecado de mi padre. Le hubiera gustado quitarme de en medio, ocultarme en un pantano donde nadie pudiera ver su pecado. —Se santiguó—. Soy hijo del pecado, señor, y eso significa que estoy condenado.

—He oído a locos decir cosas con más sentido que vos —le dije—. ¿Cómo podéis venerar a un dios que os condena por el pecado de vuestro padre?

—Los dioses no se pueden elegir —contestó con delicadeza—: no hay más que uno.

¡Qué tontería! ¿Cómo puede ocuparse un solo dios de todo cuanto ocurre en el mundo? ¿Un solo dios para todos los chorlitos y martines pescadores, para todas las nutrias y currucas, para todos los zorros, avefrías, ciervos, caballos y montañas, para todos los bosquecillos y todas las percas, para todas las golondrinas, comadreja, los sauces y los gorriónes? ¿Un solo dios para todos los arroyos, ríos, animales y hombres? Así se lo había espetado al padre Beocca en cierta ocasión. Y el bueno del padre Beocca, tristemente fallecido, otro buen cura, como Pyrlig, me había respondido, furibundo:

—¡No entendéis nada! ¡No entendéis nada! ¡Dios dispone de todo un ejército de ángeles que velan por el mundo! ¡Hay serafines, querubines, principados, tronos y dominaciones que están a nuestro alrededor! —Había agitado su mano tullida—. ¡Ángeles que no podemos ver, Uhtred, aunque estén en derredor nuestro! Servidores alados de Dios que velan por nosotros. ¡Se dan cuenta hasta de cuándo cae un pequeño gorrión!

—¿Y qué hacen por el pobre gorrión? —le había preguntado, pero el padre Beocca no tenía la respuesta.

Confiaba en que aquellas nubes bajas, tan oscuras, y aquella lluvia tan intensa ocultaran Bebbanburg a los ojos de cualquier ángel. Mi tío y mi primo eran cristianos; si de verdad existían esas criaturas sobrenaturales dotadas de alas, los

ángeles podrían velar por ellos. Quizá, sea eso lo que hagan. Creo en el dios cristiano, pero no me creo eso de que sea el único dios. Un ser celoso, resentido y solitario, que no puede ni ver al resto de los dioses y conspira contra ellos. Hay ocasiones en que, pensando en él, me recuerda mucho a Alfredo, aunque Alfredo conservaba algo de decencia y, a veces, incluso era amable, aunque nunca dejaba de trabajar, de pensar, de preocuparse, del mismo modo que el dios de los cristianos nunca deja de trabajar ni de intrigar. Entretanto, mis dioses se lo pasan en grande, siempre de fiesta en el salón o acostándose con sus diosas; son unos borrachines disolutos y felices y, mientras ellos andan de fiesta y se dedican a fornicar, el dios cristiano se adueña del mundo.

Una gaviota pasó volando por encima del camino que seguíamos, y traté de discernir si su vuelo suponía un buen o mal presagio. Sumido en su melancolía, Osferth habría renegado de cualquier señal. Eso era lo que pensaba, porque era un bastardo, un despojo de la cicatera salvación de su dios, y estaba seguro de que la maldición que había recaído sobre él se prolongaría durante diez generaciones. Tal era su forma de pensar, porque así estaba escrito en el libro sagrado de los cristianos.

—Estáis pensando en la muerte —le eché en cara.

—Como todos los días —contestó—, aunque hoy más que en otras ocasiones.

—¿Algún augurio?

—Miedo, señor —dijo—, solo miedo.

—¿Miedo?

Estalló en una carcajada forzada.

—¡Solo tenéis que vernos! ¡Nueve hombres!

—Más los hombres de Finan —dije.

—Si llega a tocar tierra —repuso, pesimista.

—Lo hará —repliqué.

—Será cosa del tiempo —remachó Osferth—. No anima demasiado.

Pero el tiempo estaba de nuestra parte. Los hombres que montan guardia en una fortaleza se aburren. Hacer guardia es pasarse todo el día, y así día tras día, sin que suceda nada, observando las mismas idas y venidas, una rutina capaz de embotar los sentidos a cualquiera. Por la noche o cuando hace malo, es aún peor. La lluvia que caía sobre Bebbanburg bastaría para que los centinelas se sintieran miserables, y unos hombres calados y muertos de frío no son buenos guardianes.

El sendero descendía suavemente. A mi izquierda, unos almiarés se alzaban en un prado pequeño y, con un gesto de aprobación, reparé en las gruesas capas de helechos que se extendían a sus pies. Mi padre se ponía furioso con los aparceros que no colocaban suficientes helechos en la base de los almiarés.

—¿Queréis infestaros de ratas, necios carentes de cabeza? —les gritaba a voces—. ¿Queréis que se os pudra el heno? ¿Queréis obtener solo forraje en lugar de heno? ¿Acaso no habéis aprendido nada, cerebros de mosquito?

Lo cierto es que tampoco él sabía mucho acerca de cómo cultivar la tierra, pero sí

sabía que una buena base de helechos impedía que la humedad subiera y alejaba las ratas, y disfrutaba haciendo alarde de sus escasos conocimientos. Aquel recuerdo me hizo sonreír. Quién sabe si cuando volviera a ser el dueño de Bebbanburg no me permitiría algún desahogo a propósito de aquellos montones de heno. Un pequeño perro blanco y negro nos ladró desde una casucha y se acercó corriendo a los caballos que, más que acostumbrados a sus ladridos, no le hicieron ni caso. Un hombre asomó la cabeza por la puerta baja de aquel Cuchitril y le dio una voz para que dejase de ladrar; al vernos, nos dirigió un saludo con la cabeza como si nos conociera. El sendero ascendía de nuevo, tan solo unos pocos pies, cuando, al llegar a lo alto, nos encontramos con Bebbanburg.

Mi antepasado, Ida, había llegado por el mar desde Frisia. La leyenda familiar decía que había venido al frente de tres barcos repletos de guerreros hambrientos, que habían recalado en algún punto de aquella costa inhóspita, y que los nativos se retiraron a un fuerte rodeado de una empalizada de madera, construido en lo alto de una larga roca que se erguía entre la bahía y el mar, la misma roca en la que, para entonces, se alzaba Bebbanburg. Ida, a quien llamaban «el Portador de la Llama», quemó la empalizada y acabó con todos los que allí había, bañando la roca de sangre. Amontonó las calaveras mirando a tierra firme como advertencia de lo que podría pasarles a quienes se atrevieran a asaltar la nueva fortaleza que construiría en la misma roca ensangrentada. Se había hecho con ella, la conservó y se apoderó de todas las tierras que había en derredor de aquellas nuevas murallas a un día de caballo al galope; su reino fue conocido como Bernicia, Su nieto, el rey Æthelfrith, hostigó a toda la Britania del norte, expulsó a los nativos a las agrestes colinas y se desposó con Bebba, cuyo nombre puso a la fortaleza.

Y en aquel momento me pertenecía a mí. Ya no teníamos un reino, porque Bernicia, como tantos otros pequeños reinos, había pasado a formar parte de Northumbria, pero todavía nos quedaba la imponente fortaleza de Bebba. O, más bien, era Ælfric quien se había quedado con ella, y aquella mañana fría, gris, oscura y húmeda, allí me dirigía yo, a caballo, con intención de recuperarla.

Surgió ante mis ojos, o quizá fuera cosa de mi imaginación, porque había llevado en mi corazón la imagen de la fortaleza desde el día en que me había ido. El peñón sobre el que se alza Bebbanburg es una cresta que discurre de norte a sur, de tal forma que, vista desde el sur, no parece tan extensa. A un paso de nosotros se alzaba la muralla exterior, hecha de grandes troncos de roble; la parte baja de aquel muro defensivo, donde era más vulnerable, en aquellos lugares donde las hendiduras de la roca permitían que los hombres llegasen más cerca, se había reconstruido con piedra. Única novedad desde los tiempos de mi padre. La Puerta Baja era un arco coronado por un adarve; aquella puerta era la mejor defensa de Bebbanburg: solo se llegaba a ella por un estrecho sendero que discurría a lo largo de la lengua de tierra que la unía a tierra firme. Una lengua bastante ancha hasta que, de repente, la oscura roca emergía de la arena y el sendero se estrechaba a medida que se acercaba a aquel

macizo portalón, todavía adornado con calaveras humanas. No sé si se trata de las mismas calaveras que Ida, el Portador de la Llama, había despojado de su carne tras cocerlas en un barreño de agua hirviendo, pero eran antiguas, desde luego, y sus dientes amarillentos, toda una advertencia para posibles asaltantes. La Puerta Baja era el punto más vulnerable de Bebbanburg; aun así imponía respeto. Quien dispusiera de la Puerta Baja sabía que tenía Bebbanburg en sus manos, a menos que los asaltantes, llegados por el mar, atacasen las altas murallas, empresa cuando menos desalentadora, porque la roca era empinada, altas las murallas, y los defensores los recibirían con una lluvia de lanzas, piedras y flechas.

Incluso si, durante un asalto, los asaltantes se apoderasen de la Puerta Baja, no podrían decir que se habían hecho con la fortaleza, porque aquel arco adornado con calaveras colgantes solo conducía hasta el patio de abajo. Podía ver unos tejados que sobresalían por encima de la muralla. Los de los establos, los cobertizos y la herrería, edificios todos situados en aquel patio. Arrastrado tierra adentro por un viento cargado de lluvia, el humo oscuro que salía de la herrería nos dio en la cara. Más allá, la roca se erguía de nuevo; en la cima, se alzaba la muralla interior, más alta que la exterior, reforzada por grandes bloques de piedra y tan solo accesible por otro imponente portón. Tras aquella Puerta Alta, se encontraba la fortaleza propiamente dicha, donde se alzaba la enorme mansión; y más humo que salía por el agujero del techo donde ondeaba el estandarte de mi familia. Bajo aquel viento húmedo, lánguida, se agitaba la divisa del lobo. La visión de aquel pendón me irritó. Era mi estandarte, mi divisa, y eran mis enemigos quienes la ondeaban. Pero aquel día, el lobo era yo, y había vuelto a mi madriguera.

—¡Fingid cansancio! —les dije a mis hombres.

Teníamos que cabalgar como si estuviéramos agotados, aburridos, y nos dejamos caer en las sillas de montar mientras, a paso lento, los caballos iban a su aire por un sendero que conocían mejor que cualquiera de nosotros. Igual que lo conocía yo, por otra parte, que no en vano había pasado allí los primeros diez años de mi vida y me sabía al dedillo el sendero, la roca, la playa, el puerto y el pueblo. La fortaleza se cernía sobre nosotros; a su izquierda, la ancha y poco profunda ensenada que hacía las veces de puerto de Bebbanburg, al que solo se podía acceder por un canal situado al norte de la fortaleza; una vez allí, los barcos debían de ir con tiento para no encallar. Llegué a distinguir a *Medianoche*. Había, además, una media docena de barcos más pequeños, botes de pesca, en realidad, y dos barcos tan grandes o más que el nuestro; en ninguno de ellos vi un alma a bordo. Para entonces, Finan ya debería de habernos avistado.

Más allá del puerto, al pie de unas colinas, el pequeño pueblo donde vivían los peones y los pescadores. Había también una taberna y otra herrería, así como una playa pedregosa donde ardían unas hogueras que ahumaban las rejillas de unos secaderos de pescado. De pequeño me había encargado de espantar a las gaviotas de estos secaderos. Vi a unos niños por allí. Sonreí, porque me sentía en casa, hasta que,

de repente, mi sonrisa se esfumó, porque la fortaleza estaba más cerca. Por el oeste, el sendero se bifurcaba rodeando el puerto, que quedaba más abajo, hasta el pueblo; el otro ramal ascendía hasta la Puerta Baja.

La puerta estaba abierta. No sospechaban nada. Me imaginé que, durante el día, la puerta estaría siempre abierta, como en cualquier ciudad. Caso de advertir la presencia de una amenaza inminente, los centinelas dispondrían de tiempo suficiente para cerrar las macizas puertas. Pero todo lo que vieron en aquella húmeda mañana era lo que esperaban ver, de modo que ninguno se movió del adarve.



Finan y tres de los hombres saltaron por la proa del *Medianoche* y comenzaron a chapotear para llegar a tierra. Hasta donde a mí se me alcanzaba, no llevaban armas, aunque eso era lo de menos porque, aparte de las nuestras, disponíamos de las que les habíamos arrebatado a los otros. Pensé, y con razón, que a Finan le habían advertido en cuanto al número de hombres que podían bajar a tierra a un tiempo, y que debían ir desarmados. Ojalá hubieran sido más de cuatro porque, en aquel momento, sin contar con Blekulf, éramos trece, un número que trae mala suerte. Eso lo sabe todo el mundo, incluso los cristianos. Dicen que el trece trae mala suerte porque Judas era el decimotercer comensal que estaba sentado a la mesa en la última cena, aunque la verdadera razón es que Loki, el dios malicioso, demente y renegado, es la decimotercera deidad del Asgard.

—¡Folcbald! —grité.

—¿Señor?

—Cuando lleguemos a la puerta, quedaos con Blekulf bajo el adarve.

—¿Tengo que quedarme...? —no entendía nada. Pensaba que iba a luchar, y yo le estaba diciendo que se quedara atrás—. ¿Queréis que...?

—¡Quiero que os quedéis con Blekulf! —zanjé la discusión—. Quedaos con él bajo el arco hasta que os avise para que os unáis a nosotros.

—Sí, señor —dijo. Volvíamos a ser doce.

Finan no había advertido mi presencia. A unos cincuenta pasos de nosotros, vi cómo lentamente y con esfuerzo se dirigía a la fortaleza. Estábamos más cerca de la Puerta Baja, mucho más cerca; nuestras monturas comenzaron a ascender la suave pendiente, el arco de las calaveras colgantes se cernía sobre nosotros. Agaché la cabeza y dejé que el caballo fuera al paso. Alguien gritó algo desde lo alto del portón, pero el viento y la lluvia se llevaron sus palabras. Me sonó a saludo, así que, con gesto cansado, levanté una mano a modo de respuesta. Atrás dejamos el sendero arenoso, y los cascos resonaron por el camino horadado en la roca dura. Como una formidable marcha guerrera, un monótono compás acompañaba el retumbar de los cascos. Los caballos seguían al paso mientras yo me retrepaba en la silla agachando

la cabeza y, entonces, la luz del día se tornó más oscura y dejé de sentir las pesadas gotas de lluvia que me caían en la caperuza de la capa que llevaba y, al alzar la vista, comprobé que estábamos en el túnel del portalón.

Estaba en casa.

Escondida bajo aquella pesada capa, llevaba la espada de Cenwalh; dejé que se fuese al suelo para que Finan dispusiera de un arma. Mis hombres hicieron lo mismo, las armas que llevaban retumbaron al caer en el piso de piedra. Al oírlo, mi caballo se espantó, pero lo refrené y agaché la cabeza al pasar bajo la pesada viga de madera que hacía las veces de dintel de la cara interior del arco. Dadas las constantes idas y venidas que habría durante el día, lo más normal era que la puerta estuviera abierta. En su interior, un montón de canastos y cestos trenzados, colocados para uso de los lugareños que llevaban pescado o pan a la fortaleza. Si bien custodiada día y noche, la cerrarían por la noche, pero, según me había dicho Cenwalh, la Puerta Alta siempre se mantenía cerrada. Esto tampoco carecía de sentido. El enemigo podía apoderarse de la Puerta Baja y del patio que se extendía más allá, pero, a menos que se hiciese con la Puerta Alta y su imponente muralla de piedra, no podía cantar victoria y decir que Bebbanburg había caído en sus manos.

Fue entonces cuando, al dejar atrás el interior del arco, observé que la Puerta Alta estaba abierta.

Al principio, no di crédito a mis ojos. Me había imaginado una repentina y fulgurante lucha para hacernos con aquella puerta, ¡y resulta que estaba abierta! Había guardias en el adarve, como era de esperar, pero ninguno en la puerta. Pensé que estaba soñando. A caballo, me había adentrado en Bebbanburg sin que nadie me saliera al paso, ¡y aquellos necios habían dejado la puerta interior abierta de par en par! Obligué al caballo a detenerse; Finan se llegó a mi lado.

—Que el resto de la tripulación baje a tierra —le dije.

A mi izquierda, un grupo de hombres se entrenaba en el manejo del escudo. Eran ocho; seguían las instrucciones de un hombre rechoncho, fornido y con barba, que, a voces, les imperaba a que se protegieran con el escudo. Eran muy jóvenes, probablemente chavales de las granjas de los alrededores a los que llamarían a filas caso de que alguien atacase las tierras de Bebbanburg. Para tal menester, se servían de espadas viejas y escudos abollados. Al pasar, el hombre que los enseñaba nos echó un vistazo y no debió de observar nada que pudiera alarmarlo. Ante mí, a un centenar de pasos más o menos, la Puerta Alta, abierta de par en par; a mi izquierda, la herrería, y aquel humo oscuro. Dos guardias, provistos de lanzas, custodiaban la puerta. Un hombre me llamó a voces desde lo alto de la puerta de la que acababa de salir.

—¡Cenwalh! —gritó. No le hice caso—. ¡Cenwalh! —insistió.

Lo saludé con la mano, un gesto que pareció dejarlo tranquilo, puesto que no dijo nada más. Había llegado la hora de pelear. Mis hombres estaban atentos a mi señal, pero, durante cosa de un minuto, me quedé con la mente en blanco, como si no

acabara de creérmelo. ¡Estaba en casa! Estaba en Bebbanburg. Espoleando su montura, mi hijo se puso a mi lado.

—¿Padre? —me preguntó, con voz teñida de preocupación.

Había llegado la hora de dar rienda suelta a la ira. Clavé las espuelas en el caballo que, de inmediato, viró a la izquierda, camino de los establos, a un paso de la herrería. Lo sujeté por las riendas, y me dirigí a la Puerta Alta.

Y unos perros se dieron cuenta.

Eran dos enormes y peludos perros lobo que dormitaban sobre un montón de heno bajo un rústico refugio de madera al lado de los establos. Uno de los dos nos miró, se sacudió y, corriendo, salió a nuestro encuentro moviendo el rabo. De repente, se detuvo, cauteloso, y enseñó los dientes. Gruñó y empezó a ladrar. Al instante, se despatilló el otro. Aullando, los dos se lanzaron a por mí y el caballo se espantó.

El hombre rechoncho y fortachón que instruía a los chavales estaba en todo. Se dio cuenta de que algo no iba bien, e hizo lo correcto. A voces, avisó a los guardias de la Puerta Alta:

—¡Cerradla! ¡Cerradla cuanto antes!

Retumbó un cuerno. Espoleé el caballo para librarme de los perros, pero ya era demasiado tarde. Estaban cerrando los enormes portones. Sonó el estruendo de la tranca al encajarse en los soportes. A destiempo, eché sapos por la boca. Empezaron a llegar más hombres de los que me imaginaba a la parte alta de la muralla que se alzaba junto a la Puerta Alta. Estarían a unos veinte pies por encima de mí; carecía de sentido intentar tomar al asalto aquel imponente arco de madera. Mi única esperanza había sido tomar la puerta por sorpresa, pero aquellos perros me lo habían impedido.

El hombre rechoncho se acercó corriendo a donde yo estaba. En aquel momento, lo más sensato habría sido retirarme, reconocer que había echado a perder aquella oportunidad, abandonar a toda prisa la fortaleza por la Puerta Baja y echar a correr hacia el *Medianoche*, pero no pensaba darme por vencido tan fácilmente. Sin saber qué hacer, mis hombres se habían detenido en el centro del patio, y aquel hombre bajo y fornido no dejaba de gritarme, tratando de que le dijera quién era, mientras los perros seguían aullando y, asustado, mi caballo andaba de costado para huir de ellos. En el interior de la fortaleza, más perros ladraban.

—¡Haceos con esa puerta! —le dije a voces a Osferth, al tiempo que señalaba la Puerta Baja. Si no podía tomar la muralla interior, al menos me apoderaría del muro defensivo exterior. Arrastrados por el viento de mar, en la fortaleza caían chuzos de punta. Los dos guardias de la herrería me apuntaron con las lanzas, pero ninguno de los dos dio un paso hacia mí. Finan se llevó a dos de sus hombres.

No pude ver qué pasaba con Finan, porque aquel hombre fornido se había hecho con las bridas de mi montura.

—¿Quién sois? —me preguntó; al reconocer a aquel hombre, los perros se callaron—. ¿Quién sois? —insistió. Olvidándose de sus escudos y espadas de prácticas, los chavales nos miraban con ojos como platos—. ¿Quién sois? —me gritó

por tercera vez, antes de proferir un juramento—: ¡Por Cristo, no es posible!

Estaba mirando a la herrería. Volví la vista hacia aquel lugar, y observé que Finan había empezado la matanza. Los dos guardias yacían en el suelo, y Finan y los suyos habían desaparecido. Saqué los pies de los estribos y me dejé caer de la silla.

Me estaba equivocando de lado a lado. Estaba confuso. Si inevitable resulta tal estado de cosas en combate, una indecisión siempre acaba por pagarse; yo había dudado a la hora de tomar una decisión, y me había vuelto a equivocar. Tenía que haberme retirado cuanto antes; en vez de eso, no había estado dispuesto a renunciar a Bebbanburg, y no otra había sido la causa de que Finan acabase con los dos guardias. Le había ordenado a Osferth que se apoderase de la Puerta Baja, y eso me llevaba a suponer que contaba con hombres de confianza en el túnel y con más hombres en la herrería, en tanto que el resto de los tripulantes del *Medianoche* estarían tratando de llegar a tierra firme; pero yo estaba solo en mitad de aquel patio, con aquel hombre fornido y bajo que no dejaba de hostigarme con la espada. Y volví a meter la pata. En vez de llamar a Finan y reunir a todos los míos en un solo sitio, detuve el envite echando mano de *Hálito de serpiente* y, casi sin pensarlo, obligué a aquel hombre a retroceder con un par de embestidas. Di un paso atrás, para que viniese a por mí y, en cuanto mordió el anzuelo y se abalanzó sobre mí, le hundí la hoja de la espada en la barriga. Noté cómo el acero desgarraba los eslabones de la cota de malla. Noté cómo traspasaba cuero y se hundía en algo más blando. Se estremeció cuando le giré la espada en las entrañas y, tambaleándose, cayó de rodillas. Cuando le saqué la espada, se fue al suelo de bruces. Dos de los chavales echaron a andar hacia donde yo estaba; me volví con la espada ensangrentada y les grité:

—¿Queréis morir también? —les advertí con un gruñido, y se quedaron donde estaban. Me había quitado la caperuza que me cubría la cimera del yelmo y me había abrochado las baberas. Eran unos niños y yo era un señor de la guerra.

Empezaron a aparecer hombres. Con cotas de malla, con espadas, con lanzas y con escudos. Al llegar a veinte, dejé de contarlos, y seguían saliendo.

—¡Señor! —me llamó a voces Osferth desde la Puerta Baja. La había tomado, y pude ver a mi hijo en lo alto del adarve—. ¡Señor! —volvió a reclamar mi atención Osferth. Quería que me diese media vuelta y me fuese hasta allí, que me uniese a él, pero me quedé mirando la herrería, donde los dos guardias yacían en el suelo bajo la lluvia. Ni rastro de Finan.

Las lanzas y las espaldas entrechocaron con los escudos, y reparé en que las tropas de mi tío habían formado un muro de escudos delante de la Puerta Alta. Había no menos de cuarenta hombres que golpeaban sus espadas acompasadamente contra los escudos de sauce. Se les veía muy confiados, a las órdenes de un hombre alto de cabellos rubios que llevaba cota de malla, pero no yelmo. Tampoco llevaba escudo ni empuñaba una espada. El muro de escudos lo habían formado en el camino abierto entre dos rocas que, a lo ancho, ocupaban doce hombres. Los míos acababan de llegar; aparecieron por la Puerta Baja y formaron otro muro de escudos por su cuenta,

pero yo sabía que llevaba todas las de perder. Podría atacar y, por la fuerza, abrirme paso colina arriba entre aquellas filas apretujadas, pero solo a cuchilladas y mandobles iría ganando terreno pulgada a pulgada y, una vez allí, en el adarve situado en lo alto de la Puerta Alta, había hombres dispuestos a arrojarnos lanzas y piedras. Incluso si conseguía salir airoso, las puertas estaban cerradas de nuevo. Había perdido.

El hombre alto que estaba al frente de mis adversarios chasqueó los dedos, y un criado le presentó un yelmo y una capa. Se puso ambos, tomó la espada de nuevo y, lentamente, echó a andar hacia donde yo estaba. Sus hombres se quedaron atrás. Al verlo, los dos perros que habían provocado aquel revuelo echaron a correr hacia él, pero chasqueó los dedos de nuevo y los dos se tumbaron en el suelo. Con la espada apuntando al suelo, se detuvo a unos veinte pasos de donde yo estaba. Era una espada cara, con empuñadura de oro y una hoja resplandeciente con los mismos grabados alabeados que recorrían el acero lavado por la lluvia de *Hálito de serpiente*. Echó un vistazo a los caballos en los que habíamos llegado.

—¿Dónde está Cenwalh? —me preguntó; al ver que no decía nada, añadió—: Me imagino que muerto, ¿no es así? —asentí. Se encogió de hombros—: Mi padre estaba seguro de que vendríais.

De modo que se trataba de Uhtred, mi primo, el hijo de lord Ælfric. Tenía algunos años menos que yo, pero tuve la sensación de que contemplaba una imagen de mí mismo. No había heredado la siniestra apariencia ni la complexión enjuta de su padre, sino que era fornido, rubio y altivo. Barba recortada, rubia también y muy arreglada, y ojos de un azul intenso. Como si fuera el mío, un lobo coronaba la cimera de su yelmo, pero sus baberas estaban taraceadas con incrustaciones de oro. Llevaba una capa negra con rebordes de piel de lobo.

—Cenwalh era un buen hombre —dijo—. ¿Lo matasteis? —Me empeñé en guardar silencio—. ¿Se os han comido la lengua, Uhtred? —rezongó.

—¿Para qué gastar saliva con un cabrón de mierda? —pregunté.

—Mi padre siempre dice que un perro vuelve a comerse su vómito, por eso estaba seguro de que vendríais. ¡Pero si no os he dado la bienvenida! ¡Qué cabeza la mía! ¡Sed bienvenido, Uhtred! —exclamó haciéndome una histriónica reverencia—. Tenemos cerveza, carne y pan. ¿Tendríais la bondad de compartir mesa con nosotros en la casa?

—¿Por qué no peleamos vos y yo aquí mismo —pregunté—, solo vos y yo?

—Porque os superamos en número —replicó tranquilamente—, y si lo hiciésemos tendría que mataros a todos: no iba a arrojar solo vuestras tripas a los perros.

—En ese caso, luchad —repuse, amenazante. Me volví y señalé al muro de escudos que habían formado los míos al pie de la Puerta Baja—. Se han apoderado de la entrada de vuestra fortaleza. No podréis salir de aquí hasta que nos derrotéis, de modo que luchad.

—¿Y cómo pensáis manteneros fuertes en la entrada cuando descubráis que hay

un centenar de hombres a vuestras espaldas? —se interesó el hijo de Ælfric—. Mañana por la mañana, Uhtred, os daréis cuenta de que no podéis salir de aquí. Seguro que disponéis de suficiente comida. No encontraréis un pozo, pero seguro que habéis traído agua o cerveza.

—Pelead conmigo —repetí—, demostradme que tenéis un ápice de valor.

—¿Para qué pelear si ya habéis sido derrotado? —preguntó, al tiempo que alzaba la voz para que mis hombres lo oyesen—. ¡Os ofrezco que salgáis de aquí con vida! ¡Podéis iros! ¡Podéis volver a vuestro barco y marcharos! ¡No haremos nada que os lo impida! ¡Lo único que os pido es que Uhtred se quede aquí! —Me dirigió una sonrisa—. ¿No os dais cuenta de que estamos deseando pasar un rato con vos? Al fin y al cabo, sois de la familia, y queremos trataros como merecéis. ¿Ha venido vuestro hijo con vos?

Dudé un momento, no en cuanto a la respuesta, sino porque había dicho «mi hijo», no «mis hijos». De modo que estaba al tanto de lo que había pasado, sabía que había renegado de mi primogénito.

—Faltaría más —continuó el hijo de Ælfric, alzando la voz de nuevo—. ¡Uhtred se quedará aquí, al igual que su vástago! ¡Los demás sois libres de iros! Pero si elegís quedaros, ¡os aseguro que nunca saldréis de aquí con vida!

Estaba intentando poner en mi contra a los míos, pero dudé que semejante treta fuera a salirle bien. Me habían prestado juramento de lealtad y, aun cuando algunos estuviesen dispuestos a aceptar su oferta, no quebrantarían su juramento tan fácilmente. Si yo moría, hincarían la rodilla en tierra, pero, en aquel momento, ninguno quería dejar patente su deslealtad, y menos delante de sus compañeros. El hijo de Ælfric también lo sabía, por eso caí en la cuenta de que su oferta solo pretendía minar la moral de mis hombres. Sabía que estaban machacados y que tan solo estaban a la espera por ver qué iba a hacer yo antes de tomar una decisión.

Mi primo se me quedó mirando.

—Arrojad vuestra espada al suelo —me ordenó.

—Antes he de hundirla en vuestra barriga —contesté.

Era una bravata carente de sentido. La victoria estaba en su mano. Yo había perdido, pero aún nos quedaba una posibilidad de llegar al *Medianoche* y abandonar el puerto; con todo, no me atrevía a llevar a mis hombres hasta la costa mientras Finan y los dos que se habían ido con él no estuvieran de vuelta. ¿Dónde andaría? No podía abandonarlo, eso jamás. Finan y yo éramos más que hermanos; había desaparecido en el interior de la herrería, y mucho me temía que tanto él como los dos que lo acompañaban se hubieran rendido y estuvieran muertos o, peor aún, prisioneros.

—Descubriréis —continuó mi primo— que los nuestros son sanguinarios. Al igual que vosotros, nos entrenamos y practicamos. Por eso Bebbanburg sigue en nuestras manos, porque ni siquiera los daneses quieren probar nuestras espadas. Si os decidís a luchar, lo lamentaré por los hombres que voy a perder, pero os prometo que

pagaréis cara su muerte. No esperéis una muerte rápida, Uhtred, y menos con una espada en la mano. Os mataré lentamente, procurándoos un dolor insoportable, pero antes habré hecho lo mismo con vuestro hijo. Oiréis cómo invoca a su difunta madre. Le oiréis suplicar piedad, pero no la habrá. ¿Acaso es eso lo que queréis? —Hizo un alto, a la espera de una respuesta que no le di—. O podéis arrojar vuestra espada al suelo —añadió—, y os prometo a ambos una muerte rápida e indolora.

Todavía estaba hecho un mar de dudas, no acababa de decidirme. Por supuesto, sabía lo que tenía que hacer. Sabía que debía llevar a mis hombres de vuelta al *Medianoche*, pero no me atrevía a hacerlo sin antes saber qué había sido de Finan. Estaba deseando echar un vistazo a la herrería, pero no quería que mi primo reparase en aquel lugar, así que lo miré fijamente mientras mi mente se esforzaba de forma febril tratando de encontrar la forma de salir de aquel atolladero. De repente, me di cuenta de que también él estaba nervioso. No daba esa impresión, sin embargo. Resultaba magnífico con su capa negra y su yelmo con un lobo por cimera, erizado de cruces cristianas, y con aquella espada, tan imponente como *Hálito de serpiente*; pero, tras aquella apariencia de tranquilidad, estaba claro que tenía miedo. Al principio, no me había dado cuenta, pero así era. También él estaba en tensión.

—¿Dónde anda vuestro padre? —me interese—, me gustaría que viera cómo morís.

—Él será quien lo vea —repuso Uhtred. ¿Le habría molestado mi pregunta? Tuve la ligera impresión de que se sentía incómodo—. Arrojad vuestra espada al suelo —me exigió en un tono de voz mucho más perentorio.

—Peleemos —reliqué con la misma firmeza.

—Sea —aceptó la decisión con tranquilidad. De modo que no era el miedo a pelear lo que le ponía nervioso. ¿Me habría equivocado? Quizá no albergara ninguna duda. Se volvió a los suyos—. ¡Que Uhtred siga con vida! Acabad con los demás, ¡pero mantened a Uhtred y a su hijo con vida! —y se alejó, sin tomarse la molestia siquiera de dirigirme una mirada.

También yo di media vuelta y me dirigí a la Puerta Baja, donde me esperaban los míos tras unos escudos muy apretados y las armas dispuestas.

—¡Osferth!

—¡Señor!

—¿Dónde está Finan?

—Fue a la herrería, señor.

—¡Eso ya lo sé! —confiaba en que Finan hubiera podido salir de la herrería y que yo no lo hubiera visto, pero la respuesta de Osferth me confirmó que no había salido. De modo que tres de mis hombres se encontraban en el interior de aquel edificio oscuro, y mucho me temía que estuvieran muertos, que los guardias que estuvieran en el interior hubieran dado buena cuenta de ellos, pero si así fuera, ¿por qué no salían esos guardias a la puerta de la herrería? Pensé en enviar a algunos hombres para saber qué había sido de ellos, pero eso debilitaría aún más mi ya de por sí endeble muro de

escudos.

—Vamos a intentarlo con la táctica de la piara. Rompamos sus filas.

Era la única esperanza que me quedaba. La táctica de la piara consistía en hacer que un grupo de hombres formase una cuña y, en tromba, se abalanzasen contra el muro de escudos del enemigo, igual que un jabalí. Saldríamos a todo correr, con la esperanza de dar una buena embestida al muro, desbaratarlo y comenzar la escabechina. Esa era mi última esperanza; mi temor era que no nos saliese bien.

—¡Uhtred! —llamé a mi hijo a voces.

—Sí, padre.

—Deberíais procuraros un caballo y salir de aquí cuanto antes. Cabalgad en dirección sur, siempre al sur, hasta que encontréis amigos. Procurad que no le pase nada a nuestra familia; volved aquí algún día y tomad la fortaleza.

—Si muero aquí —me dijo—, guardaré esta fortaleza hasta el Día del Juicio.

Esperaba oír una respuesta así, o algo parecido, así que no se lo discutí. Aunque cabalgase hacia el sur, tenía mis dudas en cuanto a que pudiera ponerse a salvo. Mi tío enviaría hombres tras sus pasos y, entre Bebbanburg y la Britania en manos de los sajones, solo encontraría enemigos a su paso. Aun así, le había dado una oportunidad. Quizá, pensé, mi hijo mayor, aquel cura que ya no era hijo mío, se casaría algún día, tendría hijos y, si alguno de ellos llegaba a enterarse del combate que habíamos librado, buscarse la forma de vengarnos.

Las tres Hilanderas se reían de mí a carcajadas. Lo había intentado y me había salido mal. Estaba atrapado. Los hombres de mi primo llegaron al final del camino horadado en la roca y se desplegaron. Su muro de escudos era mucho más ancho que el mío. Nos envolverían, nos rodearían por los flancos y, con sus hachas, lanzas y espadas, harían una escabechina.

—Un paso atrás —ordené a los míos.

Seguía pensando en recurrir a la táctica de la piara, pero en aquel momento prefería que mi primo pensase que me disponía a formar el muro de escudos en el interior del arco de la Puerta Baja. Una maniobra que lo disuadiría de atacarnos por los flancos. Se andaría con más tacto y, en ese instante, podría cargar contra sus fuerzas y tratar de abrir una brecha. Osferth no se apartaba de mi lado, siempre detrás de mí. Nos situamos bajo el arco, y ordené a Rolla, Kettil y Eldgrim que subieran al adarve y, desde allí arriba, lanzasen piedras contra nuestros adversarios si seguían avanzando. Osferth me había dicho que las piedras estaban amontonadas y dispuestas, y me atreví a concebir la esperanza de salir con vida de aquella. Albergaba dudas en cuanto a lo de apoderarme de la Puerta Alta, pero salir con bien y llegar al *Medianoche* ya era toda una victoria.

Mi primo empuñó su escudo, de madera de sauce, con un reborde de hierro y un enorme tachón de bronce. Las tablas estaban pintadas de rojo, en tanto que la divisa de la cabeza de lobo aparecía en gris y blanco sobre el fondo carmesí. Del mar nos llegaba una lluvia cortante que caía a cántaros en aquel momento, haciendo que gotas

de agua resbalasen por los rebordes de los yelmos y de los escudos, incluso por las puntas de las lanzas. Era un día frío, pasado por agua y gris.

—Escudos —ordené, y nuestra mermada fila delantera, seis hombres apretujados entre los muros de roble que soportaban el túnel bajo el arco, entrechocaron los escudos. «Que vengan a por nosotros», pensé. «Que mueran a los pies de nuestro muro de escudos antes que ir a por ellos». Si recurría a la táctica de la piara, tendría que dejar atrás el refugio que nos proporcionaba la puerta. Aún no había tomado una decisión, cuando observé que el enemigo hacía un alto. Nada fuera de lo normal. Los hombres necesitan unas palabras de ánimo antes de entrar en combate. Mi primo estaba hablando con ellos, pero no oía lo que les decía. Oí el grito con que concluyeron, y se pusieron en marcha de nuevo. Lo hicieron antes de lo que esperaba. Había pensado que prepararse les llevaría algo de tiempo, un tiempo que dedicarían a cubrirnos de insultos, pero estaban bien entrenados y parecían muy seguros de sí mismos. Intencionadamente, llegaron despacio, con los escudos bien juntos. Como guerreros que se disponen a librar un combate del que piensan salir victoriosos. Al lado de mi primo, en el centro de la fila, sobresalía un gigantón de barba negra que empuñaba un hacha de guerra de asta larga: era el hombre que se disponía a atacarme. Trataría de rajarme el escudo con el hacha, despejando el camino para que mi primo embistiese con la espada. Eché mano de *Hálito de serpiente* y, en ese momento, me acordé de que llevaba el martillo de Thor oculto bajo la cota de malla. Mal augurio: un hombre nunca debe exponerse a pelear bajo el yugo de un mal presagio. Quise arrancarme la cruz de plata que llevaba al cuello, pero, con la mano izquierda sostenía el escudo, en tanto que, con la derecha, empuñaba a *Hálito de serpiente*.

Y aquel mal augurio me advirtió de que no saldría de aquella con vida. Empuñé con más fuerza si cabe la espada, porque era mi garantía para llegar al Valhalla. Pelearía, pensé, pero perdería, y las valkirias me llevarían a ese mundo mejor que se abre más allá del nuestro. ¿Y qué mejor lugar para morir que Bebbanburg?

Entonces otro cuerno bramó.

Se oyó un mugido grave, nada que ver con el tono aguerrido y premioso de aquel que había tocado a rebato en la Puerta Alta. Este cuerno había sonado como si estuviera en manos de un chiquillo revoltoso; su tono ronco hizo que mi primo volviese la vista a la herrería; lo mismo hice yo, y allí, en la puerta, estaba Finan. Tocó el cuerno por segunda vez y, decepcionado por el espantoso ruido que hacía, lo arrojó al suelo.

No estaba solo.

Unos pasos por delante de él, vi a una mujer. Parecía joven, vestida con una túnica blanca, ceñida con una cadena de oro. Sus cabellos eran de un rubio muy pálido, tanto que parecían casi blancos. No llevaba capa ni esclavina, de forma que la tela mojada se adhería a su cuerpo esbelto. De pie, estaba inmóvil; incluso desde donde estaba, reparé en la angustia que se dibujaba en su rostro.

Mi primo echó a andar a su encuentro, pero se detuvo al ver que Finan desenvainaba la espada. El irlandés no amenazaba a la mujer; con una sonrisa maliciosa y empuñando la espada desnuda, se quedó de pie, donde estaba. Mi primo me miró con cara de no saber qué hacer, antes de volverla vista a la herrería en el momento en que salían los dos compañeros de Finan con un prisionero cada uno.

Uno de los prisioneros era mi tío, lord Ælfric; el otro, un niño.

—¿Queréis que mueran? —le preguntó a voces Finan a mi primo—. ¿Queréis que les raje la barriga? —lanzó la espada a lo alto, que empezó a caer dando vueltas y más vueltas. Una exhibición de arrogancia; todos los que estábamos en el patio nos quedamos pasmados al comprobar la destreza con que recuperaba el arma por la empuñadura—. ¿Queréis que arroje sus tripas a los perros? ¿Es eso lo que queréis? Por Cristo que os complaceré, faltaría más. Será un placer. ¡Vuestros perros parecen hambrientos! —Se volvió y sujetó al niño con la otra mano. Vi cómo mi primo hacía una seña a sus hombres para indicarles que se quedasen donde estaban. En ese instante, caí en la cuenta de por qué lo había notado nervioso: sabía que su único hijo estaba en la herrería.

Pero, en aquel momento, el chico estaba en manos de Finan. Sujetándolo por un brazo, lo llevó hasta donde yo estaba. Detrás, Ulfar, otro de los daneses, arrastraba a mi tío, en tanto que la mujer, la madre de aquel chaval, no se separaba de ellos. Nadie la obligaba a hacerlo, pero no estaba dispuesta a abandonar a su hijo a su suerte.

A Finan aún no se le había borrado la sonrisa feroz de la cara.

—Este pequeño bastardo dice que se llama Uhtred. ¿Qué os parecería si os digo que hoy es su cumpleaños? Once nada menos cumple hoy, y su abuelo va y le regala un caballo, ¡un magnífico ejemplar! Estaban herrándolo, en esas estaban, disfrutando de una agradable excursión familiar cuando les interrumpí.

Como el agua que vuelve a fluir por el lecho seco de un arroyo, así comenzó a invadirme una sensación de sosiego. Tan solo un momento antes estaba atrapado y condenado a una muerte segura y, de repente, tenía al hijo de mi primo como rehén. Y también a su esposa, pensé, y a su padre. Dirigí una sonrisa a mi adversario, el de la capa negra.

—Creo que ya va siendo hora de que seáis vos quien arroje la espada al suelo —le espeté.

—¡Padre! —gritó el hijo, tratando de escapar de las garras de Finan y llegarse al lado de su padre; lo golpeé con el escudo, un golpe seco con aquellas pesadas tablas con rebordes de hierro, que hizo que su madre profiriese un chillido y lanzase un grito de dolor.

—Silencio, pequeño bastardo —le imprequé.

—No va a irse a ningún lado —dijo Finan, sujetándolo con firmeza por el brazo.

Miré a la mujer.

—¿Y vos sois? —le pregunté.

Se irguió desafiante y, muy tiesa, me miró directamente a los ojos.

—Ingulfrid —dijo con frialdad.

Interesante, pensé. Sabía que mi primo se había desposado con una danesa, pero nadie me había dicho que fuera tan guapa.

—¿Es este vuestro hijo? —le pregunté.

—Así es —contestó.

—¿Vuestro único hijo? —insistí.

Dudó un momento y, por fin, asintió con vehemencia. Sabía que había tenido tres hijos, pero que solo uno de ellos había salido adelante.

—¡Uhtred! —Mi primo reclamó mi atención.

—¿Sí, padre? —repuso el chico, dejando ver una mota de sangre en el pómulo derecho, allí donde el escudo le había rasgado la piel.

—Tú no, muchacho. Estoy hablando con él —al tiempo me señalaba con la espada.

Me deshice del escudo y me acerqué a mi primo.

—Por lo visto, ninguno de los dos estamos en una posición muy ventajosa —le dije—. ¿Luchamos, vos y yo? ¿Según las reglas de las cuatro varas de avellano?

—¡Pelea! —vociferó mi tío.

—Dejad que mi esposa y mi hijo se vayan —dijo mi primo—, y os dejaré marchar en paz.

Hice como que me lo pensaba, y negué con la cabeza.

—Os exigiré algo más que eso. ¿No queréis que os devuelva a vuestro padre?

—A él también, por descontado.

—Me ofrecéis una cosa —repuse—: que puedo irme y aquí no ha pasado nada, ¿y me pedís tres a cambio? Eso no está bien, primo.

—¿Qué queréis?

—Bebbanburg —contesté—, porque es mío.

—¡No es vuestro! —bramó mi tío. Me volví y lo miré. Era un anciano, viejo y encorvado; profundas arrugas surcaban su rostro cetrino, pero conservaba la misma y despierta mirada de antaño. Sus cabellos, negros antes, se habían vuelto blancos y, lacios, le caían sobre unos hombros enjutos. Ataviado con ropajes primorosamente bordados, lucía una pesada capa con un magnífico cuello de piel. Cuando mi padre se fue a la guerra y encontró la muerte en Eoferwic, Ælfric había jurado ante el peine de san Cuthberto que me devolvería la fortaleza cuando alcanzase el uso de razón; en vez de eso, había tratado de quitarme de en medio. Había tentado a Ragnar, el hombre que me había criado, para que me vendiera y, andando el tiempo, había pagado con tal de que me vendiesen como esclavo. Le odiaba más de lo que nunca haya podido odiar a nadie en este mundo. Había tratado de desposarse con mi recordada Gisela, aunque era mía desde mucho antes de que él intentara llevársela a la cama. Aquella había sido una nimia victoria en comparación con la que saboreaba en aquel momento. Lo tenía en mis manos, aunque nada en su forma de actuar indicase que él pensara del mismo modo. Me miró con desdén—. Bebbanburg no es vuestro —dijo.

—Es mío por herencia —respondí.

—Herencia —escupió—. Bebbanburg pertenece al hombre que sea lo bastante fuerte para defenderla, no para el primer necio que venga agitando documentos escritos en pergamino. ¡Así lo habría querido vuestro padre! ¡Cuántas veces no me diría que erais un irresponsable, que carecíais de dos dedos de frente! Quería que Bebbanburg pasase a manos de vuestro hermano mayor, ¡no a vos! Ahora me pertenece a mí, igual que llegará el día en que pase a manos de mi hijo.

Sentí deseos de matar allí mismo a aquel cabrón mentiroso, pero era viejo y endeble. Viejo y endeble, sí, pero tan venenoso como una víbora.

—La dama Ingulfrid —le dije a Osferth— está calada y muerta de frío. Ponedle la capa de mi tío.

Si Ingulfrid me lo agradeció, no dijo nada. Con destreza, se hizo con la capa y se embozó en su pesado cuello de piel. Estaba temblando, pero me miraba con desprecio. Volví los ojos a mi primo, su marido.

—A lo mejor, estáis en condiciones de comprar a vuestra familia —le dije—; en oro, claro está.

—No son esclavos que se puedan comprar y vender —rezongó.

Lo miré fijamente y fingí que se me había ocurrido una idea.

—¡Ya lo tengo! ¡Esclavos! ¡Finan!

—¿Señor?

—¿Cuánto se paga por un hermoso muchacho sajón en Frankia ahora mismo?

—Lo suficiente como para comprar una cota de malla franca, señor.

—¿Tanto?

Finan simuló que encarecía las cualidades del chaval.

—Guapo chico, bien formado. Hay hombres que pagarían bien por un trasero sajón tan redondito, señor.

—¿Y por la mujer?

Finan la miró de arriba abajo y meneó la cabeza.

—No está mal del todo, en mi opinión. Pero ya es segundo plato, señor. Quizás aún pueda sacarse algún provecho durante unos pocos años. Vamos, que daría para comprar un caballo de carga. Algo más si sabe cocinar.

—¿Sabéis cocinar? —le pregunté a Ingulfrid, que me obsequió con una mirada cargada de odio a modo de respuesta. Dirigí de nuevo la mirada hacia mi primo—. Un caballo de carga y una cota de malla —comenté, como si pensara en voz alta—. No me parece suficiente —añadí negando con la cabeza—. Quiero más, mucho más.

—Podéis iros sin que os pase nada —me ofreció—, y con un buen puñado de oro.

—¿De cuánto oro estamos hablando?

Echó una mirada a su padre. Estaba claro que Ælfric había dejado en manos de su hijo la actividad del día a día en la fortaleza, pero que, en asuntos de dinero, mi tío tenía la última palabra.

—Su yelmo —dijo Ælfric, inopinadamente.

—Vuestro yelmo rebosará de monedas de oro —me ofreció mi primo.

—Me conformo con eso a cambio de vuestra esposa —dije—, pero ¿cuánto me ofrecéis por vuestro heredero?

—Lo mismo —dijo de mal humor.

—No me parece suficiente —repliqué—. Os entrego a los tres a cambio de Bebbanburg.

—¡No! —Se revolvió mi tío a voces—. ¡No!

Hice como que no le oía.

—Devolvedme lo que es mío —le dije a mi primo—, y yo os entregaré lo que es vuestro.

—¡Puedes tener más hijos! —le recriminó Ælfric a su hijo, con un gruñido—. No sois quién para disponer de Bebbanburg. ¡Es mía!

—¿Es eso cierto? —le pregunté a mi primo.

—Por supuesto que es suya —respondió, porfiado.

—¿Y vos sois su heredero?

—Así es.

Volví al lado de los prisioneros y eché mano del escuálido cogote de mi tío. Lo sacudí, igual que un terrier sacudiría a una rata, lo obligué a darse media vuelta y le obsequié con una sonrisa.

—Sabíais que volvería —le dije.

—Esperaba que lo hicierais —se revolvió.

—Bebbanburg es mía —le solté—, y vos lo sabéis.

—Bebbanburg es de quien está en condiciones de defenderla —replicó, desafiante—, cosa que vos no hicisteis.

—Tenía diez años cuando me la robasteis —repliqué—, ¡era incluso más pequeño que ese! —Señalé a su nieto.

—Vuestro padre no la defendió —dijo mi tío—; como un necio, corrió en pos de la muerte. Vos sois igual que él: un necio. Impetuoso, irreflexivo, irresponsable. Imaginaos por un momento que recuperáis Bebbanburg. ¿Cuánto duraría en vuestras manos, esas manos que nunca han sabido defender una propiedad? Os hayan ido como os hayan ido las cosas, todas las tierras que habéis tenido las habéis perdido, ¡las habéis tirado por la borda! —Miró a su hijo—. Y tú no te moverás de Bebbanburg —le ordenó—, ¡sea cual sea el precio que te ofrezcan!

—El precio es la vida de vuestro hijo —le dije a mi primo.

—¡No! —gritó Ingulfrid.

—No pagaremos el precio que vos nos impongáis —dijo mi tío, mirándome a la cara con los ojos llenos de rencor—. ¡Matad al chico! —añadió; hizo una pausa y rezongó—: ¡Matadlo! Habéis fijado el precio, ¡y no pienso pagarlo! ¡Acabad con él de una vez!

—Padre... —balbució mi primo, nervioso.

Tan rápido como una serpiente, Ælfric se dirigió hacia su hijo. Todavía lo tenía en

mis manos, sujetándolo con fuerza por el cogote, pero no trató de zafarse de mí.

—¡Puedes engendrar más hijos! —le escupió—. ¡No es tan difícil hacer hijos! ¿No te das por satisfecho con los vástagos de tus putas? Tus bastardos ya no caben en el pueblo; despóstate con otra y dale hijos, ¡pero nunca entregues la fortaleza! ¡Bebbanburg vale mucho más que la vida de un hijo! ¡Aunque siempre pueda haber más hijos, nunca habrá otra como Bebbanburg!

Me quedé mirando a mi primo.

—Entregadme Bebbanburg —dije—, y os devolveré a vuestro hijo.

—¡He rechazado ese precio! —bramó mi tío.

Así que lo maté.

Se quedó de una pieza, claro, como todos los que allí estaban. Había estado sujetando al viejo por el cuello y lo único que tenía que hacer era alzar a *Hálito de serpiente* y pasarle la hoja por el pescuezo. Y eso fue lo que hice. Fue rápido, demasiado rápido para lo que se merecía. La espada se topó con la resistencia de aquel gizonte consumido y se retorció como una anguila, pero apreté el filo y lo deslicé con rapidez, y cortó músculos y tendones, atravesándole la tráquea y los vasos sanguíneos, y, al notar que le faltaba el aire, boqueó con un gañido casi femenino y, a partir de ese momento, no se oyó sino un gorgoteo, casi un borboteo, y el suelo se cubrió de sangre, y cayó de rodillas a mis pies. Le clavé una bota en la columna vertebral, le di un empujón, y quedó tendido. Se agitó unos segundos tratando de tomar aire y crispó las manos como si quisiera aferrarse al suelo de la fortaleza. Un postrer espasmo y se quedó en silencio, y experimentó una leve decepción. Llevaba años imaginando su muerte. Hasta en sueños había planeado cómo lo mataría, había pergeñado las más espantosas formas de morir y, sin embargo, me había limitado a rebanarle el pescuezo con una celeridad rayana en la misericordia. ¡Tantos sueños para nada! Aparté el cadáver con el pie y miré de nuevo a su hijo.

—Ahora sois el único que puede tomar una decisión —dije.

Nadie se atrevió a abrir la boca. Seguía lloviendo, el viento soplaba, y los hombres de mi primo se quedaron mirando el cadáver. Comprendí que su vida había dado un giro inesperado. Todos ellos, durante toda su vida, habían servido a las órdenes de Ælfric y, de repente, ya no estaba entre ellos. Su muerte los había dejado anonadados.

—¿Y bien? —pregunté a mi primo—. ¿Estáis dispuesto a ceder Bebbanburg a cambio de vuestro hijo?

Se me quedó mirando sin decir palabra.

—Quiero una respuesta, vómito de comadreja —continué—. ¿Vais a cederme Bebbanburg a cambio de vuestro hijo?

—Os pagaré por Bebbanburg —dijo, no muy convencido. Miró el cadáver de su padre. Supuse que había mantenido una tumultuosa relación con él, igual que la que yo mantuviera con mi padre, pero estaba horrorizado. Me miró de nuevo y frunció el entrecejo.

—¡Era un viejo! —acertó a decir—. ¿Teníais que matar a un viejo?

—Era un ladrón —repuse—, y toda la vida he soñado con este momento.

—¡Era un viejo! —se revolvió.

—Y afortunado —rezongué—; ha sido todo muy rápido. Había soñado con una muerte lenta para él. Pero rápida o lenta, ya está con el Destripador de Cadáveres en el inframundo, y si no me entregáis Bebbanburg, no otro será el camino que emprenda vuestro hijo.

—Os daré oro —replicó—, mucho oro.

—Sabéis cuál es mi precio —objeté, apuntando con la hoja ensangrentada de *Hálito de serpiente* a su hijo. La lluvia hizo que unas gotas sonrosadas resbalasen por la punta de la espada. Acerqué la hoja al chico; Ingulfrid chilló.

La indecisión y la duda me habían tenido paralizado; ahora todo estaba en manos de mi primo. Por la cara que ponía, adiviné que no sabía qué hacer. ¿De verdad Bebbanburg valía tanto como la vida de su hijo? Ingulfrid le suplicaba. Mi primo pareció compungido al oír sus alaridos, pero me llevé una sorpresa cuando vi que se daba media vuelta y les decía a sus hombres que volvieran a la Puerta Alta.

—Os daré tiempo para que lo meditéis —dijo—, pero habéis de saber que no os entregaré Bebbanburg. Podéis concluir la tarea que os trajo aquí de dos formas: con un chico muerto o con una auténtica fortuna en oro. Decidme por cuál de las dos os decidís antes de que caiga la noche. —Y se fue.

—¡Señor! —llamó a voces Ingulfrid a su marido.

Se volvió, pero para hablar conmigo, no con ella.

—Y dejaréis en libertad a mi esposa —reclamó.

—No la retengo —repliqué; es muy libre de ir donde le plazca, pero me quedo con el chico.

Ingulfrid se aferró a los hombros de su hijo.

—Me quedo con mi hijo —proclamó, altiva.

—Vendréis conmigo, mujer —bramó mi primo.

—No estáis en posición de ordenar nada —le dije—. Vuestra esposa hará lo que le venga en gana.

Se me quedó mirando como si estuviera completamente loco. ¿Cómo que «hará lo que le venga en gana»? No llegó a decirlo con esas palabras, pero, tan sorprendido se quedó, que acabó por musitarlo; meneó la cabeza como si no diera crédito a sus oídos y se dio media vuelta de nuevo. Se marchó con sus hombres, dejando el patio exterior en nuestras manos.

Finan arrebató al chico de las manos de su madre y se lo entregó a Osferth.

—Procurad que el pequeño bastardo no escape —le dijo; luego, se llegó a mi lado y observó cómo, con él al frente, los hombres de mi primo volvían a traspasar el umbral de la Puerta Alta. Aguardó hasta que entró el último hombre y la puerta se cerró de nuevo—. Está dispuesto a pagar un montón de oro por el chaval —me dijo en voz baja.

—El oro siempre viene bien —comenté, restándole importancia al asunto. Oí cómo la tranca de la Puerta Alta volvía a encajarse en los soportes.

—Y un chico muerto no vale nada —dijo Finan, sin dudarlo.

—Lo sé.

—Y no vais a matarlo en ningún caso —continuó, hablando en voz baja, de forma que solo yo pudiera oírle.

—¿Tan seguro estáis?

—No sois un asesino de niños.

—A lo mejor es hora de empezar a serlo.

—No lo mataréis —insistió Finan—, así que aceptad el oro —esperó por si le contestaba algo, pero guardé silencio—. Hay que recompensar a los hombres —me recordó.

Y estaba en lo cierto. Era su *hlaford*, el que les proporcionaba dinero, pero, a lo largo de las últimas semanas, solo los había conducido hasta aquel desastre. Finan se debía haber oído que algunos de los hombres estaban pensando en marcharse. Me habían prestado juramento, pero lo cierto es que solo revestimos tales juramentos con vana palabrería por la facilidad con que pueden quebrantarse. Si un hombre pensara que podía disfrutar de riquezas y honores al servicio de otro señor, no dudaría a la hora de dejarme de lado, y escasos eran de los que disponía en aquel momento.

—¿Os fiais de mí?

—Bien lo sabéis.

—En ese caso, decidles a los hombres que, a mi lado, se harán ricos; que las crónicas recogerán sus nombres. Decidles que se les reconocerán sus méritos y se honrará su memoria. Finan me dedicó una sonrisa aviesa.

—¿Y cómo pensáis conseguirlo?

—No lo sé —le dije—, pero lo haré. —Me acerqué a Ingulfrid, que no dejaba de mirar a su hijo—. ¿Cuánto creéis que pagará vuestro esposo por vos?

No dijo nada, y me malicié que la respuesta habría sido decepcionante. Mi primo había tratado a su esposa con un desprecio rayano en la desconsideración; su valor como rehén sería poco más que nada, pero el chico valía una fortuna.

Empero, un sexto sentido me advirtió de que más me valía renunciar a tamaña fortuna, al menos en aquella ocasión. Me lo quedé mirando. Aunque a punto de llorar, se mostraba desafiante, con arrojo. Sopesé la disyuntiva de nuevo: ¿aceptar el oro o seguir mi instinto? No tenía ni idea de qué me tendría reservado el futuro, ni la más remota, pero aquella intuición me decía que me inclinase por la decisión menos apetecible. Eran los dioses quienes así me hablaban. ¿Qué otra cosa, si no, es ese sexto sentido?

—Finan —me volví de repente, señalando a la caseta donde dormían los dos perros—. Hacedos con todo ese heno —le dije—, y extendedlo alrededor de la empalizada. Esparcidlo también por el túnel de la entrada.

—¿Pretendéis quemar el recinto?

—El heno no tardará en humedecerse —repuse—, pero amontonadlo de forma que quede prieto y, en parte, al menos, se mantendrá seco. Prended fuego a la entrada, a la herrería y a los establos. ¡Quemadlos por completo!

Mi primo no iba a cederme Bebbanburg porque sin la fortaleza no era nada: solo un sajón más, aislado en territorio danés. Tendría que hacerse Vikingo o arrodillarse ante Eduardo de Wessex. Pero en Bebbanburg era el rey de todas las tierras que, a un día a caballo, se extendían a su alrededor, y era rico. De modo que Bebbanburg valía más que la vida de su hijo. Valía por las vidas de dos hijos y, como Ælfric había dicho, siempre podría hacer más. Mi primo se quedaría con la fortaleza, pero yo quemaría cuanto estuviera a mi alcance.

Sacamos a los caballos de los establos, los llevamos fuera de la fortaleza y los dejamos en libertad; luego, quemamos el patio. Mi primo no hizo nada para detenernos; se limitaba a observarnos desde lo alto de la muralla interior; y, cuando el humo se mezcló con la lluvia, volvimos al *Medianoche*. Chapoteando, llegamos al barco, trepando por las bajas hiladas; Ingulfrid y su hijo venían con nosotros. Mi primo nos perseguiría en sus largos barcos de guerra, de modo que decidí quemarlos, pero la madera estaba muy húmeda, así que, con la ayuda de tres hombres, Finan cortó las maromas que mantenían el mástil erguido y, con sus hachas, abrieron enormes boquetes en el casco. Ambos barcos se hundieron hasta quedar encallados en el fondo arenoso del puerto y, en ese instante, di órdenes a los míos de que se pusieran a los remos. Seguía lloviendo, pero, luminosas y desafiantes, se alzaban las llamas de los edificios a los que habíamos prendido fuego, y el humo ascendió hasta confundirse con aquellas nubes bajas del mismo color.

El viento había amainado, aunque el mar todavía estaba agitado y la espuma de las olas acechaba a la entrada poco profunda del puerto. Remamos hasta llegar a aquel blanco caos, y las olas rompieron contra la alta proa del *Medianoche*, mientras mi primo y sus hombres nos observaban desde lo alto hasta que salimos al mar. Nos adentramos en aquellas aguas, mucho más allá de las islas, hasta vernos rodeados de olas salvajes; una vez allí, izamos la vela y viramos rumbo sur.

Así nos fuimos de Bebbanburg.

TERCERA PARTE

Rumores de guerra

Capítulo VI

Había tomado la decisión de poner rumbo sur para dar a entender a mi primo que volvía al sur de Britania, pero, tan pronto como el humo del incendio que habíamos dejado atrás en Bebbanburg se convirtió en una mancha grisácea contra unas nubes no menos grises, viramos rumbo este.

No sabía adónde ir.

Al norte, Escocia, región poblada por salvajes que, con gusto, degollarían a cualquier sajón. Más arriba, los asentamientos de los hombres del norte, habitados por gentes de rostro ceñudo que, aferradas a aquellas islas rocosas, vestían hediondas pieles de foca y a quienes, al igual que a los escoceses, les atraía más la idea de matar que ofrecer un saludo de bienvenida. Al sur, el territorio de los sajones, pero los cristianos ya me habían dejado claro que no sería bien recibido ni en Wessex ni en Mercia; igualmente, nada tendría que hacer en Anglia oriental, así que decidí emprender el camino de vuelta a las desiertas islas de Frisia.

No se me ocurría otro sitio adonde ir.

Había estado tentado de aceptar la oferta que, en forma de oro, me había hecho mi primo. El oro siempre viene bien. Permite comprar hombres, barcos, caballos y armas, pero mi intuición me había aconsejado que me quedara con el chico. De modo que, mientras impulsados por un viento fuerte del norte que soplaba con firmeza y siempre en la misma dirección, poníamos rumbo este, le pedí al chaval que se acercara.

—¿Cómo os llamáis? —le pregunté.

Confundido, se me quedó mirando antes de volver los ojos a su madre que, intranquila, no lo perdía de vista.

—Me llamo Uhtred —dijo.

—No; ese no es vuestro nombre —le dije—. Vuestro nombre es Osbert.

—Me llamo Uhtred —insistió con coraje.

Le propiné un tremendo bofetón con la mano abierta. Tan fuerte que me escoció la palma de la mano y a él debieron de zumbarle los oídos, porque dio un paso atrás, titubeante, y, de no ser por Finan que lo había sujetado y apartado, habría acabado cayendo por la borda. Encolerizada, su madre me insultó; no le hice caso.

—Vuestro nombre es Osbert —volví a decirle, y esta vez el chico no abrió la boca; tan solo me miró con ojos llorosos y obstinados—. ¿Cómo os llamáis? —le pregunté, y volvió a mirarme, y observé la tentación que revelaba su rostro empecinado, así que levanté la mano de nuevo.

—Osbert —musitó.

—¡No os oigo bien!

—Osbert —dijo más alto.

—¡Ya lo habéis oído! —voceé a la tripulación—. ¡El chico se llama Osbert!

Su madre me echó una mirada aviesa, abrió la boca como si fuera a decir algo, pero la cerró de nuevo.

—Yo me llamo Uhtred —le dije al chico—, y mi hijo también se llama Uhtred, lo que significa que ya hay demasiados Uhtred en este barco, de modo que, en adelante, vos seréis Osbert. Volved con vuestra madre.

Finan estaba sentado a mi lado, el sitio que solía ocupar cuando estaba en el altillo del timón. Anchas eran las olas, pero no rompían coronadas de espuma y el viento había amainado un tanto, aunque seguía soplando con fuerza. Había dejado de llover y, entre las nubes, se abrían algunos claros por los que se colaban unos rayos de sol que, parcheados, resplandecían en el mar. Finan contemplaba el agua.

—En lugar de estar contando monedas de oro, señor —dijo, aquí estamos, con una mujer y un niño que cuidar.

—Eso de niño... —repuse—; es casi un hombre.

—Sea lo que sea vale su peso en oro.

—¿Creéis que debería haber aceptado el rescate que nos ofrecían por él?

—Vos sabréis, señor.

Reflexioné un momento. Aunque no estaba seguro de por qué lo había hecho, un sexto sentido me había advertido que me quedase con el chico.

—De cara al mundo exterior —dije—, él es el heredero de Bebbanburg; por eso vale tanto.

—No os falta razón.

—No tanto para su padre —continué—, como para los enemigos de su padre.

—¿Quiénes son estos?

—Los daneses, si no me equivoco —dejé caer, porque aún no estaba seguro de por qué me había quedado con el chico.

—Qué raro, ¿verdad? —apuntó Finan—. La esposa y los hijos de Cnut Ranulfson han desaparecido y están en manos de otros; nosotros tenemos a estos dos. Me imagino que se ha abierto la veda de esposas e hijos —comentó en broma.

¿Y quién, me pregunté yo de nuevo, se habría llevado a la familia de Cnut Ranulfson? Pensé que, puesto que había sido expulsado de la Britania sajona, era un asunto que nada tenía que ver conmigo, pero no se me iba de la cabeza. La respuesta más evidente era que habían sido los sajones para que Cnut no se moviera mientras ellos atacaban a otros señores daneses del norte de Mercia o del muy vulnerable reino de Anglia oriental, pero Etelfleda no sabía nada. Y eso que tenía espías tanto en el entorno de su marido como en la corte de su hermano, de modo que si hubieran sido Etelredo o Eduardo, se habría enterado de algo, pero sus espías no le habían advertido. Por mi parte, no creía que Eduardo de Wessex fuera capaz de enviar hombres para secuestrar a la familia de Cnut. Bajo la influencia de aquellos curas timoratos, bastante cuidado ponía en no irritar a los daneses. Pero ¿y Etelredo? Era posible que su nueva mujer y su belicoso hermano se hubieran atrevido a correr

semejante riesgo, aunque, si así fuera, Etelfleda debería haber oído algo. Así que ¿quién se los había llevado?

A la espera de una respuesta, Finan no apartaba los ojos de mí. En su lugar, le hice una pregunta.

—¿Quién es nuestro enemigo más temible?

—Vuestro primo.

—Si hubiera aceptado el oro —dije, y estaba hablando en voz alta, tanto para mí como para Finan—, enviaría hombres que acabasen con nosotros. Querría recuperar el oro. Pero, mientras tengamos a su esposa y a su hijo en nuestras manos, se andará con cien ojos.

—No os falta razón —admitió.

—Y el precio no bajará porque estemos dispuestos a cobrar la recompensa —añadí—. Mi primo acabará por pagarnos el mes que viene, o el año próximo.

—A menos que tome una nueva esposa —repuso Finan, más escéptico—; por esta, no parece dispuesto a pagar mucho —mirando a Ingulfrid, que seguía acurrucada delante del altillo del timón. Todavía llevaba la capa de Ælfric, en la que envolvía a su hijo.

—No parecía tenerle mucho cariño —comenté con sorna.

—Es otra quien le calienta la cama —dejó caer Finan—; esta es solo su esposa.

—¿Solo? —me extrañó.

—No se casó con ella por amor —me aclaró—, y si así fue, esa chispa hace mucho que dejó de arder. Es más probable que se casase por su hacienda o por sellar una alianza con su padre.

Y, por si fuera poco, danesa. Interesante. Bebbanburg era una pequeña parcela de suelo sajón en un reino de daneses deseosos de hacerse con ella. De modo que una esposa danesa me llevaba a pensar que mi primo contaba con un aliado de ese pueblo.

—Señora —la llamé; alzó la vista, pero no dijo nada—, acercaos —le exigí en tono imperioso—; Osbert puede venir con vos.

Al oír aquella voz y que llamaba a su hijo por otro nombre, se enervó; por un momento, pensé que no iba a hacerme caso; luego, se puso en pie y, con su hijo de la mano, se llegó a la popa. Cuando el barco salvó una ola, se tambaleó y se aferró con fuerza al brazo que le tendía; me miró con asco, como si hubiera tocado una inmundicia viscosa. La solté y, con la mano que le quedaba libre, se apoyó en la barra del timón.

—¿De quién sois hija? —le pregunté.

Vaciló un instante, sopesando los peligros que escondía semejante pregunta y, tras considerar que no había tal, se encogió de hombros.

—De Hoskuld Leifson —dijo.

Nunca había oído hablar de él.

—¿Vasallo de quién? —insistí.

—De Sigtrygg.

—¡Jesús bendito! —exclamó Finan—. ¿El hombre que se asentó en Dyflin?

—En su día —dijo la mujer, con amargura.

Sigtrygg era un hombre del norte, un guerrero, que había forjado un reino a su medida en Irlanda, país que nunca recibió bien a los extraños; las últimas noticias que tenía eran que al autoproclamado rey de Irlanda le habían dado la patada y lo habían expulsado a Britania, al otro lado del mar.

—¿De modo que sois una mujer del norte? —le pregunté.

—Soy danesa —contestó.

—¿Y dónde anda Sigtrygg? —volví a la carga.

—Lo último que supe de él fue que estaba en Cumbria.

—Está en Cumbria —me confirmó Osferth, que había seguido a Ingulfrid hasta el altillo del timón, cosa que se me antojó extraña. Casi siempre prefería estar solo, y solo en muy contadas ocasiones venía a pasar un rato conmigo en la popa de barco.

—¿Cuál es el cometido de vuestro padre en el entorno de Sigtrygg? —le pregunté.

—Es el jefe de su guardia personal.

—A ver si lo entiendo —porfié—: ¿por qué motivo casó Ælfric a su hijo con una danesa cuyo padre está al servicio de Sigtrygg?

—¿Por qué no? —replicó, con un deje de amargura.

—¿Se casó con vos para disponer de un lugar donde cobijarse en Irlanda, caso de que perdiera Bebbanburg? —dejé caer.

—Nunca perderá Bebbanburg —dijo—. Es inexpugnable.

—Casi lo consigo.

—Casi no es suficiente, ¿verdad?

—No —asentí—, no lo es. Así que, ¿a cuento de qué ese matrimonio?

—¿A qué responde, según vos? —me espetó.

A que Bebbanburg extiende sus dominios sobre una pequeña parcela de suelo rodeada de enemigos, y tal matrimonio habría servido para concluir una alianza con un hombre a quien acechaban idénticos enemigos. Sigtrygg era ambicioso: quería un reino y, si no podía ser en Irlanda, lo establecería en suelo britano. No contaba con fuerzas suficientes para atacar Wessex; Gales sería un territorio tan difícil de manejar como Irlanda, y Escocia, aún peor, de modo que había puesto los ojos en Northumbria. Lo que me daba a entender que sus enemigos eran Cnut Ranulfson y Sigurd Thorrson. ¿Estaría la mujer de Cnut en manos de Sigtrygg? Era una posibilidad, pero caso de que así fuera, Sigtrygg tendría que haberse sentido muy seguro para hacer frente a un ataque de Cnut. Hasta donde a mí se me alcanzaba, se sentía seguro en Cumbria, una región inhóspita de montañas y lagos donde no paraba de llover, y a Cnut no le molestaba que Sigtrygg se estableciese en aquellas tierras baldías. ¿Y Sigtrygg? Sin duda, aspiraba a dominar las tierras que estaban en manos de Cnut, pero aquel hombre del norte no era ningún necio y no lo creía capaz de iniciar una guerra que, casi con toda seguridad, habría de perder.

Me recliné sobre el timón. El *Medianoche* surcaba el mar como una flecha y la caña del timón se estremecía entre mis manos, clara señal de que un barco se encuentra en su elemento. A medida que poníamos proa al sur, las nubes se fueron deshilachando y, de repente, nos vimos navegando bajo el sol. Esbocé una sonrisa. Pocas cosas hay tan gratificantes como un buen barco impulsado por un buen viento.

—¿Qué es esa peste? —preguntó Ingulfrid, incómoda.

—Será Finan —repuse.

—Es lord Uhtred —replicó Finan al instante.

—Es la vela —le explicó Osferth—. La untamos con aceite de bacalao y grasa de cordero.

Se quedó horrorizada.

—¿Aceite de bacalao y grasa de cordero?

—Apesta, desde luego —asentí.

—Y atrae a las moscas —añadió Finan.

—Entonces, ¿por qué lo hacéis?

—Porque la hace más adecuada para seguir la dirección del viento —le expliqué. Torció el gesto—. ¿No estáis acostumbrada a ir en barco, señora?

—No. Y creo que no me gusta nada.

—¿Por qué?

Se me quedó mirando sin decir palabra durante un instante; luego, frunció el ceño.

—¿Acaso no os dais cuenta? Soy la única mujer a bordo.

Ya me disponía a tranquilizarla diciéndole que estaba en buenas manos, cuando me hice cargo de lo que me quería decir. Para nosotros los hombres, era más fácil: mirando solo de colocarnos de espaldas al viento, meábamos por la borda; pero Ingulfrid no podía hacer lo mismo.

—¡Eldgrim! —llamé a voces—. ¡Colocad un barreño al pie del altillo del timón y disponed una cortina! —me volví hacia ella—. Estaréis un poco incómoda ahí abajo, pero no os verá nadie.

—Ya me encargo yo —intervino Osferth, de improviso. Despidió a Eldgrim, y él mismo se tomó la molestia de colgar dos capas a modo de cortina, que ocultaban el oscuro y angosto hueco que había a nuestros pies. Finan me miró, señaló a Osferth con la cabeza y esbozó una sonrisa. Hice como que no me daba cuenta—. Listo, señora —dijo con mucho comedimiento—; montaré guardia para que nadie os moleste.

—Gracias —le respondió la mujer; Osferth se inclinó ante ella. Finan sofocó una risotada.

Osbert trató de ir con su madre cuando esta se dispuso a bajar del altillo.

—Quedaos donde estáis, muchacho —le dije—. Os enseñaré cómo se lleva un barco.

Ingulfrid desapareció bajo nuestros pies. Disfrutando del viento y de las aguas, el

Medianoche parecía volar. Dejé el timón en manos del chico y le enseñé a anticiparse al movimiento del barco, haciendo que sintiera la fuerza del mar en la caña larga del timón.

—No lo forcéis —le dije—. Si lo hacéis, el barco perderá velocidad. Tratadlo como haríais con un buen caballo. Tratadlo con cariño y sabrá lo que tiene que hacer.

—¿Por qué os molestáis en enseñarle, si vais a matarlo? —preguntó su madre en cuanto volvió a nuestro lado. Vi cómo trepaba hasta llegar de nuevo al altillo del timón. El viento le daba de lleno en la cara levantándole mechones de pelo—. ¿Por qué? ¿Para qué enseñarle? —preguntó incisiva; la rabia que llevaba dentro la adornaba con una perfilada y severa belleza.

—Porque es algo que todos los hombres deberían saber —dije.

—¿Así que vivirá lo suficiente para llegar a ser un hombre? —me preguntó, desafiante.

—No me dedico a matar niños, señora —le dije con delicadeza—, aunque no me gustaría que esto llegase a oídos de vuestro marido.

—¿Qué pensáis hacer con él?

—No le hará daño, señora —terció Osferth.

—En ese caso, ¿qué hará con él? —insistió.

—Lo venderé —le dije.

—¿Como esclavo?

—Me imagino que vuestro esposo pagará más por él que cualquier traficante. O, sino, los enemigos de vuestro marido.

—Los tiene a montones —contestó—, pero vos sois el más sobresaliente.

—Y el menos peligroso —repuse con sorna, señalando a la tripulación—. Estos son todos los hombres de que dispongo.

—Y aun así, atacasteis Bebbanburg —dijo; por el tono de voz que empleó, no sabría decir si pensaba que estaba loco de atar, o si, aun a regañadientes, daba a entender su admiración por haberlo intentado.

—Y casi lo consigo —dije, con melancolía—, aunque he de confesaros que, si no hubierais llevado a vuestro hijo a ver cómo herraban su nuevo caballo, es muy probable que a estas horas estuviera muerto —añadí al tiempo que le hacía una reverencia—. Os debo la vida, señora, y os lo agradezco.

—Agradecédselo a mi hijo —repuso, de nuevo con voz áspera—. Yo no valgo nada, pero ¿y Uhtred?

—¿Os referis a Osbert?

—Me refiero a Uhtred —dijo con voz desafiante—, al heredero de Bebbanburg.

—No, mientras mi hijo siga con vida.

—Antes habrá de tomar Bebbanburg —replicó—, y no lo conseguirá. De modo que Uhtred es el heredero.

—Ya oísteis lo que dijo mi tío —contesté cortante—. Vuestro marido puede hacer otro.

—Faltaría más —me espetó—; mi marido engendra bastardos como cachorros un perro. Se le da bien eso de hacer bastardos, pero está orgulloso de Uhtred.

No me esperaba la inesperada ferocidad que advertí en su voz; me sorprendió tanto como la forma en que admitió lo tocante a su marido. Se me quedó mirando con rabia y, a pesar de los pómulos prominentes y las mandíbulas recias, pensé que tenía una cara preciosa, cuyos rasgos suavizaban unos labios carnosos y unos ojos de un azul pálido que, como el mar, centelleaban con reflejos argentinos. Estaba claro que Osferth era de mi misma opinión porque, desde que se había unido a nosotros, apenas le había quitado los ojos de encima.

—Entonces, lo que quiere decir que vuestro marido es un necio —dije.

—Eso está claro —coreó Osferth.

—Tiene debilidad por las mujeres gordas y morenas —dijo.

Su hijo, que había estado escuchando la conversación, frunció el ceño con disgusto al oír las duras palabras de su madre. Le dediqué una sonrisa al chico.

—Gordas, morenas, rubias o delgadas —le dije—, todas son mujeres, y todas apetecibles.

—¿Apetecibles? —repitiendo lo que yo había dicho.

—Cinco son las cosas que hacen feliz a un hombre —le expliqué—: un buen barco, una buena espada, un buen perro, un buen caballo y una mujer.

—¿No una buena mujer? —se interesó Finan, en tono jocosos.

—Todas lo son —repliqué—, excepto cuando no lo son; en ese caso, son mejores que buenas.

—¡Santo Dios! —dijo Osferth, apesadumbrado.

—Alabado sea Dios —concluyó Finan.

—¿Así que vuestro marido querrá que su hijo vuelva a su lado? —volviendo a mirar a Ingulfrid.

—Pues claro que sí.

—¿Y nos perseguirá?

—Pagará a alguien para dar con vos.

—¿Porque es un cobarde y no se atreve a hacerlo por sí mismo?

—Porque las normas de lord Ælfric establecen que el señor de Bebbanburg no puede abandonar la fortaleza a menos que su heredero se quede tras sus muros, de forma que uno de los dos siempre permanezca en el interior.

—¿Porque es fácil acabar con uno de los dos una vez que haya dejado atrás los muros de la fortaleza —comenté—, pero prácticamente imposible acabar con aquel que se refugie tras ellos?

Asintió.

—Así que, a menos que haya cambiado las normas de su padre, enviará a otros para que acaben con vos.

—Muchos lo han intentado, señora —dije con delicadeza.

—Dispone de oro —repuso—. Y puede pagar a tantos hombres como le venga en

gana.

—Los necesitará —comentó Finan, cortante.



Al día siguiente, llegamos a las islas. El mar estaba en calma, el sol brillaba y soplaban un viento tan flojo que tuvimos que ponernos a los remos. Avanzábamos con precaución, siempre atentos a las indicaciones de uno de los hombres que, de pie en la proa y con un remo, comprobaba la profundidad del agua.

—¿Dónde estamos? —se interesó Ingulfrid.

—En las islas frisias —le dije.

—¿Pensáis que aquí podréis ocultaros?

Negué con la cabeza.

—No tenemos dónde escondernos, señora. Vuestro marido habrá pensado en todas las posibilidades disponibles, y sabrá que esta es una de tantas.

—Dunholm —dijo.

La miré fijamente a los ojos.

—¿Dunholm?

—Sabe que Ragnar era amigo vuestro.

No dije nada. Más que un amigo, Ragnar había sido como un hermano para mí. Su padre me había criado y, si el destino hubiera dispuesto las cosas de otro modo, me habría quedado con él y peleado a su lado hasta el final de los tiempos; pero son las tres Hilanderas quienes deciden nuestro destino: Ragnar se había asentado como señor de la guerra en el norte, en tanto que yo me dirigí al sur para unirme a los sajones. Había estado enfermo y sabía que había fallecido el invierno anterior. Si bien no me sorprendió, lo cierto es que me entristeció. Vago y lisiado, se había puesto muy gordo y respiraba con dificultad; aun así, había muerto empuñando la espada que su mujer, Brida, le había puesto en las manos cuando estaba en las últimas. Así que ahora estaría en el Valhalla, donde, en adelante, o al menos hasta que el caos final acabe con todos nosotros, seguiría siendo el bueno de Ragnar, fortachón y bullicioso, siempre con una carcajada en la boca, generoso y valeroso.

—Lord Ælfric se enteró de que os habían declarado proscrito —continuó Ingulfrid— y que disponíais de pocos hombres para atacar Bebbanburg, así que pensó que, antes, os pasaríais por Dunholm.

—¿Una vez desaparecido Ragnar? —le pregunté, al tiempo que negaba con la cabeza—. Sin Ragnar, nada se me ha perdido en Dunholm.

—¿Qué me decís de la mujer de Ragnar y de sus hijos? —dejó caer.

Sonreí.

—Brida no puede ni verme.

—¿Le tenéis miedo?

Me eché a reír, aunque la verdad es que Brida me infundía respeto. Antaño, había sido mi amante, pero, en aquel momento, no me soportaba y, conociendo a Brida, para ella, el rencor era como una comezón que nada puede aliviar. Se rascaría hasta hacerse una herida y hurgaría en la llaga hasta que supurase sangre y pus. Me odiaba porque no me había puesto de parte de los daneses a la hora de pelear contra los sajones; lo de menos era que ella fuese sajona. Brida era una mujer que se movía por impulsos.

—Lord Ælfric confiaba en que fuerais a Dunholm antes de dirigiros a Bebbanburg.

—¿Confiaba?

Dudó un instante, como si temiera revelarme algo que yo no supiera; luego, se encogió de hombros.

—Había llegado a un acuerdo con Brida.

¿Por qué habría de sorprenderme? El enemigo de nuestro enemigo es nuestro amigo o, cuando menos, nuestro aliado.

—¿Confiaba en que ella acabase conmigo?

—Prometió que os envenenaría —dijo Ingulfrid—; a cambio, él le prometió oro.

Y no me sorprendió. Brida nunca me perdonaría. Me odiaría hasta la muerte y, de haber podido, su odio habría perdurado aun después de ella.

—¿Por qué me lo contáis? —le pregunté a Ingulfrid—. ¿Por qué no me habéis animado a ir a Dunholm?

—Porque si hubierais ido a Dunholm —contestó—, Brida se habría quedado con mi hijo y exigiría más oro del que nunca habéis soñado. Es una mujer resentida.

—Y cruel —añadí; luego, dejé de pensar en Brida, porque el hombre de la proa nos advertía de aguas poco profundas. Seguimos adelante por un canal que serpenteaba hasta un desierto banco de arena cubierto de dunas y poblado de hierbajos. El canal viraba al oeste, luego al norte, y al este de nuevo, y el *Medianoche* a punto estuvo de encallar hasta cuatro veces antes de que llegáramos a una Zona de aguas más profundas que bordeaba la costa oriental de la isla—. Este sitio está bien —le dije a Finan; dimos unas cuantas paladas con los remos hasta que la proa se hundió en la arena—. Nos quedaremos aquí por el momento —informé a la tripulación.

Aquel era mi nuevo reino, mi hacienda, una parcela de arena bañada por el mar y azotada por el viento en la costa de Frisia, un sitio donde pensaba quedarme en tanto no apareciera un enemigo más fuerte que decidiera aplastarme como a una mosca. Algo que, tarde o temprano, tendría que ocurrir, a no ser que encontrase más hombres; por el momento, solo necesitaba mantener ocupados a aquellos de los que disponía, así que ordené a mi hijo que, con una docena de hombres, se alejase del *Medianoche* y explorase los bancos de arena próximos en busca de madera de deriva para levantar unas cabañas. La encontramos en la isla donde habíamos recalado, y reparé en cómo Osferth construía un refugio para Ingulfrid. Mi hijo regresó con más

leña, suficiente como para encender una hoguera y levantar unos refugios, y aquella noche cantamos alrededor de un brillante resplandor cuyas chispas subían hasta un cielo cuajado de estrellas.

—¿Queréis que todo el mundo se entere de que andamos por aquí? —se interesó Finan.

—Ya están al tanto —dije. Un par de barcos habían pasado por delante aquel día y, tanto en las islas como en las marismas de la costa del continente, ya estarían al corriente de nuestra presencia. Nada me extrañaría ver de nuevo por allí a Thancward, el hombre que, en la anterior ocasión, se había acercado con intención de amedrentarnos, aunque no creía que viniera con ánimos de buscar pelea. De modo que pensaba que allí podríamos estar en paz durante algunos, pocos, días.

Me di cuenta de que Finan estaba preocupado por mí. Casi no había hablado durante la velada; tampoco había participado en sus cánticos. El irlandés no me quitaba los ojos de encima. Sospechaba que sabía lo que me preocupaba. Que, desde luego, no era mi primo ni las fuerzas que pudiese reunir para venir a por mí. Lo que me preocupaba era algo de mucha mayor amplitud y calado que todo eso: la incapacidad de saber qué haríamos en adelante. No sabía qué; solo que tenía que hacer algo. Disponía de una tripulación y de un barco, teníamos espadas, y no podíamos pudrirnos en aquella playa, pero no sabía adónde ir. Estaba confuso.

—¿Vais a poner centinelas? —me preguntó Finan, bien entrada la noche.

—Montaré guardia yo solo —contesté—, y me cercioraré de que los hombres entienden que la dama Ingulfrid no está aquí para hacerles pasar un buen rato.

—Ya lo saben. Además, el predicador matará a cualquiera que ose mirarla.

Me eché a reír. «El predicador» era el apodo por el que nos referíamos a Osferth.

—Parece que lo tiene cautivado —dije en voz baja.

—El pobre cabrón está enamorado —replicó Finan con sorna.

—Ya iba siendo hora —comenté, dándole una palmada cariñosa en el hombro—. Vete a dormir, amigo mío, duerme bien.

Di un paseo por la playa en mitad de la noche. En aquella parte de la isla, las olas morían con un débil murmullo, aunque hasta mí llegaban el golpeteo y la resaca de las olas más fuertes que rompían en la costa oeste de la duna. La hoguera se fue apagando lentamente hasta que no quedaron más que rescoldos; yo seguí caminando. La marea estaba baja, y el *Medianoche* solo era una sombra oscura recostada en la arena.

Soy un *hlaford*, un señor. Y un señor ha de mirar por sus hombres. Es quien pone el oro en sus manos, quien les muestra el camino a seguir, quien les da de comer. Obligación suya es proporcionarles comida, cobijo y hacerlos ricos; a cambio, ellos se ponen a su servicio y lo convierten en un gran señor, en alguien de quien se habla con respeto. Pero mis hombres servían a un señor que no tenía ni hacienda, a un señor que solo tenía arena y cenizas que ofrecerles, a un señor que solo tenía un barco. Un señor que no sabía qué hacer.

Los sajones abominaban de mí porque había acabado con un abad y, por su parte, los daneses nunca se fiarían de mí, sin olvidar que me había llevado por delante al hijo de Sigurd Thorrson, y Sigurd, que era amigo de Cnut Ranulfson, había jurado vengar la muerte de su vástago. Ragnar, que me habría acogido como a un hermano y entregado la mitad de sus riquezas, había fallecido. Etelfleda me quería de verdad, pero no más que a su Iglesia, y no disponía de tropas suficientes para defenderme contra los hombres de Mercia que seguían al inepto de su marido. Gozaba, sin embargo, de la protección de su hermano, Eduardo de Wessex; seguro que él también me habría acogido con los brazos abiertos, aunque no menos cierto que me habría reclamado una deuda de sangre por la muerte de aquel clérigo y me habría obligado a presentarles rastreras disculpas a sus curas. No me habría dado hacienda alguna. Me ofrecería su protección y se serviría de mis dotes como guerrero, pero perdería mi condición de señor.

Y me iba haciendo viejo. Lo sabía. Lo notaba en todos los huesos de mi cuerpo. Había alcanzado esa edad en que otros hombres dirigen ejércitos. Esa en la que, en un muro de escudos, se quedan en la retaguardia y permiten que sean los jóvenes quienes luchan en primera fila. Tenía los cabellos grises; unas cuantas vetas blancas me jalonaban la barba. Así que era viejo, malquistado, desterrado y estaba confuso. Aun así, en peores situaciones me había visto. Cuando mi tío me vendió como esclavo, por ejemplo; fue una época mala, pero había conocido a Finan y, juntos, habíamos sobrevivido; Finan se había despachado a gusto matando al cabrón que nos había marcado; yo me había conformado con procurarme la satisfacción de acabar con el cabrón que me había traicionado. Mucho hablan los cristianos de la rueda de la fortuna, esa gigantesca rueda que nunca deja de girar y que, unas veces, nos conduce a la luz y, otras, nos arrastra por la mierda y el cieno. Así me sentía yo en aquel momento: rodeado de mierda y estiércol. Mejor será que me quede donde estoy, pensé. Había situaciones mucho peores que estar al frente de unas cuantas islas frisias. Estaba seguro de que podría derrotar a Thancward, hacerme cargo de aquellos de sus hombres que salieran con vida y establecerme en un pequeño reino de dunas de arena y bostas de foca. Esbocé una sonrisa solo al pensarlo.

—Osferth asegura que no vais a matar a mi hijo —dijo de repente una voz a mi espalda. Era Ingulfrid. Lo supe antes de volverme a mirarla. Una sombra contra la duna. No dije nada—. Asegura que sois un hombre bondadoso.

Me eché a reír.

—He dejado más viudas y huérfanos que la mayoría de los hombres —repuse—. ¿Tan bondadoso os parezco?

—Dice que sois un hombre de fiar, honrado y... —pareció dudar—, también cabezota.

—En lo de cabezota, ha dado en el clavo —dije.

—Y estáis confuso —hablaba con voz mucho más tranquila; ni rastro de aquel tono iracundo y desafiante que, hasta entonces, había empleado conmigo.

—¿Confuso? —me interesé.

—No sabéis adónde ir —dijo—, ni tampoco qué hacer.

Esboqué una sonrisa porque estaba en lo cierto; luego, me fijé en cómo, con cuidado, se acercaba a la playa.

—No sé adónde ir —admití.

Se acercó hasta los restos de la hoguera, se acurrucó y alargó las manos hacia los rescoldos moribundos.

—Así me he sentido yo durante quince años —me dijo con amargura.

—O sea, que vuestro esposo es un necio —comenté.

Negó con la cabeza.

—No os cansáis de repetirme siempre lo mismo —repuso—, cuando lo cierto es que es un hombre despierto, y vos le habéis hecho un favor.

—¿Al obligaros a venir conmigo?

—Matando a lord Ælfric —se quedó mirando los maderos que aún ardían, observando cómo se retorcían las pequeñas llamas hasta extinguirse y brillar de nuevo—. Ahora, mi esposo es libre de hacer lo que le venga en gana.

—¿A saber?

—Quedarse tranquilamente en Bebbanburg —dijo—. No tener que irse a la cama todas las noches preguntándose dónde andaréis. En cuanto a qué hará en este momento... Me imagino que querrá que su hijo vuelva a su lado. A pesar de todos sus defectos, quiere a Uhtred.

Por eso, pensé, me hablaba sin asomo de desprecio o resentimiento. Salía en defensa de su hijo. Me senté en el otro extremo del fuego y, con un pie, escarbé los leños calcinados para avivar aquellas minúsculas llamas.

—Mientras Cnut Ranulfson y Sigurd Thorrson sigan con vida, no estará a salvo en Bebbanburg —le dije—. Ellos también quieren apoderarse de la fortaleza, y algún día lo intentarán.

—Los curas de mi marido dicen que Northumbria acabará por ser cristiana y que los daneses serán derrotados. Que esa es la voluntad del dios de los cristianos.

—¿Sois cristiana? —le pregunté.

—Eso dicen —contestó—, aunque no estaría yo tan segura. Mi marido me insistió para que recibiera el bautismo: un cura me metió en un barril lleno de agua y me sumergió la cabeza. Mientras, mi esposo se reía. Luego, me dieron a besar el brazo de san Oswaldo, un tasajo consumido y amarillento.

San Oswaldo. Me había olvidado del novedoso reclamo que había aventado el abad al que había matado. San Oswaldo. Mucho tiempo atrás, había sido rey de Northumbria. Había fijado su residencia en Bebbanburg y regido los destinos del norte del país hasta que tuvo la ocurrencia de declarar la guerra a Mercia para acabar cosechando una derrota en una batalla contra un rey pagano. El dios crucificado no le ayudó mucho en aquella ocasión, porque lo descuartizaron; pero, como aparte de rey, también era santo, la plebe reunió los restos de su cuerpo desmembrado y los

preservaron. Sabía que el brazo izquierdo del santo había ido a parar a manos de lord Ælfric; mucho antes yo me había encargado de llevar la cabeza decapitada del santo hasta el norte, al otro lado de las colinas.

—Esos curas aseguran que si se consigue reunir el cuerpo de Oswaldo —continuó Ingulfrid—, todas las tierras de los sajones quedarán en manos de un solo señor, de un solo rey.

—Los curas solo dicen tonterías.

—Etelredo de Mercia le suplicó a lord Ælfric que le devolviera el brazo —añadió, sin hacer caso de lo que acababa de decir.

Aquello sí me llamó la atención. Alcé la cabeza y contemplé su rostro iluminado por las llamas.

—¿Y qué le contestó Ælfric?

—Que se lo entregaría a cambio de vuestro cuerpo.

—¿De verdad?

—Como lo oís.

Me eché a reír; luego, me quedé callado, rumiando aquellas palabras. ¿De modo que Etelredo quería reunir los restos de Oswaldo? ¿Era esa la ambición que lo guiaba? ¿La de convertirse en rey de todos los sajones? ¿Y creía en esa necedad clerical de que quienquiera que tuviera los restos de san Oswaldo en sus manos jamás sería derrotado en el campo de batalla? La leyenda aseguraba que la mayor parte del cuerpo de Oswaldo se la habían llevado a un monasterio de Mercia, cuyos monjes habían rechazado la custodia de las reliquias porque, aseguraban, Oswaldo había sido enemigo de su reino; pero aquella noche, mientras el cadáver yacía a la intemperie a las puertas del monasterio, una luz cegadora había traspasado los cielos y resplandecido sobre el cuerpo del santo; aquella columna de luz había bastado para que los monjes aceptasen la custodia de los restos del santo. Más tarde, el monasterio cayó en manos de los daneses, y su hacienda entró a formar parte del territorio de Northumbria. ¿Y Etelredo pretendía encontrar aquel cadáver consumido? Si yo hubiera estado al frente de aquella parte de Northumbria, haría mucho tiempo que lo habría desenterrado, quemado y esparcido las cenizas a los cuatro vientos. Pero todo apuntaba a que Etelredo pensaba que el cuerpo no se había movido de su tumba, aunque, caso de reclamarlo, tendría que enfrentarse con los señores de Northumbria. ¿Acaso se le había pasado por la cabeza la idea de plantar cara a Cnut? ¿Primero, Anglia oriental y, más adelante, Northumbria? Era una locura.

—¿Creéis que Etelredo pretende invadir Northumbria? —le pregunté.

—Aspira a ser el rey de Mercia —repuso Ingulfrid.

Siempre lo había querido, aunque nunca se había atrevido a desafiar a Alfredo; pero hacía unos cuantos años que Alfredo había muerto y Eduardo era rey. Etelredo nunca había dejado de intrigar en tiempos de Alfredo; no me costaba mucho imaginar cómo se sentía bajo el yugo del joven Eduardo. Al igual que yo, Etelredo se hacía viejo, y solo le preocupaba cómo pasaría su nombre a los anales. Y no le hacía

ninguna gracia la idea de que se lo recordase como un vasallo de Wessex, sino como el rey de Mercia, un rey que, además, había anexionado el territorio de Anglia oriental. Llegados a ese punto, ¿por qué quedarse ahí? ¿Por qué no invadir Northumbria y proclamarse rey de todos los sajones del norte? Una vez que los *thegns* de Anglia oriental se uniesen a sus tropas, sería lo bastante fuerte como para plantar cara a Cnut, y la posesión del cuerpo de san Oswaldo bastaría para convencer a los cristianos del norte de que su dios crucificado estaba de su parte; a su vez, esos cristianos también se alzarían contra los señores daneses, y Etelredo sería recordado como el rey que había hecho de Mercia un reino fuerte, y quizás hasta como el hombre que había unido a todos los reinos sajones. Devolvería a Britania su pasado esplendor y, en reconocimiento, su nombre figuraría en las crónicas.

Y el mayor obstáculo para su ambición era Cnut Ranulfson, Cnut Longsword, el hombre que ejercía el poder desde el Duende de Hielo. Y la esposa y los hijos de Cnut habían desaparecido, y todo apuntaba a que permanecían cautivos como rehenes en manos de alguien. Le pregunté a Ingulfrid si sabía algo de aquel asunto.

—Cómo no —dijo—, toda Britania está al tanto —hizo un alto—. Lord Ælfric pensaba que habíais sido vos.

—Eso era lo que buscaba quienquiera que se los llevase —repuse—. Se agazapaban bajo mi estandarte, pero no fui yo.

Se quedó mirando las diminutas llamas.

—En este asunto, quien mejor parado sale es vuestro primo Etelredo —dijo.

Caí en la cuenta de que era una mujer inteligente, inteligente y sutil. Y pensé que mi primo era un necio por desentenderse de ella.

—No pudo ser Etelredo —dije—. No es tan valiente. Cnut le infunde terror. Jamás incurriría en la ira de Cnut, al menos no en este momento, no mientras no sea mucho más fuerte.

—Pues alguien tuvo que hacerlo —dijo Ingulfrid.

Alguien que sacase tajada de la inacción de Cnut. Alguien lo bastante estúpido como para arriesgarse a sufrir la sangrienta venganza que Cnut le tuviera reservada. Alguien lo bastante despierto como para mantenerlo en secreto. Alguien que habría actuado siguiendo instrucciones de Etelredo, siempre a cambio, imaginaba, de una enorme recompensa en oro o en tierras; alguien que, además, buscara cómo echarme a mí la culpa.

Fue como si de repente un buen trozo de madera seca hubiera caído en aquellos rescoldos agonizantes. Una revelación semejante a un resplandor de luz, tan cegadora como aquel *rayo* que había bajado del cielo para iluminar el cadáver desmembrado de Oswaldo.

—Haesten —dije.

—Haesten —Ingulfrid repitió aquel nombre como si le hubiera estado dando vueltas todo el rato. Me la quedé mirando, y me devolvió la mirada—. ¿Quién, si no? —se limitó a preguntar.

—Pero Haesten... —empecé a decir, y guarde silencio.

En efecto, a Haesten no le faltaba valor para enfrentarse a Cnut a la par que era tan traicionero como para establecer una alianza con Etelredo, pero ¿se atrevería a incurrir en las iras de Cnut? No era un necio. Derrota tras derrota, todas las había afrontado, saliéndose siempre con la suya. Disponía de haciendas y hombres, aunque ni tantas ni tan numerosos, pero disponía de ellos. Si de verdad había secuestrado a la esposa de Cnut corría el riesgo de echarlo todo a rodar, su vida para empezar, y no se lo pondrían fácil a la hora de concluirla. Le esperaban días y días de tortura.

—Haesten es amigo de todo el mundo —dejó caer Ingulfrid, con delicadeza.

—No mío, desde luego —puntalicé.

—Y también enemigo de todos —continuó, pasando por alto mi comentario—. Sobrevive gracias a que jura lealtad a quienes son más fuertes que él. Se mantiene agazapado, dormitando como un perro junto al hogar, que mueve la cola en cuanto alguien se le acerca. Jura lealtad a Cnut y a Etelredo, pero de sobra sabéis ese dicho que tienen los cristianos: nadie puede servir a dos señores.

Fruncí el ceño.

—¿Decís que está al servicio de Etelredo? —meneando la cabeza—. No lo creo; lo tiene por enemigo suyo. Está al servicio de Cnut. Lo sé porque coincidí con él en la mansión de Cnut.

Ingulfrid sonrió para sus adentros, hizo una pausa, y me preguntó:

—¿Os fiais de Haesten?

—Por supuesto que no.

—Cuando mi padre volvió a Britania, entró al servicio de Haesten —me contó—, pero se apartó de él y se unió a Sigtrygg. Según él, Haesten es tan de fiar como una serpiente. Mi padre asegura que es de esos a los que les das la mano y te toman el brazo.

Nada de lo que me estaba diciendo podía sorprenderme.

—Cierto —dije—, pero es débil y necesita saber que cuenta con la protección de Cnut.

—Por supuesto —convino—, pero imaginad por un momento que enviase un mensajero a Etelredo, un mensajero en secreto.

—No me sorprendería.

—Y que Haesten se hubiese ofrecido a ponerse al servicio de Etelredo —continuó—, enviándole información y ayudando a vuestro primo en todo lo que pueda sin que Cnut sospeche nada. A cambio, le arranca a Etelredo la promesa de que no irá a por él.

Reflexioné un momento y acabé por darle la razón.

—Durante ocho años, he intentado ir a por Haesten —dije—, pero Etelredo siempre se ha negado a proporcionarme los hombres que le pedía.

Haesten se había hecho fuerte en Ceaster, una imponente fortaleza romana desde donde se podían defender las tierras del extremo norte de Mercia frente a cualquier

ataque por parte de hombres del norte asentados en Irlanda, o de aquellos daneses y hombres del norte asentados en Cumbria, pero Etelredo siempre se había negado a dar su aprobación a un ataque de esas características. Hasta ahora había pensado que aquel rechazo se debía a que no estaba dispuesto a ofrecerme ni la más mínima oportunidad de acrecentar mi renombre, así que no me había quedado otra que pedirles a mis hombres que vigilaran Ceaster para estar seguros de que Haesten no hacía ninguna de las suyas.

Ingulfrid se quedó medio pensativa. Sin dejar de mirar las pequeñas llamas, continuó:

—No sé si estoy en lo cierto —dijo—, pero recuerdo que cuando me enteré de lo que le había sucedido a la esposa de Cnut, al instante pensé en Haesten. Es un hombre listo y escurridizo. Podría haber convencido a Etelredo de su lealtad, pero siempre se pondrá al servicio del más fuerte, no del más débil. Habrá estado obsequiando con una sonrisa a Etelredo al tiempo que le lame el trasero a Cnut, hasta el punto de que Etelredo se habrá convencido de que Cnut no desencadenará un ataque, porque su esposa sigue cautiva, pero... —tomó aire y alzó la cabeza, mirándome directamente a los ojos ¿y si es eso lo que Cnut y Haesten pretenden que piense Etelredo?

Me la quedé mirando, mientras trataba de comprender lo que insinuaba. Tenía sentido. Su mujer y sus hijos no estaban en manos de nadie: era solo una artimaña para que Etelredo pensase que estaba a salvo. Una vez más, le di vueltas al encuentro que había mantenido con Cnut. Al principio, se había mostrado huraño, pero al cabo se había comportado como si nada, y Haesten estaba allí, siempre con aquella sonrisa falsa en los labios. ¿Y por qué Cnut no se había decidido a acabar con Haesten? Ceaster era un fuerte que merecía la pena tomar porque, aparte de ser un enclave a caballo entre Mercia y Northumbria y fijar una línea divisoria entre galeses y sajones, por allí pasaba la mayor parte del trasiego comercial entre Britania e Irlanda; sin embargo, Cnut no había movido un dedo para expulsar a Haesten. ¿Por qué? ¿Acaso Haesten le resultaba útil? Y en tal caso, si Ingulfrid estaba en lo cierto, ¿era Haesten quien escondía a la esposa y a los hijos de Cnut? ¿Y si le hubiera dicho a Etelredo que los mantenía cautivos como rehenes?

—Así que Cnut se la está jugando a Etelredo —dije lentamente.

—¿Y si Etelredo se siente tan a salvo como para atacar Anglia oriental? —me preguntó.

—En ese caso, se pondrá en marcha —repuse—, y en el momento en que sus tropas hayan dejado atrás Mercia, los daneses caerán sobre ese territorio.

—Los daneses atacarán Mercia —asintió—. Es probable que lo estén haciendo en este momento. Etelredo piensa que está a salvo cuando, en realidad, le han tomado el pelo. El ejército de Mercia está en Anglia oriental, y Cnut y Sigurd avanzan por Mercia, destruyéndolo todo a su paso, quemando, robando, violando, matando.

Contemplé aquel fuego moribundo. Apareció una luz grisácea por encima del

continente, un resplandor que, con sus pálidos reflejos, rielaba sobre el mar interior. El alba, la vuelta de la luz que, al mismo tiempo, iluminaba mis pensamientos.

—Tiene sentido —dije, no del todo seguro.

—Lord Ælfric tenía espías por todas partes —continuó—, aunque jamás dio con uno que se atreviese a infiltrarse en vuestras filas. Aparte de eso, los tenía por todas partes y, sin falta, enviaban mensajes a Bebbanburg. Los hombres hablaban en el salón de la mansión de arriba, y yo escuchaba sus conversaciones. Nunca me pidieron opinión, pero me dejaban estar allí y oír lo que decían. A veces, cuando no me pega, mi esposo me cuenta cosas.

—¿Os pega?

Se me quedó mirando como si estuviera loco.

—Soy su esposa —dijo—. Si no queda satisfecho, claro que me pega.

—Nunca he pegado a una mujer.

Esbozó una sonrisa.

—Por algo lord Ælfric aseguraba a quien quería oírle que erais un necio.

—Acaso sea sí —repliqué—, pero él me tenía miedo.

—Pavor —corrigió—; dad por seguro que, con cada postrer suspiro, os maldecía y rezaba por vuestra muerte.

Pero era Ælfric, que no yo, quien había ido a parar a manos del Destripador de Cadáveres. Observé cómo la luz gris brillaba con más fuerza.

—¿Todavía se conserva en Bebbanburg el brazo de san Oswaldo? —me interesé.

Asintió.

—Está en la capilla, en una urna de plata, pero mi marido quiere dárselo a Etelredo.

—¿Para darle ánimos?

—Porque eso es lo que Cnut quiere que haga.

—Ya —dije, dándome por enterado. Cnut estaba animando a Etelredo a invadir Anglia oriental y, con la ayuda sobrenatural que pudieran proporcionarle los restos de san Oswaldo, se aseguraría la victoria.

—Bebbanburg es vulnerable —continuó Ingulfrid—. No me refiero a la fortaleza, que es inexpugnable, capaces como son de reunir a los hombres que haga falta para plantar cara a la mayoría de sus enemigos, pero jamás se atreverán a importunar a un enemigo peligroso de verdad. Prefieren seguir a salvo, llevándose bien con sus vecinos.

—¿Llevándose bien con los daneses?

—Ni más ni menos —aseveró.

—Así que vuestro marido es como Haesten —comenté—: sobrevive haciéndose pasar por sumiso y meneando la cola.

Dudó un instante antes de asentir.

—Así es.

De modo que no era Bebbanburg lo que preocupaba a los daneses. Solo a mí;

pero yo no era más que una picadura molesta a sus ojos. Querían Bebbanburg, claro que sí, pero querían mucho más. Querían los campos feraces, los ríos tranquilos y los bosques intrincados de Mercia y Wessex. Querían un país que pudieran decir que era el suyo. Lo querían todo y, mientras yo seguía encalado en una playa de Frisia, quizá se estuvieran apoderando de todo.

Y pensé en Etelfleda, atrapada en aquel sinsentido.

No sabía si estaba en lo cierto. En aquel momento, mientras el sol teñía de rojo el cielo por el este, no tenía ni idea de qué estaba pasando en Britania. Todo eran conjeturas. Hasta donde yo sabía, aun se mantenía aquella paz prolongada, en tanto que yo me estaba imaginando un caos, pero el instinto me decía que estaba en lo cierto. ¿Y qué es ese sexto sentido sino la voz de los dioses?

Pero ¿por qué iba a preocuparme? Los cristianos me habían dejado de lado y quemado mi hacienda. Me habían expulsado de Mercia y me habían desterrado a aquella yerma duna de arena. No les debía nada. Si aún me quedaban dos dedos de frente, reflexioné, debería ir a ver a Cnut y ponerme a su servicio, y pasear mi espada por Mercia y por Wessex, llegar hasta las costas del sur y acabar con aquellos necios santurrones que me habían escupido a la cara. Obispos, abades y curas, arrodillados ante mí, suplicándome misericordia.

Y pensé en Etelfleda.

Y supe lo que tenía que hacer.



—¿Qué vamos a hacer, por fin? —me dijo Finan a modo de saludo a la mañana siguiente.

—Acopio de víveres —repuse—, los suficientes para pasar tres o cuatro días en el mar.

Al advertir el tono firme de mi voz, me observó atentamente unos instantes y asintió.

—Tenemos un montón de carne y pescado en salazón —dijo.

—Habrás que ahumarlo —ordené—. ¿Cómo andamos de cerveza?

—Suficiente para una semana. Nos llevamos dos barricas del *Reinbôge*.

Pobre Blekulf. Los había dejado a él, a su hijo y a su tripulante en Bebbanburg. Y no sería porque no les insistí en que se olvidaran del barco, pero estaban empeñados en poner a salvo el *Reinbôge*.

—Venid con nosotros —le había dicho.

—¿Adónde?

—A Frisia —contesté y, al instante, lamenté haberlo dicho. No estaba seguro de que Frisia fuera mi destino, pero no era capaz de pensar en otro sitio mejor donde escondernos—. Más tarde o más temprano —le había dicho, tratando de remediar

aquella metedura de pata—, acabaremos en Frisia. Es más que probable que antes nos demos una vuelta por Anglia oriental; una vez allí, siempre podréis encontrar hueco en un barco que os lleve a Frisia.

—Antes, pondré a salvo el *Reinbôge* —insistió, testarudo—, no lo han encallado muy arriba en la playa.

Así que allí se había quedado, aunque no estaba muy seguro de que pudiera volver a ponerlo a flote antes de que los hombres de mi primo diesen con él, igual que tampoco lo estaba de que no acabara por confesarles que pensaba dirigirme a Frisia.

Si hubiéramos llevado suficientes víveres a bordo del *Medianoche*, podíamos haber zarpado aquel mismo día, o al siguiente a más tardar, pero volver a dejarlo todo como estaba antes de la tormenta nos llevó dos o tres días. Armas y cotas de malla se habían mojado y necesitábamos restregarlas a fondo con arena para arrancar hasta la última mota de herrumbre, así que le dije a Finan que zarparíamos al cabo de tres noches.

—¿Y dónde vamos a ir, si puede saberse? —me preguntó.

—A la guerra —dije con voz engolada—. Les daremos a los bardos algo que cantar. ¡Se les desgastará la lengua con tanta loa! Vamos a guerrear, amigo mío —dándole una palmada en el hombro—, pero antes que nada, ahora mismo, voy a dormir un rato. Mantened a los hombres ocupados, ¡decidles que vamos camino de convertirnos en héroes!

Antes, los héroes tenían que trabajar. Había que cazar unas cuantas focas, atrapar otros tantos peces y recoger leña para que, una vez cortada la carne de aquellas piezas en tiras finas, pudiéramos ahumarla. La madera, cuando está verde, echa más humo, pero no había nada parecido a mano, así que no nos quedó otra que mezclar madera de deriva con algas y prender fuego, aunque el humo subiese hasta el cielo.

Había que repasar el *Medianoche*. No disponíamos de herramientas para meternos en grandes reparaciones, pero tampoco hizo falta tanto; nos limitamos a revisar el cordaje, a zurcir un rasgón que había en la vela y rascar a fondo el casco en marea baja. Para llenar precisamente esas horas de marea baja, junto con una docena de hombres, plantamos unas cuantas boyas en los bancos de arena. Un trabajo duro. Aunque el agua los cubriera al instante, tuvimos que cavar unos cuantos hoyos en la arena: tan pronto como cavábamos un hoyo lo bastante profundo, el agua y la arena lo inundaban de nuevo. Empero, seguimos cavando, escarbando con las manos y con trozos de madera, y clavábamos un palo tan hondo como nos fuera posible antes de rellenar el agujero con rocas para que la boya se mantuviese en su sitio. En las dunas e islotes no encontramos rocas suficientes, así que utilizamos las piedras del lastre del *Medianoche*, tantas que tuvimos que sustituirlas por arena. La línea de flotación quedaba un poco más alta, pero pensé que el barco seguía siendo seguro. Aquella tarea nos llevó dos días; al final las boyas sobresalían del agua incluso en marea alta y, a pesar de que la corriente acabó por tumbar unas cuantas y llevarse un par de ellas,

las que quedaban en pie indicaban la ruta que debíamos seguir para atravesar los bajíos traicioneros que llevaban a la isla donde nos habíamos asentado. Senda que, por otra parte, bien podría seguir cualquier barco enemigo.

Y el enemigo apareció. Y no era Thancward. Él ya estaba al tanto de que habíamos regresado, y habíamos avistado su barco en un par de ocasiones, pero, como no quería meterse en líos, pasó de largo. Hasta que, el último día que estuvimos en aquella isla, una mañana preciosa, divisamos otro barco. Apareció justo cuando nos disponíamos a zarpar. Habíamos prendido fuego a las cabañas, cargado las carnes curadas a bordo del *Medianoche* y, cuando ya estábamos levando el ancla de piedra y colocando los remos en los escálamos, apareció con ganas de guerra.

Vino por el oeste. Habíamos visto cómo se acercaba y contemplado aquella altiva y resplandeciente cabeza de animal que coronaba su proa. El viento soplaba del oeste, así que llegó con la vela desplegada y, a medida que se acercaba, reparé en el águila que llevaba cosida en el grueso lienzo. Un barco soberbio, magnífico, abarrotado de hombres en cuyos yelmos se reflejaba la luz del sol.

Ni siquiera cuando esto escribo, sé qué barco era ni quién lo comandaba. Danés, me imagino; quizás a las órdenes de un danés que iba en busca de la recompensa que mi primo había prometido al hombre que acabase conmigo. O quizá tan solo un depredador de paso que reparó en una presa fácil; en cualquier caso, quienquiera que fuera avistó nuestra pequeña embarcación y se dio cuenta de que el *Medianoche* trataba de alejarse de las islas, y vio cómo remábamos para llegar a tierra al otro extremo del canal que había señalado con aquellas boyas fijadas con rocas.

Y me vi atrapado. Se acercaba a toda velocidad, gracias a un viento que hinchaba aquella vela reforzada con cordaje, orgullosa como el águila de su emblema, con las alas desplegadas. Lo único que tenía que hacer era adentrarse en el canal y rozar uno de nuestros costados con su enorme casco para destrozarnos los remos, o estrellarse contra nosotros, casco contra casco, y ordenar a los suyos que bajasen a la bodega del *Medianoche*, donde acabarían con todos nosotros. Y pensé que eso era lo que iban a hacer, porque su barco era el doble de grande que el nuestro y nos duplicaban en número.

Mientras seguíamos remando, ocasión tuve de observarlo: un espectáculo digno de ver. Incrustaciones doradas en la cabeza de dragón, tejida con hilo de color escarlata el águila que lucía en la vela, trazos azules y dorados como los rayos de un sol en el estandarte que ondeaba en el mástil. El agua rompía formando espuma blanca contra su proa. Los hombres iban provistos de cota de malla, armados con escudos y espadas; dispuestos a matar. Se internó en el canal que habíamos señalado; me di cuenta de que nada podía librarnos de caer en sus manos, y escuché el bramido de los hombres dándose ánimos entre ellos antes de acabar con nosotros.

Hasta que, de repente, chocó.

Las boyas lo habían conducido directamente al banco de arena; por eso las había colocado con tanto tino.

Llegó, chocó, el mástil crujió y se quebró, la vela se abatió sobre la proa y, junto con ella, un enorme trozo de la madera maciza del mástil, que se había partido en dos. Cuando el pesado casco encalló en la arena, el impacto fue tal que los hombres se fueron de bruces al suelo. Tan solo un momento antes era un barco altivo en pos de su presa; en aquel instante, solo era otro barco que había naufragado, con la proa enhiesta en la arena y el casco repleto de hombres que trataban de ponerse en pie.

Viré el timón del *Medianoche*, y dejamos atrás el canal que había señalado para poner rumbo al canal de verdad, aquel que rodeaba la cara sur del banco de arena en el que había encallado el altivo barco. Remamos despacio, mofándonos de aquel enemigo al que tan bien se la habíamos jugado y, cuando pasamos a un tiro de lanza de ellos, les dirigí un saludo de buenos días.

Por fin, salimos al mar.

Ingulfrid y su hijo estaban a un paso de mí, Finan venía a mi lado; mi hijo y los hombres, a los remos. El sol brillaba en lo alto, arrancando destellos del agua, mientras las palas de los remos se hundían y desaparecimos.

Para hacer historia.

Capítulo VII

La rueda de la fortuna seguía su curso. No me percataba; rara vez nos damos cuenta de la rotación que describe la dichosa rueda, pero eso hacía, y con rapidez, cuando dejamos atrás Frisia aquel esplendoroso día de verano.

Volvía a Britania. Esa tierra donde los cristianos abominaban de mí, el hombre de quien los daneses no se fiaban ni un pelo. Volvía, porque el instinto me decía que aquella paz tan duradera había concluido. Creo que el instinto es la voz de los dioses, pero no estaba muy seguro de que esos mismos dioses me estuviesen diciendo la verdad. Ellos también mienten, nos confunden y nos toman el pelo. Me preocupaba que estuviéramos volviendo y no nos encontráramos sino con un territorio en paz, donde nada había cambiado, así que me mostraba cauteloso.

Si hubiera estado convencido de cuál era el mensaje de los dioses, habría puesto rumbo norte, posibilidad que también había tenido en cuenta. Bordear el extremo norte del territorio de los escoceses para, a continuación, poner rumbo sur y dejar atrás aquellas inhóspitas islas; bajar por la costa norte de Gales y virar en dirección este hasta alcanzar la desembocadura de los ríos Dee y Maerse. No es largo el trayecto que separa el río Dee de Ceaster, pero, si bien sospechaba que Haesten retenía a la familia de Cnut, no tenía pruebas. Además, con una tripulación tan escasa, ¿qué iba a hacer contra la guarnición de Haesten, recluida tras las impenetrables murallas romanas de Ceaster?

De ahí que procediera con cautela. Puse rumbo oeste, pues, dirigiéndome a un lugar donde imaginaba que estaríamos a salvo y donde podría enterarme de cómo andaban las cosas. Con el viento en contra, tuvimos que echar mano de los remos, y largo se nos hizo aquel día al ritmo pausado de las paladas, recurriendo solo a veinte remeros, de forma que los hombres pudieran hacer turnos. Como uno más, yo también remé.

Hacía una noche clara; nadie más alrededor bajo una infinidad de estrellas. La leche de los dioses se derramaba más allá de las estrellas formando un arco luminoso que se reflejaba en las olas. De fuego hicieron el mundo y, cuando hubieron concluido su obra, los dioses recogieron las chispas y los rescoldos sobrantes y los esparcieron por el cielo; maravillado, nunca había dejado de contemplar extasiado aquel imponente y reluciente arco de luz lechosa en el firmamento.

—Si estáis en lo cierto —apuntó Finan, tras llegarse a mi lado junto al timón y sacarme de mi ensoñación—, quizá todo haya terminado.

—¿La guerra?

—Siempre y cuando estéis en lo cierto.

—Si así fuera —apostillé—, no habrá empezado todavía.

Finan soltó un bufido.

—¡Cnut ya habrá dado buena cuenta de Etelredo! No habrá tardado más de un día en hacer picadillo a ese cabrón sin agallas.

—Más bien creo que Cnut se mantendrá a la espera —repuse—, incluso que no atacará a Etelredo. Dejará que se enrede él solito en Anglia oriental, que se pudra en esas tierras pantanosas y, solo entonces, se dirigirá al sur y caerá sobre Mercia. Esperará a que hayan recogido la cosecha antes de hacerlo.

—Después de este verano pasado por agua —comentó Finan, amurriado—, poco habrá que recoger.

—Aun así, saqueará todo lo que encuentre a su paso —dije— y, si estamos en lo cierto en cuanto a Haesten, Etelredo pensará que tiene las manos libres. Estará convencido de que puede dedicarse a guerrear en Anglia oriental sin que Cnut mueva un solo dedo, de modo que Cnut esperará lo que haga falta hasta que Etelredo piense que, de verdad, está a salvo.

—Según eso, ¿cuándo pensáis que Cnut va a atacar Mercia? —me preguntó.

—Dentro de poco. En cuanto hayan recogido la cosecha. ¿Dentro de una semana? ¿Dos, quizá?

—Cuando Etelredo esté metido hasta el cuello en Anglia oriental.

—Entonces, Cnut se apoderará del sur de Mercia —añadí—, y caerá sobre Etelredo, sin perder de vista a Eduardo.

—¿Creéis que Eduardo responderá?

—No le queda otra —repuse, con una vehemencia que esperaba que se hiciera realidad—. Eduardo no puede quedarse con los brazos cruzados mientras los daneses se apoderan de toda Mercia —continué—, aunque seguro que esos curas con cerebro de mosquito le habrán aconsejado que no se mueva de los *burhs*, las ciudadelas, y espere a que Cnut vaya a por ellos.

—De modo que Cnut se apodera de Mercia —dijo Finan—; a continuación, de Anglia oriental y, al cabo, se revuelve contra Wessex.

—Eso es lo que va a hacer o, cuando menos, es lo que haría yo si estuviera en su pellejo.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros?

—Sacar a esos cabrones de esa mierda —dije—, como es natural.

—¿Treinta y seis hombres?

—Mano a mano, vos y yo bastaríamos —exclamé quitándole importancia.

Se echó a reír. Se levantó viento, y el barco se escoró. Soplaban en dirección norte y, si seguía soplando, podríamos izar la vela y recoger los remos.

—¿Y qué va a pasar con lo de san Oswaldo? —insistió Finan.

—¿Qué queréis que pase?

—Me refiero a si Etelredo seguirá empeñado en reunir los restos de ese pobre hombre.

En cuanto a eso, no estaba seguro. Etelredo era un hombre lo bastante supersticioso como para creerse aquella soflama cristiana de que los restos del santo

tenían poderes sobrenaturales, pero, para reunirlos, antes tendría que adentrarse en la Northumbria que estaba en manos de los daneses. Hasta donde yo sabía, ardía en deseos de entrar en guerra con los daneses de Anglia oriental, pero ¿se atrevería a librar batalla contra los señores de Northumbria? ¿O de verdad pensaba que Cnut nunca daría un paso mientras su esposa permaneciera cautiva? Si, de verdad, era eso lo que pensaba, bien podía atreverse a llevar a cabo una incursión en aquel territorio.

—Pronto lo averiguaremos —me limité a decir.

Dejé el timón en manos de Finan, que fuese él quien guiara el barco mientras, con cuidado, me abría camino entre los cuerpos de quienes dormían y dejaba atrás a los veinte hombres que, pausadamente, remaban en aquella oscuridad iluminada a la luz de las estrellas. Me llegué a la proa, apoyé una mano en el poste que soportaba la cabeza de dragón y miré adelante.

Me gusta ir de pie en la proa de un barco; aquella noche, el mar era una vasta extensión donde se reflejaba la luz de las estrellas, un rutilante camino a través de aquella oscuridad acuosa que ¿adónde nos llevaba? Observé aquel mar que se mecía entre destellos, escuché las olas que rompían y lamían el casco del *Medianoche* mientras el barco se alzaba y hundía para salvarlas. La dirección del viento había cambiado, lo suficiente para empujarnos hacia el sur, pero como no tenía muy claro el lugar exacto a donde ir, no le dije nada a Finan y me limité a ordenarle que cambiase el rumbo. Y dejé que el barco siguiera el sendero de luz resplandeciente en medio de aquel mar iluminado por las estrellas.

—¿Y qué va a ser de mí?

Era Ingulfrid. No había oído sus pasos por la larga cubierta, pero me volví y reconocí la cara pálida que se recortaba bajo la caperuza de la capa de Ælfric.

—¿Qué va a ser de vos? —repetí—. Pues que volveréis a casa con vuestro hijo, siempre y cuando vuestro marido pague el rescate, claro está.

—¿Y qué será de mí, una vez en casa?

A punto estuve de responderle que lo que pudiera pasarle en Bebbanburg no era asunto mío, cuando caí en la cuenta de por qué me había hecho aquella pregunta y por qué había empleado un tono tan amargo a la hora de formularla.

—No os pasará nada —repuse, a sabiendas de que mentía.

—Mi marido me pegará —dijo—, o algo peor, probablemente.

—¿Peor, decís?

—Soy una mujer deshonrada.

—No, no lo sois.

—¿Y pensáis que se lo va a creer?

Tardé un rato en decir algo; luego, negué con la cabeza.

—No, no se lo creerá.

—Así que me pegará, y después lo más seguro es que me mate.

—¿Lo creéis capaz?

—Es un hombre orgulloso.

—Y también un necio —dije.

Por un instante, se me pasó por la cabeza la idea de decirle que debería haber pensado en tales consecuencias antes de empeñarse en no separarse de su hijo, pero, al ver que estaba llorando, me la guardé para mí. No armaba escándalo. Solo sollozaba quedamente hasta que, de repente, Osferth surgió por entre los bancales de los remeros y le pasó un brazo por los hombros. Ella se volvió, reclinó la cabeza en su pecho y rompió a llorar.

—Es una mujer casada —le dije.

—Y yo un pecador —repuso Osferth—, maldito por Dios desde el mismo día en que nací. Condenado como estoy por el pecado de mi padre, Dios no puede hacerme más daño —añadió dirigiéndome una mirada desafiante; al ver que no decía nada, se llevó a Ingulfrid a popa. Me quedé mirándolos mientras se iban.

Somos tan necios.



Tocamos tierra dos mañanas después, tras avistar una costa envuelta en una bruma plateada. Nos desplazábamos a golpe de remo y, durante un buen rato, observé la costa, una línea impasible que quedaba a mi derecha. El agua era poco profunda, no soplaban el viento; solo millares de aves marinas emprendieron el vuelo al ver que nos acercábamos, removiendo aquellas aguas tranquilas con sus alas.

—¿Dónde estamos? —me preguntó Osferth.

—No lo sé.

Finan no se movía de la proa. Nadie con mejor vista que él, dedicado como estaba a escrutar aquella costa indolente y llana en busca de algún atisbo de vida. No vio nada. De paso, estaba atento a los bancos de arena; remábamos despacio para no encallar. La corriente nos arrastraba; si seguíamos remando era solo para que el barco no se desviase de su rumbo.

Al cabo, Finan avisó de que había visto unas marcas: boyas; al poco, vimos unas cuantas casuchas en unas dunas de arena y viramos hacia la costa. Seguí el canal que señalaban y resultó ser un canal de verdad, que nos llevó hasta un bajo promontorio arenoso y un puerto recogido, donde había cuatro pequeños botes de pesca fondeados. Pude oler las hogueras para ahumar el pescado, y llevé el *Medianoche* a la arena, seguro de que la marea alta volvería a ponerlo a flote. Así fue cómo volvimos a pisar Britania.

Aunque no pensaba que fuéramos a toparnos con ningún adversario en aquella desierta soledad envuelta en bruma, iba preparado para guerrear: cota de malla, capa, yelmo y *Hálito de serpiente* al costado. Aun así, me revestí de todo mi esplendor como señor de la guerra y, tras dejar a Finan al mando del *Medianoche*, con media docena de hombres me llegué a la costa. Quienesquiera que fuesen los pobladores de

aquellas cuatro casuchas en aquella costa desolada nos habían visto; lo más probable era que hubiesen salido por piernas a esconderse, pero sabía que nos estarían observando a través de la niebla, así que preferí no asustarlos; de ahí que bajara a tierra acompañado por solo un puñado de hombres. Las casas eran de madera de deriva, cubiertas con cañizo. Tras las nervaduras de un barco naufragado, una parecía más espaciosa que el resto. Me agaché para cruzar el bajo dintel y reparé en la hoguera humeante en el hogar que había en el centro, dos camas deshechas, unos cuantos cacharros de loza y una enorme marmita de hierro. En un sitio como aquel, pensé, aquellos objetos debían de suponer una fortuna. Entre las sombras, un perro gruñó; le respondí con otro gruñido. Allí no había nadie.

Nos adentramos un poco por aquellas tierras. Descubrimos un muro de adobe levantado tiempo atrás, cuyos contornos se perdían a ambos lados entre la niebla. Los años lo habían medio derruido, y me pregunté quién lo habría construido y por qué. A menos que a los lugareños les diesen miedo las ranas del pantano que se extendía hacia el norte a través de aquella niebla refulgente, el muro no parecía proteger de nada. Dondequiera que mirase, solo veía tierras cenagosas y juncuales, humedad y hierbajos.

—Un paraíso en la tierra —dijo Osferth, con su singular sentido del humor.

Mi sexto sentido me decía que habíamos recalado en esa recóndita bahía que se adentra en la costa este de Britania, ese territorio que se alza entre Anglia oriental y Northumbria. Más conocido como el estuario del Gewæsc, es una dilatada ensenada de aguas poco profundas y traicioneras, rodeada de tierras llanas, por donde transita una infinidad de barcos. Como el río Humbre, ese estuario es una ruta que lleva al centro de Britania; había tentado a centenares de naves danesas que, a remo, habían arribado hasta la parte alta de la bahía hasta los cuatro ríos que desembocaban en aquellas aguas poco profundas. Si estaba en lo cierto, habíamos tocado tierra en la costa norte del Gewæsc, de modo que estábamos en Northumbria. Mi patria chica. Tierra de daneses. Territorio enemigo.

Hicimos un alto unos pasos más allá del muro de adobe. Un sendero, poco más que una vereda hollada entre juncuales, llevaba hacia el norte. Alguien se dejaría ver si no hacíamos nada sospechoso y, al final, eso fue lo que pasó. Dos hombres, que solo a medias cubrían su desnudez con pieles de foca, aparecieron por la vereda y, con cautela, se acercaron a nosotros. De pelo negro, grasiento y enmarañado, los dos llevaban barba. Por su aspecto, bien podrían tener entre veinte y cincuenta años de edad, y tanta roña encima que cualquiera hubiera pensado que acababan de salir de una madriguera. Les tendí las manos para hacerles ver que no íbamos con malas intenciones.

—¿Dónde estamos? —les pregunté, cuando se acercaron un poco más.

—En Botulfstan —contestó uno de ellos.

Lo que significaba que estábamos en la piedra de Botulf, aunque no había ni rastro de nadie con ese nombre ni de la roca en cuestión. Les pregunté quién era

Botulfy, aunque su acento era tan cerrado que se me hacía difícil entenderlos, me pareció que decían que era su señor.

—¿Hacienda Botulf por aquí? —les pregunté en danés, pero solo se encogieron de hombros.

—Botulf fue un gran santo —me aclaró Osferth—; los viajeros se encomendaban a él para que los protegiese.

—¿Por qué los viajeros?

—Me imagino que sería un gran viajero.

—No me sorprendería nada —comenté—. Ese pobre cabrón querría salir como fuera de esta mierda de sitio.

Me volví a los dos hombres.

—¿Estáis a las órdenes de algún señor? ¿Dónde vive?

Uno de ellos señaló al norte, así que seguimos el sendero en esa dirección. En los tramos más angostos, habían colocado unos leños que, con el paso del tiempo, se habían podrido y la madera húmeda crujía bajo nuestros pies. La niebla era persistente, de forma que el sol parecía un manchón luminoso; una niebla que no remitía aunque aquel manchón ascendiera por el cielo. Nos dio la sensación de que llevábamos andando una eternidad, y que, aparte de nosotros, aparte de los pájaros del pantano, los juncales y las cenagosas charcas alargadas, allí no había nadie más. Comencé a pensar que aquella desolación no acabaría nunca cuando, por fin, atisbé una rústica cerca de espinos y un pequeño prado donde, entre cardos, pacían cinco ovejas, caladas hasta los huesos, con los rabos pringados de boñigas. Más allá, distinguí unas construcciones que, a primera vista, solo parecían siluetas oscuras entre la niebla; luego, me pareció ver una casa, un granero y una empalizada. Un perro empezó a ladrar; al oír los ladridos, un hombre se llegó a la portilla abierta de la empalizada. Era de edad avanzada; llevaba una cota de malla hecha trizas y empuñaba una lanza de hoja herrumbrosa.

—¿Estamos en Botulfstan? —le pregunté en danés.

—Botulf murió hace mucho tiempo —me contestó en la misma lengua.

—Entonces, ¿quién vive aquí?

—Yo —respondió, obsequioso.

—¡Gorm! —Se oyó la voz de una mujer desde el interior de la empalizada—. ¡Diles que pasen!

—Y ella —dijo Gorm, de mal talante—. También vive aquí —y se apartó a un lado.

Era una casa de madera, ennegrecida por la humedad y el paso del tiempo, espesas capas de musgo cubrían los cañizos de la cubierta. Al pie de la puerta, atado a un poste con una correa de cuero trenzado que lo sujetaba cada vez que trataba de echársenos encima, un perro sarnoso; la mujer le propinó un mamporro y el perro se tumbó. Era una mujer de edad avanzada también y cabellos grises, ataviada con una larga capa de color marrón que se sujetaba al cuello con un pesado broche de plata

tallado en forma de martillo. De modo que no era cristiana.

—Mi marido no está en casa —nos espetó de buenas a primeras, a modo de saludo. Hablaba en danés. Los lugareños, en cambio, me habían parecido sajones.

—¿Y quién es vuestro marido? —me interesé.

—¿Quién sois vos? —replicó.

—Wulf Ranulfson —dije, recurriendo al nombre que me había inventado en Grimesbi—, natural de Haithabu.

—Pues sí que estáis lejos de casa.

—Igual que vuestro marido, por lo visto.

—Se llama Hoskuld Irenson —respondió en un tono que me dio a entender que debía de saber quién era.

—¿Al servicio de quién? —le pregunté.

Vaciló, como si dudase antes de responder; luego, se ablandó:

—De Sigurd Thorrson.

Sigurd Thorrson, el amigo y aliado de Cnut Ranulfson, el segundo de los grandes señores de Northumbria, un hombre que no podía ni verme porque había acabado con la vida de su hijo. Ciertamente el chico había muerto guerreando y con una espada en la mano; aun así, Sigurd no dejaría de odiarme hasta el día de su muerte.

—Algo he oído de él —dije.

—¿Y quién no?

—Tengo la esperanza de ponerme a su servicio —añadí.

—¿Cómo habéis llegado aquí? —me preguntó enfurruñada, como si nadie debiera descubrir nunca aquella hacienda que se caía a pedazos en medio del inmenso pantano.

—Venimos del otro lado del mar, señora —dije.

—Del mar equivocado, por lo que veo —dijo, como si aquello le divirtiera—, y estáis muy lejos de Sigurd Thorrson.

—¿Y quién sois vos, señora, si puede saberse? —le pregunté amablemente.

—Soy Frieda.

—Si tenéis cerveza —continué—, os pagaremos.

—¿No os la llevaréis?

—Os pagaremos —insistí—, y mientras la tomamos, podéis explicarme por qué pensáis que hemos venido por un mar equivocado.

Le entregamos una muesca de plata por aquella cerveza que sabía a agua estancada, y Frieda me contó que su señor había reclamado la presencia de su marido, que se había llevado con él a los seis hombres de la hacienda que sabían empuñar un arma y que se habían ido en dirección oeste.

—El *jarl* Sigurd les ordenó que llevasen su barco, pero no tenemos.

—¿Llevarlo adónde?

—Al mar del oeste —dijo—, ese mar que se extiende entre estas tierras e Irlanda —no parecía muy segura, como si Irlanda no fuera más que un nombre—; pero,

como no tenemos barco, mi marido se fue a caballo.

—¿Acaso el *jarl* Sigurd está reuniendo a los suyos?

—Así es —repuso—, lo mismo que el *jarl* Cnut. Rezo para que todos regresen sanos y salvos.

¿Del mar del oeste? Reflexioné un momento. Eso quería decir que Cnut y Sigurd estaban reuniendo una flota, y el único lugar de aquella costa donde podían reunir una flota estaba a un paso de la fortaleza de Haesten en Ceaster. La costa que se extendía al sur de Ceaster estaba en territorio galés, y aquellos salvajes no estarían dispuestos a acoger una flota danesa, en tanto que la costa norte pertenecía a Cumbria, un lugar tan inhóspito y salvaje como Gales, de modo que los daneses concentraban sus fuerzas en Ceaster. ¿Adónde pensaban llevar aquella flota? ¿A Wessex? Frieda no lo sabía.

—Habrà guerra —dijo—; de hecho, ya está en marcha.

—¿Ah, sí?

—¡Tengo entendido que los sajones andan por Lindcolne! —apuntando al norte.

—¡Sajones! —repuse, poniendo cara de sorpresa.

—Nos enteramos ayer. ¡Cientos de sajones!

—¿Y dónde queda Lindcolne? —le pregunté.

—Por allí —dijo, señalando al norte de nuevo.

Aunque nunca antes había estado en aquellos parajes, había oído hablar de Lindcolne. Ciudad importante antaño, levantada por los romanos y ampliada por los sajones, que se habían apoderado de las tierras circundantes tras la expulsión de los romanos, aunque corría el rumor de que había sido incendiada por los daneses, que en ese momento ocupaban la fortaleza que se alzaba en la parte alta de la ciudad.

—¿A cuánto está de aquí Lindcolne? —le pregunté.

No lo sabía.

—Pero mi esposo puede ir y volver en un par de días —dejó caer—, así que no debe de estar muy lejos.

—¿Y qué hacen esos sajones por allí? —insistí.

—Hollar el terreno con su inmundicia —dijo—. No lo sé. Solo espero que no aparezcan por aquí.

Lindcolne quedaba al norte, en el interior de Northumbria. Si Frieda estaba en lo cierto, un ejército sajón había tenido la osadía de invadir las tierras de Sigurd Thorrson, algo que solo se atreverían a hacer si no temían que fueran a sufrir represalias, y la única forma de evitarlas era que la esposa y los hijos de Cnut Longsword estuviesen cautivos en sus manos.

—¿Tenéis caballos, señora? —le pregunté.

—¿Tan ansiosos estáis? —replicó con sorna.

—Os pediría que me prestarais unos caballos, señora, para saber algo más de lo que andan haciendo por aquí esos sajones.

A lo que siguió un duro regateo, antes de que se aviniera a prestarme los dos

miserables rocines que le quedaban en la cuadra. Dos yeguas, viejas y con poco resuello, pero monturas al fin y al cabo, que era lo que necesitábamos. Le dije a Osferth que viniera conmigo a Lindcolne y ordené a los otros que regresasen al *Medianoche*.

—Decidle a Finan que estaremos de vuelta dentro de tres días —les dije, con la esperanza de que así fuera.

Con Ingulfrid a bordo, Osferth se mostraba reacio a dejar atrás el *Medianoche*.

—¡No le pasará nada! —rezongué.

—Como vos digáis, señor —dijo, con frialdad.

—¡No le pasará nada! Finan no permitirá que le pase nada.

Arrojó una silla de montar encima de la más pequeña de las dos mulas.

—Lo sé, señor.

Me llevé a Osferth conmigo porque sabía que me sería de utilidad. Lo único que sabía de los sajones que andaban por Lindcolne era que se trataba de hombres del ejército de Etelredo, lo que quería decir que, con toda seguridad, tendrían órdenes de acabar conmigo y, aunque bastardo, Osferth era hijo de Alfredo, y los hombres le trataban con el respeto y la deferencia debidos al hijo de un rey. Poseía unas innatas dotes de mando y nadie ponía en duda su fe cristiana; además, necesitaba todo el apoyo que su presencia pudiera prestarme.

Montamos los dos. Los arcos de los estribos nos venían demasiado cortos; las cinchas, demasiado holgadas, y me pregunté si alguna vez llegaríamos a Lindcolne, pero las dos yeguas echaron a andar en dirección norte de buena gana, aunque ninguna de las dos fuera capaz de ir más deprisa que a un pausado trote de paseo.

—Si nos salen daneses al paso —dijo Osferth—, nos veremos en un aprieto.

—Lo más probable es que se mueran de risa al ver nuestras monturas.

Torció el gesto. La niebla se disipaba lentamente dando paso a una vasta extensión de pantanos y juncales donde no se veía un alma. Un lugar desolado, desnudo de árboles. Había gente que vivía en aquellos pantanos porque, a lo lejos, atisbamos unas cabañas y atrás dejamos, en oscuros canales, unas nasas para pescar anguilas, pero no vimos a nadie. Cada milla que avanzábamos, Osferth se volvía J más mohíno.

—¿Qué tenéis pensado hacer con el chico? —me preguntó, al cabo de un rato.

—Vendérselo a su padre, por supuesto —contesté—, a menos que alguien me ofrezca más dinero.

—Y su madre se irá con él.

—¿Tan seguro estáis? Vos sabréis mejor que yo lo que tenga pensado.

Se quedó con la mirada perdida en los humedales.

—La matará —dijo.

—Eso dice, sí.

—¿Y vos la creéis? —en tono desafiante.

—Allí no es querida —asentí—. Todos pensarán que la hemos violado y, aunque

ella lo niegue, su marido no la creerá; así que sí, lo más que probable es que la mate.

—En tal caso, ¡no puede volver! —se revolvió Osferth.

—Es decisión suya —dije.

Cabalgamos un rato en silencio.

—Durante quince años, la dama Ingulfrid —dijo, rompiendo el mutismo— no ha podido salir de Bebbanburg. Es como si hubiera estado prisionera.

—¿Por eso tomó la decisión de venir con nosotros? ¿Para respirar un poco de aire fresco?

—Una madre quiere estar con su hijo —repuso.

—O lejos de su marido —le espeté con aspereza.

—Si nos quedamos con el chico... —empezó a decir, y calló la boca.

—Aparte de lo que su padre me pagará por él, a mí no me sirve para nada —dije—. Tendría que habérselo vendido cuando estábamos en Bebbanburg, pero, si no nos lo llevábamos como rehén, no estaba seguro de que pudiéramos llegar a puerto sanos y salvos. Desde entonces, no ha sido más que un estorbo.

—Es un buen chico —arguyó Osferth, a la defensiva.

—Que mientras siga con vida —repuse— pensará que tiene algún derecho sobre Bebbanburg. Debería rajarle su asqueroso gaznate.

—¡No!

—No mato niños —dije—, pero ¿y dentro de unos años? ¿Quién puede asegurar que dentro de unos años no tenga que matarlo?

—Os lo compraré —me espetó Osferth.

—¿Vos? ¿De dónde vais a sacar el oro?

—¡Os lo compraré! —insistió, testarudo—. Dadme tiempo.

Respiré hondo.

—Se lo venderé a su padre, y convenceré a su madre para que se quede con nosotros. Es lo que queréis, si no me equivoco —asintió, pero no dijo nada—. Os habéis enamorado —me di cuenta de que lo había puesto en un aprieto; aun así continué—, y el hecho de que estéis enamorado lo cambia todo. Un hombre enamorado tendrá coraje para entregarse incluso al fragor de la batalla de Ragnarok al final de los tiempos; dejará todo de lado y cometerá toda clase de locuras solo porque está enamorado.

—Lo sé —dijo.

—¿Ah, sí? Que yo sepa nunca habíais padecido esa locura.

—Os he observado —dijo—, y esto no lo hacéis por Wessex ni por Mercia, sino por mi hermana.

—Que es una mujer casada —repuse de mala gana.

—Todos somos pecadores —dijo, y se santiguó—. Dios lo perdona todo.

Volvimos a quedarnos en silencio. El camino ascendía ligeramente hasta un terreno un poco más elevado donde, al menos, había árboles, alisos y sauces que el frío viento del mar había inclinado hacia el oeste. Aquel sitio era una buena tierra de

pastos, llana, con sus cercas y sus acequias, y unas cuantas vacas y ovejas por los prados. Avistamos pueblos y prósperos caseríos. A primera hora de la tarde, hicimos un alto en uno de aquellos caseríos y pedimos que nos sirvieran cerveza, pan y queso. Los mozos que nos atendieron eran daneses; por ellos nos enteramos de que su señor se había puesto en marcha hacia el oeste para unirse a Sigurd Thorrson.

—¿Cuándo se fueron? —pregunté.

—Hace seis días, señor.

De modo que Cnut y Sigurd aún no habían lanzado la ofensiva, o bien navegaban ya dispuestos a desencadenarla mientras estábamos hablando.

—Tengo entendido que hay sajones por Lindcolne —le dije al mozo.

—En Lindcolne, no, señor. En Bearddan Igge.

—¿En la isla de Bearda? —insistí—. ¿Dónde queda eso?

—No lejos de Lindcolne, señor. A un paso a caballo hacia el este.

—¿Cuántos?

Se encogió de hombros.

—¿Doscientos? ¿Trescientos? —estaba claro que no lo sabía, pero sus palabras bastaron para confirmar mi sospecha de que el ejército de Etelredo no había invadido Northumbria, sino que había enviado un nutrido contingente armado hasta los dientes.

—¿Piensan atacar Lindcolne? —pregunté.

—¡No se atreverán! ¡No saldrían con vida! —repuso, echándose a reír.

—Entonces, ¿a qué han ido allí?

—Están locos, señor.

—¿Qué hay en Bearddan Igge que les pueda interesar? —insistí.

—Nada, señor —dijo el mozo; me pareció que Osferth se disponía a decir algo, pero se lo pensó mejor y no abrió la boca.

—En Bearddan Igge, hay un monasterio —me dijo Osferth, cuando recuperamos nuestras monturas—, o lo había al menos antes de que los paganos lo quemasen.

—Bien sabe Dios que hicieron algo útil —comenté, con lo que me gané una mirada ceñuda.

—Allí es donde estaban enterrados los restos de san Oswaldo —añadió el joven.

Me lo quedé mirando.

—¿Por qué no me lo habíais dicho antes?

—Había olvidado el nombre de ese sitio hasta que ese mozo nos habló de Bearddan Igge. Curioso nombre para un lugar santo.

—Y lleno de hombres de Etelredo —añadí—, que tratan de desenterrar a otro.

Cuando nos acercábamos a Bearddan Igge, el sol ya estaba bajo por el oeste. El terreno seguía siendo llano; la tierra estaba húmeda. Vadeamos arroyos perezosos y cruzamos unas cuantas acequias de desahogo que, derechas como flechas, discurrían entre prados que rezumaban agua. Dejamos atrás una piedra miliar del tiempo de los romanos, abandonada en el suelo y medio oculta entre la hierba, donde aún podía

leerse la inscripción «Lindum VIII», lo que significaba, imaginé, que estábamos a ocho millas de la ciudad que nosotros llamamos Lindcolne.

—¿Los romanos medían las distancias en millas? —le pregunté a Osferth.

—Así es, mi señor.

No muy lejos de la piedra miliar derribada, los hombres del contingente se percataron de nuestra presencia. Estaban hacia el oeste; el sol ya estaba bajo y nos daba de lleno en los ojos, de modo que nos vieron mucho antes de que nosotros nos diéramos cuenta de dónde estaban. Eran ocho, a lomos de imponentes corceles, armados con espadas y lanzas; al galope, cruzaron aquellas tierras húmedas, levantando grandes terrones con los cascos de sus monturas.

Al cabo, los ocho nos rodearon. Pusieron los caballos al paso, mientras nos examinaban de pies a cabeza. Reparé en los ojos con que el hombre que iba al frente se quedó mirando el martillo que llevaba, antes de fijarse en la cruz que colgaba del cuello de Osferth.

—¿A esto llamáis caballos? —se mofó; al ver que ninguno de los dos decíamos nada, añadió—: Por todos los santos, ¿se puede saber quiénes sois?

—Es el asesino del cura —le aclaró uno de los hombres, el único que empuñaba un escudo, un escudo con un caballo encabritado, la divisa de Etelredo—. Acabo de caer en la cuenta —aseguró.

Con cara de sorpresa, el jefe de la partida me miró a los ojos.

—¿Sois Uhtred?

—Lord Uhtred —le reconvino Osferth.

—Tendréis que acompañarnos —ordenó el hombre, con aspereza, obligando al caballo a dar media vuelta. Hice un gesto afirmativo a Osferth para darle a entender que debíamos obedecer sus órdenes.

—Deberíamos privarles de las espadas —dejó caer otro de los hombres.

—Venid a por ellas —dije, con aplomo.

Se inclinaron por no hacerlo y, a través de acequias, nos guiaron por aquellos pastizales anegados hasta un camino no menos empapado que se dirigía al norte y al este. A lo lejos, acerté a ver un montón de caballos.

—¿Cuántos sois? —pregunté; ninguno respondió—. ¿Quién está al mando?

—Alguien con autoridad para decidir si el asesino de un cura debe seguir con vida o morir —repuso el que, a todas luces, era el jefe del grupo.

Pero la rueda de la fortuna seguía llevándome a lo más alto, porque el hombre en cuestión resultó ser Merewalh; me fijé en el gesto de alivio que se reflejó en su rostro en cuanto me reconoció. Hacía años que nos conocíamos. Era uno de los hombres de Etelredo, uno de los mejores. Juntos, habíamos puesto sitio a Ceaster; siempre me había hecho caso y, hasta donde Etelredo se lo permitía, me había echado una mano. Nunca había sido un hombre próximo a Etelredo. Merewalh era quien se hacía cargo de las tareas más ingratas, como vigilar los límites fronterizos entre las tierras danesas y sajonas, mientras otros eran los que, ociosos, disfrutaban de la buena

sombra que les dispensaba mi primo. En aquel momento, Merewalh había recibido el encargo de adentrarse en Northumbria al frente de trescientos hombres.

—Buscamos a san Oswaldo —me aclaró.

—O lo que quede de él.

—Se supone que estaba enterrado en estos parajes —añadió, señalando un campo donde sus hombres habían estado cavando, de forma que aquella extensión de hierba estaba salpicada de tumbas abiertas, montones de tierra con hileras de huesos. Todo lo que quedaba del monasterio eran algunos pilares de madera podrida—. Los daneses lo quemaron hace años —concluyó Merewalh.

—Y desenterraron los restos de san Oswaldo —le dije— y, probablemente, redujeron los huesos a cenizas, que esparcieron a los cuatro vientos.

Merewalh era un buen amigo, pero, en aquel paisaje monótono que conocemos como Bearddan Igge, también había enemigos que me acechaban. Tres curas, al frente de los cuales iba Ceolberth, a quien reconocí por sus encías desdentadas; nada más verme, empezó a despotricar. Había que quitarme de en medio. Muerte al pagano que había acabado con la vida de un hombre santo, el abad Wihfred. Sobre mí pesaban la maldición de Dios y de los hombres. Los hombres se agolpaban para oírlo que decía y escuchaban con atención todo el odio que destilaba.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —le dijo a Merewalh, aunque señalándome a mí—, os conmino a que acabéis con este hombre malvado.

Pero, si bien aquellos hombres de Mercia eran cristianos, también estaban intranquilos. Los habían enviado a una expedición carente de sentido en territorio enemigo, y se sabían observados por patrullas danesas procedentes del fuerte que se veía en lo alto de Lindcolne. Cuanto más tiempo se quedasen en Bearddan Igge, más nerviosos se pondrían, temerosos de que, en cualquier momento, un enemigo mucho más numeroso y fuerte se abalanzara sobre ellos. Querían regresar alas filas del ejército de Etelredo, pero los curas no dejaban de insistirles en que podían encontrar o, más bien tenían que encontrar, los restos de san Oswaldo. Ceolberth y sus curas les insistían en que yo era un proscrito, que estaba condenado a muerte; pero aquellos hombres también sabían que yo era un señor de la guerra, que había ganado todas las batallas que había librado contra los daneses y, en ese instante, más miedo tenían de los daneses que de incurrir en las iras de su dios crucificado. Exaltado, Ceolberth no dejaba de arengarlos, pero ninguno movió un dedo para acabar conmigo.

—¿Habéis acabado? —le pregunté al cura, cuando calló un momento para tomar aliento.

—Habéis sido declarado... —comenzó a decir.

—¿Cuántos dientes os quedan? —le interrumpí; boquiabierto, se me quedó mirando—. Cerrad la boca —le dije—, si no queréis que os arranque de una patada los pocos dientes podridos que aún tenéis —expuse, antes de volverme a Merewalh—. ¿Los daneses os dejan que sigáis cavando?

—Saben que estamos aquí —asintió.

—¿Cuánto tiempo hace que andáis por estos parajes?

—Tres días. Los daneses envían hombres de Lindcolne para vigilarnos, pero no nos ponen impedimentos.

—No lo hacen porque quieren que sigáis aquí.

Frunció el ceño.

—¿Por qué habían de querer que anduviésemos por aquí?

Alcé la voz. La mayoría de los hombres de Merewalh estaban a un paso de mí y quería que oyesen lo que iba a decir.

—Los daneses os quieren aquí, porque prefieren que Etelredo se enrede en Anglia oriental mientras ellos atacan Mercia.

—¡Os equivocáis de medio a medio! —ladró un Ceolberth muy pagado de sí mismo.

—¿Eso pensáis? —le pregunté de buenas maneras.

—¡Dios nos ha entregado a los daneses, los ha puesto en nuestras manos! —replicó.

—No atacarán Mercia —dijo Merewalh, tratando de aclarar la indiscreción del cura—, porque tenemos al hijo de Cnut como rehén.

—¿Estáis seguro? —le pregunté.

—Bueno, no yo, claro.

—¿Quién lo retiene, pues?

Ceolberth se negó en redondo a revelarme nada más, pero Merewalh confiaba en mí. Además, sus hombres ya estaban al tanto de lo que iba a decirme.

—Lord Etelredo —me explicó— pactó una tregua con Haesten. ¿Os acordáis de él?

—Cómo habría podido olvidarme de él —dije. Merewalh y yo nos habíamos conocido a los pies de la fortaleza de Haesten; allí nos hicimos amigos.

—¡Haesten ha abrazado el cristianismo! —intervino el padre Ceolberth.

—Lo único que quiere —continuó Merewalh— es que lo dejemos en paz en Ceaster, así que lord Etelredo le prometió que así sería, si se convertía y nos prestaba un servicio.

—¡Nuestro Señor dispone! —alardeó Ceolberth.

—¿Y ese cometido consistía en apoderarse de la mujer y de los dos hijos de Cnut?

—Así es —repuso Merewalh, con humildad y orgullo—. Ya lo veis. Mientras piense que su familia está en manos de lord Etelredo, Cnut no moverá un dedo.

—Dios Todopoderoso ha puesto a nuestros enemigos en nuestras manos —gritó Ceolberth—; gozamos de su divina protección. ¡Alabado sea Dios!

—Unos necios —repliqué—, ¡eso es lo que sois! Fui a ver a Cnut a su mansión cuando acababan de secuestrar a su mujer. ¿Y con quién me encontré allí? ¡Con Haesten! ¿Y qué llevaba colgado al cuello? Uno de estos —enseñándoles el martillo de Thor que llevaba yo—. Haesten es tan cristiano como yo y ha prestado juramento

de lealtad a Cnut Ranulfson, y Cnut Ranulfson ha ordenado a sus *thegns*, a los suyos y a sus guerreros que se reúnan en Ceaster. ¡Y con barcos!

—Miente —gritó Ceolberth.

—Si así es —le dije al cura en voz lo bastante alta como para que me oyeran los hombres de Merewalh—, pongo mi vida en vuestras manos. Si os miento, inclinaré mi cuello ante vos y dejaré que me cortéis la cabeza —lo que bastó para silenciar al cura, que se me quedó mirando. Merewalh sí me creyó, igual que sus hombres. Tiré a Osferth de una manga, y lo obligué a quedarse de pie a mi lado—. Este hombre es cristiano. Es el hijo del rey Alfredo. Él puede deciros que lo que afirmo es verdad.

—Lo es —dijo Osferth.

—¡Miente! —insistió Ceolberth que, en aquel enfrentamiento, llevaba todas las de perder. Los hombres me creyeron a mí, no al cura, y su mundo se vino abajo. Ya no se sentían seguros, sino empujados al borde del caos.

Me llevé aparte a Merewalh y nos pusimos al abrigo de un sauce.

—La última vez que Cnut nos atacó —le dije—, envió sus barcos a la costa sur de Wessex. Ahora mismo está reuniendo una nueva flota.

—¿Se dispone a atacar Wessex?

—No lo sé, pero eso es lo de menos.

—¿Lo de menos?

—Lo importante —continué— es que lo hagamos bailar al son que le marquemos nosotros. Ahora mismo, cree que es él quien mueve los hilos.

—Etelredo no os creerá —comentó Merewalh, intranquilo.

Mucho me temía que estaba en lo cierto. Etelredo había iniciado aquella guerra y escaso interés tendría en saber que lo había hecho porque le habían tendido una trampa. Insistiría en que él tenía razón y, como no podía ni verme, con más ahínco defendería su decisión. Estimé que aquel asunto carecía de importancia. Mucho antes de lo que pensaba, se vería obligado a reconocer que yo tenía razón. Lo importante era descolocar a Cnut.

—Deberíais ordenar a la mayoría de los hombres que habéis traído con vos que vuelvan al lado de Etelredo —le dije.

—¿Sin el santo?

A punto estuve de soltarle un bufido, pero me contuve. Etelredo había prometido a su ejército que contaría con la ayuda de san Oswaldo y, aunque sus hombres estuvieran en el lugar equivocado y Etelredo se resistiese a desistir de su guerra en Anglia oriental, no dejaba de tener sentido que su ejército confiase en contar con ayuda sobrenatural.

—Mañana —le dije—, haremos un último intento de dar con los restos de san Oswaldo. Luego, enviad a vuestros hombres al lado de Etelredo.

—¿Que los mande de vuelta?

—Tengo un barco a menos de un día a caballo de aquí —le dije—. Cuarenta de los vuestros irán con Osferth hasta allí. Cederán sus caballos a los míos; Osferth les

dirá que vengan aquí. Hasta que lleguen mis hombres, podéis seguir buscando vuestro santo. Si lo encontráis, ordenad a doscientos de los vuestros que lleven los restos a Etelredo, y que los demás vengan conmigo.

—Pero... —y guardó silencio. Pensaba que no podía ordenarles a los suyos que viniesen conmigo sin incurrir en las iras de Etelredo.

—Si no hacéis lo que os digo —le advertí—, Etelredo habrá muerto antes de que acabe el mes en que estamos y Mercia habrá caído en manos de los daneses. Si os fiáis de mí, las cosas seguirán como están.

—Me fío de vos.

—En ese caso, id a dormir un poco —le dije—; mañana, tenemos un largo día por delante.



Esperé a que fuera noche cerrada, a esa hora, la más oscura, en que solo los espectros hollan la tierra, cuando los hombres duermen y las lechuzas vuelan, cuando el zorro sale de caza y el mundo se estremece ante el más leve ruido. La noche es el reino de los muertos. Los centinelas de Merewalh permanecían despiertos, pero en los límites del campamento nadie había que anduviera cerca de las húmedas ruinas de madera del viejo monasterio. A la luz mortecina de los rescoldos de dos hogueras, dejé atrás los esqueletos que habían sacado de la tierra y, con respeto, habían dispuesto en una larga hilera. El padre Ceolberth les había dicho que habría que volver a enterrarlos a todos con el ritual pertinente porque eran monjes de Bearddan Igge, monjes que se habían asentado allí desde antes de que los daneses lo quemasen, lo saqueasen... y los matasen.

Los huesos estaban envueltos en sudarios nuevos de lana. Conté veintisiete. Al final de la hilera, habían colocado otro sudario en el suelo sobre el que se apilaban huesos y calaveras, restos huérfanos que no casaban con ninguno de los esqueletos; más allá, una carreta de ruedas altas. Un carretón lo bastante grande como para transportar a un hombre. A la tenue luz de aquellas hogueras moribundas, distinguí unas cruces pintadas a ambos lados. En el fondo, un lienzo doblado; cuando lo toqué, palpé esa cara y delicada tela que conocemos como seda, y que procede de algún remoto país de oriente. Estaba claro que de seda era el nuevo sudario que habían reservado para san Oswaldo; el único inconveniente es que de san Oswaldo no quedaba nada.

Había sonado la hora de resucitarlo de nuevo.

Me pregunté si alguien habría contado los esqueletos y, caso de haberlo hecho, si los contarían de nuevo antes de volver a enterrarlos. Pero no disponía de mucho tiempo y no me veía capaz de exhumar uno nuevo, no al menos sin hacer tanto ruido que despertase a los hombres que dormían a tan solo unas yardas; así que elegí un

esqueleto al azar, y lo despojé del sudario de lana en que estaba envuelto. Toqué los huesos. Estaban mondos, lo que me llevó a pensar que habían lavado los esqueletos antes de amortajarlos; al levantarle uno de los brazos, los huesos no se separaron, lo que me indujo a pensar que aquel monje había muerto no mucho antes de que incendiasen el monasterio.

Me agaché junto al muerto y palpé en mi morral en busca de la cruz de plata que llevaba puesta cuando los centinelas de la Puerta Baja de Bebbanburg nos habían tomado por sus compañeros. Era una cruz pesada, con granates incrustados en los brazos. Había pensado venderla, pero ahora me serviría para otro propósito, aunque antes tendría que desmembrar el esqueleto. Con un cuchillo, le corté un brazo y la calavera; luego, los coloqué en el montón de huesos sin dueño.

Después, todo vino rodado. Coloqué la cruz de plata en el costillar, enredando la cadena en una de las costillas; luego, gracias al sudario de lana, recogí los restos de aquel hombre y me dirigí al oeste, a un arroyo pausado que allí discurría. Lo recliné en aquellas aguas poco profundas, recuperé el sudario y coloqué una nasa para anguilas entre los huesos. Vi cómo, tranquilamente, el agua se llevaba los restos del muerto; escurrí lo mejor que pude el sudario y lo arrojé a una de aquellas hogueras moribundas donde, tras emitir un siseo, empezó a echar humo. A la mañana siguiente, estaría chamuscado e irreconocible. Volví junto a los monjes muertos y moví los esqueletos para disimular el hueco que había dejado; luego, toqué el martillo que llevaba colgado al cuello, y le pedí a Thor que nadie volviera a contar los cadáveres.

Al cabo, y como quedaba poco para el alba de un día en que andaría muy atareado, me quedé dormido.



Al amanecer, les pedí a Osferth y a Merewalh que vinieran a verme; doce hombres más venían con ellos. Eran *thegns*, ricos hombres, terratenientes de Mercia que se habían prestado a que sus guerreros se incorporasen a las filas del ejército de Etelredo. Los vi cabizbajos, quizá por la espesa niebla que envolvía aquellas tierras llanas, o porque lo que yo les había contado en cuanto a la verdadera lealtad de Haesten había hecho mella en la confianza que habían depositado en Etelredo. Nos llegamos junto al carretón; unos criados nos llevaron unas jarras de cerveza floja y unas rebanadas de pan duro.

Merewalh era quien estaba al frente de los de Mercia, pero, tal y como años atrás ocurriera en Ceaster, me cedió la palabra.

—Vos —señalando a Osferth—, volveréis hoy mismo a caballo al *Medianoche*. —Volví la vista a Merewalh—: Pondréis a su disposición un buen caballo y cuarenta hombres.

—¿Cuarenta?

—Una tripulación —aclaré, y volví a mirar a Osferth—. Le diréis a Finan que reúna a los suyos y que vengan aquí con los caballos que vais a llevar hasta el barco. Decidles que lo hagan tan pronto como puedan, y que me traigan el resto de mis pertrechos de guerra. Después, iréis por mar a Lundene y pondréis al tanto de lo que ocurre a la guarnición de la ciudad; luego, iréis a ver a vuestro hermanastro y le informaréis de todo. —El hermanastro de Osferth era el rey de Wessex y, si queríamos derrotar a Cnut, necesitábamos contar con un ejército no menos fuerte que el de los sajones del oeste—. Decidle que los daneses piensan atacar Mercia, o Wessex, que han reunido sus huestes y que vaya en mi busca hacia el oeste.

—Hacia el oeste —repitió Osferth, muy serio.

—No sé dónde andaré —añadí—, pero si Cnut se decide a atacar Mercia, el rey Eduardo debería concentrar sus tropas en Gleawecestre. Si Cnut ataca Wessex, yo me uniré a los suyos, pero creo que se decidirá por Mercia, de modo que decidle a vuestro hermano que se dirija a Gleawecestre.

—¿Por qué a Gleawecestre? —se interesó uno de los *thegns*—. ¡Si ni siquiera sabemos qué va a hacer Cnut!

—Sabemos que va a atacar —repuse— y, como sabe que tiene las manos libres, puede ir donde quiera y hacer todo el daño que le venga en gana, así que tendremos que tenderle una encerrona. Tenemos que obligarle a presentar batalla donde nosotros digamos, no donde él decida.

—Pero...

—He optado por el oeste —bramé—, y le obligaré a plantar cara donde yo diga. Nadie abrió la boca. Lo más probable es que no me creyeran, pero les estaba diciendo la verdad.

—Necesito a cien de vuestros hombres —le dije a Merewalh—, los mejores y a lomos de los caballos más veloces. Vos iréis al frente.

Asintió con parsimonia.

—¿Adónde iremos?

—Conmigo —le dije—. El resto de los vuestros volverá junto a Etelredo. Decidle cuánto lo lamentáis, pero que hace mucho que los restos de san Oswaldo fueron esparcidos a los cuatro vientos.

—No le hará ninguna gracia —dijo un hombre corpulento que se llamaba Oswin.

—No le gustará nada de lo que le digamos —contesté—, y se negará a creernos. Se quedará en Anglia oriental hasta que se dé cuenta de que se ha metido en un avispero, pero, para entonces, estará horrorizado ante la perspectiva de tener que volver a su tierra. Pero tiene que ir a Gleawecestre —para añadir, mirando a Osferth—. Decidle a vuestro hermano que le envíe las órdenes oportunas.

—Así lo haré —dijo Osferth.

—Que Eduardo le diga a Etelredo que, si aspira a seguir siendo el señor de Mercia, más le vale ponerse en marcha cuanto antes.

—¿Y vos, qué vais a hacer? —volvió a la carga Oswin, enojado.

—Voy a darle una patada tan fuerte en las pelotas a Cnut —repuse—, que se verá obligado a dar media vuelta y negociar conmigo; no se moverá de dónde yo esté hasta que lleguéis vosotros y acabéis con ese cabrón de una vez por todas.

—Pero si ni siquiera estamos seguros de que Cnut se disponga a atacar —dijo otro de los *thegns*, visiblemente nervioso.

—¡Abrid los ojos! —le grité, lo que sobresaltó al resto de los que estaban junto al carretón—. ¡La guerra ha comenzado! No sabemos dónde ni cómo. Pero Cnut la ha iniciado y nosotros vamos a concluirla.

Nadie dijo nada más porque, en ese momento, se oyó otro alarido, de satisfacción en este caso, y vi que unos hombres echaban a correr hacia el arroyo poco caudaloso que discurría por el extremo oeste del campamento. Allí estaba el padre Ceolberth, agitando los brazos, junto a los otros dos curas, de rodillas los dos.

—¡Alabado sea Dios! —gritaba uno de ellos.

Merewalh y los hombres que estaban con él se quedaron mirándolos. Osferth me miraba a mí.

—¡Lo hemos encontrado! —proclamó Ceolberth—. ¡Hemos encontrado al santo!

—¡Alabado sea Dios! —gritó el cura de nuevo.

Nos acercamos todos al arroyo.

—¡Qué equivocado estabais! —fue el saludo que me dirigió Ceolberth con voz sibilante, falto de dientes como estaba—. Nuestro Dios es más fuerte de lo que creéis. ¡Nos ha llevado hasta el santo! Uhtred erraba: ¡nosotros estábamos en lo cierto!

Unos hombres sacaban el esqueleto del agua, quitando las algas y las ramitas de sauce adheridas a la nasa para anguilas. Con fervor, llevaron los restos al carretón.

—¡Estabais equivocado! —me dijo Merewalh.

—Ya lo veo —repuse—, y tanto.

—¡Nuestra es la victoria! —dijo Ceolberth—. ¡Mirad! ¡Una cruz! —extrayendo la cruz de plata del costillar—. La cruz del bienaventurado san Oswaldo —besó la plata y me dirigió una mirada preñada de odio—. Os burlasteis de nosotros, y andabais errado. ¡Nuestro Dios es más fuerte de lo que podéis imaginar! ¡Es un milagro! ¡Un milagro! A pesar de tantas pruebas y tribulaciones como hemos pasado, nuestro Dios ha preservado los restos del santo: él nos conducirá a la victoria sobre los paganos.

—¡Alabado sea Dios! —repitió Merewalh y, respetuosos, tanto él como sus hombres dieron un paso atrás, mientras depositaban aquellos huesos amarillentos en el carretón.

Dejé que los cristianos siguiesen disfrutando del momento y, haciendo un aparte, me llevé a Osferth a un lado.

—Id en el *Medianoche* a Lundene —le dije—; que Ingulfrid y el chico vayan con vos.

Asintió; me pareció que iba a decir algo, pero prefirió callar la boca.

—Aún no sé qué haré con el chico, pero mantenedlo a buen recaudo porque vale

su peso en oro —añadí—; antes tengo que negociar con Cnut.

—Os lo compraré —dijo Osferth.

—Que sea su padre quien realice la transacción; vos encargaos de la madre. ¡Pero mantened a los dos a salvo!

—Lo haré —contestó. Los curas habían empezado con sus cánticos y, con su habitual gesto serio, Osferth se los quedó mirando. En ocasiones como aquella, se parecía tanto a su padre, que estaba tentado de dirigirme a él con el tratamiento de «señor»—. Recuerdo —dijo sin dejar de observar a los tres curas que seguían cantando— que en cierta ocasión me dijisteis que vuestro tío conservaba un brazo de san Oswaldo.

—Sí, eso tenía entendido. Ingulfrid lo ha visto. Preguntádselo a ella.

—El brazo izquierdo, o eso fue lo que dijisteis.

—¿Ah, sí?

—Tengo buena memoria para esas cosas —continuó, muy serio—, y sí, dijisteis que era el brazo izquierdo.

—No lo recuerdo —contesté—. ¿Cómo habría sabido cuál de los dos brazos era?

—Dijisteis que era el izquierdo —insistió—. A lo mejor os lo dijo alguno de vuestros espías.

—Era el brazo izquierdo —reconocí.

—En ese caso, sí que es un milagro —afirmó Osferth, sin dejar de mirar a los hombres que se agolpaban junto al carretón—, porque a ese esqueleto le falta el brazo derecho.

—¿Seguro?

—Sí, mi señor —al volver a mirarme, sorprendió una sonrisa en mis labios—. Le diré a Finan que se dé prisa, mi señor.

—Decidle que me gustaría que estuviera aquí mañana.

—Así será, mi señor, y que Dios vaya con vos.

—Confío en que él os lleve a Lundene cuanto antes —dije—. Necesitamos el ejército de vuestro hermano.

Vaciló un instante.

—¿Qué vais a hacer vos, mi señor?

—¿No se lo diréis a nadie? —le pregunté.

—Tenéis mi palabra, señor —dijo, y cuando Osferth hacía una promesa, sabía que la cumpliría.

—Pienso hacer aquello de lo que llevan acusándome desde hace semanas —le dije—. Me propongo raptar a la esposa y a los hijos de Cnut.

Asintió, como si eso fuera lo que estaba esperando oír; luego, frunció el ceño.

—¿Y velaréis por que mi hermana esté a salvo?

—Por encima de todo.

Porque así se lo había prometido a Etelfleda, un juramento que nunca había quebrantado.

Lo que daba a entender que me dirigía al oeste. Dispuesto a verme las caras con Cnut Longsword.

Capítulo VIII

Dos días después de que, de forma tan milagrosa, apareciesen los restos de san Oswaldo junto a una nasa para anguilas, sumidos en una espesa niebla, dejamos atrás Bearddan Igge.

Ciento treinta y tres hombres a caballo, cincuenta monturas que cargaban con las armaduras y las armas y, aunque no pensábamos desplegarlos durante la mayor parte del viaje, dos estandartes: la cabeza de lobo de Bebbanburg y el caballo blanco de Mercia. Por insistencia de Merewalh, un cura venía también con nosotros. Me explicó que sus hombres peleaban mejor si tenían cerca un cura que velase por sus almas; refunfuñando, le dije que no eran ovejas sino soldados, pero él insistió y, con tan buenas maneras, que, aun a regañadientes, consentí en que Wissian viniese con nosotros. Era un joven de Mercia alto y delgado, con un prematuro mechón de pelo blanco que le caía sobre la frente; siempre parecía nervioso.

—Nos disponemos a cabalgar por tierras danesas —le dije—, y no quiero que sepan que somos sajones, lo que significa que no podéis llevar ese atuendo —refiriéndome a su larga sotana negra—; deshaceos de ella.

—No puedo... —empezó a decir, antes de ponerse a tartamudear.

—Quitáosla —le ordené de nuevo—; pedid que os presten una cota de malla o un jubón de cuero.

—Yo... —comenzó de nuevo hasta que me di cuenta de que seguía sin poder hablar, pero me hizo caso y se puso unas vulgares prendas de criado, aunque cubierto con una larga capa negra que se anudó a la cintura con un cordel de bramante de forma que a la legua se veía que era un cura; al menos había disimulado su cruz de madera maciza.

Nos pusimos en camino para proteger a la cristiandad en Britania. ¿De verdad era tal el motivo que nos guiaba? De hacer caso al vibrante sermón del padre Ceolberth el día que esperábamos la llegada de Finan, así era. A modo de arenga, el cura había explicado a los hombres de Merewalh que ya en el libro sagrado de los cristianos se hablaba de que el rey del norte atacaría al rey del sur, y que esa profecía se estaba cumpliendo, es decir, que se trataba de una guerra en nombre de Dios. Quizá no le faltase razón, pero el caso es que, aun venido del norte, Cnut no era ningún rey. Muchas veces me he preguntado qué habría pasado si los daneses se hubieran salido con la suya y, en estos momentos, viviese en un país conocido como tierra de los daneses: ¿serían cristianos? Daba en pensar que no, pero lo cierto era que el cristianismo ganaba adeptos también entre los daneses. Aquella guerra tan larga no era por motivos religiosos. Alfredo afirmaba que sí, los curas la calificaban de «santa cruzada», y los hombres morían bajo el estandarte de la cruz pensando que, una vez que todos, sajones y daneses, fuéramos cristianos, se establecería una paz duradera.

Craso error. Los daneses de Anglia oriental eran cristianos, lo que no impedía que los sajones los atacasen. Lo único cierto era que daneses y sajones querían la misma tierra. Los curas aseguraban que el león yacería junto al cordero, pero nunca llegué a ver nada parecido. No solo porque ni siquiera supiera qué era un león. En cierta ocasión, le pregunté a Mehrasa, la esposa de piel oscura del padre Cuthberto, si había visto alguno, y me dijo que sí, que, de niña, los leones abandonaban el desierto y mataban el ganado de su aldea; que eran animales más grandes que un caballo, pero con seis patas, dos rabos bifurcados, tres cuernos de hierro fundido y unos colmillos como dagas de triple filo. Ehoric, que había sido el rey de Anglia oriental antes de que acabásemos con él, llevaba un león pintado en su estandarte, pero aquel animal solo tenía cuatro patas y un cuerno. Mucho me temía que Ehoric no hubiese visto un león en su vida, y más me inclino por hacer caso de Mehrasa.

Fuere como fuere, nos pusimos en marcha y, si no con la idea de proteger a la cristiandad, nuestro único propósito no era otro que el de defender a los sajones.

Aunque en su día no nos lo pareciera, quizá la primera fuera la parte más peligrosa de aquella expedición. Teníamos que cruzar el río a la altura de Lindcolne y, para ahorrar tiempo, aun envueltos en aquella espesa niebla, me decidí a cruzar el puente. Sabíamos que estaba allí porque eso era lo que nos había dicho un atemorizado pastor de ganado de Bearddan Igge, que empezó a tartamudear cuando fui a su encuentro. Horrorizado al ver la cota de malla, el yelmo y los estribos de plata de mis botas, cayó de rodillas ante mí.

—¿Habéis visto ese puente? —le pregunté.

—Una vez, mi señor.

—¿Queda cerca de la fortaleza?

—No, mi señor, no está cerca —frunció el ceño y se quedó pensándolo un momento—; la fortaleza está en lo alto de la colina —añadió, como si aquello lo aclarase todo.

—¿Hay guardias en el puente?

—¿Que si hay guardias? —me miró con cara de asombro al oír la pregunta.

—Cuando alguien se dispone a cruzar el puente —le pregunté, armándome de paciencia—, ¿hay guardias que le salgan al paso?

—No, mi señor —respondió, más tranquilo—; nadie lleva las vacas por el puente, no vaya a ser que los espíritus del agua se pongan celosos y los animales atrapen la hidropesía.

—¿Y algún vado?

Negó con la cabeza, como si tampoco estuviese seguro de qué debía responder. Aquel hombre vivía a un paso de Lindcolne, pero, como más tarde me enteré, solo en una ocasión había estado en la ciudad. Si los hombres de la guarnición de Lindcolne tuviesen dos dedos de frente, habría guardias en el puente, pero eché cuentas y estimé que los sobrepasaríamos en número y que, para cuando les llegasen refuerzos de lo alto de la colina, habríamos tenido tiempo de sobra para escapar en medio de aquella

niebla.

No nos costó mucho dar con Lindcolne, porque los romanos habían construido una calzada, incluso con sus piedras miliares, que indicaban la distancia en millas, pero la niebla era tan densa que ni siquiera llegaba a distinguir la fortaleza en lo alto de la colina, y solo caí en la cuenta de que habíamos llegado a la ciudad cuando advertí que pasaba bajo un arco que se caía a pedazos y que nadie custodiaba. Hacía mucho que las puertas habían y desaparecido, al igual que los lienzos de la muralla que lo sostenían.

Y me interné en un lugar espectral.

A no ser que los disimulemos con techos de paja y fachadas de adobe, nosotros, los sajones, siempre hemos sido reticentes a vivir en edificios construidos por los romanos. Cuando los daneses lanzaban un ataque, a las gentes de Lundene no les quedaba otra que buscar refugio en la ciudad antigua, la única que contaba con una muralla defensiva; aun así, preferían seguir viviendo en sus casas de madera y cañizo en la ciudad nueva, la que se alzaba por el oeste. En Lundene había vivido con Gisela en una espaciosa mansión romana a orillas del río; nunca llegué a ver un espectro, pero sí observaba que los cristianos que venían a nuestra casa se santiguaban y escudriñaban con inquietud los rincones más recónditos.

Nuestras monturas cabalgaban por una calle desierta, casas en ruinas a ambos lados. Los tejados se habían venido abajo, las columnas yacían por el suelo, la mampostería estaba agrietada y cubierta de moho. Habrían sido unas casas magníficas, pero los sajones que aún vivían en la ciudad preferían levantar sus chozas de adobe y cañizo. De vez en cuando, se veía alguna mansión habitada, pero solo porque sus moradores habían construido una cabaña al abrigo de una antigua construcción de piedra.

El puente también era de piedra. Los parapetos estaban resquebrajados, un enorme boquete se abría en la arcada central, pero nadie lo guardaba, de modo que cruzamos el río y nos internamos en las anchas tierras envueltas en niebla que se abrían al otro lado.

Ninguno de nosotros había transitado por aquellos parajes ni sabía por dónde teníamos que ir, así que me limité a seguir la calzada romana hasta que llegamos a otra que se bifurcaba hacia el norte y hacia el sur.

—Iremos hacia el oeste —le dije a Finan.

—¿Eso es todo?

—Hasta que lleguemos a algún sitio que conozcamos.

—O al fin del mundo —contestó alegremente.

La niebla empezó a levantarse a medida que el terreno ascendía suavemente hasta que llegamos a una altiplanicie ondulada salpicada de granjas prósperas y enormes mansiones medio ocultas tras tupidas arboledas y, aunque estaba seguro de que había gente que nos estaba observando, nadie se acercó a preguntarnos qué nos llevaba por aquellos pagos. Éramos hombres de armas, así que mejor mantenerse alejados. Como

siempre que me encontraba en territorio hostil, y aquellos parajes lo eran, envié ojeadores por delante. Estábamos en tierras de Cnut, o en territorio de Sigurd, y todas aquellas mansiones pertenecerían a daneses. Los ojeadores cabalgaron a ambos lados de la calzada, ocultándose al abrigo de bosques o setos en busca de alguien que supusiera un peligro, pero no nos encontramos con nadie. Tan solo en una ocasión, tras dos días de viaje, cinco hombres a caballo salieron a nuestro encuentro por el norte, pero, al verlos que éramos, se fueron en otra dirección.

Para entonces, avanzábamos por colinas más altas. Las aldeas eran más pequeñas y más diseminadas; los caseríos, menos prósperos. Envié a mis daneses en busca de cerveza y víveres por aquellos caseríos; a mis sajones les encargué comprar provisiones en las aldeas, pero, tan numerosos habían sido los contingentes de hombres armados que habían pasado por aquel lugar antes que nosotros, que casi no les quedaba de nada. Me acerqué a uno de los caseríos; un anciano salió a recibirme.

—Soy Orlyg Orlygson —dijo con orgullo.

—Wulf Ranulfson —contesté.

—No me suena vuestro nombre —dijo—, pero sois bienvenido —de resultas de una antigua herida, cojeaba de la pierna izquierda—. ¿Y adónde se dirige Wulf Ranulfson?

—Al encuentro del *jarl* Cnut.

—Tarde llegáis estabais convocados para la luna nueva. Y ya está en cuarto creciente.

—Daremos con él.

—Ojalá pudiera ir con vosotros —llevándose una mano a la pierna herida—, pero ¿de qué vale un hombre viejo? —Miró a mis acompañantes—. ¿Solo venís siete?

—Y tres tripulaciones en la calzada —señalando más o menos al norte.

—¡Tres! No tengo para dar de comer a tantos hombres. Pero le diré a mi intendente que os busque algo. ¡Pasad, pasad! —Tenía ganas de hablar. Los viajeros que pudieran contarle novedades siempre eran bienvenidos, así que tomé asiento en su salón, acaricié a sus podencos y me inventé chismes de Frisia. Le comenté que la cosecha sería mala.

—¡Lo mismo que aquí! —repuso Orgyl, abatido.

—Pero también soy portador de buenas noticias —continué—. Tengo entendido que Uhtred Uhtredson atacó Bebbanburg, y fracasó en el intento.

—No solo eso —aseveró Orlyg—. ¡Perdió la vida allí mismo! —Me lo quedé mirando, y esbozó una sonrisa al ver la cara de sorpresa que se me había quedado—. ¿No lo sabíais? —me preguntó.

—¿Uhtred Uhtredson, muerto? —no salía de mi asombro y la voz me delató—. Tenía entendido que no le había ido bien —continué—, pero que había salido con vida.

—Oh, no —dijo Orlyg, en confianza—, murió. El hombre que me lo contó presencié el combate —hundió los dedos en su barba blanca y rozó el martillo que

llevaba al cuello—. Fue lord Ælfric quien acabó con él. O quizá fuera su hijo. El hombre que me lo contó no estaba seguro del todo, pero uno de los dos tuvo que ser.

—Pensaba que lord Ælfric había muerto —dije.

—Entonces, habrá sido el hijo quien le asestó el golpe mortal —dijo Orlyg—, ¡pero es cierto! Uhtred Uhtredson ha muerto.

—Lo que facilitará mucho las cosas al *jarl* Cnut —comenté.

—Todos le tenían miedo —continuó Orlyg—, y no me extraña. ¡Todo un guerrero! —Se quedó pensativo un momento—. Llegué a verlo en cierta ocasión.

—¿Ah, sí?

—Todo un hombretón, muy alto. Con un escudo de hierro.

—Algo he oído —repuse. En mi vida había llevado un escudo de hierro.

—De aspecto temible, desde luego —añadió Orlyg—, pero todo un guerrero.

—Que ahora ha ido a parar a manos del Destripador de Cadáveres.

—Alguien debería reclamárselo y comprárselo a lord Ælfric —dejó caer el anciano.

—¿Para qué?

—Para hacerse una copa con su calavera, ¿para qué si no? Sería un precioso regalo para el *jarl* Cnut.

—Bastantes copas tendrá el *jarl* —repliqué—, cuando haya acabado con Etelredo y Eduardo.

—Desde luego que sí —dijo Orlyg, con entusiasmo, añadiendo con una sonrisa —: Para Yule, amigo mío, ¡estaremos bebiendo de la calavera de Eduardo, celebrándolo con un banquete en la mansión de Eduardo y gozando de la esposa de Eduardo!

—Tenía entendido que Uhtred se había llevado a la esposa del *jarl* Cnut —dije.

—Rumores, amigo mío, solo eso, rumores. No podéis dar crédito a todo lo que os cuentan. Es una de las cosas que he aprendido con el paso de los años. Los hombres se dejan caer por aquí, me cuentan lo que pasa, lo celebramos y, luego, ¡descubro que es mentira! —comentó riendo entre dientes.

—En ese caso, a lo peor Uhtred sigue con vida —dije con toda intención.

—No, no. Eso es cierto, amigo mío. Resultó herido durante el combate, pero seguía con vida, así que lo ataron a un poste y soltaron a los perros para que se cebasen con él. ¡Lo hicieron pedazos! —Meneó la cabeza—. Me alegra que haya muerto, pero no es forma de morir para un guerrero.

Reparé en unos criados que llevaban cerveza, pan y carne ahumada a mis hombres, que esperaban en el huerto.

—Si quiero dar con el *jarl* —le pregunté a Orgyl—, ¿debo seguir hacia el oeste?

—Cruzad las colinas —repuso—, y seguid la calzada. No encontraréis al *jarl* en ninguna de sus mansiones; a estas alturas, habrá puesto rumbo al sur.

—¿A Wessex?

—¡A donde le venga en gana! —contestó Orlyg—. Pero si seguís la calzada hacia

el oeste, llegaréis a Cesterfelda; allí podréis preguntar. —Frunció el ceño y añadió—: De ahí, podéis ir a Buchestanes, donde el *jarl* tiene una mansión, ¡preciosa, por cierto! Una de sus preferidas; allí habrá hombres que sepan deciros dónde podéis encontrarlo.

—Buchestanes —y repetí aquel nombre como si no lo hubiera oído en mi vida, pero el caso es que, de repente, se avivó mi curiosidad. Cnut me había dicho que su mujer y sus dos hijos habían desaparecido camino de Buchestanes, y que Orlyg me hablase de aquella localidad quizá no fuese sino una coincidencia, pero los hados son poco amigos de las casualidades. Noté cómo se me erizaban los pelos de la nuca.

—Una ciudad agradable —continuó Orlyg—; tiene aguas termales. Fui allí hace dos veranos, me metí en aquellas aguas y el dolor desapareció.

Le pagué con oro por su generosidad. Me había contado que, al frente de veintitrés hombres, su hijo había ido a unirse a las fuerzas de Cnut, así que le dije que confiaba en que volvieran victoriosos y me despedí de él.

—Estoy muerto —le dije a Finan.

—¿Ah, sí?

Le puse al tanto de lo que me había contado Orlyg, y se echó a reír. Aquella noche la pasamos en Cesterfelda, localidad de la que no había oído hablar en mi vida y que confiaba en no volver a pisar, y eso que era un lugar agradable: buenas tierras de labranza alrededor de una aldea que, a su vez, albergaba algunos preciosos edificios romanos, medio en ruinas tras el paso de los años. Un magnífico edificio con columnas, que imaginé que habría sido algún templo a los dioses romanos, era utilizado como cuadra. Al pie, la estatua derribada de un hombre de nariz aguileña y cabellos cortos ceñidos con una corona de hojas, envuelto en una sábana; al ver los tajos de espada que la surcaban, deduje que la empleaban como piedra de amolar.

—Una pena que no sea de mármol —dijo Finan, propinándole una patada.

—De haberlo sido, no estaría aquí —contesté. A veces, un granjero encuentra una estatua romana de mármol y piensa que la fortuna está de su parte porque, tras pasarla por un horno, se puede sacar cal, pero una estatua de piedra no tiene ningún valor. Me quedé mirando la nariz ganchuda de la estatua—. ¿Es su dios? —le pregunté a Finan.

—Los romanos eran cristianos —se adelantó mi hijo.

—Algunos lo eran —dijo Finan—, pero me inclino a pensar que los otros adoraban a las águilas.

—¡A las águilas!

—Eso parece —añadió, mientras contemplaba el hastial de aquella cuadra, con unas jóvenes medio desnudas esculpidas con primor que corrían por un bosque perseguidas por un hombre con patas de macho cabrío en lugar de piernas—. Aunque, bien mirado, a lo mejor, adoraban a los chivos.

—O a las tetas —dijo mi hijo, fijándose en las gráciles muchachas.

—Una religión así merecería la pena —apostillé.

Merewalh se acercó a nosotros y también se quedó mirando el hastial. Gracias al

sol bajo que perfilaba y alargaba las sombras, las tallas lucían en todo su esplendor.

—Cuando recuperemos estas tierras —dijo—, habrá que echar abajo todo esto.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque a los curas no les hará ninguna gracia —mientras no dejaba de mirar a aquellas jóvenes de piernas largas—. Nos ordenarán que lo destruyamos. Al fin y al cabo es pagano, ¿no?

—Creo que no me habría importado ser uno de esos romanos —dije, mirando a lo alto.

Se echaron a reír, pero yo sentía nostalgia. Las ruinas romanas siempre acaban por ponerme triste, porque no son sino la prueba palpable de que, inexorablemente, nos hundimos en las tinieblas. Hubo un tiempo en que la luz bañaba aquella magnificencia marmórea; hoy chapoteamos en el lodo. *Wyrd bið ful aræd*. El destino es inexorable.

Compramos mantequilla, tortas de avena, queso y judías, dormimos bajo las jóvenes desnudas en aquella cuadra desierta y, a la mañana siguiente, seguimos avanzando hacia el oeste. El viento soplaba con fuerza y comenzó a llover de nuevo; a eso del mediodía, estábamos metidos de lleno en un vendaval. Íbamos por un terreno empinado; el sendero por el que cabalgábamos se convirtió en un arroyo. Vimos relámpagos por el norte y oímos el bramido de un trueno en el cielo; alcé la cara, enfrentándome a la lluvia y al viento, y supe que allí estaba Thor. Me encomendé a él. Le recordé que le había sacrificado a mis mejores animales, que no había dejado de creer en él y que debería echarme una mano, pero sabía que Cnut, al igual que su amigo, Sigurd Thorrson, le estarían pidiendo lo mismo, y mucho me temía que los dioses antes atendieran las plegarias de los daneses, porque la mayoría de ese pueblo creía en ellos.

La lluvia fue a más, el viento devino aullido y algunos de los caballos se asustaron ante los trallazos del martillo de Thor, así que nos refugiamos como pudimos en un robledal bajo unas ramas sacudidas por el vendaval. De poco nos sirvió, porque las hojas no podían contener la lluvia, y las gotas nos caían encima sin cesar. Los hombres dieron una vuelta con los caballos mientras Finan y yo nos agazapamos junto a una mata de espino al extremo occidental del robledal.

—Nunca había visto un verano como este —dijo.

—El invierno será duro.

—Que Dios nos ayude —contestó, torciendo el gesto y santiguándose—. ¿Adónde vamos?

—Camino de Buchestanes.

—¿A ver a la hechicera? —negué con la cabeza, y ojalá no lo hubiera hecho porque, con aquel movimiento, el agua de la lluvia se me coló en el interior del jubón.

—A su nieta, en todo caso —repuse con una sonrisa—. Cnut asegura que la hechicera aún sigue con vida, aunque debe de ser más vieja que el propio tiempo —se llamaba *Ælfadell* y todo el mundo decía que era la más poderosa de las *aglæcwif*, el

mal en forma de mujer, en Britania. En su día, había ido a verla y bebido su pócima y soñado lo que ella había querido, y me había leído el futuro. Siete reyes morirían, me había dicho, siete reyes en una gran batalla.

—¿A su nieta? —se extrañó Finan—. ¿La sordomuda?

—Y la más hermosa criatura que haya visto en mi vida —dije, melancólico.

Finan esbozó una sonrisa.

—Si no vamos a ver a esa criatura —dijo, al cabo de un momento—, ¿a qué vamos allí?

—Porque nos queda de camino a Ceaster.

—¿Solo por eso?

Negué con la cabeza.

—Cnut dijo que su mujer y su hijo habían desaparecido camino de Buchestanes. Y ese anciano con el que estuve ayer me dijo que Cnut posee una mansión en ese lugar, una mansión espléndida, por lo visto.

—¿Y qué?

—Pues que, hace diez años, no la tenía. Una novedad.

—Si no recuerdo mal —dijo Finan—, Buchestanes carece de muralla —sabía a qué se refería. Le estaba dando a entender que la nueva mansión debía de ser importante para Cnut, y Finan me estaba haciendo ver que era una ciudad indefensa, o sea, que no era tan importante para él como yo pensaba.

—Hace diez años, carecía de muralla —contesté—, pero podrían haberla levantado más adelante.

—¿Y pensáis que su esposa se encuentra allí?

—No lo sé. Quizá.

Frunció el ceño; a continuación, una ráfaga de viento cargada de lluvia nos dio en la cara, y se echó hacia atrás.

—¿Quizá?

—Sabemos que Cnut se dirigió a Ceaster —dije—, y es probable que ella lo acompañase, aunque no se habrá hecho a la mar con ella. Sus hijos son muy pequeños todavía. Nadie se lleva a sus hijos pequeños a la guerra, así que o ella sigue en Ceaster, o Cnut la envió a algún lado, lejos de Mercia.

—O a cualquier otra parte.

—Estoy dando palos de ciego —admití.

—Pero siempre salís con bien.

—A veces, la suerte me sonrío —dije, y pensé en la meda de la fortuna. Thor andaba por el cielo y un viento cortante me daba en la cara. No parecían buenos augurios—. Solo a veces —repetí.

Esperamos hasta que dejó de llover, y nos pusimos en marcha de nuevo.

Dando palos de ciego.



Al día siguiente, llegamos a Buchestanes. Por miedo a que alguien pudiera reconocirme, no me atreví a entrar en la ciudad, y envié a Rolla, Eldgrim y Kettil, mis tres daneses, a la hondonada donde se alzaba aquella pequeña ciudad rodeada de protectoras colinas. Observé que Cnut había levantado una empalizada en derredor, aunque no podía decirse que fuera imponente, tan solo un muro de la altura de un hombre más o menos, más adecuada para que el ganado no vagase a su antojo por la ciudad que para disuadir al enemigo.

Seguía lloviendo. Las nubes estaban bajas, el suelo seguía empapado, llovía sin parar, pero el viento había amainado. Conduje a mis jinetes hasta el bosque que quedaba a un paso de la cueva donde la hechicera urdía sus conjuros, y me llevé conmigo a mi hijo, a Finan y a Merewalh hasta el gran peñasco de piedra caliza por donde caía el agua. Un tajo en la roca había abierto una hendidura recubierta de helechos y musgo: aquella hendidura era la entrada a la gruta. Al acordarme del miedo que había pasado aquel día lejano, vacilé un momento antes de entrar.

Las cuevas son las entradas al mundo subterráneo, un mundo de tinieblas donde acecha el Destripador de Cadáveres, un territorio que está en manos de la macabra diosa Hel. Allí se encuentran los parajes de los muertos, donde incluso la mayoría de los dioses se adentra con cautela, donde el silencio es un puro alarido, donde los recuerdos afligidos de todo ser vivo se repiten interminablemente, donde las tres Hilanderas tejen nuestros destinos y nos juegan sus malas pasadas. Tal es el mundo subterráneo.

Más allá de la baja y angosta entrada, reinaba la oscuridad hasta que, de repente, advertí que mis pasos resonaban con fuerza y supe que había llegado al amplio recinto. El agua goteaba. Esperé. Finan resbaló y se vino contra mí; oí cómo resoplaba mi hijo. Poco a poco, muy lentamente, los ojos se me fueron acostumbrando a la oscuridad y, con ayuda de la tenue luz gris que se colaba por la hendidura, distinguí la roca pulida donde la hechicera había llevado a cabo sus encantamientos.

—¿Hay alguien aquí? —grite; solo respondió el eco de mi voz.

—¿Qué pasaba aquí? —me preguntó mi hijo, con voz miedosa.

—Aquí era donde Ælfadell, la hechicera, desvelaba el futuro —respondí—, y quién sabe si no seguirá haciéndolo.

—¿Y vos vinisteis aquí? —se interesó Merewalh.

—Tan solo en una ocasión —dije, restándole importancia. Algo se agitó en el fondo de la cueva, como si alguien escarbase, y los tres cristianos se llevaron las manos a las cruces que llevaban, mientras yo acariciaba el martillo de Thor—. ¿Anda alguien por ahí? —pregunté de nuevo, sin obtener respuesta.

—Una rata —apuntó Finan.

—¿Y qué futuro os desveló, mi señor? —me preguntó Merewalh.

Dudé un instante antes de responder.

—Necedades —dije con aspereza. Siete reyes morirán, me había dicho, siete reyes y las mujeres que amáis. Y que el hijo de Alfredo no se sentará en el trono y que Wessex desaparecerá y los sajones acabarán con todo lo que él representa, y que los daneses se alzarán con la victoria, y que todo cambiará y que todo seguirá igual —. Necedades —volví a decir, y mentí cuando eso dije, aunque no lo sabía. Hoy sí que lo sé, porque todo lo que me dijo se ha hecho realidad, todo menos una cosa, y quién sabe si eso no habrá de llegar en el futuro.

El hijo de Alfredo era rey; entonces ¿qué no encajaba? En su momento, entendí su significado, pero, al verme allí de vuelta, de pie, en aquel suelo resbaladizo, cubierto de guano de murciélago, oyendo el rumor del agua que corría bajo tierra, no entendía el alcance de lo que se me había dicho. En vez de eso, solo pensaba en Erce.

Erce, la nieta de la *aglæcwif*. No sabía su verdadero nombre, solo que la llamaban Erce, como la diosa, y, en trance, había visto que aquella que yo pensaba que era la diosa me poseía. Se me había mostrado desnuda y hermosa, pálida como el marfil, flexible como una vara de sauce, una muchacha de cabellos oscuros que me había sonreído mientras me cabalgaba, acariciándome la cara con sus vaporosas manos y yo rozaba con los dedos sus pequeños pechos. ¿Había sido real o solo un sueño? Los hombres aseguraban que era real, pero que era sordomuda; no obstante, desde aquella noche, siempre he dudado de tales afirmaciones. Quizás hubiera una nieta que no pudiera oír ni hablar, pero no podía ser la preciosa criatura que yo recordaba haber visto en aquella cueva lienta. Había sido una diosa, que había descendido a nuestra tierra media para impregnar nuestras almas con sus hechizos, y lo que me había arrastrado a aquella gruta era el recuerdo que de ella conservaba. ¿Confiaba en verla de nuevo? ¿O solo quería recordar aquella extraña noche?

Uhtred, mi hijo, se acercó a la roca carente de brillo y pasó la mano por aquella superficie pulida como una mesa.

—Me gustaría saber qué me depara el futuro —dijo, pensativo.

—Hay una bruja en Wessex —le comentó Finan—; los hombres aseguran que acierta en todo lo que dice.

—¿Os referís a la mujer que vive en Ceodre? —pregunté.

—Eso es.

—Pero es pagana —comentó mi hijo, torciendo el gesto.

—No seáis necio —rezongué—. ¿Acaso pensáis que los dioses solo hablan a los cristianos?

—Pero una bruja... —empezó a decir.

—Ya sabes que hay personas a las que se les da mejor que a los demás conocer los tejemanajes en que andan metidos los dioses. Ælfadell era una de ellas. Hablaba con ellos aquí; ellos se servían de ella. Y sí, era, o es, pagana, pero eso no significa que no pueda ver más allá que el resto de nosotros.

—¿Qué veía, pues? —se interesó mi hijo—. ¿Qué os dijo en cuanto a vuestro futuro?

—Que engendraría necios que me preguntarían estupideces.

—¡Entonces sí que dio en el clavo en cuanto al futuro! —dijo Uhtred, echándose a reír. Finan y Merewalh rieron también.

—Dijo que habría una gran batalla y que siete reyes morirían —dije con la mirada perdida—. Tal y como os acabo de decir, solo necedades.

—No hay siete reyes en Britania —apuntó mi hijo.

—Claro que sí —dijo Merewalh—. Los escoceses tienen tres cuando menos, y solo Dios sabe cuántos galeses reclaman para sí el título de reyes. Eso, sin contar con los reyes de Irlanda.

—¿Una batalla en la que todos estén presentes? —añadió Finan, medio en broma—. Esa sí que no podemos perdérsola.



Rolla y sus compañeros regresaron a última hora de la tarde; traían pan y lentejas. La lluvia nos había dado un respiro, y nos encontraron en el bosque, donde habíamos prendido una hoguera y tratábamos de secar las ropas que llevábamos.

—La mujer no está ahí —me dijo Rolla, refiriéndose a la esposa de Cnut.

—¿Quién se ha quedado entonces?

—Treinta o cuarenta hombres —dijo, quitándole importancia—, demasiado viejos en su mayoría para ir a la guerra, y el intendente de Cnut. Le dije lo que me pedisteis.

—¿Os creyó?

—¡Se quedó impresionado! —sabía que a las personas que vivían al otro lado de la empalizada que rodeaba Buchestanes les picaría la curiosidad, incluso que sospecharían algo, porque, en lugar de entrar en la ciudad, nos habíamos quedado a sus puertas, así que le había pedido a Rolla que les dijese que había hecho un juramento de que no traspasaría los muros de ciudad alguna mientras no hubiera asaltado un fortín sajón—. Dije que erais Wulf Ranulfson, de Haithabu —continuó Rolla—, y aseguró que Cnut os recibiría con los brazos abiertos.

—Ya, pero ¿dónde?

—Dijo que fuerais a Ceaster, y que, si no había barcos, fuerais hacia el sur.

—¿Al sur? ¿Nada más?

—Sí, eso fue todo.

Con el sur lo mismo podía referirse a Mercia que a Wessex, pero el instinto, esa voz de los dioses que tan a menudo dejamos de lado, me decía que era Mercia. Diez años antes, Cnut y Sigurd habían atacado Wessex y se habían ido con las manos vacías. Habían desembarcado sus fuerzas a orillas del río Uisc y habían avanzado dos millas hasta Exanceaster, donde se habían dado por vencidos ante las murallas de

aquel fortín; Wessex estaba sembrado de fortines como aquel, ciudadelas que Alfredo había construido como refugio para los lugareños, mientras, impotentes, los daneses iban y venían sin saber qué hacer. En Mercia también había fortines, pero no tantos, y el ejército de Mercia, que debería haber estado preparado para repeler a los daneses caso de que asediasen una de aquellas ciudades, estaba muy lejos, en Anglia oriental.

—Así las cosas, seguiremos sus indicaciones —dije—. Iremos a Ceaster.

—¿Y por qué no directamente al sur? —apuntó Merewalh.

Sabía qué era lo que le preocupaba. Si fuéramos al sur, llegaríamos a Mercia mucho antes que si nos dirigíamos a la costa occidental de Britania y, una vez en Ceaster, nos encontraríamos en los límites de Mercia, un territorio dominado por los daneses. Merewalh quería volver a su patria chica cuanto antes, saber lo que había pasado y quién sabe si guiar a sus hombres para unirse a las fuerzas de Etelredo. Si llegaba a estar al tanto de que había venido conmigo, Etelredo se sentiría profundamente enojado, y aquella idea no se le iba de la cabeza.

—Si os decidierais a ir al sur en este momento, no sacaríais nada en limpio —le dije.

—Ahorrar tiempo.

—No quiero ahorrar tiempo. Necesito tiempo. Necesito tiempo para que Eduardo de Wessex y Etelredo unan sus fuerzas.

—En ese caso, dirigíos a Anglia oriental —replicó Merewalh, aunque no muy convencido.

—Cnut quiere a Etelredo en Anglia oriental —repuse—, ¿por qué habríamos de ceder a los deseos de Cnut? Quiere que Etelredo cargue contra él, y lo estará esperando, en lo alto de una colina o a orillas de un río, y a Etelredo no le quedará otra que pelear colina arriba o en aguas profundas y, al final de la jornada, Etelredo estará muerto y Cnut hirviendo su calavera para hacerse una copa. ¿Es eso lo que queréis?

—Mi señor... —se revolvió Merewalh.

—Tenemos que obligar a Cnut a hacer lo que nosotros digamos —añadí—, así que nos vamos a Ceaster.

Y allá que nos fuimos. Por sorprendente que parezca, en los campos no había casi nadie. Algunos labradores que recogían la cosecha y pastores de ganado en los pastos, pastores de ovejas y leñadores, pero ni rastro de guerreros. No vimos a nadie cazando con halcones, ni haciendo prácticas para participar en un muro de escudos ni preparando caballos, porque los guerreros se habían ido todos al sur, y de los caseríos solo se ocupaban hombres lisiados y de edad avanzada. Durante el trayecto, hasta en un centenar de ocasiones tendría que habernos salido alguien al paso, pero como seguíamos el mismo camino por el que antes habían visto pasar a innumerables partidas de hombres armados, los lugareños debieron de pensar que no éramos sino otro grupo que iba en pos de la generosidad de Cnut.

Al dejar atrás las colinas, seguimos la calzada romana. A ambos lados del camino,

campos hollados por marcas de cascos que iban en dirección oeste. Las piedras miliares nos indicaban las millas que faltaban para llegar a Deva, que así se llamaba Ceaster en tiempo de los romanos. Como Finan y Merewalh, y al igual que la mayoría de los hombres que venían con nosotros, también yo conocía aquellos parajes; todos habíamos pasado una temporada al sur de la ciudad, recorriendo los bosques y campos de la orilla sur del río Dee, observando a los daneses que montaban guardia en las murallas de Ceaster. Aquellas murallas y el río eran las defensas de la ciudad y, si hubiéramos buscado atacar desde el sur, tendríamos que haber cruzado el puente romano que llevaba a la puerta sur de la ciudad, pero llegábamos desde el este, y la calzada nos condujo a la orilla norte del río. Cabalgábamos entre brezales, donde solo se veían contados árboles reclinados bajo el viento del oeste. Pude oler el mar. Había dejado de llover y un tropel de nubes se desplazaba con rapidez por el cielo, proyectando sombras volanderas sobre el territorio que, más abajo, se abría ante nosotros. Los tenues destellos de los recodos del río completaban el paisaje; más allá de los brezales, marismas; a lo lejos, poco más que un difuso centelleo en el horizonte, el mar.

Con Finan, Merewalh y mi hijo, iba en cabeza. Nos desviamos a la izquierda hasta llegar a lo alto de un montículo donde había un puñado de árboles; desde allí, podíamos ver Ceaster. Salía humo de los techos de cañizo que había tras las murallas. Vimos unas pocas cubiertas de tejas, y algunos edificios que parecían más altos que los demás; bajo aquella luz cambiante, las piedras de las imponentes murallas emitían un pálido resplandor dorado. Las defensas de la ciudad eran formidables. Por delante, un foso inundado por el río; tras el foso, una franja de tierra que llegaba al pie de las murallas de piedra. Algunas de las piedras se habían venido abajo, pero unas empalizadas de madera cegaban los boquetes. Torreones de piedra jalonaban los largos lienzos de las murallas; unas torres de madera se alzaban por encima de las cuatro puertas, todas situadas en el centro de cada lienzo; habíamos vigilado la fortaleza de Ceaster durante el tiempo suficiente para saber que dos de aquellas puertas no se utilizaban nunca. En su día, las puertas norte y sur solían ser las más transitadas, pero ninguno de nosotros había visto que hombres o caballerías utilizaran las entradas que miraban al este y al oeste, y me malicié que las habrían atrancado. Fuera del recinto amurallado, había un circo de piedra donde los romanos presenciaban combates y carnicerías; para entonces, el ganado pacía a los pies de aquellas arcadas en ruinas. Río abajo, al otro lado del puente, cuatro barcos, solo cuatro, allí donde habrían recalado doscientas o trescientas naves antes de que Cnut zarpase. A golpe de remo, aquellos barcos habrían tenido que sortear los meandros del río hasta más allá de los arenales poblados de aves marinas en el estuario del río Dee para salir a mar abierto; una vez allí, ¿hacia dónde pondrían el rumbo?

—Esto sí que es una ciudadela —exclamó Finan, admirado—. Una plaza bien jodida de tomar.

—Etelredo pudo haberlo conseguido hace diez años —dije.

—Ese no sería capaz de atrapar ni una pulga que le estuviera picando el cipote — dijo Finan, con desprecio.

Al oír aquel insulto dirigido contra su señor, a modo de discreta protesta, Merewalh se aclaró la garganta.

Un estandarte ondeaba en lo alto del torreón que defendía la puerta de la muralla sur. Estábamos demasiado lejos para distinguir qué llevaba bordado o pintarrajeado aquella tela, pero me lo imaginé de todos modos. Luciría el emblema del hacha y la cruz astillada de Cnut, porque aquel estandarte ondeaba en lo alto de la muralla sur, frente a territorio sajón, la dirección por donde la guarnición podía esperar que se desencadenase un ataque.

—¿Cuántos hombres alcanzáis a ver? —le pregunté a Finan, sabiendo que su vista era mucho mejor que la mía.

—No demasiados —dijo.

—Cnut me dijo que la guarnición la formaban ciento cincuenta hombres — recordando la conversación que habíamos mantenido en Tameworþig—, aunque también podría estar mintiendo, claro.

—De ordinario, bastaría con ciento cincuenta hombres —estimó Finan.

Con todo, ciento cincuenta hombres no habrían sido suficientes para contener un ataque bien pensado contra dos o más de las cuatro murallas, aunque habrían sido más que suficientes para frustrar cualquier asalto contra la puerta sur, una vez cruzado el largo puente. Si, en tiempos de guerra, la ciudadela se viera amenazada, podían enviarse tropas de refuerzo. El rey Alfredo, siempre tan preciso en sus estimaciones, exigía que cuatro hombres permaneciesen apostados en cada uno de los vértices de los lienzos de un fortín. El espacio de cada esquinazo era de seis pasos más o menos; traté de recordar la longitud de las murallas de Ceaster y, según mis cálculos, harían falta hasta un millar de hombres para defender la ciudadela contra un ataque en toda regla; pero ¿qué probabilidad había de que se produjera un ataque de tales características? A Etelredo le había faltado valor y, en aquel momento, estaba muy lejos; por su parte, Cnut habría querido disponer de todos los hombres con que pudiera contar en las batallas que sabía que habría de librar. Así que di por bueno que Ceaster no estaría muy bien defendida.

—Vamos a entrar en la ciudad —dije.

—¿Y cómo lo haremos? —se sorprendió Merewalh.

—No se esperan un ataque —continué—, y dudo mucho que cuenten con ciento cincuenta hombres. Habrá ochenta, como mucho.

Si intentásemos asaltar la muralla, ochenta hombres bastarían para impedirnoslo, aunque sin escalas, un asalto así era inimaginable. Pero ¿tratarían de salirnos al paso si nos veían llegar tranquilamente a caballo por la calzada? ¿Y si nos hacíamos pasar por una de las partidas de hombres armados que habían respondido al llamado de Cnut?

—¿Por qué ochenta? —preguntó mi hijo.

—No tengo ni idea —contesté—. Lo he dicho al buen tuntún. Bien podría haber quinientos hombres tras esos muros.

—¿Y vamos a entrar así, sin más? —insistió Finan.

—¿Se os ocurre una idea mejor?

Meneó la cabeza y esbozó una sonrisa feroz.

—Como en Bebbanburg —dijo—, por las buenas.

—Y rezad para que las cosas acaben mejor —añadí, muy serio.

Y eso hicimos.

Allá fuimos.



La calzada que llevaba a la puerta norte de la fortaleza estaba pavimentada con grandes losas, si bien, para entonces, la mayoría estaban agrietadas y medio hundidas en la tierra. Aunque tras el paso de centenares de caballerías aquello parecía un estercolero, la hierba crecía con fuerza a ambos lados del camino. A ambos lados también, prósperas granjas donde, hoz en mano, unos esclavos segaban altos tallos de centeno y espigas de cebada azotadas por la lluvia. Aunque todos estaban reforzados con cañizo y adobe, y casi todos recubiertos además con techumbres de paja, los caseríos eran de piedra. Como la ciudadela, eran casas de la época de los romanos.

—Me gustaría ir a Roma —comenté.

—El rey Alfredo lo hizo —dijo Merewalh.

—Dos veces, según me contó —repuse—, y no vio sino ruinas. Magníficas, eso sí.

—Cuentan que la ciudad estaba hecha de oro —añadió Merewalh, pensativo.

—Una ciudad de oro, a orillas de un río de plata —continué—; una vez que hayamos derrotado a Cnut, podíamos darnos una vuelta por allí y arramblar con todo.

Cabalgábamos despacio, como hombres agotados a lomos de caballos exhaustos. No llevábamos cota de malla ni empuñábamos escudos. Al final de la columna, los caballos de carga portaban las largas hachas de guerra y los macizos escudos redondeados. Había ordenado a mis daneses que marchasen al frente.

—Cuando lleguemos a la puerta, mantened esa boca sajona bien cerrada —le advertí a Merewalh.

—Un río de plata —se preguntó—. ¿Será verdad?

—Lo más probable es que sea un río como los nuestros —contesté—, lleno de orines, heces y lodo.

Un mendigo con la mitad de la cara cubierta de llagas se agazapaba junto al foso. Cuando pasamos, emitió un gáñido al tiempo que nos tendía una mano contrahecha. Wissian, el cura que venía con nosotros, se santiguó para conjurar cualquier espíritu maligno que pudiera haberse aposentado en aquel pobre hombre, y le eché una

reprimenda.

—¿Acaso no os dais cuenta, necio, de que los daneses pueden veros? Ahorraos esos esparavanes para cuando los hayamos perdido de vista.

Mi hijo dejó caer un trozo de pan junto al mendigo que, a cuatro patas, se puso a mordisquearlo.

Dejamos atrás el gran recodo que formaba el río al este de la ciudadela donde, de improviso y recta como el asta de una lanza, la calzada se desviaba en dirección sur, hasta llegar a los pies de la ciudad. En aquella curva, se alzaba una hornacina del tiempo de los romanos, un nicho de piedra que en tiempos, pensaba, habría albergado la estatua de algún dios, y que, para entonces, daba cobijo a un anciano al que le faltaba una pierna y que trenzaba cestas con varas de sauce.

—¿Se ha ido ya el *jarl* Cnut? —le pregunté.

—Ido y más que ido —respondió—. La mitad del mundo ha desaparecido.

—¿Quién se ha ido? —le insistí.

—Nadie que pueda importar, ¡nadie que no sea capaz de remar, cabalgar, volar o reptar! —graznó—. La mitad del mundo se fue y la mitad del mundo se ha ido. ¡Solo queda el elfo!

—¿El elfo?

—El elfo sigue aquí —añadió muy serio—, pero todo lo demás se ha ido. —Estaba loco, creo, pero sus envejecidas manos trenzaban el sauce con habilidad. Arrojó una cesta que acababa de terminar a un montón, y se hizo con más varas—. Todo lo demás ha desaparecido —repitió—, y solo se ha quedado el elfo.

Espoleé mi montura y seguí adelante. Un par de estacas se alzaban a ambos lados de la calzada; un esqueleto atado con un cordel de cáñamo pendía de cada una. Eran una advertencia, claro, un aviso de la suerte que habrían de correr los ladrones. La mayoría de la gente se daría por satisfecha con un par de calaveras, pero aquello era muy propio de Haesten: él siempre tenía que dar la nota. La visión de aquellos huesos me trajo a la memoria los restos de san Oswald; luego, se me fue el santo al cielo porque el camino que seguíamos nos condujo directamente a la puerta norte de Ceaster y, sin quitarle los ojos de encima, vi cómo procedían a cerrarla.

—Bonita forma de recibirnos —dijo Finan.

—Si vieseis a unos jinetes que se acercan, ¿qué haríais vos?

—Me imaginaba que esos cabrones la dejarían abierta de par en par para facilitarnos las cosas —respondió.

Era una puerta formidable. Un par de torreones de piedra custodiaban la arcada donde estaba encajada, aunque uno de ellos se había derrumbado en parte y había ido a parar al foso, que salvaba un puente de madera. También en madera habían reconstruido la parte que se había venido abajo. En lo alto del arco, un adarve, donde un hombre no nos perdía de vista mientras nos acercábamos; cuando estuvimos más cerca, aparecieron otros tres hombres.

Era un portón de doble hoja, cada una tan alta como dos hombres y de aspecto tan

sólido como una roca. Por encima, un espacio abierto, porque las hojas no llegaban hasta el adarve, protegido a su vez por una empalizada y una recia techumbre. Con las manos en forma de bocina, uno de los hombres gritó desde la penumbra:

—¿Quiénes sois?

Hice como que no le había oído y, despacio, seguimos adelante.

—¿Quiénes sois? —nos gritó de nuevo.

—¡Rolla de Haithabu! —contestó Rolla. Con la cabeza gacha, yo marchaba tras los hombres que iban al frente; podía ser que alguno de aquellos hombres hubiera estado presente en Tameworþig y me reconociera.

—¡Llegáis tarde! —gritó el hombre. Rolla no respondió—. ¿Habéis venido para uniros a las tropas del *jarl* Cnut? —preguntó.

—Venimos de Haithabu —gritó Rolla, a su vez.

—¡No podéis entrar! —contestó el hombre. Estábamos muy cerca, y no tenía necesidad de gritar tanto.

—¿Y qué queréis que hagamos? —preguntó Rolla—. ¿Que nos quedemos aquí y nos muramos de hambre? ¡Necesitamos provisiones!

Habíamos detenido los caballos a un paso del puente, tan ancho como la calzada y de unos diez pasos de largo.

—Rodead las murallas —nos indicó el hombre— hasta que lleguéis a la puerta sur. Una vez allí, cruzad el puente y podréis comprar víveres en el pueblo.

—¿Dónde anda el *jarl* Cnut? —Rolla volvió a la carga.

—Tendréis que cabalgar hacia el sur —contestó el hombre—. Pero, antes, cruzad el río. Leiknir os dirá lo que tenéis que hacer.

—¿Quién es Leiknir?

—La persona que está al mando.

—Pero ¿por qué no podemos entrar? —insistió Rolla.

—Porque lo digo yo. Porque nadie puede entrar. Órdenes del *jarl*.

Rolla se quedó cortado un momento, sin saber qué hacer, y se volvió para mirarme en busca de ayuda; en ese instante, mi hijo espoleó su montura, me dejó atrás y se adentró en el puente. Se quedó mirando a los cuatro hombres.

—¿Sigue Brunna por aquí? —les preguntó. Les hablaba en danés, lengua que había aprendido de su madre y de mí.

—¿Brunna? —el hombre se quedó desconcertado, cosa que no me extrañó, porque así se llamaba la esposa de Haesten, aunque dudaba que mi hijo estuviera al tanto de ese detalle.

—¡Brunna! —insistió mi hijo, como si a todo el mundo debiera de sonarle aquel nombre—. ¡Brunna! —repitió—. ¡Tenéis que conocer a Brunna la Conejito! Una putita muy cariñosa, unas tetas juguetonas y un culo de ensueño. —Al tiempo, hacía un gesto de bombeo con el puño.

El hombre se echó a reír.

—Esa no es la Brunna que yo conozco.

—No os vendría mal —apuntó mi hijo, con entusiasmo—. Claro que solo cuando yo haya acabado con ella.

—Os la enviaré al otro lado del río —contestó el hombre, divertido.

—¡Quieto! —gritó Uhtred, pero no con entusiasmo, sino porque el caballo hizo un quiebro a un lado. Parecía algo fortuito, pero había visto cómo le clavaba la espuela y el caballo reaccionaba dando un brinco de dolor; gracias a aquella trastada, Uhtred se situó justo debajo del adarve de forma que, desde arriba, los cuatro hombres no alcanzaban a verlo. En ese instante, y para mayor sorpresa por mi parte, sacó los pies de los estribos y se encaramó sobre la silla. Lo hizo con delicadeza; una cabriola arriesgada, con todo, porque aquel caballo no era el suyo, sino de uno de los hombres de Merewalh, y Uhtred no podía saber cómo iba a reaccionar el animal ante tan sorprendente pirueta. Contuve la respiración, pero el caballo se limitó a alzar la cabeza y quedarse quieto, permitiendo que mi hijo alcanzase con las dos manos el dintel del portón. Tomó impulso, apoyó las piernas en las hojas y saltó por encima.

—¿Qué...? —el hombre del torreón de la puerta se asomó, tratando de ver qué estaba pasando.

—¿Nos enviaréis a todas las putas de la ciudad a la otra orilla del río? —grité para distraerlo.

Uhtred había desaparecido. Estaba dentro de la ciudad. Esperaba escuchar un grito o un entrecocar de espadas; en vez de eso, lo único que llegué a oír fue el chirrido de la tranca al retirarla de los soportes, un ruido sordo cuando cayó al suelo, y que alguien abría una de las hojas. Un rechinar de los pesados goznes de hierro.

—¿Qué pasa ahí? —gritó el hombre desde arriba.

—¡Adelante! —grité—. ¡Adelante!

Espoleé mi montura, llevándome el caballo descabalgado de Uhtred por delante. Teníamos pensado lo que íbamos a hacer caso de que pudiéramos entrar en la ciudad, pero, en aquel momento, había que modificar nuestros planes. Los romanos seguían un modelo a la hora de erigir sus ciudadelas: cuatro puertas, una en cada uno de los lienzos de las murallas, y dos calles, que discurrían entre cada par de puertas, que se cruzaban en el centro del recinto. Yo había pensado llegar al centro cuanto antes para, una vez allí, formar un muro de escudos, desafiar a las tropas a que se acercasen y acabar con todos los soldados. A continuación, habría enviado a Veinte de los míos a la puerta sur y me habría asegurado de que estaba cerrada y atrancada, pero mucho me temía que, en aquel instante, la mayor parte de la guarnición que defendía la fortaleza estaba concentrada en la puerta sur, así que allí sería donde habríamos de formar nuestro muro de escudos.

—¡Merewalh!

—¿Señor?

—Que una veintena de hombres custodie esta puerta. ¡Cerradla, echad la tranca y defendedla! ¡Finan! ¡A la puerta sur!

Mi hijo echó a correr en pos de su caballo, se aferró al pomo y saltó encima de la

silla. Desenvainó la espada.

Yo hice lo propio.

Los cascos de nuestras monturas retumbaron con fuerza sobre el pavimento. Unos perros ladraban; una mujer gritaba.

Porque los sajones habían llegado a Ceaster.

Capítulo IX

Una calle se abría ante mí. Una calle larga y recta; a mi espalda un puñado de jinetes se arremolinaba junto a las puertas. El griterío comenzó a medida que se adentraban en la ciudad.

De repente, Ceaster se me antojó un recinto inmenso. Recuerdo haber pensado que estaba cometiendo una locura, que necesitaba el triple de hombres de los que disponía para tomar la ciudadela, pero ya no había marcha atrás.

—¡Estáis loco! —le grité a mi hijo. Se volvió en la silla y esbozó una sonrisa—. ¡Me ha gustado! —añadí a voz en grito.

Aquella calle tan larga discurría entre edificios de piedra. Unos patos trataban de escapar de los jinetes que iban en cabeza, todos menos uno que, con un graznido y en medio de un revoloteo de plumas blancas, cayó pisoteado bajo un pesado casco. Al ver a dos hombres armados que venían por una calleja, apreté los talones y espoleé a mi corcel. Asombrados, se quedaron donde estaban; uno de los dos tuvo la sensatez de volver a internarse en las sombras, en tanto que Rolla descabalgaba al otro de un solo y fulminante tajo; de repente, unas gotas rojas salpicaron la piedra clara de la casa más cercana. Sangre y plumas. Una mujer gritaba. Un centenar de los nuestros se dirigía calle abajo. Pavimentada en tiempos, algunas de las losas de piedra habían desaparecido y los cascos se hundían en el lodo antes de volver a retumbar sobre las piedras. Había confiado en ver la puerta sur al extremo de aquella calle, pero un imponente edificio rodeado de columnas me lo impedía; al acercarme, reparé en cuatro lanceros que corrían al abrigo de las pilastras. Uno de ellos se volvió dispuesto a plantarnos cara. Eldgrim y Kettil, que cabalgaban juntos, salvaron con sus monturas los dos escalones de piedra que llevaban bajo los soportales que rodeaban el imponente edificio. Giré bruscamente a la izquierda, oí el gemido de un hombre que caía abatido, y tiré de las riendas de mi caballo para obligarlo a torcer a la derecha. Había más hombres, media docena quizá, ante la enorme puerta que conducía al interior de aquel edificio rodeado de columnas.

—¡Rolla! Doce hombres aquí. ¡Procurad que esos cabrones no se muevan de donde están!

Volví a torcer a la derecha, luego a la izquierda, cruzamos una plaza amplia y nos internamos en otra calle larga que, recta como el asta de una lanza, discurría hasta la puerta sur. Cinco hombres corrían delante de nosotros; no se les ocurrió nada mejor que adentrarse en una Calleja. Perseguí a uno de ellos, vi cómo el susto que se le reflejaba en la cara daba paso a una expresión de pánico, lo alcancé en la nuca con *Hálito de serpiente* y volví a apretar los talones, al tiempo que mi hijo se deshacía de otro hombre. A un lado de aquella calle, tres vacas. Una mujer de cara coloradota estaba ordenando una; indignada, levantó la vista, pero continuó apretando las ubres

cuando la dejamos atrás. Llegué a ver lanzas y espadas en lo alto de la muralla donde se encajaba la puerta sur. Al viento, el estandarte del hacha y la cruz astillada, la divisa de Cnut. La arcada de la puerta descansaba sobre dos torreones de piedra, pero el trozo de muralla que hacía las veces de dintel era de madera. Conté no menos de veinte hombres en el adarve, más los que iban llegando. No veía la forma de subir a lo alto de la muralla, y supuse que habría una escalera en el interior de uno de los dos torreones. Las enormes hojas de la puerta estaban cerradas y la tranca colocada en su sitio. Al galope, seguí adelante; ya estaba a un paso de la puerta, cuando vi una flecha que, tras partir de lo alto del adarve, resbalaba en el pavimento. Un segundo arquero ya apuntaba, retuve las riendas de mi montura y saqué los pies de los estribos.

—¡Cenwalh! —llamé con un grito a uno de mis sajones más jóvenes—. ¡Haceos cargo de los caballos!

Desmonté. Del adarve, lanzaron una piedra que fue a estrellarse contra una de las losas del pavimento. Reparé en una puerta pequeña en el torreón que quedaba a mi derecha y eché a correr, librándome por los pelos de un segundo pedrusco. Un caballo relinchó al notar cómo se le clavaba una flecha. Había una escalera de caracol de piedra que ascendía en medio de la penumbra; solo quedaban en pie unos cuantos escalones: gran parte del interior del torreón se había venido abajo. En su lugar, habían colocado unos macizos tablones de roble, y los peldaños de una sólida escala de madera llevaban a lo alto. Subí los pocos escalones que quedaban del tiempo de los romanos y alcé la cabeza, justo a tiempo de dar un salto atrás mientras una pesada piedra se estrellaba más abajo. En su caída, tras pasar casi rozándome, la piedra golpeó el último peldaño y rebotó, sin llegar a romperlo. Tras ella, una flecha, una simple flecha de caza, pero, como no llevaba cota de malla, bien podría haberme traspasado el pecho.

Volví a la portezuela que daba acceso al torreón.

—¡Finan! ¡Necesitamos escudos!

—¡En un momento! —respondió a voces también. Como no dejaban de lloverles flechas desde lo alto de la muralla, y tras descabargar, se había puesto al frente de los míos y los había conducido a un callejón. A pesar de que eran nuestra mejor defensa contra las flechas que llovían sin parar sobre los caballos de carga, no llevábamos escudos porque no había querido que los guardias de la puerta norte recelasen de nosotros.

—¿Dónde están los caballos de carga? —insistí a voces.

—¡A punto de llegar! —repuso Finan, en el mismo tono.

Tras dudar un momento, dejé atrás el torreón a todo correr, haciendo quiebros a izquierda y derecha mientras me aventuraba en aquel espacio al descubierto. Desde la batalla de Ethandum, me había quedado una leve cojera y ya no era capaz de correr tan deprisa como un joven. A mi derecha, una flecha se estrelló contra la calzada; torcí bruscamente hacia ese lado, y otra flecha cayó por detrás de mi hombro izquierdo; de repente, estaba a salvo en el callejón.

—¡Valientes cabrones esos dos arqueros! —dijo Finan.

—¿Qué pasa con los escudos?

—Ya os dije que será cosa de un momento. Una flecha ha ido a clavársele en una pierna a Einar.

El tal Einar era un danés, un buen hombre. Allí estaba, sentado en mitad de la calzada, con una flecha clavada en un muslo. Sacó un cuchillo, dispuesto a extraer la punta.

—Esperad y que lo haga el padre Wissian —le dije. Merewalh me había comentado que al cura se le daban bien aquellas cosas.

—¿Qué va a hacer él que no pueda hacer yo? —me preguntó mientras, apretando los dientes, hundía el cuchillo en la pierna.

—¡Jesús! —dijo Finan.

Eché un vistazo más allá del callejón y, al ver una flecha que venía en mi busca, de inmediato desistí del intento. Si hubiera ido provisto de cota de malla y de escudo, me habría sentido capaz de cualquier cosa, pero, sin ellos, hasta una flecha de caza puede acabar con la vida de un hombre.

—Necesito leña —le dije a Finan—, un montón de leña. Y palos también.

Fui en busca de Merewalh y lo encontré junto a los caballos de carga. Las calles de la ciudadela estaban trazadas en forma de rejilla, y los hombres que conducían los caballos habían tenido la sensatez de llevarlos por una calle paralela, de forma que no pudiesen verlos los dos arqueros que estaban en lo alto del adarve.

—Acabamos con los hombres que guardaban la puerta norte —me dijo Merewalh. Llevaba puesta su cota de malla y hablaba en voz baja—. He dejado doce hombres para defenderla.

—Quiero que forméis otros dos grupos —le dije—; que vean la forma de llegar a lo alto de las murallas que flanquean esa puerta. —Señalé los lienzos de muralla que daban al este y al oeste—. Dos grupos de doce hombres —añadí. A regañadientes, aceptó la orden—. Decidles que se den una vuelta por las otras dos puertas —le ordené—. Creo que están atrancadas, pero ¡que se aseguren de que así es!

No estaba seguro de cuántos hombres había en el adarve que defendía la puerta sur, pero eran no menos de veinte; enviando a los hombres de Merewalh por las murallas, debería verme en condiciones de atraparlos.

—Avisadles de que disponen de arqueros —le insistí a Merewalh, antes de deshacerme del tahalí y de recogerme la capa. Me pasé la cota de malla por la cabeza. El revestimiento de cuero olía a pedo de turón. Me calé el yelmo y volví a ceñirme el tahalí a la cintura. Otros hombres también iban en busca de sus cotas. Finan me alargó mi escudo.

—¡Recoged esa leña que os he dicho! —le insistí.

—Están en ello —dijo, armándose de paciencia.

Tras irrumpir en una casa, unos cuantos hombres estaban destrozando unos bancos y una mesa. En el patio trasero, una pocilga; echamos abajo la techumbre y

arrancamos las vigas. En un círculo de piedras dispuesto en el mismo patio, se consumía una hoguera de la que solo quedaban unos rescoldos humeantes. A un lado del fuego, un viejo caldero de hierro de buen tamaño; en un pequeño anaquel apoyado contra el muro, una docena de vasijas de barro. Eché mano de una de ellas, me deshice de las alubias secas que contenía y fui en busca de una pala. En vez de eso, encontré un cacillo, y rellené la vasija con rescoldos que aún estaban prendidos; luego, coloqué la vasija en el fondo del caldero.

Todo eso llevaba su tiempo. Seguía sin saber cuántos enemigos había tras los muros de la ciudadela y, sin embargo, estaba dividiendo mis propias fuerzas en grupos cada vez más reducidos, lo que implicaba que cada uno de esos grupos podía verse en dificultades en cualquier momento. Habíamos caído sobre la guarnición por sorpresa, pero estarían reaccionando con rapidez y, si nos superaban en número, podrían aplastarnos como a chinches. Necesitábamos dejarlos fuera de combate cuanto antes. Sabía que los hombres que custodiaban la puerta norte estaban muertos, y supuse que Rolla habría ordenado a los daneses que ocupasen el imponente edificio de los soportales, pero podría haber otros trescientos o cuatrocientos hombres del norte dispuestos a todo en aquellas partes de la ciudad que aún no habíamos visto. Los adversarios con los que nos enfrentábamos en la puerta sur parecían muy seguros de sí mismos, lo que me hizo pensar que quizás estuvieran a la espera de recibir refuerzos. Nos cubrían de insultos, invitándonos a abandonar el callejón y perder la vida.

—¡O podéis quedaros donde estáis! —gritó un hombre—. ¡Moriréis de todas formas! ¡Bienvenidos a Ceaster!

Tenía que hacerme con aquellas murallas. Me temía que hubiera más hombres en el exterior de la ciudadela y, por fuerza, teníamos que impedir que entraran. No los perdía de vista, mientras algunos de los míos venían por el callejón con brazadas de paja y de maderos troceados.

—Cuatro hombres conmigo —les dije. Más de cuatro no podíamos movernos en la base del torreón—. ¡Y otros seis con cotas de malla y escudos!

Envié a estos seis por delante. Echaron a correr hacia el torreón y, como era de esperar, los arqueros dispararon unas cuantas flechas que fueron a estrellarse contra los escudos sin causarles ningún daño; tan pronto como los arcos se destensaron, conduje a los otros cuatro hasta el torreón. Nos llovían piedras de lo alto. Con el escudo por encima de la cabeza, las tablas de sauce se estremecían bajo el impacto de los pedruscos. En la mano de la espada, llevaba el caldero.

Agaché la cabeza y entré en el torreón. Si los defensores hubieran tenido dos dedos de frente, habrían enviado hombres al pie de la escala de madera con tal de mantenernos alejados de la antigua escalera romana, pero se sentían a salvo en lo alto del adarve y no se habían movido de allí. Sabían que estábamos en el interior del torreón, y comenzaron a arrojarnos piedras. Me cubrí la cabeza con el escudo para subir los pocos escalones de piedra que quedaban en pie. Las tablas de sauce no

dejaban de temblar mientras seguían cayendo piedras, pero, protegido con el escudo, me agazapé al pie de la escala de madera mientras los hombres que venían conmigo me lanzaban brazadas de paja y de leña hecha astillas. Con la mano que me quedaba libre, apilé como pude aquella leña alrededor de la escala; saqué luego del caldero la vasija de barro que estaba ardiendo y esparcí los rescoldos sobre la paja y la leña.

—¡Más leña! —grité—. ¡Más!

Apenas si me hizo falta, porque el fuego prendió de inmediato, obligándome a bajar a toda prisa los pocos escalones de piedra. La leña menuda lanzó una llamarada, la madera prendió, y la torre parecía absorber las llamas y el humo hacia la parte superior, sofocando a los hombres que estaban un poco más arriba, de forma que cesó la lluvia de piedras. No habría de tardar mucho en prenderse fuego la escala de madera, un fuego que alcanzaría a las vigas de roble de la parte delantera del torreón y, al cabo, al propio adarve, obligando a los hombres que allí estaban a descender por las paredes laterales, donde los hombres de Merewalh los estarían esperando. Salí corriendo al exterior a tiempo de ver el humo que salía por la parte superior del torreón, aquella que se había venido abajo, y a los hombres que saltaban del adarve a todo correr, como ratas que abandonan un pantoque que hace aguas. Al llegar a lo alto de la muralla parecieron no saber qué hacer, pero, en ese momento, debieron de caer en la cuenta de lo cerca que andaban los hombres de Merewalh y, sin dudarlo, se olvidaron de la muralla, saltaron al foso y echaron a correr campo a través.

—¡Uhtred! —llamé a voces a mi hijo, al tiempo que señalaba la puerta—. El fuego podría alcanzar las hojas de la puerta; id en busca de algo para cegar esa arcada caso de que así sea. Que una docena de hombres vaya con vos. Tenéis que defender esa entrada.

—Acaso pensáis que...

—No sé qué se disponen a hacer —le interrumpí—, ni siquiera cuántos son. Lo único que sé es que tenéis que impedir que vuelvan a entrar en la ciudadela.

—No podremos plantarles cara durante mucho tiempo —dijo.

—Ya lo sé. No somos suficientes. Pero ellos no lo saben —el fuego alcanzó el estandarte de Cnut, que ardió como una esplendorosa tea. De la divisa que hasta entonces ondeara solo quedaba una brillante llamarada y unas cenizas a merced del viento—. ¡Merewalh! —grité entonces, tratando de dar con el de Mercia—. ¡Que la mitad de los vuestros se desplieguen en lo alto de las murallas! —Quería que los daneses que, por piernas, habían salido de la ciudad, no vieran sino lanzas, espadas y hachas en lo alto de las murallas, que pensarán que éramos más que ellos—. Que la otra mitad peine la ciudad.

Envié a la mayoría de los míos a lo alto de las murallas también y, con Finan y otros siete hombres, regresé al centro de la ciudadela, al imponente edificio rodeado de soportales que había dejado al cuidado de Rolla. Allí seguía él.

—Solo dispone de esta entrada —me informó—; en el interior, un puñado de hombres, pertrechados con lanzas y escudos.

—¿Cuántos?

—He visto ocho, pero podrían ser más —alzó la cabeza—. Ahí arriba hay unos ventanales, pero están bastante altos y protegidos por barrotes.

—¿Barrotes?

—Rejas de hierro. Con todo, la única forma de entrar y salir del edificio es a través de esta puerta.

Los hombres que permanecían en el interior la habían cerrado; las hojas eran de madera maciza, reforzadas con tachones de hierro. Huna tenía una aldabilla; cuando traté de tirar de ella, comprobé que la puerta estaba atrancada o asegurada con cerrojos por dentro. Hice una seña a Fochbald, que cargaba con una pesada hacha de guerra.

—Echadla abajo —le dije.

Fochbald era un frisio dotado de tanta fuerza como un buey. Era lento, pero si se le encomendaba una tarea concreta, se mostraba implacable. Asintió, tomó aire y balanceó el arma.

La hoja de acero penetró profundamente. Volaron unas cuantas astillas. Extrajo el hacha, la descargó de nuevo, y las dos hojas temblaron bajo golpe tan formidable. Sacó la hoja de nuevo y ya se había echado el arma a la espalda dispuesto a asestar un tercer hachazo, cuando advertí el rechinar de la tranca en los soportes.

—Suficiente —le dije—. Atrás.

Los siete hombres que habían venido conmigo llevaban cotas de malla y escudos, de modo que formamos un muro entre las dos columnas que quedaban más cerca de la puerta. Rolla y los suyos se quedaron a nuestra espalda. La tranca chirrió de nuevo y oí el ruido que hacía al caer al suelo. Al cabo de un momento, la hoja de la derecha comenzó a abrirse muy lentamente. No se habría abierto más de un palmo cuando una espada asomó por aquella rendija. La espada fue a parar al suelo.

—Si venís en busca de pelea, os haremos frente —gritó un hombre desde el interior—, pero nos gustaría salir con vida.

—¿Quién sois? —pregunté.

—Leiknir Olafson —dijo el mismo hombre.

—¿Al servicio de quién?

—Del *jarl* Cnut. ¿Quién sois vos?

—El hombre que acabará con vos si no os rendís. Abrid esa puerta ahora mismo.

Me ajusté las baberas del yelmo y aguardé. Llegué a oír unas voces atropelladas que procedían del interior del edificio, pero la discusión no duró mucho y las dos hojas de la puerta se abrieron de par en par. En un pasillo oscuro que se hundía en la penumbra del imponente edificio, habría una docena de hombres. Bien armados, con cotas de malla, yelmos y escudos, tan pronto como se abrieron las puertas, dejaron caer las lanzas y espadas al suelo. Un hombre alto y de barba gris se acercó a donde estábamos.

—Soy Leiknir —anunció.

—Decid a vuestros hombres que dejen en el suelo los escudos —le dije—, los escudos y los yelmos. También vos.

—¿Nos perdonaréis la vida?

—Aún no me he detenido a pensarlo —repuse—. Dadme una razón para hacerlo.

—Mi mujer está aquí —dijo Leiknir—, y mi hija y sus pequeños. Mi familia.

—Seguro que a vuestra esposa no le será difícil encontrar otro marido —repliqué.

Al oírlo, Leiknir se revolvió.

—¿Tenéis familia? —me preguntó.

No respondí.

—A lo mejor, os permito seguir con vida —le dije—; me limitaré a vender a vuestra familia. Los hombres del norte asentados en Irlanda pagan bien por los esclavos.

—¿Quién sois? —me preguntó.

—Uhtred de Bebbanburg —bramé, y reparé en la reacción desencajada de aquel hombre. Observar el gesto de horror que se dibujaba en el rostro de Leiknir me reconfortó. Dio un paso atrás y se llevó la mano al cuello del que colgaba el martillo de Thor.

—Uhtred ha muerto —dijo, y aquella fue la segunda vez que tuve que escuchar aquella sandez que, por lo visto, Leiknir se había creído a pies juntillas, como bien daba a entender el gesto descompuesto con que me miraba.

—¿Queréis saber lo que pasó? —le pregunté—. Pues que salí al encuentro con la muerte, y la muerte me sobrevino sin llevar una espada en la mano, así que acabé en los dominios de Hel, ¡y escuché el canto de sus siniestros gallos, que anunciaban mi llegada! Y el Destripador de Cadáveres vino a por mí —di un paso hacia él, y él retrocedió—. El Destripador de Cadáveres, Leiknir, jirones de carne podrida que cuelgan de unos huesos amarillentos, ojos como tizones, dientes como cuernos, mandíbulas como cuchillos mellados. Vi un hueso en el suelo, un fémur; lo desgarré con mis propios dientes y lo trituré —blandí a *Hálito de serpiente*—. Yo soy aquel que había muerto, Leiknir, que ha regresado a por los vivos. Y ahora, con el pie, acercad vuestras espadas, lanzas, escudos y yelmos a la puerta.

—Os suplico que perdonéis la vida a los míos —dijo Leiknir.

—¿Seguro que habéis oído hablar de mí? —le pregunté, aun sabiendo la respuesta de antemano.

—Pues claro que sí.

—¿Y alguna vez habéis oído que haya matado a mujeres o niños?

—No, mi señor —negó con la cabeza.

—En ese caso, acercadme vuestras armas con el pie y poneos de rodillas.

Obedecieron y se postraron de espaldas a la pared del pasillo.

—No los perdáis de vista —le dije a Rolla, antes de dejarlos atrás, arrodillados como estaban—. Leiknir —alzando la voz—, venid conmigo.

Las paredes del corredor eran unas planchas de madera sin desbastar, de modo

que no eran obra de los romanos. Puertas a ambos lados daban a unos cuartos pequeños donde había unos jergones de paja. En otro, unos cuantos barriles. Todas las estancias estaban desiertas. Al final del pasillo, había una puerta grande que daba acceso al ala oeste del imponente edificio. Fui hasta la puerta y la abrí de un empujón. Una mujer gritó.

Me quedé mirando. Había seis mujeres en aquella estancia. Cuatro debían de ser criadas porque, aterrorizadas, se habían puesto de rodillas detrás de las otras dos, y a esas dos las conocía. Una era Brunna, la esposa de Haesten. Rechoncha y de cabellos grises, cara rellena, y una pesada cruz de plata que le colgaba del cuello. Se aferraba a la cruz y musitaba una plegaria. Siguiendo las instrucciones del rey Alfredo, había recibido el bautismo, pero yo siempre había pensado que su conversión al cristianismo no había sido sino una más de las muchas y cínicas intrigas urdidas por su marido; al parecer, estaba equivocado.

—¿Es esa vuestra esposa? —le pregunté a Leiknir, que había entrado conmigo en la estancia.

—Sí, mi señor —dijo.

—Suelo acabar con los mentirosos, Leiknir —le advení.

—Es mi esposa —insistió, aunque a la defensiva, como si obligación suya fuera mantener el engaño, aunque le hubiera salido mal.

—¿Y esa es vuestra hija? —le pregunté, señalando a la mujer más joven que se sentaba junto a Brunna.

En esta ocasión, Leiknir no dijo nada. Brunna empezó a darme voces, exigiendo que la soltase, pero hice como que no la oía. Dos niños pequeños, dos gemelos, se agarraban a las faldas de la mujer más joven, que tampoco hablaba; se me quedó mirando con aquellos grandes y oscuros ojos que tan bien recordaba. Solo me miraba: era tan hermosa, tan frágil, estaba tan atemorizada. Había envejecido, pero no como el resto de los mortales. Me imagino que, cuando la conocí, debía de tener quince o dieciséis años, pero de aquello hacía diez años, diez años que, en su caso, solo habían añadido una serena dignidad a su belleza.

—¿Es esa vuestra hija? —le insistí a Leiknir descaradamente; de nuevo, no dijo nada.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Frigg —repuso Leiknir, casi en un susurro.

Frigg, como la esposa de Odín, la diosa más importante del Asgard, la única que podía sentarse en el excelso trono de Odín, una criatura de belleza incomparable que también poseía el magnífico don de la profecía, aunque se inclinó por no airear nunca lo que sabía.

Quizás aquella Frigg que tenía delante estuviera también al tanto de todo lo que fuera a pasar, pero nunca podría contarlo, porque la muchacha que yo había conocido como Erce, la nieta de Ælfadell la hechicera, era sorda y muda.

Y me imaginé que también era la esposa del *jarl* Cnut.

Y la había encontrado.



Aunque muchos eran viejos o impedidos por heridas de guerra, doscientos eran los daneses que habían dejado al cuidado de Ceaster.

—¿Por qué tan pocos? —le pregunté a Leiknir.

—Nadie se esperaba un ataque contra la ciudadela —repuso de mal talante.

Admirado, di un paseo por la ciudad que había caído en nuestras manos para conocerla un poco mejor. Ni siquiera la ciudad antigua de Lundene, aquella que se erguía en lo alto de la colina, contaba con tantos edificios romanos y en tan buen estado. Si pasaba por alto las techumbres de paja, podía hacerme la ilusión de que había vuelto a aquella época en que los hombres eran capaces de levantar tales maravillas, cuando una ciudad resplandeciente regía los destinos de medio mundo. ¿Cómo podían haber sido capaces de hacer algo así?, me preguntaba sin salir de mi asombro; ¿cómo era posible que un pueblo tan fuerte y tan capaz hubiera sido vencido?

Finan y mi hijo venían conmigo. Merewalh y los suyos permanecían en lo alto de las murallas para causar la impresión de que éramos muchos más que los ciento treinta y tres hombres que allí estábamos. La mayoría de los hombres de la guarnición a la que habíamos derrotado estaban al otro lado de las murallas, agrupados todos en el vasto circo donde los romanos disfrutaban viendo la muerte de cerca, pero nos habíamos quedado con sus caballos, con casi todas sus provisiones y con muchas de sus mujeres.

—¿Así que os habíais quedado aquí para custodiar a Frigg? —le dije a Leiknir.

—Sí.

—El *jarl* Cnut no estará muy complacido con vos —le dije, con sorna—. En vuestra situación, Leiknir, buscaría algún sitio muy lejos de aquí donde esconderme. —No me contestó—. ¿Y Haesten? ¿Se hizo a la mar con el *jarl* Cnut? —le pregunté.

—Así es.

—¿Rumbo a dónde?

—No lo sé.

Estábamos delante de una alfarería. El horno, construido con finos ladrillos romanos, seguía encendido. Había un anaquel repleto de vasijas y jarras ya cocidas, y también un torno en el que se veía una masa de arcilla que se había desinflado.

—¿De verdad que no lo sabéis? —insistí.

—No dijo nada, mi señor —respondió Leiknir, sin levantar la vista del suelo.

Toqué con el dedo la arcilla que había en el torno. Se había endurecido.

—¡Finan!

—¿Señor?

—¿Tenemos leña para este horno?

—Por supuesto.

—¿Por qué no lo encendéis como es debido e introducimos las manos y los pies de Leiknir en su interior? Empezaremos con el pie izquierdo. —Me volví hacia el danés preso—. Quitaos las botas. En adelante, no las necesitaréis.

—¡No lo sé! —repitió a la desesperada. Finan había cargado hasta arriba la boca del horno.

—Os han dejado al cuidado de la posesión más preciada del *jarl* Cnut —dije—, de modo que el *jarl* no ha podido esfumarse. Tiene que haberos dejado dicho cómo tenerle al día de lo que pase aquí. —Observé el fuego que crepitaba; aquel calor repentino me hizo dar un paso atrás—. Vais a quedaros sin manos ni pies —le advertí—, pero supongo que sabréis cómo componéros las con las rodillas y los muñones de las muñecas.

—Zarparon rumbo al Sæfern —dijo fuera de sí.

Y le creí. Acababa de decirme dónde andaba Cnut y aquello tenía sentido. Tras bordear Cornwalum, Cnut podía haber llevado su flota hacia el sur y haber atacado la costa sur de Wessex, pero esa maniobra ya la había intentado una vez y le había salido mal. En lugar de eso, se disponía a adentrarse en el río Sæfern y llevar su ejército al corazón de Mercia, y el primer y formidable obstáculo con el que se iba a encontrar no era otro que Gleawecestre, lugar de residencia de Etelredo, la ciudad más importante de Mercia, una ciudadela que contaba con buenas defensas gracias a sus imponentes murallas romanas. Pero ¿de cuántos hombres dispondrían para defender las murallas? ¿Acaso Etelredo había echado mano de todos los hombres con los que contaba para invadir Anglia oriental? Y de repente me entró miedo, porque estaba casi seguro de que Etelfleda habría ido en busca de refugio a Gleawecestre. En cuanto se hubieran enterado de que los daneses andaban por el río, de que millares de hombres y caballos estaban desembarcando en la orilla del Sæfern, las gentes de los alrededores acudirían en tropel y a toda prisa a la ciudadela más cercana y mejor defendida, pero si la guarnición fuera insuficiente, aquella plaza fuerte sería una trampa mortal para ellos.

—¿Cómo os las arreglaríais caso de que tuvierais que enviar un mensaje a Cnut? —le pregunté a un Leiknir atemorizado que no apartaba la vista del horno.

—Dejó dicho que enviáramos caballos al sur, mi señor. Que ya darían con él.

Lo que, probablemente, era cierto. El ejército de Cnut debía de estar haciendo de las suyas en la Mercia sajona, quemando caseríos, iglesias y pueblos, y el humo de aquellos incendios serviría de orientación a los mensajeros.

—¿De cuántos hombres dispone Cnut? —le pregunté.

—Unos cuatro mil.

—¿Cuántos barcos zarparon de aquí?

—Ciento sesenta y ocho, mi señor.

Una flota de tales dimensiones bien podía transportar a cinco mil hombres, pero,

habida cuenta de los caballos, los criados y la impedimenta, cuatro mil me pareció una cifra razonable. Era un gran ejército, y Cnut lo había maquinado todo con astucia. Había engatusado a Etelredo, haciéndole creer que podía ir a Anglia oriental cuando, en realidad, en aquel momento él se encontraba en el corazón de sus dominios. ¿Qué hacía Wessex mientras tanto? Lo más seguro era que Eduardo estuviese reuniendo su ejército, pero, temiéndose que los daneses pudieran atacar al sur del río Temes, también estaría enviando tropas a todos los fortines. Me imaginaba que Eduardo se habría concentrado en la defensa de Wessex, dejando así las manos libres a Cnut para saquear Mercia y, de paso, derrotar a Etelredo cuando ese necio decidiera volver a casa. Un mes más, y toda Mercia estaría en manos de los daneses.

Pero tenía a Frigg en mis manos. Ese no era su verdadero nombre, claro; pero ¿quién sabía cómo se llamaba en realidad? No podía hablar y, como también era sorda, quizá ni ella misma lo supiese. Ælfadell aseguraba que su nieta se llamaba Erce, pero aquel nombre de diosa era solo para impresionar a los mentecatos.

—Tengo entendido que el *jarl* Cnut siente un gran apego por Frigg —dejé caer a Leiknir.

—Está con ella como hombre con espada nueva —comentó—, no lleva nada bien eso de estar lejos de ella.

—No le culparéis por eso —le dije—; es una mujer de singular belleza. ¿Cómo es que no se fue con él al sur?

—Quería mantenerla a salvo.

—¿Y dejó solo doscientos hombres para velar por ella?

—Pensó que era suficiente —contestó Leiknir, antes de añadir—: Dijo que solo había un hombre con la astucia necesaria para atacar Ceaster, y que ese hombre había muerto.

—Pues aquí estoy —repliqué—, de vuelta de los dominios de Hel. —Cerré la puerta de hierro del horno de una patada—. Vuestras manos y vuestros pies están a salvo —dije.

La tarde declinaba. Dejamos atrás la alfarería y nos dirigimos al centro de la ciudad; me llevé una sorpresa al ver un edificio pequeño engalanado con una cruz.

—Cosas de la mujer de Haesten —me aclaró Leiknir.

—¿No le importa que sea cristiana?

—Asegura que no le importa que el dios de los cristianos también esté de su parte.

—Muy propio de Haesten —comenté— eso de bailar dos bailes distintos con dos mujeres diferentes.

—Dudo mucho que le guste bailar con Brunna —murmuró Leiknir.

Me eché a reír de buena gana. Menuda zorra estaba hecha la tal Brunna, una zorra testaruda, maliciosa y rechoncha, con aquella barbilla puntiaguda como la proa de un barco y aquella lengua tan afilada como un cuchillo.

—¡No podéis tener prisioneras! —me espetó en cuanto entramos en el

imponente edificio de los soportales. Hice como que no la oía.

En tiempos, aquel edificio había sido una mansión, una mansión espléndida, sin duda. Es posible que hubiera sido un templo, o quizá el palacio de un gobernador romano, pero alguien, y enseguida pensé en Haesten, había dividido la estancia principal en dos aposentos. Separados por unas paredes de madera que quedaban a media altura respecto del techo; durante el día, ambas piezas recibían la luz que entraba por los altos ventanales, protegidos con barrotes de hierro. De noche, había lámparas y, en la amplia estancia que ocupaban las mujeres y los niños, ardía una hoguera que había manchado de hollín y humo las pinturas que adornaban las piedras murales del alto techo. En el pavimento, millares y millares de teselas componían un dibujo en el que podía verse a tres hombres desnudos provistos de tridentes que se disponían a atrapar a una extraña criatura marina de cola enroscada. En la cresta de una ola, encaramadas en dos gigantescas conchas, dos doncellas contemplaban la cacería.

Brunna seguía echando pestes de mí y yo seguía sin hacerle caso. En un extremo del aposento, intranquilas y sin dejar de mirarme, las cuatro criadas se agazapaban junto a los gemelos de Frigg. Sentada en una silla de madera en el centro de la estancia, Frigg iba ataviada con una capa de plumas. También ella me miraba, aunque no con miedo, precisamente, sino con curiosidad infantil; sus enormes ojos me siguieron por toda la estancia mientras examinaba el extraño dibujo que se desplegaba en el pavimento.

—En Roma debía de haber unas ostras gigantescas —comenté, pero nadie dijo nada.

Me acerqué a la silla que ocupaba Frigg y me quedé mirándola; sin inmutarse, ella me devolvió la mirada. Miles de plumas cosidas a un manto de lino formaban la capa que llevaba puesta, plumas de arrendajos y cuervos que hacían que pareciese azul y negra. Bajo aquella capa, estaba cubierta de oro: sus delicadas muñecas estaban envueltas en oro, los dedos cubiertos de piedras preciosas engarzadas en oro, y sus cabellos, tan negros como los de los cuervos de Odín, recogidos en lo alto de la cabeza, gracias a una redcilla de oro que los mantenía en su sitio.

—Tocadla —siseó Brunna—, ¡y sois hombre muerto!

Tiempo atrás ya había tenido ocasión de soportarla como cautiva, pero Alfredo, convencido de que había abrazado el cristianismo de buena fe, me había pedido que la soltase. Incluso había sido el padrino de sus dos hijos, Haesten el joven y Horic, y me acordaba del día en que la habían sumergido en agua bendita en aquella iglesia de Lundene, donde le habían impuesto su nuevo nombre cristiano: Etelbrun. En aquel momento, y aunque decía llamarse Brunna, lucía una enorme cruz de plata entre los pechos.

—Mi esposo acabará con vos —me espetó.

—Muchas veces lo ha intentado —repuse—, y aquí sigo.

—Acabemos nosotros con ella para variar —apuntó Rolla. Parecía estar harto de

custodiar a las mujeres, al menos de cargar con Brunna. Nadie, sin embargo, se cansaba de contemplar a Frigg.

Me puse en cuclillas delante de la silla que ocupaba y la miré a los ojos. Ella me sonrió.

—¿Os acordáis de mí? —le pregunté.

—No puede oíros —me recordó Leiknir.

—Lo sé —repuse—. Pero ¿entiende lo que decimos?

Se encogió de hombros.

—¿Como un perro quizá? A veces, parece que está al tanto de todo, pero otras veces... —Y repitió el mismo gesto.

—¿Y los niños? —pregunté, volviendo la vista a los gemelos que, en silencio y con ojos como platos, no dejaban de observarme desde un extremo de la estancia. Eran un chico y una chica de unos seis o siete años, los dos con el cabello tan negro como su madre.

—Hablan —dijo Leiknir—, y también oyen.

—¿Cómo se llaman? —me interesé.

—La chica se llama Sigril; el chico, Cnut Cnutson.

—¿Y hablan con facilidad?

—No hay forma de hacerlos callar —afirmó Leiknir.

Estaba claro que los gemelos sabían hablar, porque algo sorprendente ocurrió en ese momento, algo que, de buenas a primeras, no llegué a entender. Merewalh entró en compañía del padre Wissian, con aquel prematuro mechón de pelo blanco y su larga capa negra ceñida a la cintura, de forma que parecía la sotana de un cura; al muchacho se le iluminó la cara.

—¡Tío Wihtred! —gritó Cnut Cnutson—. ¡Tío Wihtred!

—¡Tío Wihtred! —repitió la niña muy contenta.

Wissian dejó atrás la penumbra y se acercó al resplandor de la hoguera.

—Me llamo Wissian —dijo, y los dos gemelos se acobardaron.

En aquel momento, no reparé en aquel detalle, porque solo tenía ojos para Frigg, y la visión de tan singular belleza bastaba para que un hombre perdiera la cabeza. Seguía en cuclillas a su lado, y tomé una de sus pálidas manos entre las mías; se me antojó tan ligera, tan ligera y tan frágil como un pájaro atrapado al vuelo.

—¿Os acordáis de mí? —le pregunté de nuevo—. Os conocí a las dos, a Ælfadell y a vos.

Se limitó a sonreír. Cuando me llegué a su lado, pareció asustarse, pero, en aquel momento, se la veía contenta.

—¿Os acordáis de Ælfadell? —le pregunté y, como es natural, no dijo nada. Estreché su mano con suavidad—. Vendréis conmigo —le dije—, vos y vuestros hijos; os prometo que no os pasará nada. A ninguno de los tres.

—¡El *jarl* Cnut os matará! —chilló Brunna.

—Una palabra más —le dije—, y os cortaré la lengua.

—No os atreveréis... —comenzó a decir, antes de empezar a gritar de nuevo al ver que me ponía en pie y sacaba un cuchillo del tahalí. Cuál no sería mi sorpresa cuando Frigg rompió a reír. Aparte de un vagido gutural entrecortado, no eran sino carcajadas carentes de sonido alguno, pero se le notaba en la cara que se lo estaba pasando en grande.

Me acerqué a Brunna, que retrocedió ante mí.

—¿Sabéis montar a caballo, mujer? —le pregunté. Asintió—. En ese caso, mañana os dirigiréis al sur. Iréis en busca de esa mierda de gusano al que llamáis marido y le diréis que Uhtred de Bebbanburg tiene en su poder a la esposa y a los hijos del *jarl* Cnut. Le diréis de paso que Uhtred de Bebbanburg ha venido con ganas de derramar sangre.

Guardé el cuchillo y me volví a Rolla.

—¿Han comido algo?

—No desde que estoy aquí.

—Aseguraos de que tomen algo y de que estén a salvo.

—A salvo —repitió, con la mirada extraviada.

—Tocadle un pelo —le advertí—, y os las veréis conmigo.

—Estarán a salvo, mi señor —prometió.

Gracias a los enredos de Cnut, Etelredo había desencadenado aquella guerra, y en aquel momento Cnut se sentía con libertad para hacer lo que le viniera en gana en Mercia, convencido como estaba que sus enemigos se habían metido en un atolladero. La conquista de la Britania sajona, el viejo sueño de los daneses, se estaba haciendo realidad.

Solo que yo seguía con vida.



Aquella noche, apenas pegamos ojo. Nos quedaba mucho por hacer.

De entre los caballos que nos habíamos apropiado, Finan apartó a los mejores para llevárnoslos con nosotros. Mi hijo se puso al frente de partidas que se dedicaron a recorrer la ciudad en busca de monedas escondidas o de cualquier objeto de valor que pudiéramos transportar; mientras, la mitad de los hombres de Merewalh vigilaba las murallas, y los demás echaban abajo edificios para disponer de madera y leña menuda.

La puerta sur había ardidido por completo y, con la ayuda de dos enormes carretones, mi hijo había cegado la entrada. Aunque eso no lo sabían ellos, los daneses que permanecían fuera de la ciudad nos superaban en número; aun así, me temía que pudiera producirse un ataque durante la noche, pero no pasó nada. Veía el resplandor de las hogueras que ardían en el antiguo circo, y de otras tantas que habían prendido en las inmediaciones del puente que quedaba un poco más al sur.

Los hombres de Merewalh amontonaban la leña menuda y los trozos de madera junto a cada tramo de la empalizada. Nos disponíamos a prender fuego al pie de cada uno de los boquetes de la muralla que habían reparado. Quemaríamos las puertas, parte de las murallas y privaríamos así a la ciudad de toda defensa que no fuera de piedra.

No podía quedarme en Ceaster. Necesitaría el décuplo de hombres de los que disponía, de modo que no me quedaba otra que abandonar la ciudadela y permitir que los daneses volvieran al interior de aquellas murallas romanas; al menos, en adelante, cualquier ejército sajón podría asediarla más fácilmente. Les llevaría no menos de seis meses reparar los destrozos que iba a provocar: seis meses talando árboles, dejando los troncos en condiciones y asentándolos en los cascotes de los boquetes que se habían abierto en las murallas. Confiaba en que no dispusieran de tanto tiempo. Y así, a medida que avanzó la noche, encendimos las hogueras, comenzando por la cara norte de la ciudad. Hoguera tras hoguera iluminaron las postreras horas de aquella noche de verano lanzando llamaradas hacia las estrellas, mientras el humo embadurnaba el cielo despejado. Ceaster se convirtió en un anillo de fuego crepitante, y las chispas de las hogueras cayeron sobre las techumbres de las casas del interior de la ciudad que, a su vez, empezaron a arder; para cuando prendimos la última hoguera y la ciudad entera estaba en llamas, nosotros ya estábamos a lomos de nuestras monturas y preparados para marcharnos. Para entonces, en el cielo solo resplandecía la última de las estrellas, esa que llamamos Earandel, el lucero de la mañana, que todavía brillaba cuando apartamos los dos carretones y, por la puerta sur, salimos a la ciudad.

Nos llevamos todos los caballos, de forma que los daneses que nos observaban solo vieron lo que tomaron por una horda que abandonaba la ciudad en llamas. Con nosotros venían la mujer de Haesten, la esposa de Cnut y los dos pequeños, los cuatro bien custodiados por mis hombres, así como los daneses que habían depuesto las armas. Con atuendo guerrero, cotas de malla y escudos en mano, las llamas se reflejaban en las espadas que empuñábamos desenfundadas y, al galope, nos internamos en el camino recto y alargado. Observé a los hombres que nos esperaban al otro lado del puente, quienes, desalentados y nerviosos, se creían superados en número. Ni siquiera trataron de detenernos; al contrario, se dispersaron por las orillas del río cuando, de pronto, oí cómo los cascos de mi caballo retumbaban con fuerza contra los maderos de la calzada del puente. Al llegar a la orilla sur del río Dee, nos detuvimos.

—Hachas —ordené.

Al otro lado del río, la ciudadela de Ceaster ardía por los cuatro costados. Mudados en humo, chispas y ascuas, el fuego consumía techumbres y vigas de madera. Aun abrasada y con las calles empedradas cubiertas de ceniza, estaba seguro de que la ciudad seguiría en pie, de modo que aquellas construcciones romanas permanecerían incluso mucho después de que nosotros hubiéramos pasado a mejor

vida.

—No construimos nada —le dije a mi hijo—; nos limitamos a destruir.

Se me quedó mirando como si estuviera loco; con un gesto, le señalé a los hacheros que se dedicaban a destrozarse la calzada del puente. Quería estar seguro de que los daneses que se habían quedado en Ceaster no iban a perseguirnos, y la forma más rápida de hacerlo era echar abajo aquel puente.

—Ya va siendo hora de que contraigáis matrimonio —le dije a Uhtred.

Me miró con cara de sorpresa y esbozó una sonrisa maliciosa.

—Frigg no tardará en quedarse viuda.

—Ni falta que os hace una viuda sordomuda. Ya os buscaré a alguien.

La última plancha de madera que unía dos de los arcos de piedra acabó en el río. Estaba amaneciendo, y el sol ya asomaba por el este, tiñendo las nubes bajas de tonos escarlata y dorados. Al otro lado del río, unos cuantos hombres nos miraban.

Con una soga al cuello, los cautivos venían con nosotros; di órdenes de que les retirasen los cordeles.

—Sois libres —les dije—, pero si volvéis a cruzaros en mi camino, os mataré a todos. Lleváosla con vosotros —añadí, señalando a Brunna, quien, como un saco de avena, iba a lomos de una recia mula.

—Mi señor —dijo Leiknir, dirigiendo su caballo hacia donde yo estaba—, preferiría ir con vos. Aun tan canoso y abatido como estaba, me lo quedé mirando.

—Habéis prestado un juramento de lealtad al *jarl* Cnut —repliqué con aspereza.

—Os lo ruego, señor —suplicó.

Uno de los prisioneros, un hombre joven, espoleó su montura y se llegó junto a Leiknir.

—Mi señor —dijo—, ¿tendréis a bien dejarnos unas espadas?

—Os entregaré una a cada uno —repuse.

—¡Os lo ruego, señor! —dijo Leiknir. Sabía lo que estaba a punto de pasar.

—Dos espadas —reclamé.

Leiknir no había cumplido el encargo que había recibido. Le habían encomendado una tarea y no había cumplido. Si volvía al lado de Cnut, recibiría el castigo correspondiente por el error cometido, y no le cabía duda de que ese castigo habría de ser prolongado, espantoso y fatal. Yo no tenía nada en su contra. Era un desastre de hombre.

—¿Cómo os llamáis? —le pregunté al joven.

—Jorund, mi señor.

—Que sea rápido, Jorund. No me gusta ver sufrir a nadie.

Asentí, y eché el pie a tierra. Mis hombres apartaron los caballos y formaron una especie de tosco círculo en torno a una zona donde crecía la hierba; mientras, Leiknir se dejaba caer de la silla en la que iba montado.

Arrojamos un par de espadas a la hierba. Leiknir consintió en que fuera Jorund quien primero eligiera la suya; luego, recogió la otra, pero no hizo gran cosa por

defenderse. Empuñó la espada sin entusiasmo. Se quedó mirando a Jorund, y me fijé en la fuerza con que cerraba el puño, en un postrer intento de conservarla mientras iba al encuentro con la muerte.

—¿A qué esperas? —le aguijoneó Jorund, pero Leiknir estaba resignado a morir. Lanzó un envite desvaído contra el joven que, de un mandoble, lo esquivó, y Leiknir se quedó quieto, con los brazos extendidos, mientras Jorund hundía la espada que le habíamos prestado en la barriga indefensa de su contrincante. Con un gáñido, Leiknir se inclinó hacia delante, con los nudillos blancos de tanto apretar la espada. Jorund extrajo su arma, brotó un espeso chorro de sangre, y le hundió de nuevo la hoja, en esta ocasión en el gaznate. Y allí la mantuvo hasta que Leiknir cayó de rodillas y se fue al suelo de bruces. Tumbado en la hierba, el cuerpo del anciano experimentó una serie de sacudidas durante unos segundos; luego, se quedó inmóvil. Reparé en que aún empuñaba la espada.

—Las espadas —dije.

—Necesito su cabeza, señor —me reclamó Jorund.

—En ese caso, adelante.

La necesitaba porque Cnut querría una prueba de que Leiknir había muerto, de que el anciano había recibido el castigo que se merecía por no haber sabido proteger a Frigg. Si Jorund se presentaba ante Cnut sin esa prueba, lo más probable es que también él sufriera un castigo. La cabeza del hombre muerto era un salvoconducto para Jorund, la prueba de que había administrado el castigo, un castigo que, de paso, lo exoneraría a él.

Cerca del camino, había una cantera. La tierra estaba cubierta de hierbajos y salpicada de matojos desparramados, señal de que, durante años, nadie había trabajado en aquel lugar. Me imaginé que de allí habían sacado los romanos la piedra caliza con la que habían levantado Ceaster; y allí, entre aquellos pedruscos, arrojamos el cadáver decapitado de Leiknir. Jorund nos había restituido las dos espadas y envuelto la cabeza ensangrentada en una capa.

—Volveremos a vernos las caras, mi señor —dijo.

—Salud al *jarl* Cnut de mi parte —repuse—, y decidle que, si vuelve a casa, no les pasará nada ni a su mujer ni a sus hijos.

—Y si lo hace, señor, ¿se los devolveréis sanos y salvos?

—Decidle que tendrá que comprármelos. Y ahora, apartaos de mi vista.

Los daneses se fueron hacia el este. Brunna no dejó de quejarse mientras se alejaba con ellos. Había exigido que dos de las criadas fueran con ella, pero me quedé con las cuatro para que atendiesen a Frigg y a sus hijos. La esposa de Cnut iba a lomos de una yegua gris y, vestida con aquella capa de plumas, era como una visión en aquella mañana estival. Había contemplado la muerte de Leiknir y no se le había borrado la tenue sonrisa de la cara, ni siquiera mientras el anciano se agitaba y escupía sangre hasta que, tras una sacudida, expiró.

Y nos dirigimos hacia el sur.

Capítulo X

—¿Confiáis en que Cnut desista? —me preguntó mi hijo, mientras cabalgábamos hacia el sur por unos hayedos que crecían junto a un pequeño arroyo caudaloso.

—No hasta que concluya lo que tenga pensado hacer en Mercia —repliqué—, y ni siquiera sé si para entonces. A lo peor, le entran ganas de ir a por Wessex.

Mi hijo se revolvió en la silla y echó un vistazo a Frigg.

—Y si lo hace, ¿se la devolveréis? A lo mejor se lo piensa dos veces.

—No seáis necio —le reproché—. Sabemos del aprecio que le tiene, pero no movería un dedo para salvarle el pellejo.

Incrédulo, mi hijo se echó a reír.

—Yo estaría dispuesto a recorrer medio mundo por volver con ella —dijo.

—Porque sois un idiota, pero Cnut no lo es. Quiere Mercia, quiere Anglia oriental, quiere Wessex, territorios todos donde abundan las mujeres, algunas casi tan bonitas como Frigg.

—Pero...

—Lo he herido en su amor propio —le interrumpí—. En realidad, ella no se siente cautiva, porque sabe que Cnut no dará una mierda de rata por rescatarla. Quizá moviera un dedo por recuperar a su hijo, pero ¿por su mujer? No es esa la razón por la que tratará de vengarse de mí. Lo hará porque se siente humillado, porque le he hecho quedar como un necio. Y no va a quedarse cruzado de brazos. Vendrá a por nosotros.

—¿Con cuatro mil hombres?

—Con cuatro mil hombres, sí —dije, tajante.

—También podría ignoraros —apuntó mi hijo—. Vos mismo dijisteis que Mercia era una pieza de mayor enjundia.

—Vendrá —insistí.

—¿Cómo podéis estar tan seguro?

—Porque Cnut es como yo —repuse—. Igual que yo. Es orgulloso.

Mi hijo cabalgó en silencio durante un corto trecho; luego, me dirigió una severa mirada.

—El orgullo es un pecado, padre —dijo con voz relamida, como si fuera un cura. No pude por menos que echarme a reír.

—¡Menuda mierda pinchada en un palo!

—Es lo que nos enseñan —aseguró, muy serio.

—¿Los curas? —le pregunté—. ¿Os acordáis de Offa?

—¿El hombre de los perros?

—El mismo.

—Me hacían gracia aquellos perros —dijo Uhtred.

Offa había sido un cura que, tiempo atrás, había colgado la sotana y se dedicaba a recorrer Britania de punta a cabo con un montón de perros amaestrados que hacían toda clase de monerías; no obstante, los perros solo eran el medio del que se servía para que lo invitasen a entrar en cualquier mansión; una vez dentro, escuchaba todo lo que allí se decía. Era un hombre despierto y estaba al tanto de todo. Siempre estaba al corriente de lo que se estaba tramando, de quién no podía ni ver a quién aunque procurase disimularlo, y vendía la información que así obtenía. Al final, me había traicionado, pero echaba de menos sus habladurías.

—Los curas son como Offa —añadí—. Quieren convertirnos en perros dóciles, bien amaestrados, agradecidos y obedientes. ¿Y para qué? Para hacerse ricos. ¿Os dicen que el orgullo es un pecado? ¡Faltaría más! ¡Sois un hombre! Es como si os dijeran que respirar es pecado; una vez que han conseguido que os sintáis culpable, os dan la absolución a cambio de un puñado de plata. —Agaché la cabeza para salvar una rama baja. Íbamos por un sendero que, junto a un arroyo caudaloso y bajo los árboles, llevaba al sur. Se había puesto a llover de nuevo, pero con suavidad—. Cuando los daneses quemaban sus iglesias, los curas nunca me echaron en cara mi orgullo —continué—, pero en el momento en que pensaron que se había instaurado la paz, que ya no se destruirían más iglesias, se pusieron en mi contra. Os diré lo que va a pasar. Dentro de una semana, los curas estarán lamiendo mi trasero y suplicándome que los salve del peligro.

—Y lo haréis —dijo Uhtred.

—Porque soy un necio —dije, enfurruñado—. Claro que lo haré.

Nos adentrábamos en terreno conocido; durante años, habíamos enviado nutridas partidas de soldados con el encargo de vigilar a los daneses que permanecían en Ceaster. Todo el norte de Mercia estaba en manos de los daneses, pero en la parte más occidental, por donde íbamos, siempre había la posibilidad de sufrir un ataque por parte de las tribus de salvajes galeses que controlaban la zona, y no resultaba fácil decir en tierras de quién estábamos. El *jarl* Cnut reclamaba aquel territorio como propio, pero era lo bastante sensato como para no crearse enemigos entre los galeses, que peleaban como demonios y, caso de verse superados en número, siempre podían buscar refugio en sus montañas. Etelredo también lo reclamaba para sí, y había ofrecido plata a cualquier hombre de Mercia que aspirase a levantar un caserío en aquel territorio en disputa, pero no había movido un dedo por defender a aquellos pioneros. Nunca había construido un fortín tan al norte, y siempre se había mostrado remiso a apoderarse de Ceaster por miedo de que daneses o galeses lo consideraran como una amenaza. Lo último que Etelredo habría querido sería iniciar una guerra contra dos enemigos tan temidos en Mercia, de forma que se había dado por satisfecho con mantener la vigilancia sobre Ceaster. En aquel momento en que él mismo había desencadenado una guerra contra los daneses, yo solo le pedía al cielo que los galeses se mantuvieran alejados de aquel conflicto. Porque también los galeses reclamaban aquellas tierras, pero, en los muchos años en que mis hombres las

habían atravesado para estar al tanto de lo que pasaba en Ceaster, jamás habían tenido que librar una escaramuza con ellos, aunque en aquel momento quién sabe si no estarían tentados de hacerlo. Solo que los galeses eran cristianos y, aunque a regañadientes, la mayoría de sus curas se ponía de parte de los sajones, porque todos adoraban al mismo dios crucificado. Pero si los daneses y los sajones se mataban entre ellos, hasta los curas galeses verían en tales hechos una oportunidad llovida del cielo para apoderarse de una feraz franja de tierra a lo largo de la frontera occidental de Mercia. Quizá sí, o quizá no. En cualquier caso, había enviado ojeadores por delante por si, procedente de las colinas, atisbaban una partida de guerreros galeses.

Y pensé que nos habíamos topado con una de ellas cuando uno de los ojeadores regresó para decirnos que había humo en el cielo. No me esperaba humareda alguna tan al norte. Los hombres de Cnut estarían saqueando el sur de Mercia, no el norte, pero aquella espesa columna de humo daba a entender que había un caserío en llamas. El humo quedaba a nuestra izquierda, por el este, lo bastante lejos como para pasarlo por alto, pero quería saber si los galeses se habían sumado a la confusión, así que pasamos al otro lado del arroyo y, a través de espesos robledales, nos dirigimos hacia aquella lejana humareda.

Era una granja en llamas. Ni rastro de caserío o empalizada, tan solo un puñado de construcciones de madera en un claro del bosque. Alguien se había instalado allí, había levantado una casa y un granero, había talado árboles y criado ganado y cultivado cebada, pero la casa estaba en llamas. Nos quedamos entre los robles y observamos. Vi a ocho o nueve hombres armados, a un par de muchachos y dos cadáveres. En cuclillas, unas cuantas mujeres y unos niños permanecían vigilados.

—No son galeses —dijo Finan.

—¿Estáis seguro?

—No son muchos. Son daneses.

Los hombres, provistos de lanzas y espadas, llevaban el cabello largo. Eso no quería decir que fueran daneses, aunque la mayoría de los daneses, al contrario que los sajones, que preferían llevarlo corto, se dejaban el pelo largo. Así que di por bueno lo que decía Finan.

—Llevaos veinte hombres hacia el este —le dije—, y dejaos ver.

—¿Solo dejarnos ver?

—Solo eso, sí.

Esperé un rato a que los hombres que andaban por la granja incendiada se percatasen de la presencia de Finan. De inmediato, los muchachos se hicieron cargo de los caballos, y obligaron a los niños y mujeres prisioneros a ponerse en pie. Los daneses, si es que lo eran, comenzaron a acorralar a siete vacas, y en eso seguían enfrascados en el momento en que mis hombres y yo dejamos atrás la arboleda y descendimos por una ladera cubierta de rastrojos. Al vernos, pensando que estaban atrapados entre dos ejércitos, los nueve hombres parecieron sentir miedo, pero, al ver que no nos llegábamos al galope, sino que nos acercábamos al paso y que la mayoría

de nosotros llevaba el cabello largo, no nos consideraron como una amenaza y se tranquilizaron de inmediato. No bajaron las armas y permanecieron todos juntos, pero no huyeron. Todos cometemos errores.

Ordené que la mayoría de los míos aguardase entre los matorrales y, en compañía de tres de mis hombres, crucé el pequeño arroyo y me di de bruces con el calor que desprendían los edificios incendiados. Hice una seña a los hombres de Finan para que se acercasen, y me quedé contemplando las llamas que se alzaban del granero incendiado.

—Un día estupendo para encender una hoguera —dije en danés.

—Tanto tiempo esperándolo... —contestó uno de los hombres en la misma lengua.

—¿Y eso? —me interesé, sorprendido al comprobar lo rígido y dolorido que me sentí al bajar de la silla de mi montura.

—No son de por aquí —repuso el mismo individuo, señalando los dos cadáveres de aquellos hombres que, destripados como ciervos, yacían en el suelo, en medio de sendos charcos de sangre que la lluvia fina diluía poco a poco.

—Dirigíos a mí como «señor» —dije, sin alzar la voz.

—Como gustéis, mi señor —repuso el hombre. Tenía un solo ojo; la otra cuenca no era sino una cicatriz de la que supuraba un hilo de pus.

—¿Y quién sois vos? —le pregunté.

Eran daneses, sin duda, y entrados en años; más tranquilos al ver el martillo que pendía sobre mi cota de malla, pusieron su mejor voluntad en explicarme que, tras percatarse de la incursión de unos sajones en sus tierras, habían venido de los asentamientos del este.

—Ahí los tenéis: todos sajones —me dijo el hombre, señalándome a las mujeres y a los niños que, engurruñados, seguían junto al arroyo. Todos habían estado llorando, pero, al verme, aterrorizados, permanecían en silencio.

—¿De modo que ahora son esclavos vuestros? —le pregunté.

—Así es, mi señor.

—Aquí hay otros dos cuerpos —gritó Finan—: dos mujeres de edad.

—¿Qué íbamos a hacer con un par de viejas? —me preguntó. Uno de los que iban con él dijo algo que no llegué a oír, y los otros se echaron a reír.

—¿Cómo os llamáis? —le pregunté al tuerto.

—Geitnir Kolfinnson.

—¿Y estáis a las órdenes del *jarl* Cnut?

—Así es, mi señor.

—Voy a unirme a los suyos —le expliqué, lo que, en cierto modo, era verdad—. ¿Os dio órdenes de que atacaseis a esa gente?

—Quiere que limpiemos estos parajes de escoria sajona, mi señor.

Miré a los hombres que iban con Geitnir Kolfinnson, y solo vi barbas grises, rostros arrugados y mandíbulas desdentadas.

—¿Vuestros jóvenes se hicieron a la mar con el *jarl*?

—Eso hicieron, mi señor.

—¿Y vosotros os habéis propuesto limpiar estas tierras de escoria sajona?

—Tal es el deseo del *jarl* —dijo Geitnir.

—Os habéis empleado a fondo —comenté, admirado.

—Un placer, mi señor —dijo Geitnir—. Seis años llevaba queriendo quemar este sitio.

—¿Y cómo es que no lo hicisteis antes?

Se encogió de hombros.

—El *jarl* Cnut siempre decía que debíamos dejar que Etelredo de Mercia durmiese tranquilo.

—¿Acaso no quería iniciar una guerra?

—No por entonces —repuso Geitnir—, pero ahora, ya veis.

—Ahora podéis tratar a esa escoria sajona como siempre quisisteis.

—Pero no antes de tiempo, mi señor.

—Pues mirad por dónde, yo soy escoria sajona —dije. Se hizo un silencio. No estaban seguros de haber oído bien lo que acababa de decirles. Después de todo, solo veían a un hombre de cabellos largos que llevaba el martillo de Thor, con los brazos cubiertos de esos brazaletes que los daneses exhiben como trofeos de guerra. Les dirigí una sonrisa—. Soy escoria sajona —repetí.

—¿Mi señor? —repuso Geitnir, confuso.

Me volví a los dos muchachos.

—¿Quiénes sois? —les pregunté. Eran los nietos de Geitnir; los había llevado con él para que aprendiesen cómo había que tratar a los sajones—. No voy a mataros a ninguno de los dos —les dije—, de modo que volved a casa y decidle a vuestra madre que Uhtred de Bebbanburg ha regresado. Repetid conmigo —respetuosos, repitieron mi nombre—. Y decidle también que me dirijo a Snotengaham con la intención de incendiar la mansión que allí tiene el *jarl* Cnut. ¿Adónde me dirijo?

—A Snotengaham —musitó uno de ellos. Aunque no tenía intención de acercarme siquiera a aquella localidad, di por sentado que se habían enterado; tan solo quería difundir rumores que sacasen a Cnut de sus casillas.

—Así me gusta —dije—, y ahora, aire. —Vacilaron un momento, sin saber a ciencia cierta qué suerte les esperaba a su abuelo y a los suyos—. ¡Largo —grité—, si no queréis que os liquide a los dos!

Se fueron; luego, acabamos con los nueve hombres. Menos los dos que los chicos se habían llevado en su apresurada huida, nos quedamos con sus caballos. Quería que, por toda la Mercia danesa, se extendiera el rumor de que Uhtred había vuelto, y con ganas de sangre. Cnut pensaba que tenía las manos libres para hacer lo que le viniese en gana en la Mercia sajona, pero, al cabo de uno o dos días, cuando Brunna hubiera dado con él y los rumores fuesen a más, se tentaría la ropa. Podría llegar incluso a enviar hombres a Snotengaham, donde se alzaba una de sus más preciadas

propiedades.

Dejamos que las mujeres y los niños sajones se las compusiesen por su cuenta y continuamos cabalgando hacia el sur. No vimos más partidas de daneses ni patrullas de galeses; al cabo de dos días, llegamos a la Mercia sajona y, por el este y por el sur, el humo mancillaba el cielo, lo que nos dio a entender que el *jarl* Cnut estaba entregado en cuerpo y alma a incendiar, saquear y matar.

Y nos dirigimos a Gleawecestre.



Gleawecestre era la capital de Etelredo. Una ciudadela en la parte oeste de Mercia, a orillas del río Sæfern, que hacía las veces de defensa natural de los dominios de Etelredo frente a las hordas de galeses que merodeaban por allí. No otro había sido el propósito de levantar allí aquella ciudadela, lo bastante grande, sin embargo, como para que sirviera de refugio a las gentes de los alrededores frente a cualquier enemigo que se presentase. Como las de Ceaster y las de tantas otras localidades de Mercia y Wessex, romanas eran sus murallas. Y sabido es que aquel pueblo hacía las cosas a conciencia.

La ciudad se alzaba en terreno llano, lo que no facilitaba su defensa, pero, como en Ceaster, un foso que alimentaba un río cercano, solo que más ancho y más hondo, rodeaba las murallas. Al otro lado del foso, una franja de tierra erizada de estacas afiladas, tras las que se alzaban las murallas romanas, de piedra y el doble de altas que un hombre. Reforzaban la muralla más de treinta baluartes. Etelredo se había ocupado de mantener las defensas en buen estado, dedicando un dinero bien empleado en pagar a mamposteros que las reconstruyesen allí donde se habían venido abajo con el paso del tiempo. Gleawecestre era su capital y su lugar de residencia y, antes de partir dispuesto a invadir Anglia oriental, se cercioró de que sus propiedades quedasen bien custodiadas.

Había dejado la defensa de Gleawecestre en manos del *fyrð*, ejército ciudadano formado por hombres de aquella comarca que se ocupaban de trabajar la tierra, de modelar el hierro en las herrerías o de preparar la madera en los aserraderos. No eran, pues, tropas profesionales, pero un *fyrð* emplazado tras un foso inundado y en lo alto de una recia muralla de piedra se convertía en un enemigo digno de tener en cuenta. Por eso había sentido cierto temor cuando me enteré de que Cnut había puesto rumbo al río Sæfern; pero, mientras cabalgaba hacia el sur, llegué a la conclusión de que tanto Gleawecestre como sus moradores estarían a buen recaudo. Etelredo acumulaba demasiadas riquezas en la ciudad como para dejarla poco menos que indefensa, y me imaginé que bien podría haber dejado no menos de dos mil hombres tras sus murallas. Ciertamente que la mayoría de ellos provenían del *fyrð*, pero si permanecían resguardados tras las murallas, conquistar la ciudad no sería tarea fácil.

A Cnut debió de pasársele por la cabeza la idea de asaltar la ciudad, pero los daneses no son dados a los asedios: los hombres mueren al pie de las murallas o ahogados en los fosos que las rodean, y Cnut prefería preservar a todos los hombres de que disponía para la batalla que se disponía a librar contra las tropas de Etelredo cuando volviesen de Anglia oriental. Solo con la batalla ganada se plantearía el envío de hombres que pusieran sitio a una fortaleza romana. Dejando Gleawecestre de lado, corría el riesgo de que la guarnición efectuase una salida rápida y los atacase por la retaguardia, pero Cnut de sobra sabía lo que era el *fyrð* sajón, una fuerza defensiva muy a tener en cuenta, pero endeble a la hora de lanzar un ataque. Así que me imaginé que habría dejado doscientos o trescientos hombres para vigilar las murallas y que la guarnición no se moviese de donde estaba. Trescientos me pareció un número excesivo, porque un guerrero bien entrenado valía por seis o siete hombres del *fyrð*; por otra parte, y para que los víveres no escaseasen, los hombres que permanecían en el interior de la ciudad, dispondrían de pocos caballos, y si pensaban atacar a las fuerzas de Cnut necesitarían muchos más. No estaban allí para atacar a Cnut, por tanto, sino para defender el espléndido palacio y los tesoros que acumulaba Etelredo. En mi opinión, lo que más temía Cnut era que Eduardo de Wessex se pusiera en marcha para liberar la ciudad, pero, para entonces, me maliciaba que Cnut disponía de hombres vigilando el río Temes, preparados para plantar cara a cualquier ejército de sajones del oeste que pudieran atisbar. Y eso no habría de ocurrir de un día para otro. Pasarían días antes de que Eduardo pudiese reunir a su propio *fyrð* para defender los fortines sajones del oeste, reunir su ejército y plantearse qué hacer en cuanto a los desórdenes que se estaban produciendo en el norte.

Al menos, así lo veía yo.



Cabalgábamos por una tierra devastada.

Una tierra rica, sin embargo, de suelo fecundo, de ovejas bien cebadas y huertos cuajados de árboles frutales; una tierra de abundancia. Aquellas tierras, tan solo unos días antes salpicadas de prósperas aldeas, nobles mansiones y espaciosos graneros, solo albergaban humaredas, cenizas y muerte. En los campos, muerto yacía el ganado, pudriéndose, a merced de lobos, perros asilvestrados y cuervos. Aparte de los muertos, no quedaba un alma. Los daneses causantes de tamaña devastación habían seguido su camino en busca de más caseríos que saquear, y los supervivientes, si es que alguno quedaba, habrían huido en busca de refugio a un fortín. Cabalgábamos en silencio.

Seguimos una calzada romana que, recta, discurría a través de tanta desolación; las piedras miliares que aún quedaban en pie nos indicaban las millas que faltaban para llegar a Gleawecestre. Los daneses se percataron por primera vez de nuestra

presencia, cuando estábamos cerca de una de esas piedras, aquella con la inscripción «VII». Eran unos treinta o cuarenta, y debieron de habernos tomado por daneses porque, sin miedo, se llegaron hasta nosotros.

—¿Quiénes sois? —preguntó uno de ellos, cuando estaban a un paso de nosotros.

—El enemigo —contesté. Estaban demasiado cerca para volver sobre sus pasos y salir de allí por piernas y, quizá, mi respuesta los dejara atónitos. Hice una seña a los míos y, solo, seguí adelante.

—¿Quién sois? —volvió a preguntar el hombre. Con los brazos cubiertos de brazaletes de plata, vestía cota de malla y llevaba un yelmo ceñido en torno a un rostro enjuto y cetrino.

—Cuento con más hombres que vos, así que antes me gustaría saber cómo os llamáis.

Se quedó pensativo durante unos segundos. Entretanto, mis hombres se desplegaron, formando una hilera de jinetes armados hasta los dientes en disposición de atacar. El hombre en cuestión se encogió de hombros.

—Soy Torfi Ottarson.

—¿A las órdenes de Cnut?

—¿Y quién no?

—Yo.

Miró el martillo que llevaba al cuello.

—¿Quién sois? —me preguntó por tercera vez.

—Mi nombre es Uhtred de Bebbanburg —dije, con lo que me gané una mirada cargada de intranquilidad—. ¿Acaso pensabais que había muerto, Torfi Ottarson? —Me interesé a mi vez—. Quizás así sea. ¿Quién ha dicho que los muertos no puedan volver para tomarse cumplida venganza de los vivos? —Se llevó la mano a su martillo, abrió la boca como si se dispusiera a hablar, pero no dijo nada. Sus hombres no me quitaban los ojos de encima—. Así que, decidme, Torfi Ottarson, ¿vos y los que os acompañan venís de Gleawecestre?

—Donde hay muchos más de los nuestros —dijo, en tono desafiante.

—¿Estáis aquí para vigilar la ciudad? —le pregunté.

—Cumplimos las órdenes que hemos recibido.

—En ese caso, os diré lo que vais a hacer, Torfi Ottarson. ¿Quién está al frente de las tropas estacionadas en Gleawecestre?

Se lo pensó un momento hasta que consideró en que nada había de malo en darme una respuesta.

—El *jarl* Bjorguf.

Un nombre que no me sonaba de nada, pero que, al parecer, era uno de los hombres de confianza de Cnut.

—En ese caso, iréis a ver al *jarl* Bjorguf, y le diréis que Uhtred de Bebbanburg se dirige a Gleawecestre y que nada ni nadie se lo impedirá. Le diréis que tenga a bien franquearme el paso. Que no será él quien me lo impida.

Torfi esbozó una sonrisa aviesa.

—Vuestra fama os precede, mi señor, pero ni siquiera vos podréis derrotar a los hombres que tenemos en Gleawecestre.

—No vamos en busca de pelea.

—A lo peor, el *jarl* Bjorguf no ve las cosas como vos.

—Es probable —repuse—, pero le diréis algo más. —Alcé la mano, hice una seña y reparé en la cara que puso Torfi al ver que Finan y tres de los míos se acercaban en compañía de Frigg y los gemelos—. ¿Sabéis quiénes son? —le pregunté. Asintió—. Decidle, pues, al *jarl* Bjorguf que, si se atreve a plantarme cara, mataré a la niña en primer lugar, a continuación a su madre y, por último, al chico —añadí con una sonrisa—. Seguro que eso no le hará ninguna gracia al *jarl* Cnut, ¿no os parece? Su esposa y sus hijos degollados, ¿y todo porque el *jarl* Bjorguf se sentía con ganas de pelea?

Torfi no apartaba la vista de Frigg y los gemelos. Me imagino que no daba crédito a lo que veía, pero, al final, consiguió articular unas palabras.

—Pondré al tanto al *jarl* Bjorguf —dijo con una voz que no podía ocultar su sorpresa—, y os trasladaré su respuesta.

—No os molestéis —repuse—. Sé cuál será su respuesta. Id a verlo y decidle que Uhtred de Bebbanburg se dirige a Gleawecestre y que no hará nada para impedirlo. Y pensad que sois un hombre afortunado, Torfi.

—¿Afortunado?

—Os habéis cruzado conmigo y seguís con vida. Ahora, aire.

Se dieron media vuelta y se fueron. Sus caballos estaban mucho menos cansados que los nuestros, de modo que, antes de que nos diéramos cuenta, estaban tan lejos que los habíamos perdido de vista. Le dediqué una sonrisa a Finan.

—Deberíamos disfrutar de este momento —le comenté.

—A menos que quieran hacerse los héroes y rescatarlos.

—No se atreverán —dije. Acomodé a la pequeña Sigril en el caballo de Rolla, quien, espada en mano, se puso en marcha. Cnut Cnutson compartía silla de montar con Swithun que, al igual que Rolla, llevaba la espada desenvainada. Grigg echó a andar entre Eldgrim y Kettil; daba la impresión de que no se había enterado de nada de lo que había pasado. Se limitaba a sonreír. Delante de Frigg y sus hijos, y al frente de nuestra columna, dos portaestandartes porque, por primera vez desde que dejáramos atrás Bearddan Igge, al aire ondeaban el caballo encabritado de Mercia y la cabeza de lobo de Bebbanburg.

Mientras, los daneses solo nos miraban al pasar.

Llegamos, por fin, a Gleawecestre. Reparé en que habían quemado las casas que había al pie de las altas murallas y despejado el lugar que ocupaban, de forma que los defensores de la ciudad pudiesen ver si se acercaban tropas enemigas. En lo alto de las murallas, un montón de puntas de lanza en las que se reflejaban los rayos de sol de última hora de la tarde. A mi izquierda, los daneses a las órdenes de Bjorguf

habían levantado unos parapetos, de modo que los hombres que vigilaban la ciudadela se asegurasen de que los hombres del *fyrð* no intentaban una salida rápida. Habría unos cuatrocientos hombres, aunque no era fácil echar la cuenta porque, en el momento en que se percataban de nuestra presencia, se ponían a cabalgar a ambos lados de nuestra columna, aunque siempre una distancia respetuosa. Ni siquiera nos cubrían de insultos; se limitaban a vigilarnos.

Cuando estábamos a una milla más o menos de la puerta norte de la ciudad, un hombre fornido de bigote pelirrojo que empezaba ya a grisear espoleó su caballo y se acercó a nosotros. Con él venían dos hombres más jóvenes; ninguno llevaba escudo, solo las espadas envainadas.

—Vos debéis de ser el *jarl* Bjorguf —le dije a modo de saludo.

—En efecto.

—Da gusto ver el sol, ¿verdad? —añadí—. No recordaba un verano tan pasado por agua. Ya empezaba a pensar que nunca iba a parar de llover.

—Haríais bien —replicó— en entregarme a la familia del *jarl* Cnut.

—Campos y campos de centeno pudriéndose bajo la lluvia —añadí—. Nunca había visto tantas cosechas echadas a perder.

—El *jarl* Cnut se mostrará clemente.

—Más deberíais preocuparos de mi clemencia, que no de la suya.

—Si les pasa algo... —empezó a decir.

—No seáis necio —repliqué con aspereza—, pues claro que les pasará. A menos, claro, que hagáis exactamente lo que os diga.

—Yo... —balbució de nuevo.

—Mañana por la mañana —como si no lo hubiera interrumpido—, os llevaréis a vuestros hombres de aquí. Os dirigiréis al este, a lo alto de esas colinas; al mediodía, os habréis ido.

—Nosotros...

—Todos, vosotros y vuestros caballos, a lo alto de las colinas. Y os quedaréis allí, en un lugar desde donde no podáis divisar la ciudad, y si, para el mediodía, veo un solo danés en algún sitio próximo a Gleawecestre, le rajaré la barriga a la hija de Cnut y os enviaré sus tripas como presente —añadí con una sonrisa—. Ha sido un placer hablar con vos, Bjorguf. Cuando enviéis un mensajero al *jarl*, enviadle saludos de mi parte y decidle que le he hecho el favor que me pidió.

Bjorguf frunció el ceño.

—¿Que el *jarl* os pidió un favor?

—Pues sí. Me pidió que averiguara quién le odia y que diese con aquel que se había llevado a su mujer y a sus hijos. La respuesta a ambas preguntas, Bjorguf, es Uhtred de Bebbanburg. Podéis decírselo así. Y ahora, largo de aquí; apestáis como una cagarruta da cabra remojada en orines de gato.

Así fue cómo llegamos a Gleawecestre; las imponentes hojas de la puerta norte se nos abrieron de par en par y retiraron las barricadas que habían dispuesto en el

interior y, desde las murallas, los hombres nos recibieron con gritos de alborozo al ver cómo nuestros dos estandartes se inclinaban para pasar bajo el arco romano. Los cascos de los caballos retumbaron con estrépito en el antiguo empedrado y, calle adelante, esperándonos, estaba Osferth, más contento de lo que nunca lo había visto. A su lado, el obispo Wulfheard, el mismo que había quemado mi propiedad y, por encima de los dos, en un caballo con gualdrapa plateada, aquella mujer que era mi tesoro máspreciado, Etelfleda de Mercia.

—Os dije que daría con vos —le dije, encantado.

Y allí estaba.



Siempre que había ido a ver a mi primo Etelredo, cosa que rara vez hacía y siempre a regañadientes, solo había estado en la residencia que poseía a las afueras de Gleawecestre, residencia que, para entonces, me imaginaba reducida a cenizas. Rara vez había estado en el interior de la ciudad, aún más impresionante que Ceaster. El palacio era un torreón de finos ladrillos romanos que, tiempo atrás, debían de haber estado revestidos de paños de mármol, aunque la mayoría habían sido calcinados para obtener cal; solo quedaban unas pocas y herrumbrosas abrazaderas de hierro que, desde su tiempo, mantenían el mármol en su sitio. Cubrían en parte aquellos ladrillos unas colgaduras de cuero con imágenes de santos, entre las que no podía faltar la de un san Oswaldo descuartizado a manos de un animal despiadado que, con la cara desencajada y los dientes ensangrentados, parecía estar vociferando, en tanto que Oswaldo mostraba una sonrisa desmayada, como si diera la bienvenida a la muerte. Lo irónico de aquella escena era que el bestia despiadado en cuestión no era otro que Penda, un natural de Mercia, en tanto que la cara de lelo de la víctima era clavada a la de un natural de Northumbria que había sido un enemigo jurado de Mercia, pero de todos es sabido que, tratándose de cristianos, no hay que andarse con sutilezas. Hasta el punto de que, en aquellos momentos, a Oswaldo lo veneraban sus enemigos y un ejército de Mercia había cruzado Britania para dar con sus huesos.

En el suelo del salón, uno de aquellos intrincados mosaicos romanos que, en aquel caso, representaba a unos guerreros que aclamaban a un caudillo, de pie en un carro tirado por dos cisnes y un pez. Quién sabe si la vida no sería muy distinta en aquellos tiempos. Unos enormes pilares soportaban un techo abovedado donde aún se veían restos de yeso cubiertos de pinturas que podían apreciarse aún entre las manchas de humedad; en un extremo del salón se alzaba un estrado de madera en el que mi primo había dispuesto un trono revestido con tela roja. Había un segundo trono, más bajo, lo más seguro el que ocupaba su nueva mujer, aquella que quería ser reina a toda costa. De un puntapié, mandé aquel asiento fuera del estrado, me acomodé en el sillón escarlata y me quedé mirando a los ricos hombres de la ciudad.

Clérigos y laicos, todos de pie sobre el mosaico del carro, parecían avergonzados.

—Sois todos unos necios —bramé—, unos lameculos, unos mierdas y unos entrometidos. —Estaba dispuesto a pasármelo en grande.

Debía de haber unos cuarenta naturales de Mercia en aquella estancia, todos *ealdormen*, curas o *thegns*, los hombres a los que Etelredo había encomendado la defensa de la ciudad en tanto que él marchaba a Anglia oriental en busca de la gloria. Etelfleda también estaba presente, pero mis hombres la rodeaban y la mantenían separada de los demás. No era la única mujer que allí había. De pie, junto a uno de aquellos pilares, vi a mi hija Stiorra, que formaba parte del entorno de Etelfleda; su preciosa cara alargada y seria se me antojó la viva imagen de su madre. Junto a ella, otra muchacha, igual de alta pero de cabellos rubios, no morena como mi hija, que me resultaba familiar, pero que no me acababa de encajar con nadie conocido. Le dirigí una mirada larga y penetrante, más por su indiscutible belleza que por avivar mis recuerdos, pero ni aun así pude identificarla, así que me volví a los hombres allí congregados.

—¿Quién de vosotros —pregunté— está al frente de la guarnición de la ciudad?

Hubo un momento de silencio, hasta que, por fin, el obispo Wulfheard dio un paso adelante, mientras se aclaraba la garganta.

—Yo —dijo.

—¡Vos! —exclamé, con voz de asombro.

—Lord Etelredo me encomendó la defensa de la ciudad —repuso a la defensiva. Me lo quedé mirando, alargando el silencio.

—¿Hay una iglesia por aquí? —pregunté, al cabo de un rato.

—Faltaría más.

—En tal caso, y si no tenéis inconveniente, mañana celebraré misa —añadí—, y os echaré un sermón. Repartiré pan duro y os daré pésimos consejos, como cualquiera de vosotros. —Se produjo un silencio, solo interrumpido por la risita tonta de una muchacha. Etelfleda se volvió de inmediato para acallar las risas incontenibles de aquella muchacha alta, rubia y preciosa que estaba de pie junto a mi hija. La reconocí entonces, porque siempre había sido una criatura alocada y frívola. Era Elwynn, la hija de Etelfleda; pensaba que seguía siendo una niña, pero ya no lo era. Le guiñé un ojo, mas solo conseguí que rompiera a reír de nuevo.

—¿Por qué habría de dejar Etelredo a un obispo al mando de la guarnición? —me pregunté, volviéndome para mirar al obispo Wulfheard—. ¿Acaso habéis participado alguna vez en una batalla? Sé que vos quemasteis mis graneros, pero eso no es una batalla, apestosa mierda de rata. Las batallas se libran en el muro de escudos. Cuando se huele el aliento de vuestro contrincante que, hacha en mano, trata de sacaros las tripas; es una mezcla de sangre, mierda, alaridos, dolor y pavor. Es pisotear las tripas de los vuestros mientras vuestros enemigos acaban con ellos. Ver a hombres que aprietan los dientes con tanta fuerza que se los saltan. ¿Habéis participado alguna vez en una batalla? —No dijo nada; solo se le veía indignado—. ¡Os he hecho una

pregunta! —grité.

—No —admitió.

—En tal caso, no estáis en condiciones de estar al frente de la guarnición —sentenció.

—Pero lord Etelredo... —comenzó a decir.

—Bastante tiene con mearse encima en Anglia oriental —repliqué—, y preguntarse cómo volverá a casa. Os dejó al mando porque sois un lameculos servil en quien confía, igual que se fio de Haesten. Porque fue Haesten quien os aseguró que tenía a la familia de Cnut en sus manos, ¿no es así?

Unos pocos hombres asintieron en silencio. El obispo calló la boca.

—Haesten —continué— es un traidor, un rastrero traidor que supo cómo engañaros. Siempre fue leal a Cnut, pero todos le creísteis porque estos curas, que piensan con el culo, os aseguraban que Dios estaba de vuestra parte. Ahora sí que lo está. Me ha enviado a mí, y traigo conmigo a la mujer y a los hijos de Cnut, y también estoy furioso.

En cuanto dije esto último, me puse en pie, bajé del estrado y me acerqué a Wulfheard.

—Estoy furioso —repetí—, porque quemasteis mis propiedades. Tratasteis de conseguir que el populacho acabara conmigo. Les dijisteis que Dios vería con complacencia a quienquiera que me matara. ¿Os acordáis de eso, apestosa cagarruta de rata?

Wulfheard no dijo nada.

—Dijisteis de mí que era una abominación —continué—. ¿Os acordáis? —bramé, sacando a *Hálito de serpiente* de la vaina. Hizo un ruido estridente, sorprendentemente fuerte, mientras su larga hoja se deslizaba por el brocal. Wulfheard emitió un grito de terror y retrocedió en busca de amparo junto a cuatro curas que habían ido con él, pero no llegué a amenazarlo. Tomé la espada por la hoja y se la ofrecí por la empuñadura—. Adelante, pedo de sapo, alcanzad las bendiciones de vuestro dios y acabad con esta abominación pagana. —Sin saber qué hacer, se me quedó mirando—. Acabad conmigo, cerebro de babosa —le insistí.

—Yo... —comenzó a decir, antes de quedarse sin palabras y retroceder un paso más.

Fui tras él y uno de aquellos curas, un hombre joven, hizo ademán de detenerme.

—Tocadme —le dije—, y esparciré vuestras tripas por el suelo. Soy el asesino de curas, ¿acaso lo habéis olvidado? Un hombre maldito por Dios, una abominación. Soy el hombre al que odiáis a muerte. Acabo con los curas como otros matan avispas. Soy Uhtred. —Volví a mirar a Wulfheard y le tendí la espada de nuevo—. Adelante, babosa pomposa —lo desafié—, ¿acaso no tenéis estómago para acabar conmigo? —Meneó la cabeza y siguió sin decir nada—. Soy el hombre que mató al abad Wihtred —le recordé—, y me maldijisteis por eso. ¿Por qué no acabáis conmigo? —Esperé, mientras observaba el miedo que se dibujaba en el rostro del obispo y, en ese

momento, recordé la extraña reacción de los gemelos cuando el padre Wissian entrara en la estancia principal de Ceaster. Me volví a Etelfleda—: ¿No me dijisteis que el abad Wihtréd era natural de Northumbria?

—Y lo era.

—¿Y apareció de repente con sus soflamas sobre san Oswaldo? —le pregunté.

—El bienaventurado san Oswaldo procedía de Northumbria —terció el obispo, como si sus palabras fueran a tranquilizarme.

—¡Eso ya lo sabía! —bramé—. ¿Y a nadie se le pasó por la cabeza que quizá Cnut lo convenciera para que se diera una vuelta por el sur? Cnut es quien lleva las riendas en Northumbria, y quería embelecar al ejército de Mercia con la idea de apoderarse de Anglia oriental, y allá que se fueron, fiándose de los milagros que obraría su cadáver, como él les dejara dicho. ¡Wihtréd era uno de los suyos! Los hijos de Cnut lo llamaban «tío». —No sabía si estaba en lo cierto, claro está, pero parecía lo más probable. El danés había actuado con astucia—. ¡Todos vosotros sois unos necios! —Al tiempo, le tendí la espada a Wulfheard una vez más—. ¡Acabad conmigo, traidor de mierda! —le insistí—. De lo contrario, me pagaréis por el destrozo que causasteis en Fagranforda. Me pagaréis con oro y plata, de modo que pueda reconstruir mis propiedades, mis graneros y mis establos a vuestra costa. Porque eso es lo que voy a hacer, ¿no es así?

Asintió. No tenía otra elección.

—¡Así me gusta! —grité alborozado. Devolví a *Hálito de serpiente* a su vaina y me volví a subir al estrado—. Dama Etelfleda —dije, con mucha ceremonia.

—Lord Uhtred —contestó, en el mismo tono.

—¿Quién pensáis que debería estar al frente de la ciudad?

Vaciló un momento, mientras observaba a los hombres de Mercia.

—Merewalh es tan válido como cualquiera de nosotros —dijo.

—¿Y qué me decís de vos? —le pregunté—. ¿Por qué no os ponéis vos al frente?

—Porque sé que haré lo que vos digáis —dijo, sin que le temblara la voz. Los hombres allí presentes se revolvieron incómodos, pero nadie dijo nada. Pensé en llevarle la contraria, pero decidí que era mejor no gastar saliva.

—Merewalh —dije—, poneos al mando de la guarnición. Dudo que Cnut vaya a atacarnos, porque he tratado de que se dirija al norte, pero puedo estar equivocado. ¿De cuántos guerreros en condiciones dispone la ciudad?

—Ciento cuarenta y seis —repuso Etelfleda—, la mayoría son de los míos. Algunos eran de los vuestros tiempo atrás.

—Todos vendrán conmigo —repliqué—. Merewalh, podéis quedaros con diez de los vuestros; el resto vendrá conmigo. Cuando sepa que la ciudad está a salvo, quizás envíe a alguien a buscaros, porque no me gustaría que os perdierais la batalla. Será una de esas que se libran a cara de perro. ¡Obispo! ¿No os apetecería enfrentaros con un montón de paganos?

Wulfheard se me quedó mirando. Sin lugar a dudas, estaba rezando a su dios

crucificado para que enviara un *rayo* que me dejara seco en el sitio, pero el dios crucificado no pareció atender sus ruegos.

—Os pondré al día de lo que está pasando —dije, dando vueltas por el estrado mientras hablaba—. Al frente de unos cuatro mil hombres, el *jarl* Cnut ha invadido Mercia. Está destruyendo Mercia, quemando y matando, y Etelredo —con toda intención omití el tratamiento de «señor» tiene que volver para poner fin a tanta destrucción. ¿De cuántos hombres dispone Etelredo?

—Mil quinientos —musitó alguien.

—Si no lo hace —continué—, Cnut irá a por él, incluso a Anglia oriental si es preciso. Quizás eso sea lo que esté haciendo ahora mismo. Va a por Etelredo y confía en acabar con él antes de que los sajones del oeste vengan al norte. Así que nuestra tarea consiste en mantener a Cnut lejos de Etelredo y entretenerlo mientras los sajones del oeste reúnen su ejército y se dirigen a apoyar a Etelredo. ¿De cuántos hombres podría disponer Eduardo? —le pregunté a Osferth.

—Entre tres y cuatro mil —respondió.

—¡Bien! —contesté con una sonrisa—. Superaremos en número a las fuerzas de Cnut, les sacaremos las tripas y se las echaremos a los perros.

El *ealdorman* Deogol, un hombre de escasas luces, cuyas propiedades estaban al norte de Gleawecestre, frunció el ceño.

—¿Pensáis llevaros a los hombres al norte?

—Así es.

—Y llevaros a casi todos los guerreros mejor preparados —continuó, lanzándome una mirada cargada de reproches.

—En efecto —dije.

—Pero hay daneses en las inmediaciones de la ciudad —añadió, quejoso.

—Igual que entré en la ciudad puedo salir de ella —repuse.

—Y si se dan cuenta de que los mejores guerreros se van —alzando la voz—, ¿qué les impedirá atacarnos?

—En cuanto a eso, se van mañana —repliqué—. ¿No os lo había dicho? Se van, y vamos a quemar sus naves.

—¿Se van? —insistió Deogol, que no acababa de creérselo.

—Así es; se marchan —dije.

Confíe en que estuviera en lo cierto.



—No tuvisteis piedad con el obispo Wulfheard —me comentó Etelfleda aquella noche. Estábamos en la cama. Me imaginaba que en el lecho de su marido; me daba lo mismo—. Os ensañasteis con él —añadió.

—Tampoco fue para tanto.

—Es un buen hombre.

—Es un cagueta —dije; ella emitió un suspiro—. Ælfwynn se ha convertido en una muchacha preciosa —añadí.

—Con cabeza de pájaros —comentó su madre, con aspereza.

—Pájaros que embelesan.

—Y lo sabe —dijo Etelfleda—; por eso se comporta como una necia. Ojalá solo hubiera tenido hijos varones.

—Siempre me gustó vuestra hija.

—Con tal de que sean bonitas, a vos os gustan todas las mujeres —replicó, con un mohín de desaprobación.

—Pues sí, estáis en lo cierto. Pero solo os amo a vos.

—Y a Sigunn, y a media docena más.

—¿Solo media docena?

Me dio un pellizco.

—Frigg es muy bonita.

—Frigg —repuse— es hermosa hasta perder el sentido.

Se quedó pensativa un instante y, rezongando, asintió.

—Lo es. ¿Cnut vendrá a buscarla?

—Vendrá a por mí.

—Siempre tan humilde.

—Lo he herido en su amor propio. Vendrá.

—Los hombres y su amor propio.

—¿Preferís que sea humilde?

—Sería como esperar que la luna empezase a dar volteretas —dijo. Ladeó la cabeza y me estampó un beso en la mejilla—. Osferth está enamorado —añadió—; ¿no os parece enternecedor?

—De Ingulfrid.

—Me gustaría conocerla —dijo Etelfleda.

—Es despierta —comenté—; muy inteligente.

—Igual que Osferth; se merece a alguien tan despierto como ella.

—Voy a enviarlo de vuelta con vuestro hermano —le dije. Tras transmitirle a Eduardo el mensaje que yo le había dado, Osferth había ido al norte; Eduardo lo había enviado a Gleawecestre para que le dijese a Etelfleda que volviera a Wessex, orden que, a la vista estaba, había pasado por alto. Osferth había llegado a Gleawecestre tan solo unas horas antes de que los daneses desembarcasen al sur de la ciudad; en aquel momento necesitaba que volviera y metiera prisa a los sajones—. ¿Sabéis si vuestro hermano está reuniendo un ejército?

—Eso dice Osferth.

—Pero ¿para traerlo al norte? —reflexioné en voz alta.

—No le queda otra —repuso Etelfleda, con voz desmayada.

—Le diré a Osferth que lo haga venir aunque sea a patadas —dije.

—Osferth no hará tal cosa —respondió—, y estará encantado de volver a Wessex. En Wintanceaster dejó a la dama de sus sueños.

—Y yo dejé a la mía en Gleawecestre —repuse.

—Sabía que volveríais —apretándose contra mí y acariciándome el pecho.

—Por un momento, pensé en unirme a Cnut —le dije.

—No me lo creo.

—Quería que fuese aliado suyo —añadí—, y, ya veis, ahora tendré que acabar con él. —Pensaba en su espada, *Carámbano de hielo*, y en su reputación como espadachín y, en aquel momento, sentí un escalofrío.

—Y lo haréis.

—Claro —mientras me preguntaba si, con la edad, Cnut habría perdido facultades. ¿Y yo, las habría perdido?

—¿Qué pensáis hacer con el chico?

—¿Con el hijo de Ingulfrid? Devolvérselo a su padre en cuanto haya ajustado cuentas con Cnut.

—Osferth me contó que a punto estuvisteis de recuperar Bebbanburg.

—Con eso no basta.

—No. Ya me lo imagino. Pero ¿qué habríais hecho si lo hubierais conseguido? ¿Os habríais quedado allí?

—Para siempre jamás —dije.

—¿Y yo?

—Habría enviado a buscaros.

—Esta es mi tierra. En estos momentos, soy una mujer de Mercia.

—No habrá Mercia —le dije a bocajarro— hasta que no hayamos acabado con Cnut.

Se quedó tendida en silencio durante un buen rato.

—¿Y si es él quien se alza con la victoria? —preguntó al cabo.

—En ese caso, llegarán del norte un millar de barcos para unirse a él, hombres de Frisia y de todas las tierras del norte, y todo aquel que sea capaz de empuñar una espada y ande en busca de tierras cruzará el río Temes.

—Y ya no habrá Wessex —dijo.

—Ni Wessex, ni país de los anglos.

Qué raro me sonaba aquel nombre. Ese era el sueño de su padre: levantar un país que sería conocido como «tierra de los anglos». El país de los anglos. Me quedé dormido.

CUARTA PARTE

Carámbano de hielo

Capítulo XI

Pero los daneses no se fueron de Gleawecestre.

No por decisión de Bjorguf, o eso pensaba yo, porque tendría que haber enviado un mensajero al este que volviese con órdenes para saber qué hacer y, sin embargo, a la mañana siguiente, una embajada danesa a caballo se acercaba a las murallas de Gleawecestre. Los corceles miraban bien dónde pisaban antes de asentar las pezuñas en lo que quedaba de las casas que habían echado abajo del otro lado de las murallas. Seis hombres la componían; al frente, un portaestandarte con una rama frondosa para darnos a entender que venían en son de paz, no en busca de gresca. Bjorguf formaba parte del séquito, pero, a la hora de llevar las conversaciones, había cedido su puesto a un hombre alto, de cejas espesas y larga barba pelirroja trenzada y anudada en los extremos, de los que pendían unos pequeños aros de plata. Con cota de malla y espada al costado, no llevaba yelmo; tampoco escudo. Los brazos, cargados de brazaletes de guerra; al cuello, una cadena de pesados eslabones de oro. A unos veinte pasos del foso, hizo una seña a los suyos para que se detuviesen; luego, se adelantó solo hasta el borde del foso; retuvo su montura y miró a lo alto de las murallas.

—¿Sois Uhtred? —me preguntó a voces.

—En efecto, soy Uhtred.

—Soy Geirmund Eldgrimson —dijo.

—He oído hablar de vos —dije, y era cierto. A la hora de librar batallas, era uno de los lugartenientes de Cnut, un hombre con fama de temerario y despiadado. Sabía que sus propiedades quedaban al norte de Northumbria, donde se había labrado una reputación a fuerza de plantar cara a los escoceses, siempre dispuestos a ir al sur para saquear, violar y hacer cautivos.

—El *jarl* Cnut os envía saludos —dijo Geirmund.

—Tened la bondad de devolvérselos —repuse, con idéntica cortesía.

—El *jarl* pensaba que habíais muerto —continuó Geirmund, acariciando las crines de su caballo con una mano enguantada.

—A mí también me había llegado.

—Y lo lamentó mucho.

—¿Ah, sí? —pregunté sorprendido.

Geirmund me dirigió una mueca que supuse que debía de tomar por una sonrisa.

—Le habría gustado tener el placer de hacerlo en persona —añadió, en el mismo tono, como si no buscase empezar un intercambio de insultos. Todavía no, cuando menos.

—En ese caso, estará encantado de que siga con vida —respondí en el mismo tono.

Geirmund asintió.

—Por eso, el *jarl* no ve la necesidad de enzarzarse en una pelea con vos —añadió—, y me pide que os transmita una propuesta.

—Que escucharé con sumo interés.

Geirmund calló la boca un momento mientras echaba una ojeada a su derecha y a su izquierda. Examinó las murallas y observó el foso y las estacas, al tiempo que hacía un cálculo aproximado de cuántas lanzas asomaban en lo alto del parapeto romano. Dejó que se tomara el tiempo que estimase oportuno para que viera lo imponentes que eran nuestras defensas. Se fijó en mí de nuevo.

—Esta es la propuesta del *jarl* Cnut —continuó—: si le devolvéis a su esposa y a sus hijos sanos y salvos, regresará a su territorio.

—Generosa oferta —comenté.

—El *jarl* es un hombre generoso —aseveró Geirmund.

—No soy yo la persona que está al mando —repuse—, pero hablaré con los ricos hombres de la ciudad. Os daré una respuesta dentro de una hora.

—Os aconsejo que aceptéis la oferta —remachó Geirmund—. El *jarl* es un hombre generoso, pero la paciencia no es su fuerte.

—Una hora —repetí, y me retiré hasta donde no me viera.

Aquello me pareció interesante, qué duda cabe. ¿De verdad se le habría ocurrido a Cnut semejante oferta? Si era cierta, no tenía intención de cumplir su parte. Si entregaba a Frigg y a los niños nos veríamos privados de la escasísima ventaja que manteníamos sobre él y, si así fuera, se mostraría más despiadado. De modo que la oferta era pura patraña, de eso estaba seguro, pero ¿de verdad se le habría ocurrido a Cnut? Me imaginaba que Cnut y el grueso de su ejército estaban en la otra punta de Mercia, a la espera de abalanzarse sobre las tropas, muy inferiores en número, de Etelredo, en cuanto saliesen de Anglia oriental. Y si estaba en lo cierto, era imposible que un mensajero hubiera dado con él y estuviera de vuelta en Gleawecestre al día siguiente de mi llegada. Me imaginaba que dicha oferta no era sino una argucia de Geirmund.

Como es natural, el obispo Wulfheard no compartió mi punto de vista.

—Si Cnut vuelve a su territorio —dijo—, nos habremos alzado con la victoria que buscábamos sin derramamiento de sangre.

—¿Victoria? —pregunté, extrañado.

—¡Los paganos se habrán ido de nuestras tierras! —se despachó el obispo.

—Tras arrasarlas —repuse.

—Exigiremos compensaciones, claro —el obispo se acababa de dar cuenta de por dónde iba yo.

—Sois un necio entrometido —aseveré. Nos encontrábamos en la misma estancia que el día anterior, donde había puesto al tanto de la oferta de los daneses a los *thegns* y eclesiásticos allí reunidos. Les expliqué por qué me parecía un ardid—. Cnut está muy lejos de aquí —les dije—, en algún punto de la frontera con Anglia oriental; por

tanto, Geirmund no ha tenido tiempo de enviar un mensajero y que este haya vuelto aquí con la respuesta, así que se ha inventado una oferta. Trata de engañarnos para que le devolvamos a la familia de Cnut; en nuestras manos está hacerle ver que tiene que marcharse de Gleawecestre.

—¿Por qué? —preguntó uno de los hombres—. Quiero decir que si están aquí, al menos sabemos dónde andan, y la ciudad dispone de recursos suficientes para plantarles cara.

—Porque aquí es donde está amarrada su flota —repuse—. Si las cosas no le salen como espera, y no otra es mi intención, retornará a sus naves. No quiere exponerse a perder ciento sesenta y ocho barcos. Pero, si los quemamos, tendrá que volver al norte, y ahí es donde pienso atraparlo.

—¿Por qué? —insistió el hombre. Era uno de los *thegns* de Etelredo, así que no podía ponerse de mi parte. Toda la Mercia sajona estaba dividida entre quienes apoyaban a Etelredo y quienes estaban de parte de la mujer de la que vivía por separado, Etelfleda.

—Porque en este preciso instante —repliqué con rabia—, su ejército se encuentra entre las tropas de Etelredo y el ejército del rey Eduardo y, en tanto no se mueva de allí, los dos ejércitos no podrán unirse; así que tengo que quitarlo de en medio.

—Lord Uhtred sabe lo que se hace —advirtió con tacto Etelfleda a los presentes.

—Decidles que, si no se van, mataréis a sus hijos —apuntó uno de los curas de Wulfheard.

—Nada de amenazas hueras —repliqué.

—¿Hueras? —El obispo estaba fuera de sí.

—Ya sé que os extrañará —le dije—, pero tengo fama de que jamás mato a mujeres ni a niños. A lo mejor porque soy pagano, no cristiano. —Etelfleda emitió un suspiro—. Aun así, tenemos que conseguir que los daneses se vayan de Gleawecestre —continué— y, a menos que degüelle a uno de los pequeños, Geirmund no se moverá de aquí.

Eso lo entendieron a la primera. Quizá yo no les cayese bien, pero mi razonamiento era impecable.

—La chica, pues —dijo el obispo Wulfheard.

—¿La niña?

—Es la que menor valor tiene —añadió; al ver que yo no decía nada, intentó explicarse—: ¡Solo es una niña!

—¿Por eso vamos a matarla? —me interesé.

—¿Acaso no es eso lo que acabáis de proponer?

—¿Os encargaráis vos? —le pregunté.

Abrió la boca, se dio cuenta de que no tenía nada que decir y la cerró de nuevo.

—Nosotros no matamos a niños pequeños —dije—. Esperamos a que crezcan y, entonces, acabamos con ellos. Que os quede claro. Así que, ¿cómo vamos a deshacernos de Geirmund? —nadie dijo nada. Etelfleda me observaba con gesto de

preocupación—. ¿Y bien? —insistí.

—¿Pagándole? —apuntó el *ealdorman* Deogol, con voz casi inaudible, mientras echaba un vistazo a su alrededor en busca de apoyo—. Somos los encargados de custodiar el tesoro de lord Etelredo —añadió—, así que podemos hacerlo.

—Pagad a un danés para que se vaya —le dije—, y al día siguiente se presentarán en tromba para que les paguéis de nuevo.

—¿Qué vamos a hacer entonces? —preguntó Deogol, apesadumbrado.

—Matar a la niña, ¿qué, si no? —repuse—. Obispo —continué, mirando a Wulfheard—, haced algo útil. Hablad con los curas de la ciudad e informaos de si, la semana pasada, ha muerto alguna pequeña en la ciudad. Tendrá que ser de unos seis o siete años. Si así fuera, exhumadla. Decidles a sus padres que la vais a hacer santa, ángel, o cualquier cosa que los deje satisfechos. Luego, llevad el cadáver a las murallas, ¡pero sin que os vean los daneses! ¿Merewalh?

—¿Mi señor?

—Id en busca de un cerdito. Llevadlo a las murallas, pero escondedlo tras el parapeto, de forma que los daneses no se den cuenta de que está allí. ¿Finan? Llevad a Frigg y a los gemelos a las murallas.

—Un cerdito —replicó el obispo Wulfheard, con sorna.

Lo miré fijamente y, a continuación, alcé una mano para detener a Merewalh, que estaba a punto de abandonar la estancia.

—Quizá no nos haga falta un cerdito —dije, arrastrando las palabras, como si se me hubiera ocurrido algo mejor—. ¿Por qué desaprovechar un cerdito cuando tenemos un obispo tan a mano?

Wulfheard salió por piernas.

Y Merewalh se fue en busca del cerdito.



Geirmund estaba esperando, aunque, para entonces, se le habían unido casi una veintena de hombres. Habían dejado los caballos a unos cien pasos del foso, aunque los jinetes estaban más cerca y, por lo visto, de un humor excelente. Unos criados les habían llevado cerveza, pan y carne; junto a ellos, media docena de chavales, los hijos, me imaginé, de los guerreros que se habían unido a Geirmund para ser testigos de aquel enfrentamiento con Uhtred de Bebbanburg, cuya reputación iba más allá de la de un simple asesino de mujeres y niños. Cuando me dejé ver, Geirmund estaba dando buena cuenta de un muslo de pato, pero se deshizo de él y se acercó a las murallas.

—¿Habéis tomado una decisión? —me preguntó a voces.

—Vos me habéis obligado a hacerlo —repuse.

Esbozó una sonrisa. Como no era un hombre muy dado a tales gestos, su sonrisa

se asemejaba a una mueca, pero he de reconocer que al menos lo intentó.

—Ya os dije que el *jarl* es clemente.

—¿Y se irá de la Mercia sajona?

—¡Lo ha prometido!

—¿Y pagará una reparación por los danos que ha causado en las tierras de lord Etelredo? —le pregunté.

Vaciló un momento, pero, al cabo, asintió.

—Estoy seguro de que lo hará. El *jarl* es un hombre con quien es posible entenderse.

«Y vos», pensé para mis adentros, «sois un cabrón mentiroso».

—¿Así que el *jarl* nos pagará oro y volverá a su territorio?

—Tal es su deseo, pero solo si le entregáis sana y salva a su familia.

—Nadie les ha hecho daño alguno ni vejado —le di mi palabra—. Lo juro por la saliva de Thor —y escupí para hacerle ver que lo que decía iba en serio.

—Me alegra oír eso —dijo Geirmund, escupiendo a su vez para darme a entender que daba por buena mi palabra—; el *jarl* también se alegrará —añadió, al tiempo que trataba de sonreír de nuevo, porque Frigg y los dos pequeños acababan de aparecer en lo alto de la muralla. Llegaron escoltados por Finan y cinco de mis hombres. A Frigg se la veía asustada y delicadamente hermosa. Llevaba una túnica de hilo que le había dejado Etelfleda, de color amarillo muy pálido; los dos gemelos se aferraban a sus faldas. Geirmund se inclinó al verla—. Señora —dijo con mucha ceremonia, antes de volver a mirarme a mí—. ¿No sería mejor, lord Uhtred —dejó caer—, que permitieseis que la dama y sus hijos salieran por la puerta?

—¿Por la puerta? —con cara de sorpresa, como si no entendiera lo que me decía.

—¿No pretenderéis que crucen a nado este foso pestilente?

—No —repliqué—; os los arrojaré desde aquí mismo.

—¿Que vais a...? —empezó a decir, antes de callar la boca al Ver que me había hecho con la pequeña, Sigril, y la había colocado delante de mí. Aterrorizada, la niña se puso a gritar, mientras su madre, retenida por Finan, trataba de abalanzarse sobre ella. Con el brazo izquierdo, sujeté a Sigril por el cuello mientras, con la mano derecha, sacaba un cuchillo del cinturón.

—Os la arrojaré en trocitos —le grité a Geirmund, mientras me hacía con los largos cabellos negros de Sigril—. Sujetadla —ordené a Osferth y, mientras la retenían, le corté un mechón de pelo que arrojé al aire desde lo alto de la muralla. La niña gritaba con todas sus fuerzas cuando la obligué a ponerse de rodillas, de forma que el parapeto la hurtase a la vista de Geirmund. Le tapé la boca con la mano y le hice una seña al hombre que se ocultaba tras el parapeto, quien clavó un cuchillo en el pescuezo del cerdito. El animal profirió un alarido, y la sangre que salía a borbotones salpicó todo a su alrededor. Los daneses, al pie de las murallas, solo podrían ver la sangre tras oír aquel chillido estremecedor, antes de ver cómo Rolla descargaba un hacha.

Amarillenta y cerúlea, la niña muerta olía queapestaba. Rolla le acababa de cortar una pierna, y el hedor que desprendía era tan hediondo como el que impregna la guarida del Destripador de Cadáveres. Rolla se inclinó, embadurnó la pierna amputada en la sangre del cerdito y la lanzó por encima de la muralla. Se hundió en el foso, y descargó el hacha de nuevo, cortándole un brazo.

—¡Madre de Dios bendita! —dijo Osferth, al límite de sus fuerzas. Aterrorizada y con unos ojos como platos, boqueando, Frigg se resistía. Con la preciosa túnica salpicada de sangre, los daneses que contemplaban el espectáculo debieron de pensar que, con sus propios ojos, asistía al descuartizamiento de su hija, cuando lo cierto era que estaba muerta de miedo al ver cómo descuartizaban aquel cadáver medio descompuesto que exudaba un líquido maloliente. A su lado, su hijo no dejaba de gritar. Entretanto, yo seguía tapándole la boca a Sigril, hasta que aquella zorrita me propinó tal mordisco que me hizo sangre.

—Ahí va la cabeza —a voces le dije a Geirmund—; luego, mataremos al chico y, a continuación, nos llevaremos a la madre para pasar un buen rato.

—¡Basta! —gritó.

—¿Por qué? ¡Me lo estoy pasando en grande! —Y utilicé la mano que tenía libre para lanzar el otro pie de la niña muerta por encima de la muralla. Rolla levantó el hacha, impregnada en la sangre del cerdito—. ¡Cortadle la cabeza! —le ordené a voces.

—¿Qué queréis? —preguntó Geirmund, fuera de sí.

Alcé una mano para que Rolla no siguiese adelante.

—Quiero que dejéis de mentirme —le dije. Hice una seña a Osferth, que se arrodilló a mi lado y le tapó otra vez la boca a Sigril, quien se las compuso para soltar un alarido cuando le retiré la mano ensangrentada de la boca, antes de que Osferth pudiera tapársela, pero los daneses no parecieron darse por enterados. Solo tenían ojos para la angustia terrible que sentía Frigg y el incontenible horror del chico. Chapoteando en la sangre del cerdito, me quedé mirando a Geirmund—. ¡No erais portador de promesa alguna de Cnut —dije—, ni tampoco él os ha enviado mensaje alguno! ¡Cnut está muy lejos de aquí! —Geirmund no dijo nada, pero, al ver la cara que ponía, deduje que estaba en lo cierto—. ¡Ahora sí que le enviaréis un mensaje! —grité, de forma que todos sus acompañantes pudieran oírme—. Decidle al *jarl* Cnut que su hija ha muerto, y que su hijo correrá la misma suerte si no os habéis ido de aquí dentro de una hora. ¡Marchaos! ¡Todos! ¡Cuanto antes! Iréis hasta lo alto de las colinas y más allá. Abandonaréis este lugar. Si, dentro de una hora, veo a un solo danés en las inmediaciones de Gleawecestre, arrojaré el chico a mis perros lobo y entregaré a su madre a mis hombres para que disfruten con ella. —Tomé a Frigg de un brazo y la acerqué al parapeto para que los daneses viesan las manchas de sangre que salpicaban su preciosa túnica—. Si no os habéis ido dentro de una hora —continué—, entregaré a la mujer del *jarl* Cnut a los míos para que vaya de mano en mano. ¿Me habéis entendido? ¡Quiero veros al este, en lo alto de las colinas! —Les

indiqué la dirección con el dedo—. Id y decidle al *jarl* Cnut que, si regresa a Northumbria, recuperará a su esposa y a su hijo en perfecto estado. ¡Decídselo con estas palabras! ¡Y ahora, fuera de aquí! ¡O, si lo preferís, quedaos a ver cómo mis perros dan cuenta del cuerpo de Cnut Cnutson!

Me hicieron caso. Y se fueron.

De forma que, durante la hora siguiente, mientras una nube blanquecina envolvía el sol a medida que se acercaba a su cenit, a eso del mediodía, vimos cómo los daneses se iban de Gleawecestre. Se dirigieron hacia el este, camino de las colinas de Coddswold; a pie, una multitud de mujeres, niños y criados los seguía. En la orilla del foso, la pierna de la niña muerta había emergido a la superficie; dos cuervos se daban un festín.

—Enterrad a la niña de nuevo —le dije a un cura—, y decidles a sus padres que vengan a verme.

—¿A vos?

—Para entregarles un puñado de oro —le aclaré—. ¡Largo! —le dije, antes de volverla vista a mi hijo, que observaba la retirada de los daneses—. El arte de la guerra —le expliqué— consiste en que el enemigo acate vuestras órdenes.

—Está bien, padre —contestó sumiso.

Aunque me imaginaba que, para entonces, Etelfleda ya la habría tranquilizado, la impotencia silente y desesperada de Frigg le había llegado muy adentro. Había echado a perder el pelo de la pequeña Sigril, pero no tardaría en volverle a crecer; incluso le había puesto un panal en las manos para que se entretuviese.

Así fue cómo, a cambio de un cerdito y un mechón de cabellos de una niña pequeña, había conseguido que los daneses se fueran de Gleawecestre; tan pronto como se hubieron ido, al frente de un centenar de hombres, nos acercamos al lugar donde habían dejado amarradas las naves. Algunas las habían llevado a tierra, pero la mayoría seguían a orillas del Sæfern; las quemamos todas, todas menos una de las embarcaciones más pequeñas. Uno por uno, prendimos fuego al resto de los barcos, y las llamas se extendieron por las maromas de cáñamo y, entre nubes de chispas y humo, los altivos mástiles se vinieron abajo. Los daneses se daban cuenta de lo que pasaba. Por más que le hubiera dicho a Geirmund que se dirigiera a lo alto de las colinas, estaba seguro de que había hombres observando nuestros movimientos, hombres que contemplaban cómo su flota quedaba reducida a cenizas que, tras cubrir el río con un manto gris, iban camino del mar. Uno tras otro, en llamas las proas engalanadas con cabezas de dragón, el crepitar de los tablones de madera, mientras, con un siseo, los cascos se hundían, todos los barcos ardieron. Mantuve a flote, sin embargo, aquella embarcación pequeña, y me alejé unos pasos con Osferth.

—Ese barco es para vos —le dije.

—¿Para mí?

—Llevaos a una docena de hombres —le comenté— y, a golpe de remo, id río abajo. Cuando lleguéis al río Afen, recoged a RaedWulf. —Era uno de los hombres

que más tiempo llevaba conmigo, lento pero incansable; había nacido y se había criado en Wiltunscir, y conocía bien los ríos que discurrían por aquellos parajes—. El Afen os llevará al corazón de Wessex —añadí—; ¡necesito que lleguéis allí cuanto antes! Por eso no he quemado esta nave; el viaje será mucho más rápido en barco que por tierra.

—Queréis que vaya a ver al rey Eduardo —dijo Osferth.

—¡Quiero que os calcéis vuestras botas más recias y le propinéis una sonora patada en el trasero! Decidle que lleve su ejército al norte del río Temes y que, una vez allí, vaya en busca de Etelredo, que estará volviendo del este. En el mejor de los casos, deberían encontrarse. Que se pongan en marcha entonces en dirección a Tameworþig. No puedo deciros por dónde andaremos, ni si Cnut se habrá llegado hasta allí; solo trato de tenderle una celada para que se dirija al norte, a su territorio.

—¿Tameworþig? —se sorprendió Osferth.

—Allí dará comienzo mi labor: me abriré paso hacia el norte y hacia el este, y Cnut vendrá a por mí. No tardará en hacerlo y nos superarán en una proporción de veinte o treinta por cada uno de los nuestros, así que necesito a Eduardo y a Etelredo.

Osferth frunció el ceño.

—Así las cosas, mi señor, ¿por qué no os quedáis en Gleawecestre? —me preguntó.

—Porque Cnut es capaz de ordenar que quinientos hombres se queden aquí con tal de que no nos movamos de donde estamos y hacer lo que le venga en gana mientras nos rascamos el trasero. No voy a permitir que me atrape en el interior de una ciudadela. Tiene que venir a por mí. Quiero atraerlo a un baile, y tenéis que conseguir que Eduardo y Etelredo se unan a nosotros.

—Entendido, señor —dijo. Se volvió para contemplar los barcos en llamas y la enorme nube de humo que oscurecía el cielo sobre el río. Pasaron dos cisnes en dirección sur, y lo consideré un buen augurio—. ¡Mi señor! —añadió Osferth.

—¿Sí?

—El chico... —balbució apurado.

—¿Os referís al hijo de Cnut?

—No; al hijo de Ingulfrid. ¿Qué vais a hacer con él?

—¿Hacer? Con gusto le cortarí su pequeño y miserable gaznate, pero, antes, trataré de vendérselo a su padre.

—Prometedme que no le haréis ningún daño, mi señor, ni vais a venderlo como esclavo.

—¿Que os prometa...?

Desafiante, me miró a los ojos.

—Es importante para mí, mi señor. ¿Acaso alguna vez os he pedido un favor?

—Pues, sí —repuse—; en cierta ocasión me pedisteis que os librara de ser cura, y eso fue lo que hice.

—En ese caso, os estoy pidiendo otro favor, mi señor. Permitidme que sea yo

quien os compre al muchacho.

Me eché a reír.

—No estáis en condiciones.

—Aunque me lleve el resto de la vida, os pagaré, mi señor —dijo, mirándome fijamente—. Lo juro, mi señor —añadió—, por la sangre de nuestro Salvador.

—¿Cómo pensáis pagarme? ¿En oro?

—Aunque me lleve toda vida, mi señor, os pagaré.

Fingí que pensaba la oferta; luego, negué con la cabeza.

—No está a la venta para nadie que no sea su padre —le dije—. Pero os lo entregaré.

Osferth se me quedó mirando. No estaba seguro de haber oído bien.

—¿Que me lo daréis? —me preguntó sorprendido.

—Vos encargaos de traerme al ejército de Eduardo —repuse—, y pondré al chico en vuestras manos.

—¿En mis manos? —preguntó por segunda vez.

—Por el martillo de Thor juro que pondré al chico en vuestras manos si conseguís traerme al ejército de Eduardo.

—¿En serio, mi señor? —parecía encantado.

—Acomodad vuestro trasero en ese barco y zarpad —contesté—, y sí, pero solo si conseguís que vengan Eduardo y Etelredo. O solo Eduardo. Con todo y aunque así no fuera —continué—, el chico quedará en vuestras manos.

—¿De verdad?

—Claro, porque para entonces ya estaré muerto. Y ahora, poneos en camino.

Los barcos estuvieron ardiendo toda la noche. Por fuerza, Geirmund tuvo que ver el resplandor por el oeste, y se daría cuenta de cómo habían cambiado las circunstancias. Sus mensajeros partirían hacia el este en busca de Cnut, y le dirían que su flota había quedado reducida a cenizas, que su hija había muerto y que Uhtred de Bebbanburg se movía a sus anchas por el oeste.

Lo que significaba que la danza macabra estaba a punto de comenzar.

Y a la mañana siguiente, cuando el humo de los barcos aún manchaba el cielo, nos dirigimos al norte.



A caballo, doscientos sesenta y nueve guerreros salimos de Gleawecestre.

Con ellos, una mujer. Etelfleda se había empeñado en venir con nosotros y, cuando a Etelfleda se le metía algo en la cabeza, ni todos los dioses del Asgard serían capaces de disuadirla. Lo intenté, sin embargo. Pero fue como si, a fuerza de pedos, tratase de impedir el avance de una tempestad.

Venían también Frigg, su hijo, su desgredada hija y las criadas. Sin contar a un

puñado de muchachos cuyo único trabajo consistía en cuidar los caballos que llevábamos de refresco. Entre ellos, Etelstano, el primogénito del rey Eduardo, aunque no su heredero. Le había insistido en que se quedase a salvo tras las murallas romanas de Gleawecestre, al cuidado de Merewalh y del obispo Wulfheard, pero, quince millas más allá, por un prado, lo vimos a lomos de un caballo gris trotando junto a otro chico de su edad.

—¡Vos! —lo llamé a voces; obligó al caballo a dar media vuelta, lo espoleó y se llegó a mi lado.

—¿Mi señor? —me preguntó, como si en su vida no hubiese roto un plato.

—Os ordené que no os movierais de Gleawecestre —bramé.

—Y eso hice, mi señor —respondió con respeto—. Siempre os hago caso.

—Debería daros una paliza hasta haceros sangre, pequeño y repugnante mentiroso.

—Pero no me dijisteis cuánto tiempo tendría que quedarme, mi señor —repuso, mohíno—; así que me quedé durante unos minutos y, luego, seguí vuestros pasos. Pero os hice caso. No me moví de allí.

—¿Qué dirá vuestro padre si perdéis la vida? —le pregunté—. ¿Qué me decís a eso, pequeña excrecencia?

Hizo como si se quedara pensando un momento en la pregunta que acababa de hacerle y, por fin, me miró con su cara inocente.

—Probablemente, os lo agradecerá, mi señor. Los bastardos siempre son un engorro.

Etefleda se echó a reír; por mi parte, tuve que contenerme para no hacer lo mismo.

—Sois un estorbo como no os hacéis ni idea y, ahora, fuera de mi vista, si no queréis que os abra la cabeza.

—Como digáis, mi señor —dijo, riendo entre dientes—, y agradecido, señor —obligó al caballo a dar media vuelta y se fue con sus amigos.

Etefleda esbozó una sonrisa.

—El chaval tiene agallas.

—Redaños que acabarán por costarle la vida —repuse—, aunque eso probablemente sea lo de menos. Todos vamos en busca de lo mismo.

—¿En serio?

—Doscientos sesenta y nueve hombres —contesté— y una mujer frente a Cnut, que dispone de entre tres mil y cuatro mil hombres. ¿Cómo lo veis vos?

—Creo que nadie vive eternamente —dijo.

Y por algún motivo, pensé en Isolda, reina de la sombra, nacida en plena oscuridad y dotada del don de la profecía, o eso aseguraba ella, aunque también había dicho que Alfredo me daría poder y que recuperaría mi hogar familiar en el norte, y que dorada sería mi esposa, y que me pondría al frente de ejércitos que, por su empuje y tamaño, dejarían al mundo boquiabierto. Doscientos sesenta y nueve

hombres. Me eché a reír.

—¿Os reís acaso porque voy a morir? —se interesó Etelfleda.

—Es que casi ninguna de las predicciones se ha hecho realidad —contesté.

—¿Qué predicciones? —me preguntó.

—Se me aseguró que vuestro padre me daría poder, que recuperaría Bebbanburg, que marcharía al frente de ejércitos que asombrarían al mundo, y que siete reyes morirían. Todo mentira.

—Mi padre os dio poder.

—Lo hizo —convine—, y me lo arrebató. Una cesión temporal. Como si fuera uno de sus perros, pero él era quien guiaba a la trailla.

—Y recuperaréis Bebbanburg —añadió.

—Lo intenté, pero no lo conseguí.

—Y volveréis a intentarlo —afirmó muy segura.

—Si salgo con vida de esta.

—Saldréis, y lo conseguiréis —insistió.

—¿Y los siete reyes?

—Cuando mueran, sabremos quiénes son —repuso.

Allí estaban de nuevo los hombres que me habían dado la espalda en Fagranforda. Desde que me fuera, habían entrado al servicio de Etelfleda; en aquel momento, uno tras otro se fueron acercando y, una vez más, me prestaron juramento de lealtad. Se les veía apurados. Tartamudeando, Sihtric intentó darme una explicación, que corté por lo sano.

—Estabais asustados —le dije.

—¿Asustados?

—Ante la posibilidad de ir al infierno.

—El obispo afirmó que quedaríamos malditos para siempre, nosotros y nuestros hijos. Y Ealhswith no dejaba de decirme... —continuó, arrastrando las palabras.

Ealhswith había sido puta, y de las buenas; haciendo caso omiso de mis consejos, Sihtric se enamoró y se casó con ella. El tiempo se encargó de demostrar que él estaba en lo cierto y que yo me había equivocado porque eran un matrimonio feliz; a cambio, Sihtric había tenido que hacerse cristiano y, por lo visto, se lo había tomado tan a pecho que temía a su esposa tanto o más que a las llamas del infierno.

—¿Y ahora qué? —le pregunté.

—¿Ahora, mi señor?

—¿Estáis seguro de que no quedaréis maldito? Volvéis a estar a mis órdenes.

Esbozó una sonrisa fugaz.

—Ahora quien está asustado es el obispo, mi señor.

—Y más que debería estarlo —repliqué—. Los daneses le meterán las pelotas en la boca; luego, le sacarán las tripas, y sin prisa, desde luego.

—Nos dio la absolución, mi señor —le costó lo suyo articular una palabra tan larga—, y nos dijo que, si os seguíamos, no estaríamos condenados.

Al oírle, me eché a reír; le di una palmada en la espalda.

—Me alegro de que estéis aquí, Sihtric. ¡Os necesito!

—Mi señor —fue todo lo que acertó a decir.

No solo lo necesitaba a él, necesitaba a todos los hombres. Pero, por encima de todo, necesitaba que Eduardo de Wessex se apresurara. Una vez que hubiera tomado la decisión de cambiar de planes, si es que llegaba a hacerlo, Cnut se desplazaría a la velocidad del rayo. Sus hombres, todos a caballo, atronarían Mercia a su paso. Con sus miles de cazadores, daría comienzo una persecución despiadada en la que a mí se me reservaba el papel de presa.

Pero, antes de nada, tenía que atraerlo; por eso nos dirigíamos al norte, de nuevo en territorio danés. Sabía que nos estarían siguiendo. Geirmund Eldgrimson habría dispuesto que unos cuantos de los suyos nos siguieran y, por un momento, pensé en dar media vuelta y plantarles cara, pero también me imaginé que, si se daban cuenta de que representábamos una amenaza para ellos, se limitarían a alejarse. Así que permití que nos siguieran. Dos o tres días tardarían en enviarle noticias a Cnut sobre nuestro paradero, y otros tantos harían falta para que sus tropas nos alcanzaran, pero no tenía intención de quedarme más de un día en el mismo sitio. Además, quería que fuera Cnut quien diese conmigo.

Pasamos a aquella parte de Mercia que estaba en manos de los daneses, y prendimos fuego a todo lo que nos salía al paso: caseríos, graneros y cabañas. Allí donde viviera un danés, lo incendiábamos. El cielo se cubrió de humo. Dejábamos señales para que los daneses supieran por dónde andábamos, pero, tras provocar un incendio, desaparecíamos con tanta rapidez que debían pensar que estábamos por todas partes. Nadie nos hizo frente. Los hombres de por allí debían de haberse unido alas filas de Cnut y, atrás, solo se habían quedado los mayores, los más jóvenes y las mujeres. No sembré la muerte, ni siquiera entre el ganado. Les dábamos unos minutos para abandonar sus hogares y, a continuación, sirviéndonos de las ascuas de sus hogares, prendíamos fuego a las techumbres. Al ver las humaredas, hubo otros que salieron por piernas antes de que llegáramos; rebuscábamos entonces en el terreno en busca de algo que nos indicase aquellos lugares donde hubieran enterrado algo a toda prisa. Así fue cómo dimos con un par de tesoros: en una de aquellas tierras, encontramos un hoyo profundo repleto de cuencos y jarras de plata maciza, que dividimos en trozos. Aún recuerdo uno de aquellos cuencos, lo bastante grande como para contenerla cabeza de un cerdo, decorado con unas chicas que bailaban con las piernas al aire. Esbeltas, graciosas y sonrientes, portaban guirnaldas mientras, por pura diversión, danzaban en un claro de un bosque.

—Debe de ser romano —le comenté a Etefleda—. En nuestros tiempos, nadie sabría hacer un objeto tan delicado.

—Lo es —afirmó, al tiempo que señalaba las palabras inscritas en el borde. Las leí en voz alta, atrancándome ante aquellas sílabas desconocidas.

—*Moribus et forma conciliandus amor* —leí—. ¿Qué significa?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. «*Amor*» creo que es «amor». Los curas sabrían decírtelo.

—Por fortuna, no andamos sobrados de curas —dije, pues un par de ellos venían con nosotros, porque la mayoría de los hombres eran cristianos y querían un cura cerca.

Deslizó un dedo por el borde del cuenco.

—Es precioso. Es una pena tener que destrozarlo.

Lo hicimos de todos modos, partiéndolo en pedazos con las hachas que llevábamos. Aquella obra antigua de un artesano, un objeto de exquisita belleza, dejó paso a unos cuantos trozos de plata, mucho más útiles que un cuenco de bailarinas medio desnudas. Fáciles de llevar, eran dinero contante y sonante. De aquel cuenco sacamos no menos de trescientos trozos; los repartimos entre todos, y seguimos adelante.

Dormíamos en arboledas o en caseríos abandonados que incendiábamos al amanecer. Nunca nos faltó comida. Concluida la cosecha, había grano, verduras y también ganado. Durante toda una semana, vagamos por las tierras de Cnut, nos alimentábamos de su comida y quemábamos caseríos; ninguno de aquellos incendios me produjo tanta satisfacción como echar abajo el vasto pabellón que, para sus convites, tenía en Tameworþig.

Habíamos recorrido las tierras que se extendían al norte de aquella localidad, adentrándonos en el corazón de las tierras de Cnut, hasta que, por fin, nos dirigimos al sur, allí donde confluían los ríos, el mismo lugar donde el anciano rey Offa había tenido a bien levantar una imponente mansión en lo alto de la colina fortificada de Tameworþig. Unos lanceros protegían la empalizada de madera; no eran muchos y, probablemente, todos hombres de edad y tullidos, pues ni siquiera opusieron resistencia. Cuando nos vieron llegar por el norte, huyeron por el puente romano que cruzaba el río Tame y desaparecieron por el sur.

Recorrimos aquella formidable y antigua mansión en busca de plata o de algo más valioso, pero no encontramos nada. Las fuentes eran de loza, los cuernos para beber carecían de adornos y los tesoros, si alguna vez los hubo, habían desaparecido. Los habitantes de la ciudad que se alzaba al lado norte de la colina, donde emergía la imponente fortaleza, eran sajones, y por ellos nos enteramos de que, dos días antes, unos hombres se habían llevado al este cuatro carretas cargadas a rebosar. Al parecer, habían saqueado la mansión y se habían llevado todo menos las cornamentas y las calaveras. A cambio de unos trozos de plata, les compramos pan, carne ahumada y pescado en salazón; aquella noche dormimos en la mansión de Cnut, aunque me ocupé de que hubiera centinelas en la muralla y también en el puente romano que llevaba al sur.

A la mañana siguiente, prendimos fuego a la mansión de Offa. ¿Sería la del rey Offa? No lo sé; lo único que sí sé es que estaba ennegrecida por el paso del tiempo, que el anciano rey había construido aquella fortaleza y que dispondría de una

mansión tras las murallas. Quizá la hubieran reconstruido tras su muerte; fuere como fuere, le prendimos fuego. Y ardió por los cuatro costados. El fuego se extendió con increíble rapidez, como si las añejas vigas desearan ver cumplido su destino; asustados, retrocedimos cuando las enormes vigas se fueron al suelo en medio de una nube de pavesas y humo, reavivando brillantes llamaradas. Todo el mundo a cincuenta millas a la redonda tuvo que ver el incendio. Las ratas huían por doquier; asustados, los pájaros abandonaban la techumbre, y el calor que desprendía nos obligó a volver a la ciudad, donde habíamos dejado los caballos, a cubierto.

Habíamos enviado una señal que era todo un desafío para los daneses y, a la mañana siguiente, cuando el fuego aún no se había extinguido y un viento frío y húmedo arrastraba el humo, ordené que doscientos hombres se situasen en lo alto de la muralla que daba al río. Parte de la muralla había ardido y casi toda estaba chamuscada, pero cualquiera que se acercase por la orilla sur del río solo vería una fortaleza fuertemente custodiada. Una fortaleza envuelta en humo. Me llevé al resto de los míos hasta el puente, y esperamos.

—¿Pensáis que vendrá? —me preguntó mi hijo.

—Eso creo, sí. Hoy o mañana.

—¿Y vamos a enfrentarnos aquí con sus tropas?

—¿Qué haríais vos? —le pregunté.

Torció el gesto.

—Podemos defender el puente —repuso, no muy seguro—, pero pueden vadear el río más arriba o más abajo. No es tan profundo.

—¿Os enfrentaríais aquí con él?

—No.

—En ese caso, no lo haremos —dije—. Quiero que piense que estamos en condiciones de hacerlo, pero que no queremos.

—Entonces, ¿dónde? —me preguntó.

—Decídmelo vos.

Se quedó pensativo un momento.

—No queréis volver al norte —dijo, por fin—, porque tal decisión nos alejaría del rey Eduardo.

—Si es que aparece —repliqué.

—Tampoco al sur —continuó, sin hacer caso de la escasa confianza de que daba muestra—; si vais al este, Cnut quedará en medio, entre nosotros y Eduardo; así que no nos queda otra que ir al oeste.

—¿Os dais cuenta? —le contesté con una sonrisa—. Todo resulta más fácil cuando os paráis a pensarlo.

—Pero si vamos al oeste, andaremos cerca de los galeses —dijo.

—Confiemos en que esos cabrones estén durmiendo.

Se quedó mirando las alargadas y verdes hierbas que, perezosas, se mecían en el río. Frunció el ceño.

—¿Y si vamos al sur? —dijo, al cabo de un momento—. ¿Y si tratamos de unirnos al ejército de Eduardo?

—Si es que viene —repliqué—, algo que no sabemos a ciencia cierta.

—Si no aparece, no hay nada que podamos hacer —dijo muy serio—; así que supongamos que está en camino. ¿Por qué no salimos a su encuentro?

—Acabáis de decir que no tendríamos ninguna posibilidad.

—¿Y si nos vamos ahora mismo y nos desplazamos con rapidez?

Algo en lo que ya había pensado. Podíamos ir al galope hacia el sur, tratando de dar con el ejército de los sajones del oeste que confiaba en que aún viniera al norte, pero no estaba seguro de que Cnut no hubiera bloqueado ya el camino o de que no nos saliesen al paso y, en contra de lo que creía, tener que librar una batalla donde él tuviese a bien. De modo que nos dirigiríamos al oeste, suponiendo que los galeses estuvieran borrachos y dormidos.

Cuatro arcos de piedra formaban el puente romano que, para mi sorpresa, habían mantenido en buen estado. En el centro, en la parte interior de uno de los parapetos, había un bloque de piedra caliza con la inscripción «*pontem perpetui mansurum in saecula*», que no tenía ni idea de qué podía significar, aunque aquel vocablo, «*perpetui*», daba a entender que aquel puente duraría para siempre. Si así era, no resultó del todo cierto, porque mis hombres echaron abajo uno de los dos arcos centrales. Sirviéndose de unos enormes mazos, les llevó casi todo el día, pero, por fin, aquellas venerables piedras fueron a parar al fondo del río y recubrimos la brecha con unos resistentes tablones de madera que encontramos en la ciudad. Con unos cuantos maderos más levantamos una barricada en el extremo norte del puente; tras ella, formamos el muro de escudos.

Y esperamos.

Y al día siguiente, bajo los rayos rojizos de un sol que se hundía por el oeste, se presentó Cnut.



En primer lugar, aparecieron unos ojeadores a lomos de unos caballos pequeños y ligeros que les permitían desplazarse a toda prisa. Llegaron al río; una vez allí, se detuvieron y se quedaron observándonos, todos menos un grupo reducido que recorría la orilla del Tame con la intención, por lo visto, de cerciorarse de si habíamos destacado hombres río arriba que les impidiesen el paso en el siguiente vado.

Al cabo de una hora más o menos, llegó el grueso de las tropas de Cnut: una horda de hombres con cotas de malla, yelmos y escudos redondeados adornados con cuervos, hachas, martillos y halcones que ocultaba el horizonte. Imposible contarlos, porque llegaron por millares. Casi todos cargados con sacos y alforjas a lomos de sus monturas, fruto del pillaje de Mercia. Las alforjas estarían repletas de objetos de

valor, de plata, ámbar y oro, en tanto que el resto del pillaje iría a lomos de los caballos de carga que seguían a tan inmenso ejército, que proyectaba una sombra alargada a medida que se acercaba al puente.

A unos cincuenta pasos del puente, hicieron un alto y abrieron paso para que Cnut se pusiera al frente. Con una cota de malla de plata, pulida y resplandeciente, y capa blanca, a lomos de un caballo gris. Con él venía su buen amigo Sigurd Thorrson, solo que, en vez de cota de malla de plata y manto blanco, iba ataviado con colores oscuros; unas cuantas plumas de cuervo coronaban la cimera de su yelmo. No podía ni verme, y no le culpaba por ello: también yo odiaría a cualquier hombre que le arrebatase la vida a mi hijo. Era un hombre de talla descomunal, dotado de fuertes músculos, que, a lomos de su imponente caballo, se mantenía al tanto de todo; a su lado, Cnut parecía poca cosa, endeble. De los dos, a quien más temía era a Cnut: rápido como una serpiente, astuto como una comadreja, y a su espada, *Carámbano de hielo*, que gozaba de merecida fama por estar siempre sedienta de sangre.

Tras los *jarls*, dos portaestandartes; uno con la divisa de Cnut, el hacha y la cruz astillada, en tanto que la de Sigurd exhibía un cuervo con las alas desplegadas. Entre sus filas ondeaba otro centenar de estandartes, pero solo iba en busca de uno, y lo encontré: la desvaída calavera de Haesten que, en lo alto de un asta, sobrevolaba en el centro de aquel ejército. Aunque no acompañando a Cnut y a Sigurd, allí estaba.

Los estandartes de la cruz astillada y el cuervo volador se detuvieron al llegar al extremo sur del puente; los dos *jarls* se adelantaron. Llevaron sus monturas hasta tan solo unos pasos de la improvisada calzada de madera. A mi lado, Etelfleda se estremeció. Odiaba a los daneses y, en aquel momento, a tan solo unas pocas yardas, tenía a los dos *jarls* más temidos de Britania.

—Os diré lo que tengo pensado hacer —comenzó el *jarl* Cnut, sin intercambiar un saludo siquiera, sin proferir insulto alguno. Hablaba con voz pausada, como quien organiza los preparativos de un banquete o de una carrera de caballos—. Pienso atraparos con vida, Uhtred de Bebbanburg, y permitiré que así sigáis. Os ataré entre dos postes para que la gente se mofe de vos, y dejaré que mis hombres disfruten de vuestra mujer ante vuestras propias narices hasta que la dejen hecha una piltrafa. — Con sus ojos claros, dirigió una gélida mirada a Etelfleda—. Os dejaré en cueros, mujer, y os entregaré a mis hombres, incluso a mis esclavos, en tanto que vos, Uhtred de Bebbanburg, oiréis cómo solloza mientras la mancillan y veréis cómo muere. Luego, comenzaré con vos. He soñado con este momento, Uhtred de Bebbanburg; he soñado con cortaros a pedacitos hasta dejaros sin manos ni pies, sin nariz, orejas ni lengua, privaros de vuestra hombría. A continuación, os arrancaré la piel pulgada a pulgada, y esparciré sal sobre vuestro cuerpo en carne viva y me deleitaré con vuestros alaridos. Los hombres se os mearán encima, y las mujeres se mofarán de vos, y todo eso lo veréis porque no os sacaré los ojos. Pero también os privaré de ellos, y luego, acabaré con vos, y pondré fin a la leyenda de vuestra vida miserable.

Cuando hubo acabado, no dije nada. El río fluía sobre las piedras del puente que

habíamos arrojado al fondo.

—¿Habéis perdido la lengua, babosa de mierda? —gritó el *jarl* Sigurd.

Dirigí una sonrisa a Cnut.

—¿Por qué habré de ser objeto de tales atrocidades? —pregunté—. ¿Acaso no he cumplido la promesa que os hice? ¿No di con aquel que os había arrebatado a vuestra esposa y a vuestros hijos?

—Una niña —dijo Cnut, sofocado—, ¡una niña pequeña! ¿Qué os había hecho? Daré con vuestra hija, Uhtred de Bebbanburg, y cuando hayan gozado con ella tantos de mis hombres como lo deseen, ¡la mataré, igual que matasteis a mi hija! Y si la encuentro antes de que hayáis muerto, también contemplaréis el espectáculo.

—O sea, ¿que vais a hacerle lo mismo que hice yo a vuestra hija? —le pregunté.

—Dadlo por hecho —contestó Cnut.

—¿En serio? —insistí.

—Lo juro —repuso, llevándose una mano al martillo que colgaba sobre su cegadora cota de malla de plata.

Hice una seña. Se abrió el muro de escudos que quedaba a mi espalda, y mi hijo, tomándola de la mano, acompañó a la hija de Cnut hasta la barricada.

—¡Padre! —chilló Sigril en cuanto vio a Cnut, quien, sin salir de su asombro, se la quedó mirando—. ¡Padre! —gritó Sigril de nuevo, tratando de zafarse de mi hijo.

Me hice cargo de la pequeña.

—Lo lamento por lo del pelo —le dije a Cnut— porque, probablemente, debí de hacerle un poco de daño cuando se lo corté: el cuchillo no estaba tan afilado como a mí me habría gustado. Pero le volverá a crecer y, seguro que dentro de unos pocos meses, volverá a estar tan preciosa como antes. —Levanté a la niña en mis brazos, la deposité al otro lado de la barricada y le dije que podía irse. Echó a correr al encuentro con Cnut, y reparé en el alivio y la satisfacción que se reflejaban en el rostro del danés. Se inclinó, le tendió una mano, la sujetó bien y la alzó para sentarla en su silla de montar. La estrechó entre sus brazos y, atónito, se me quedó mirando.

—¿Se os ha caído la lengua, baboso cabrón de mierda? —le pregunté con desenfado; hice una seña de nuevo y, en aquella ocasión, fue Frigg quien asomó de entre el muro de escudos. Echó a correr hacia la barricada, me dirigió una mirada y asentí. Saltó por encima, profiriendo algo parecido a un sollozo incomprensible, y corrió al lado de Cnut, quien, cada vez más sorprendido, la contemplaba mientras se le aferraba a una pierna, sin soltar el estribo de cuero, como si en ello le fuera la vida—. No ha sufrido daño alguno —dije—; nadie la ha tocado.

—Vos... —comenzó a decir.

—No fue difícil engañar a Geirmund —continué—. Solo nos hicieron falta un cerdito y un cadáver. Eso bastó para alejarlo de nosotros, de forma que pudiéramos quemar vuestros barcos. El vuestro también —le dije a Sigurd—, pero me imagino que ya lo sabéis.

—Y más cosas también, bosta de cerdo —contestó Sigurd, alzando la voz para

que lo oyeran los hombres que estaban a sus espaldas—. Eduardo de Wessex no va a venir —gritó—. Muerto de miedo, se ha quedado tras las murallas de su ciudad. ¿Esperabais acaso que viniera en vuestra ayuda?

—¿Ayuda? —repetí—. ¿Por qué habría de invitar a Eduardo de Wessex a saborear las mieles del triunfo?

Sin decir nada, Cnut no me quitaba los ojos de encima. Sigurd era quien llevaba el peso de la conversación.

—Etelredo sigue en Anglia oriental —gritó—, porque le da miedo verse privado de la protección de los ríos, no fuera a ser que se topase con un danés.

—Muy propio de Etelredo —contesté.

—Estáis solo, baboso cabrón de mierda —Sigurd temblaba casi de ira.

—Dispongo de un ejército numeroso —repuse, señalando al reducido muro de escudos que tenía a mis espaldas.

—¿Ejército? —se mofó Sigurd, antes de cerrar la boca, porque Cnut, tras tocarle los brazaletes de oro que llevaba, se había adelantado, ordenándole que guardara silencio. Aún estrechaba a su hija entre sus brazos.

—Podéis iros —me dijo.

—¿Irnos? ¿Adónde? —me interesé.

—Os perdono la vida —dijo, al tiempo que volvía a tocar a Sigurd en el brazo para acallar sus protestas.

—No sois quién para perdonarme la vida —le dije.

—Marchaos, lord Uhtred —continuó Cnut, casi en tono de súplica—. Id al sur, a Wessex, y llevaos a vuestros hombres. Partid.

—¿Sabéis contar, *jarl* Cnut? —le pregunté.

Esbozó una sonrisa.

—Disponéis de menos de trescientos hombres, en tanto que yo no soy capaz de contar a todos los que vienen conmigo. Son tantos como los granos de una arena de una inmensa playa. —Estrechó a su hija con un brazo, y se inclinó para acariciar la mejilla de Frigg con la otra mano—. Os estoy agradecido, lord Uhtred —añadió—, pero marchaos.

Sigurd rezongó. Quería verme muerto, pero siempre accedía a las indicaciones de Cnut.

—Os preguntaba que si sabíais contar —le insistí a Cnut.

—Pues claro que sí —repuso, desconcertado.

—En tal caso, quizá recordéis que eran dos los hijos que teníais. Una chica y un chico, ¿os acordáis? Aún tengo al muchacho en mis manos —dio un respingo—. Si os quedáis en la Mercia sajona o atacáis Wessex —continué—, a lo peor solo os queda una hija.

—Puedo engendrar más hijos —dijo, aunque no muy convencido.

—Volved a vuestros territorios —le dije—, y os devolveré a vuestro hijo.

Enfurecido, Sigurd comenzó a hablar, pero Cnut lo contuvo.

—Hablaemos por la mañana —me dijo, y obligó al caballo a dar media vuelta.

—Hablaemos por la mañana —convine, mientras observaba cómo se alejaban, con Frigg entre ellos, a todo correr.

Solo que no habría ocasión de hablar por la mañana porque, una vez que se hubieron ido, ordené a mis hombres que echaran abajo la calzada de madera, y nos fuimos.

Nos fuimos hacia el oeste.

Estaba seguro de que Cnut vendría tras nosotros.

Capítulo XII

¿De verdad Eduardo de Wessex habría tomado la decisión de no abandonar las murallas de su fortaleza? Entendía que Etelredo se mantuviese agazapado en Anglia oriental porque, si se le hubiera pasado por la cabeza la idea de volver a Mercia, habría tenido que enfrentarse a un enemigo mucho más numeroso y, seguramente, estaría aterrado ante la posibilidad de tener que vérselas a campo abierto con los daneses. Pero ¿y Eduardo? ¿Sería capaz de dejar que Mercia cayese en manos de las fuerzas de Cnut? Todo era posible. Sus consejeros eran precavidos, y estarían horrorizados ante la perspectiva de tener que hacer frente a hombres del norte; sin embargo, tras las sólidas murallas de los fortines de Wessex, se encontrarían a salvo. No obstante, tampoco se les podía calificar de insensatos. Sabían que si Cnut y Sigurd se apoderaban de Mercia y de Anglia oriental, se contarían por millares los hombres que llegarían del otro lado del mar, deseosos de hacerse con los despojos de Wessex. Si Eduardo no abandonaba sus murallas, sus enemigos se harían más fuertes. Y no tendría que plantar cara a cuatro, sino a diez o doce mil daneses, que acabarían con él sin contemplaciones.

Con todo, era posible que hubiese tomado la decisión de permanecer a la defensiva.

Por otro lado, ¿qué más había querido decirme el *jarl* Sigurd? No creía que fuera a contarme que los sajones del oeste se habían puesto en marcha. Sabía que solo pretendía ponerme nervioso, y ya lo estaba.

Menos que Sigurd mentía, ¿qué otra cosa podía decir a los míos? Solo podía aspirar a ganarme su confianza.

—Sigurd tiene una lengua tan pringosa como la de una comadreja —les dije—, ¡seguro que Eduardo está a punto de llegar!

Y en plena noche, partimos hacia el oeste. De joven, me gustaba la noche. Por mí mismo aprendí a no tener miedo de los espíritus que acechan en la oscuridad, a caminar como una sombra en mitad de las tinieblas, a oír el aullido de las lobas y el ulular de las lechuzas, sin echarme a temblar. La noche pertenece a los muertos, por eso los vivos la temen tanto, pero, aquella noche, cabalgábamos por mitad de la oscuridad como si formáramos parte de ella.

La primera localidad por donde pasamos fue Liccelfeld, ciudad que conocía bien. Allí, en un arroyo, había arrojado el cadáver del innoble Offa. Con sus perros adiestrados, traía y llevaba noticias, y se presentaba como un amigo, pero, en aquella ocasión, había tratado de jugármela. Era una ciudad sajona, donde contadas eran las incursiones que llevaban a cabo los daneses asentados en sus inmediaciones, de lo que deduje que, al igual que el difunto Offa, disfrutaban de aquella paz porque rendían tributo a los daneses. Algunos de ellos se habrían sumado sin duda a las filas

del ejército de Cnut, y seguro que se habrían acercado al sepulcro de san Chad, en la enorme iglesia de Liccelfeld, y rezado por que Cnut se alzase con la victoria. Los daneses consentían que hubiera iglesias cristianas, pero, si yo hubiera tratado de erigir un altar a Odín en territorio sajón, los curas cristianos habrían afilado los cuchillos para rajarme la barriga. Su dios era un dios celoso.

Los murciélagos volaban por encima de las techumbres de las casas de la ciudad. Unos perros nos ladraron al pasar; atemorizadas, algunas personas, a las que no les faltaba razón al oír el retumbar de cascos en plena noche, nos chistaron para que no hiciéramos tanto ruido. Todas las contraventanas permanecían cerradas. Chapoteando, cruzamos el arroyo donde había arrojado el cadáver de Offa, y me acordé de las estridentes maldiciones que me había lanzado su viuda. La luna estaba casi llena, y arrojaba una luz plateada por el camino que seguíamos que, en aquel momento, ascendía hacia unas colinas bajas y arboladas. De no ser por el estruendo de los cascos y el ruido sordo de las bridas, cabalgábamos en silencio. Íbamos hacia el oeste, siguiendo la calzada romana que, saliendo de Liccelfeld y recta como el asta de una lanza, discurría entre bajas colinas y anchurosos valles. Aunque no con frecuencia, ya la habíamos seguido en ocasiones anteriores, por eso, incluso bajo la luz de la luna, nos pareció que íbamos por parajes desconocidos.

Finan y yo nos detuvimos en lo alto de una colina pelada, desde donde miramos al sur, en tanto que, a nuestros pies, nuestros jinetes seguían por la calzada. Ante nuestros ojos, una prolongada ladera cubierta de rastrojos; más allá, bosques oscuros y más colinas y, a lo lejos, en alguna parte, el tenue resplandor de una hoguera. Me volví para mirar al este, contemplando el camino por el que habíamos llegado hasta allí. Me pareció ver un resplandor en el cielo. Anhelaba dar con una prueba de que Cnut se había quedado en Tameworþig, y de que su más que nutrido ejército esperaba a que amaneciese antes de ponerse en marcha, pero no vi hoguera alguna en el horizonte.

—Ese cabrón nos está siguiendo —dijo Finan.

—Casi seguro.

Más allá, hacia el sur, había un resplandor. Al menos, eso me pareció. No era fácil asegurar que así fuera porque estaba muy lejos y quizá no fuera sino una de esas jugarretas que nos gasta la noche. ¿Un caserío en llamas? ¿Hogueras de campamento de un ejército que aún estaba lejos? Quería confiar en que así fuera. Tampoco Finan apartaba los ojos, y creí saber en qué estaba pensando, o qué esperaba, hasta que caí en la cuenta de que, animado por idéntica esperanza, estaba viendo lo mismo que yo, pero no dijo nada. Por un momento, pensé que aquel resplandor perdía intensidad, pero no estaba seguro. A veces vemos luces en el cielo nocturno, enormes y brillantes franjas luminosas que rielan y se agitan como ondas en el agua, y me pregunté si no sería uno de aquellos misteriosos resplandores que los dioses dejan caer en plena oscuridad, pero, cuanto más miraba, menos claro me parecía lo que veía. Tan solo la noche y un horizonte de árboles negros.

—Hemos llegado muy lejos desde aquel barco en que fuimos esclavos —dijo Finan, con añoranza.

Me pregunté qué le habría llevado a recordar aquellos días tan lejanos, y entonces supuse que pensaba que pronto acabarían sus días en este mundo; un hombre que se dispone a encararse con la muerte hace bien en dar un repaso a su vida.

—Lo decís como si esto fuera el final —le eché en cara.

Sonrió.

—¿Cómo es eso que soléis decir? ¿*Wyrð bið ful ãræd*?

—Así es. *Wyrð bið ful ãræd* —repetí.

El destino es inexorable. Y precisamente en aquel instante, mientras, abatidos, clavábamos los ojos en la oscuridad con la esperanza de atisbar una luz, las tres Nornas tejían las hebras de mi vida al pie del gran árbol. Una sujetaba un par de hebras en sus manos. Finan seguía mirando al sur, confiando contra toda esperanza en que vería un resplandor en el cielo que anunciaría la presencia de otro ejército, pero, por el sur, el horizonte seguía estando oscuro bajo las estrellas.

—A menos que seáis vos quien vaya al frente, los sajones del oeste siempre han sido precavidos.

—No así Cnut.

—Y viene a por nosotros —añadió Finan, volviendo a mirar al este—. ¿Creéis que les llevamos una hora de ventaja?

—En el caso de los ojeadores, es posible que así sea —repuse—, pero su ejército tardará casi toda la noche en cruzar el río.

—Una vez cruzado... —empezó a decir Finan sin concluir la frase.

—No podemos seguir huyendo para siempre —repliqué—, pero los retrasaremos.

—Con todo, al amanecer, habrá doscientos o trescientos hombres pisándonos los talones.

—Así es —convine—, pero pase lo que pase eso será mañana.

—De modo que habrá que buscar un lugar donde plantarles cara.

—Eso es, y tratar de retrasarlos esta noche —volví a mirar al sur por última vez, pero llegué a la conclusión de que aquel resplandor que había visto solo había sido un sueño.

—Si no recuerdo mal —dijo Finan, volviendo su montura hacia el oeste—, en esta calzada se alza una antigua fortaleza.

—Así es —repuse—; demasiado grande para los que somos.

Era una fortaleza romana: cuatro murallas de piedra defendían un amplio recinto cuadrado en el cruce de dos calzadas. No recordaba haber visto ningún asentamiento en aquella encrucijada, a excepción de las ruinas de la imponente fortaleza. ¿Por qué la habrían erigido en aquel lugar? ¿Acaso las calzadas romanas estaban infestadas de salteadores?

—Demasiado grande para defenderla nosotros —admitió Finan—, pero no es mal sitio para retrasar a esos cabrones.

Llevamos la columna hacia el oeste. No hacía más que revolverme en la silla de montar, tratando de atisbar a nuestros perseguidores, pero no veía a nadie. Cnut debería haberse dado cuenta de que trataríamos de huir, y habría ordenado a algunos de sus hombres que, a lomos de veloces monturas, cruzasen el río y diesen con nosotros. No los guiaba otro propósito que seguirnos los pasos, de forma que Cnut supiera dónde andábamos y le fuera fácil acabar con nosotros. No solo tenía prisa, sino que me lo imaginaba furioso, y no conmigo precisamente, sino consigo mismo. Había dejado de lado su intención de ir en pos de Etelredo y, a esas alturas, ya sería consciente de que no había estado muy acertado. Durante días, sus tropas habían devastado Mercia, pero todavía tenía que aplastar a un ejército sajón, y tales ejércitos se habrían hecho más fuertes, si es que no se habían puesto en marcha ya, y no le quedaba mucho tiempo. Había conseguido mi objetivo: distraerlo. Me había llevado a su familia, quemado sus barcos e incendiado sus mansiones, y había reaccionado con rabia hasta que, al cabo, había descubierto que había sido víctima de un engaño, que su esposa y sus hijos seguían con vida. Si hubiera tenido dos dedos de frente, se habría olvidado de mí, porque yo no era el enemigo al que pretendía derrotar. Tenía que diezmar al ejército de Etelredo y, a continuación, ir al sur y degollar a los sajones del oeste a las órdenes de Eduardo, pero mucho me temía que me seguiría los pasos. Andaba demasiado cerca, resultaba demasiado tentador, y acabar conmigo acrecentaría su buen nombre; además, sabía que nuestro reducido grupo de guerreros era presa fácil. Matarnos, rescatar a su hijo para, a continuación, dirigirse al sur y librar una guerra en condiciones. Un día, más o menos, le llevaría acabar con nosotros; luego estaría en condiciones de hacer frente a un enemigo mucho más numeroso.

Y mi única esperanza de seguir con vida pasaba por que aquel enemigo más numeroso no fuera tan precavido y decidiera echarme una mano.

Bajo las sombras de la noche, la imponente fortaleza no era sino una oscura mole. Un recinto inmenso, un desmante en aquellas tierras llanas donde las dos calzadas se cruzaban. Me imaginé que, tiempo atrás, habría albergado barracones de madera donde se habrían alojado los soldados romanos; ahora, las murallas, cubiertas de malas hierbas, solo daban cobijo a un enorme prado donde pastaban un montón de vacas. Espoleé mi caballo para salvar un foso poco profundo y saltar por encima de un muro bajo, cuando me salieron al paso dos perros ladrando, a los que el pastor obligó a guardar silencio. Al ver el yelmo y la cota de malla, se puso de rodillas. Temblando de miedo, agachó la cabeza y acarició el pescuezo de aquellos animales tan escandalosos.

—¿Cómo llamáis a este sitio? —le pregunté.

—La antigua fortaleza, mi señor —dijo, sin levantar la cabeza.

—¿Hay algún pueblo por aquí?

—Un poco más arriba —al tiempo que movía la cabeza en dirección norte.

—¿Cómo se llama?

—Lo conocemos como Pencric, mi señor.

Cuando me lo dijo, recordé aquel nombre.

—¿No hay un río por aquí? —le pregunté, acordándome de la última vez que había pasado por aquella calzada.

—Un poco más allá —contestó, girando la cabeza agachada hacia el oeste.

Le arrojé un trozo de plata.

—Vigilad que los perros guarden silencio.

—No harán ruido, mi señor —contestó mientras contemplaba la plata que relucía en la hierba bajo la luz de la luna—. Que Dios os bendiga, mi señor —dijo, hasta que reparó en el martillo que llevaba—. Que los dioses os sean propicios, mi señor.

—¿Sois cristiano? —le pregunté.

Torció el gesto.

—Eso creo, mi señor.

—En tal caso, vuestro dios no puede ni verme —añadí—, y a vos os pasará lo mismo si permitís que vuestros perros hagan un ruido.

—Serán tan sigilosos como los ratones, mi señor, como esos seres diminutos. No harán ningún ruido; lo juro.

Envié a la mayoría de los míos hacia el oeste, pero con órdenes de seguir hacia el sur en cuanto llegasen a aquel río que no estaba lejos, y que, si no me fallaba la memoria, no era ni profundo ni ancho.

—Tan solo seguid el curso del río hacia el sur —les dije—; daremos con vosotros.

Quería que Cnut pensase que nos dirigíamos al oeste, en busca del poco seguro refugio que ofrecían las colinas galesas, cuando lo cierto era que las huellas de los cascos de los caballos les darían a entender que íbamos al sur. En cualquier caso, si conseguía un pequeño respiro por su parte, sería de gran ayuda, porque necesitaba cuanto más tiempo, mejor; y, así, mis jinetes desaparecieron por el oeste camino del río, mientras, en compañía de cincuenta de los míos, me quedaba tras las murallas cubiertas de hierbajos de la antigua fortaleza. Llevábamos pocas armas, tan solo espadas y lanzas, aunque, siguiendo mis órdenes, Wibrund, el frisio, iba pertrechado de un hacha.

—No resulta fácil pelear a caballo con un hacha, mi señor —refunfuñó.

—La necesitaréis —le dije—, así que llevadla. No tuvimos que esperar demasiado.

No habría pasado ni una hora cuando unos jinetes aparecieron por la calzada que llevaba al este. Venían con prisa.

—Dieciséis —dijo Finan.

—Diecisiete —le corrigió mi hijo.

—Deberían haber enviado más —les dije, mientras, a lo lejos, observaba la calzada por si aparecían más hombres de aquellos bosques lejanos. No tardarían mucho en aparecer muchos más, pero, deseosos de dar con nosotros y volver para informar a Cnut, aquellos dieciséis o diecisiete hombres se les habrían adelantado.

Dejamos que se acercaran y espoleamos nuestras monturas saltando por encima de aquellos muros de tierra. A toda velocidad, Finan condujo a veinte de ellos hacia el este para cortarles la retirada, en tanto que, sin dudarlo, con el resto de los hombres, fuimos a por ellos.

Matamos a la mayoría. No resultó muy difícil. Eran unos insensatos que cabalgaban a lo loco, porque no se esperaban ningún sobresalto, pero los superábamos en número y acabamos con ellos. Unos pocos consiguieron escapar hacia el sur, pero, al cabo, muertos de miedo, se volvieron hacia el este. A voces, le dije a Finan que los dejase marchar.

—Ahora, Wibrund, cortadles la cabeza —le ordené—. Y hacedlo con rapidez.

Once veces descargó el hacha. Arrojamus los cuerpos decapitados al viejo foso de la fortaleza, y dispuse las cabezas a lo ancho de la calzada romana, con sus ojos sin vida mirando al este. Aquellos ojos carentes de expresión serían lo primero que verían los hombres de Cnut, y me imagine que les darían a entender que habríamos llevado a cabo algún espantoso ritual de brujería. Se fijarían en que aquello encerraba algún sortilegio, y vacilarían.

Solo dadme tiempo, le supliqué a Thor, solo dadme tiempo.

Y nos pusimos en camino hacia el sur.



Nos unimos al resto de los nuestros y cabalgamos hasta el amanecer. Solo se oían trinos de pájaros que, jubilosos, recibían el nuevo día; no me alegró nada oír aquellos cantos que daban la bienvenida al día en que, según mis cálculos, perdería la vida. Seguimos hacia el sur, hacia el lejano Wessex, confiando contra todo pronóstico en que los sajones del oeste nos saldrían al encuentro.

Hasta que, por fin, hicimos un alto.

Nos detuvimos porque, al igual que los caballos, nosotros también estábamos agotados. Habíamos atravesado bajas colinas y plácidas tierras de labranza sin ver un sitio adecuado para plantar cara al enemigo. ¿Qué podía esperar? ¿Encontrarme con una fortaleza romana lo bastante pequeña como para que pudieran defenderla los doscientos sesenta y nueve hombres que venían conmigo? ¿Una fortaleza de esas características en lo alto de una colina? ¿Una eminencia en la cima de un peñasco empinado donde un hombre de bien podría morir de viejo mientras sus adversarios, furiosos, perdían la paciencia a sus pies? Solo veía campos de rastrojos, prados donde pacían ovejas, bosques de fresnos y robles, arroyos poco profundos y suaves laderas. El sol estaba más alto. El día se presentaba caluroso, y nuestras monturas estaban sedientas.

Habíamos llegado al río, y allí nos detuvimos.

Más que río, era un arroyo que pretendía pasar por río, algo que solo conseguía

porque parecía un foso profundo, aunque no resultaría fácil de vadear para nadie que intentase cruzarlo. Las márgenes eran empinadas y cenagosas, aunque menos escarpadas y más suaves allí donde la calzada cruzaba al otro lado del río. El vado no era tan hondo. Allí, el río, o el arroyo, se ensanchaban y, en el centro, el agua discurría pausadamente, sin llegar apenas a la altura del muslo de un hombre. La orilla occidental discurría bajo sauces desmochados; más allá, hacia el oeste, una pequeña estribación en la que se veían algunas casuchas. Envié a Finan para que se diese una vuelta por aquel promontorio bajo, mientras recorría la orilla del río de arriba abajo. No vi fortaleza alguna, ninguna colina que destacase, pero sí descubrí un perezoso ramal lo bastante ancho y profundo para retrasar un ataque.

Allí fue donde hicimos un alto. Llevamos los caballos a un prado rodeado de una cerca de piedra en la orilla occidental, y esperamos.

Podríamos haber seguido hacia el sur, pero, más tarde o más temprano, Cnut nos habría dado alcance; al menos, el río lo retrasaría. O eso pensaba yo. Lo cierto es que no albergaba demasiadas esperanzas, y menos cuando Finan regresó del promontorio.

—Jinetes —dijo de buenas a primeras—, por el oeste.

—¿Por el oeste? —me sorprendí, pensando que debía de haberse equivocado.

—Por el oeste —insistió. Los hombres de Cnut estaban al norte y al este, y no esperaba ver enemigos por el oeste. O, más bien, no esperaba enemigo alguno por aquel lado.

—¿Cuántos?

—Patrullas de ojeadores. No muchos.

—¿Hombres de Cnut?

Se encogió de hombros.

—No sabría decirlos.

—Ese cabrón no puede haber cruzado este riachuelo —dije, aunque estaba claro que podría haberlo hecho.

—No es un riachuelo —me aclaró Finan—. Es el río Tame.

Contemplé aquellas aguas cenagosas.

—¿Esto es el Tame?

—Al menos, eso me han asegurado los lugareños.

No pude evitar una amarga carcajada. ¿Habíamos cabalgado desde Tameworþig tan solo para llegar a la cabecera del río? Se me antojó que habíamos dado semejante caminata en balde, algo que cuadraba bien con aquel día en el que imaginaba que la muerte me saldría al paso.

—En ese caso, ¿cómo os han dicho que se llama este sitio?

—Esos paletos parecían no saberlo —me dijo, con sorna—. Uno de ellos dijo que era Teotanheale, aunque su mujer aseguraba que se trataba de Wodnesfeld.

De modo que era la hondonada de Teotta o el campo de Odín; pero, comoquiera que se llamara, habíamos llegado al final del camino, al sitio donde me disponía a esperar a un enemigo sediento de venganza. Un enemigo que estaba al caer. Al otro

lado del vado, los ojeadores se dejaron ver, lo que significaba que los jinetes estaban al norte, al este y al oeste de donde nos encontrábamos. Aunque todavía lejos del río, vimos a no menos de cincuenta hombres en la otra orilla del Tame; Finan había atisbado más jinetes por el oeste, lo que me llevó a pensar que Cnut había dividido su ejército, enviando a algunos de sus hombres a la orilla occidental y a otros tantos hacia el este.

—Aún estamos a tiempo de dirigirnos al sur —dije.

—De todos modos, nos atrapará —apuntó Finan, descorazonado—, y nos veremos enzarzados en una pelea a campo abierto. Aquí al menos podemos retirarnos a ese promontorio. —Señaló con la cabeza las contadas cabañas que se alzaban en lo alto de aquella pequeña colina.

—Quemadlas —le dije.

—¿Que les prenda fuego?

—Quemad esas casuchas. A los hombres, decidles que es para que Eduardo vea una señal.

La idea de que Eduardo andaba lo bastante cerca como para ver el humo infundiría ánimos renovados a los míos y, en tales condiciones, los hombres pelean con más ganas; luego, eché un vistazo al prado donde habíamos dejado los caballos. Me preguntaba si debíamos dirigirnos al oeste, abriéndonos paso entre los pocos ojeadores que nos acechaban por aquel lado con la esperanza de llegar a un sitio más elevado. Vana esperanza de todos modos y, entonces, me dio por pensar en la razón de que aquel prado dispusiera de una cerca de piedra: en aquel paraje cuajado de setos, alguien tenía que haberse tomado la tremenda molestia de apilar aquellas pesadas piedras y levantar la pequeña cerca.

—¡Uhtred! —llamé a voces a mi hijo.

Se acercó a toda prisa.

—¿Sí, padre?

—Echad abajo esa cerca. Que os ayuden todos los hombres que necesitéis, y traedme todas las piedras que encontréis del tamaño de la cabeza de un hombre.

Boquiabierto, se me quedó mirando.

—¿Del tamaño de la cabeza de un hombre?

—¡Limitaos a hacer lo que os digo! ¡Volved con las dichasas piedras, y daos prisa! ¡Rolla!

Despacio, se acercó el danés grandullón.

—¿Mi señor?

—Voy a ir hasta ese promontorio; mientras, arrojad unas cuantas piedras al río.

—¿En serio?

Le había dicho lo que quería que hiciera y había torcido el gesto.

—En cuanto a esos cabrones —recalqué, señalando a los ojeadores de Cnut que nos observaban por el este—, aseguraos de que no vean lo que hacéis. Si se acercan un poco más, tomaos un respiro. ¡Sihtric!

—¿Mi señor?

—Quiero que los estandartes ondeen ahí —señalando el lugar donde, a nuestro lado del vado, la calzada continuaba hacia el oeste. Quería plantarlos allí para que Cnut cayera en la cuenta de que estábamos dispuestos a luchar, para que viera el lugar que había elegido para ir al encuentro con la muerte—. ¡Señora! —llamé a voces a Etelfleda.

—No pienso marcharme —aseguró, muy convencida.

—¿Acaso os lo he pedido?

—Lo haréis.

Echamos a andar hacia el bajo promontorio donde, a gritos, Finan y una docena de los míos avisaban a los lugareños de que debían abandonar sus chozas.

—¡Llevaos todo lo que queráis! —les decía Finan—. Gatos, perros, niños incluso. Cacharros, escupideras, todo. ¡Vamos a prender fuego a las casas! —Eldgrim sacaba en volandas de su casa a una mujer mayor, soportando los improperios de su hija.

—¿Tenemos que quemar por fuerza esas casuchas? —preguntó Etelfleda.

—Si Eduardo no anda lejos —le dije con la mirada perdida—, tendrá que saber dónde andamos.

—Entiendo, sí —se limitó a decir. Luego se volvió para echar una ojeada al este. A una distancia prudencial, los ojeadores seguían observándonos, pero ni rastro de las hordas de Cnut. Hasta el momento—. ¿Qué hacemos con el chico?

Se refería al hijo de Cnut. Me limité a encogerme de hombros.

—Le amenazamos con matarlo.

—Pero no lo haréis, y Cnut lo sabe.

—¿Quién sabe?

Al oírme, estalló en una feroz carcajada.

—No lo mataréis.

—Si salgo con vida —repuse—, será un huérfano más.

Atónita, frunció el ceño, hasta que cayó en la cuenta de lo que quería decir. Y se echó a reír.

—¿Pensáis que podéis derrotar a Cnut?

—Nos hemos detenido —contesté—, y le plantaremos cara. A no ser que aparezca vuestro hermano. Aún no estamos muertos.

—¿Os encargareis vos de sacarlo adelante?

—¿Al hijo de Cnut? —Negué con la cabeza—. Lo más seguro es que lo venda. Cuando sea uno más entre tantos esclavos, nadie se tomará la molestia de preguntarle quién era su padre. No sabrá que es un lobo; pensará que es un cachorro. —Si salía con vida de aquella, pensé, y de verdad pensaba que no seguiría vivo para ver el final de aquel día—. Y vos —añadí, tocándole el brazo—, deberías iros.

—Yo...

—¡Sois el alma de Mercia! —le espeté—. ¡Los hombres os adoran, y os seguirán! Si encontráis la muerte aquí, Mercia se quedará sin su razón de ser.

—Y si me voy —dijo—, la gente dirá que los de Mercia somos unos cobardes.

—Dirá que os vais en este momento para tener una posibilidad de guerrear más adelante.

—¿Y cómo lo voy a hacer? —me preguntó, sin apartar los ojos del oeste y, al mirar en aquella dirección, atisbé a unos jinetes, un puñado tan solo, que también nos observaban. Seis o siete hombres, a algo más de dos millas, que podían vernos. Y, probablemente, había otros que no tardarían en aparecer. Si permitía que Eteflada se fuese, aquellos hombres irían tras ella y, si le insistía en que se marchara, tendría que ser acompañada de una escolta lo bastante numerosa como para hacer frente a cualquier enemigo que la saliera al paso. Aquello me afianzó en la idea de que me había llegado la hora.

—Llevaos cincuenta hombres —le dije—, cincuenta hombres y dirigíos al sur.

—Me quedaré.

—Si os hacen prisionera... —comencé a decir.

—Me violarán y me quitarán la vida —concluyó tranquilamente, antes de ponerme un dedo en la mano—. A eso lo llamamos martirio, Uhtred.

—Yo lo llamo estupidez.

No dijo nada; se volvió y miró al norte, luego al este y, por fin, los hombres de Cnut aparecieron. Por aquella calzada que llevaba al sur desde la fortaleza romana donde habíamos plantado las cabezas decapitadas, centenares y centenares de hombres que hasta ese momento había ocultado la tierra. Los jinetes que iban en cabeza casi habían llegado a la curva que describía la calzada que, virando hacia el oeste, los conduciría al vado donde mis hombres se esforzaban en aquellas aguas poco profundas. Rolla debió de darse cuenta de la presencia del enemigo, porque, a voces, empezó a decirles que volviesen a la orilla occidental, donde formaríamos nuestro muro de escudos.

—¿Habéis oído hablar alguna vez de Æsc's Hill? —le pregunté a Eteflada.

—Por supuesto —me dijo—; a mi padre le encantaba referir aquella hazaña.

La de Æsc's Hill había sido una batalla que se había librado hacía mucho tiempo; yo era un muchacho por entonces, y aquel día de invierno formaba parte del ejército danés; a pesar de que la sangre de los daneses teñía el sueño helado y del aire glacial que nos llegaba cargado de gritos jubilosos de los sajones, estábamos seguros de que nos alzaríamos con la victoria. Harald, Bageg y Sidroc el Joven, al igual que Toki el Armador, nombres todos que pertenecían al pasado, habían muerto a manos de los sajones del oeste que, bajo las órdenes de Alfredo, nos esperaban al otro lado de un foso. Los curas, faltaría más, habían atribuido tan increíble victoria a su dios crucificado, pero lo cierto es que fue aquel foso lo que dio al traste con las tropas danesas. Un muro de escudos resiste en tanto permanece intacto, escudo contra escudo, hombro con hombro, un muro de cotas de malla, madera, carne y acero; pero si el muro se quiebra, da comienzo la carnicería, y al cruzar el foso de Æsc's Hill, el muro de escudos de los daneses había saltado por los aires, y nuestros enemigos los

sajones habían llevado a cabo una cruenta matanza.

Y el caso es que mi reducido muro de escudos se alzaba al otro lado de un ramal del río, una especie de foso, solo que aquel foso estaba salvado por un vado, y era allí precisamente, en aquellas aguas poco profundas, donde pretendíamos plantar cara.

La primera de aquellas casuchas empezó a arder y, aunque recubierta de musgo, la techumbre estaba reseca, por lo que las llamas prendieron con voracidad. Las ratas escapaban del tejado, mientras mis hombres se disponían a prender fuego a las otras chozas. ¿A quién trataba de enviar una señal? ¿A Eduardo, quien quizá seguiría agazapado tras los muros de sus fortines? Volví la vista al sur, confiando, contra todo pronóstico, en que vería jinetes aproximándose, pero solo acerté a vislumbrar un halcón que, en las alturas, dejándose llevar por el viento, planeaba sobre campos y bosques desiertos. Sus alas resplandecían. El ave parecía casi inmóvil hasta que, de repente, juntó las alas y se abalanzó sobre una presa. ¿Un mal augurio? Me llevé la mano al martillo.

—Deberíais marcharos —le dije a Etelfleda—, siempre al sur. ¡Cabalgad rápido, tanto como podáis! No hagáis un alto en Gleawecestre; seguid hasta llegar a Wessex. ¡Dirigíos a Lundene! Dispone de sólidas murallas y, si llegara a caer, siempre podréis tomar un barco que os lleve a Frankia.

—Allí ondea mi estandarte —dijo, señalando el vado—; donde esté mi estandarte, allí estaré yo. —Su divisa, un ganso blanco abrazado a una cruz y una espada. Era una enseña espantosa, pero el ganso era el símbolo de santa Werburga, una santa que, en cierta ocasión, había espantado a una bandada de gansos que devastaban un campo de maíz, una proeza por la que se había ganado la santidad, y aquel ganso era también el protector de Etelfleda. Le quedaba por delante un día complicado, pensé.

—¿En quién confiáis? —le pregunté.

Frunció el ceño al oír la pregunta.

—¿Confiar? En vos, por supuesto, en vuestros hombres, en mis hombres. ¿Por qué?

—Buscad un hombre de quien podáis fiaros por completo —dejé caer. Las llamas de la casucha que quedaba más cerca me estaban chamuscando—. Antes de caer en manos de los daneses, decidle que acabe con vos. Que se coloque a vuestras espaldas y deje caer la espada sobre la parte de atrás de vuestro cuello. —Introduciendo un dedo entre sus cabellos, le rocé la piel allí donde el cráneo se une a la espina dorsal—. Exactamente aquí —le indiqué, apretando con el dedo—. Es rápido, instantáneo, y casi sin dolor. No seáis una mártir.

Esbozó una sonrisa.

—Dios está de mi parte, Uhtred. Nos alzaremos con la victoria. —Lo decía muy convencida, como si aquello no tuviera vuelta de hoja, y me la quedé mirando—. Nos alzaremos con la victoria —repitió—, porque Dios está de nuestro lado.

Hay que ver lo insensatos que son los cristianos.

Volví al lugar donde mis días tocarían a su fin, y observé cómo se acercaban los

daneses.



Así transcurre una batalla. Al final, se produce el choque de los dos muros de escudos y da comienzo la escabechina, y uno de los dos bandos en combate llevará las de ganar, en tanto que el otro caerá en medio de un baño de sangre; pero antes de que se entrecrucen las espadas y entrechoquen los escudos, los hombres han de encontrarse con ánimos para atacar. Ambos bandos se observan, intercambiando insultos y mofas. Los jóvenes insensatos, que nunca faltan en ningún ejército, abandonan el muro y desafían al contrario a un combate cara a cara, alardeando de cuántas viudas dejarán, de cuántos los huérfanos que llorarán la muerte de sus padres. Y esos jóvenes necios pelearán, y la mitad perderá la vida, en tanto que la otra mitad se jactará de su sangrienta victoria, pero no habrá tal en tanto que los dos muros de escudos no lleguen a chocar. Y la espera se alarga. Algunos vomitan de miedo, unos cantan, otros rezan, hasta que, por fin, uno de los dos bandos se decide a avanzar. Algo que llevan a cabo con lentitud. Los hombres se agazapan tras los escudos, porque saben que se disponen a soportar una lluvia de lanzas, hachas y flechas antes de que lleguen a entrechocar los escudos, de forma que, solo cuando están cerca, pero muy cerca, los atacantes se lanzan en tromba. Se produce entonces un enorme estruendo, un bramido preñado de rabia y miedo, hasta que, por fin, como un trueno, los escudos entrechocan, y empiezan a venirse encima espadas de enormes hojas, a llover cuchilladas y tajos, de modo que los gritos llegan hasta el cielo en tanto los hombres de los dos muros de escudos luchan a muerte. Así transcurre una batalla.

Pero Cnut hizo caso omiso de las reglas.

Comenzó como siempre. Dispuse nuestro muro de escudos a no más de veinte pasos del borde del foso. Nos encontrábamos en la orilla occidental. Los hombres de Cnut llegaban del este y, a medida que alcanzaban la encrucijada, echaban pie a tierra. Unos muchachos se hacían cargo de los caballos y los llevaban a un prado. Entretanto, los guerreros se hacían con los escudos y buscaban a sus compañeros de batalla. Iban llegando en grupos, y estaba claro que se habían dado prisa y se habían desperdigado a lo largo de la calzada, porque su número no dejaba de ir en aumento. Se juntaron a unos quinientos pasos de donde estábamos y se colocaron en disposición de hocico de cerda, una especie de ariete. Algo que ya me había imaginado.

—Esos cabrones parecen muy confiados —musitó Finan.

—¿Acaso vos no lo estaríais?

—Probablemente —repuso.

Finan estaba a mi izquierda; mi hijo, a mi derecha. Me resistí a darle consejo alguno. Durante años, se había ejercitado para formar parte de un muro de escudos;

sabía, pues, todo lo que le había enseñado, y repetírselo en ese momento solo le haría ver lo nervioso que estaba yo. Guardaba silencio. Tan solo miraba al enemigo, sabiendo que, al cabo de unos instantes, libraría su primera batalla tras un muro de escudos. Y pensé que lo más seguro era que acabara muerto.

Traté de hacerme una idea de los enemigos que se acercaban, y estimé que el ariete estaría compuesto de unos quinientos hombres. Así que eran el doble que nosotros, y seguían llegando hombres. Allí estaban Cnut y Sigurd, bajo sus estandartes, que se reflejaban en sus escudos. Al fondo de aquel enorme ariete humano, alcancé a ver a Cnut montado a lomos del caballo claro.

Un hocico de cerda. Reparé en que ninguno de los hombres se había acercado a echar un vistazo al vado, lo que me dio a entender que conocían aquellos parajes o que, al menos, algunos de los suyos los conocían. Sabían de la existencia de aquel ramal del río, que era como un foso, y sabían que, siguiendo la calzada que discurría hacia el oeste, había un vado menos profundo, más fácil, por tanto, de cruzar, de modo que no tenían necesidad de comprobarlo. Se pusieron en marcha; Cnut les había ordenado que adoptasen aquella formación para que su avance fuera incontenible.

Normalmente, un muro de escudos adopta una formación en línea recta. Dos líneas que entrechocan, en tanto los hombres de ambos lados luchan por romper la línea del adversario. Pero un hocico de cerda es un ariete. Avanza con rapidez. Los hombres más fornidos y arrojados se ponen a la cabeza de la cuña; su tarea consiste en quebrar el muro de escudos del enemigo igual que una lanza astilla una puerta. Una vez que hubieran quebrado nuestro muro de escudos, el ariete se ensancharía, mientras ellos llevaban a cabo una escabechina en nuestras filas y mis hombres morirían.

Y para estar más seguro, Cnut había enviado hombres que, más al norte, habían cruzado el río. Al galope, un muchacho bajó del promontorio donde ardían aquellas casuchas para traerme una mala noticia.

—¿Mi señor? —nervioso, reclamó mi atención.

—¿Cómo os llamáis, muchacho?

—Godric, mi señor.

—¿Sois el hijo de Grindan?

—Así es, mi señor.

—De modo que os llamáis Godric Grindanson —apunté—. ¿Qué edad tenéis?

—Creo que unos once años, mi señor.

Era un chico de nariz chata y ojos azules, con un viejo jubón de cuero que, probablemente, había pertenecido a su padre, porque le quedaba grande.

—¿Y se puede saber qué tiene que decirme Godric Grindanson? —le pregunté.

Con un dedo tembloroso, señaló al norte.

—Están cruzando el río, mi señor.

—¿Cuántos? ¿A qué distancia?

—Hrodgeir asegura que son trescientos, mi señor, que están bastante lejos hacia el norte y que no paran de llegar más hombres que cruzan el río, mi señor. — Hrodgeir era un danés a quien le había ordenado que se quedase en el promontorio y observase qué pasos daba el enemigo—. Y, mi señor... —continuó Godric hasta que se quedó sin aliento.

—Decidme.

—Que hay más hombres hacia el oeste, mi señor. ¡Centenares de hombres!

—¿Centenares?

—Se ocultan entre los árboles, mi señor, y Hrodgeir asegura que es incapaz de contarlos.

—Seguro que le falta algún dedo —dejó caer Finan.

Miré a los ojos al atemorizado muchacho.

—¿Puedo decirles algo sobre batallas, Godric Grindanson?

—Os lo ruego, mi señor.

—Siempre hay alguien que sale con vida —le dije—. Suele ser un bardo, y su trabajo consiste en ensalzar las proezas de sus compañeros muertos. Hoy podríais encargáros de ese menester. ¿Sois poeta, por casualidad?

—No, mi señor.

—Ya aprenderéis el oficio. Así que, cuando veáis cómo perdemos la Vida, Godric Grindanson, cabalgad hacia el sur tan deprisa como podáis, rápido como el viento, y seguid cabalgando hasta que os veáis a salvo; meteos ese poema en la cabeza, y cantad que nosotros, los sajones, morimos como héroes. ¿Lo haréis por mí? —Asintió—. Volved al lado de Hrodgeir —le dije—, y avisadme cuando esos jinetes del norte o los que andan por el oeste estén más cerca.

Se fue, y Finan sonrió con malicia.

—Esos cabrones nos tienen cercados por tres lados.

—Estarán aterrados.

—Cagados de miedo, seguro.

Confiaba en que, acompañado por sus señores de la guerra, Cnut se acercase al foso para deleitarme con sus insultos. Había pensado en mantener a su hijo a mi lado amenazándolo con un cuchillo en el cuello, pero deseché semejante idea. Cnut Cnutson podía quedarse con Etelfleda. La única forma de mantenerlo a raya era amenazar al chico, si conseguía mantenerlo a mi lado. Pero, si Cnut me retaba a que le rajase el cuello, ¿qué iba a hacer? ¿Rajárselo? Aun así tendríamos que pelear. ¿Dejarlo con vida? Cnut se mofaría de mi falta de palabra. El chico ya había cumplido el papel que le había asignado, que no era otro que el de alejar a Cnut de los territorios fronterizos con Anglia oriental y llevarlo a aquel rincón perdido de Mercia; en aquel momento, tendría que esperar a que librásemos la batalla para saber cuál iba a ser su destino. Apreté el escudo y me hice con *Hálito de serpiente*. En casi todos los muros de escudos a los que me había sumado, prefería recurrir a *Aguijón de avispa*, mi espada corta, tan letal cuando me veía forzado a dejarme caer en brazos del

enemigo, pero aquel día decidí empezar con la espada de hoja más larga, y más pesada. La blandí, besé el pomo, y me dispuse a esperar a Cnut.

Solo que aquel día no se acercó a insultarme, ni apareció ningún joven que nos desafiase a luchar con él.

En vez de eso, Cnut nos embistió con el hocico de cerda.

En lugar de insultos y desafíos, solo se escuchó un atronador bramido, el grito de guerra que profería aquella multitud reunida bajo los estandartes de Cnut y Sigurd. Inmediatamente se pusieron en marcha. Llegaron al final de la calzada en un suspiro. Se encontraban en terreno llano, sin obstáculos que salvar, y mantuvieron prieta la formación, sin separar los escudos. Vimos los motivos que llevaban pintados: cruces astilladas, cuervos, martillos, hachas y águilas. Por encima de los vastos escudos redondeados sobresalían las Viseras de los yelmos, de modo que el enemigo parecía dotado de ojos negros y acerados; por delante de los escudos, las pesadas lanzas, con sus puntas que oscurecían la luz de aquel día medio nublado; bajo los escudos, centenares de pies que golpeaban el suelo al compás de los broncos tambores que marcaban el paso del ariete.

Nada de insultos ni desafíos. De sobra sabía Cnut que nos sobrepasaban en número, y con creces, lo que le permitía dividir sus tropas. Eché un vistazo a mi izquierda, y reparé en que, más al norte, más jinetes seguían cruzando el ramal del río. Formaban el ariete unos quinientos o seiscientos hombres, que se nos venían encima y, cuando menos, había otros tantos en la orilla donde nos encontrábamos, dispuestos a abalanzarse sobre nuestro flanco izquierdo. Aunque Cnut debería de estar al tanto de que con aquel hocico de cerda bastaría, a lomos de caballos más lentos seguían llegando más hombres. Su paso atronador llegaba hasta donde estábamos y, a medida que se acercaban, pude ver sus rostros de ojos despiadados, y bocas implacables tras las carrilleras; pude ver, en definitiva, que venían dispuestos a acabar con nosotros.

—¡Dios está de nuestra parte! —gritó Sihtric. Los dos curas habían estado escuchando a los hombres en confesión durante toda la mañana, pero, para entonces, se retiraron más allá del muro de escudos y, de rodillas, rezaban alzando las manos juntas al cielo.

—¡Esperad mis órdenes! —bramé. Los hombres del muro de escudos sabían lo que íbamos a hacer. Avanzar hasta el foso cuando el ariete llegase a la orilla opuesta. Había pensado responder al ataque cuando estuviésemos a medio camino, en mitad del río, pero entonces se me ocurrió llevar a cabo una carnicería antes de que acabasen con nosotros—. ¡Esperad! —grité.

Pensé que Cnut también esperaría. Tendría que haber dado la orden de que el ariete se detuviese y esperar a que los hombres que se encontraban más al norte estuviesen en disposición de atacar. Pero estaba muy seguro de sí mismo. ¿Por qué no habría de estarlo? Los hombres que componían el ariete nos superaban en número, y podían haber quebrado nuestro muro de escudos, dispersar a los míos y haber llevado

a cabo una escabechina en el mismo río; por eso no había esperado. El hocico de cerda se había puesto en marcha y, para entonces, casi había llegado a la orilla opuesta.

—¡Adelante! —grité—. ¡Espacio!

Echamos a andar de forma pausada, con los escudos bien juntos y empuñando con fuerza las armas. Formábamos en cuatro filas. Yo iba en la primera y en el centro, de forma que la cabeza del ariete apuntaba directamente contra mí, como los colmillos de un jabalí, dispuesto a desgarrar carne y músculos, tendones y cotas de malla, hasta tocar hueso, sacarnos las entrañas y teñir aquel río de aguas pausadas de sangre sajona.

—¡Acabad con ellos! —gritó una voz desde las filas danesas; vieron los pocos que éramos y supieron a ciencia cierta que nos superaban en número y, entonces, aceleraron el paso, ávidos por matar, gritando mientras se acercaban, con sus voces roncadas y amenazantes, con los escudos bien juntos y con gestos que revelaban el odio que sale a relucir durante una batalla, y fue como si se afanasen en alcanzarnos, con la certeza de que sus bardos ensalzarían aquella magna carnicería.

Y entonces se encontraron con las piedras.

Rolla había colocado una fila desigual de piedras en la parte más profunda del foso. Las piedras eran de un tamaño considerable, ninguna más pequeña que la cabeza de un hombre y no podían verse a simple vista. Estaban casi ocultas. Sabía dónde estaban y pude verlas, igual que vi cómo el agua se precipitaba con furia contra ellas, pero los daneses no podían distinguirlas porque mantenían los escudos en alto, y eso les impedía saber lo que había bajo sus pies. Nos miraban por encima de los bordes de sus escudos, planeando cómo liquidarnos y, en lugar de eso, se encontraron con aquellos pedruscos. Tropezaron. Lo que había sido una cuña humana que, irresistible, se abalanzaba para llevar a cabo una escabechina, se convirtió en un revoltijo de hombres que caían; incluso aquellos que iban en los flancos del ariete trataron de detener a los hombres que venían detrás, y siguieron tropezando contra las piedras escondidas y, entonces, atacamos.

Y llevamos a cabo una carnicería.

Es tan fácil acabar con una bandada de hombres que no saben ni dónde andan. Cada uno que matábamos se convertía en un obstáculo para aquellos que venían luego. El hombre que marchaba en cabeza del ariete era un guerrero imponente, de cabellos negros. Como las crines alborotadas de un caballo, sus cabellos sobresalían por debajo del yelmo; llevaba la barba medio oculta bajo la cota de malla; en su escudo lucía el cuervo de Sigurd, y los brazos, cuajados de brazaletes de oro ganados por sus proezas guerreras. Había ocupado el lugar de honor, la punta sobresaliente del hocico de cerda, y empuñaba un hacha con la que esperaba destrozar mi escudo, abrimme la cabeza y hacerse paso por detrás de nuestro muro de escudos.

En vez de eso, yacía en el río boca abajo, y *Hálito de serpiente* se ensañó con él, atravesando la cota de malla hasta seccionarle la columna vertebral; se inclinó hacia

atrás mientras la hoja se retorció y rasgaba, momento en el que hube de alzar el escudo y aplastarlo contra un hombre que, de rodillas y a la desesperada, trataba de asestarme un tajo con su espada. Puse un pie sobre la espalda del guerrero moribundo, recuperé la espada y embestí con fuerza. La punta penetró por la boca abierta del segundo hombre, que parecía lamer a *Hálito de serpiente*; se la clavé hasta el fondo y me fijé en sus ojos, abiertos como platos, mientras, a borbotones, la sangre se le escapaba por la boca. A lo largo del río, mis hombres acuchillaban, rebanaban y embestían contra los daneses que habían caído, perdido el equilibrio o ya estaban medio muertos.

Y gritamos. Lanzamos nuestro grito de guerra, nuestro grito de matar sin piedad; la alegría de quienes, muertos de miedo, entran en batalla. En ese momento, nada importaba si estábamos condenados a morir, si nuestro enemigo nos superaba en número, que podíamos haber acabado con todos los hombres que componían el hocico de cerda, porque seguían siento tantos que siempre llevarían las de ganar. En ese momento habíamos dejado de ser vasallos de la muerte. Estábamos vivos, y ellos eran quienes morían, y la alegría de estar vivos nos animó a ensañarnos. Éramos matarifes. El hocico de cerda estaba herido de muerte, en completo desorden; habíamos roto su muro de escudos y nos dedicábamos a matar. Manteníamos los escudos juntos, hombro con hombro, y avanzábamos lentamente, pisoteando hombres muertos, apoyándonos entre las piedras, matando y acuchillando, clavando las lanzas en los hombres caídos, partiendo yelmos con las hachas, atravesando carne con nuestras espadas, y los daneses todavía no entendían lo que había pasado. Los hombres de las filas posteriores seguían empujando, arrojando a los hombres de delante contra aquellos obstáculos, al encuentro con nuestras espadas, solo que ya no podía decirse que aquello fueran filas, porque el hocico de cerda ideado por Cnut se había convertido en una chusma aturdida. La confusión y el pánico fueron a más entre ellos, al ver el río teñido de sangre y aquel cielo desolador que devolvía los alaridos de los moribundos, cuyas tripas se iban Tame abajo. Hasta que alguien de uno de los flancos se dio cuenta de que aquel desastre solo conducía a un desastre aún mayor, y que no había necesidad de que más hombres valiosos cayeran bajo las espadas sajonas.

—¡Atrás! —gritó—. ¡Atrás!

Y nos mofamos y nos burlamos de ellos. No fuimos tras ellos porque, por pequeña que fuera, nuestra única protección pasaba por permanecer al oeste de aquellos pedruscos que estaban en el fondo del vado, para entonces atestados de hombres muertos y moribundos, una maraña de cuerpos ensangrentados hundidos bajo el peso de las cotas de malla, que formaban una pequeña barricada en mitad del río. Nos quedamos un rato junto a aquella empalizada rudimentaria, y llamamos cobardes a los daneses, los calificamos de flojos y nos reímos de su poca hombría. Mentíamos, claro está. Eran guerreros y hombres valerosos, pero, condenados a una muerte segura como estábamos, con el agua a la altura de las rodillas y con las

espadas ensangrentadas, saboreamos aquel momento de gloria, y dimos rienda suelta al alivio que sentíamos tras el miedo y la rabia que habíamos soportado.

Lo que quedaba del hocico de cerda, un montón de guerreros que aún nos sobrepasaban en número, regresó a la orilla oriental del río y, una vez allí, formaron un nuevo muro de escudos, un muro de escudos aún más numeroso porque, al existente, se sumaban los recién llegados. Cientos de hombres, millares quizá, y nosotros no éramos sino unos necios que se regocijaban porque habíamos despertado al jabalí que estaba a punto de rajarnos de arriba abajo.

—¡Mi señor! —Era Hrodgeir, el danés, que acababa de llegar de lo alto del promontorio, donde aquellos incendios seguían ardiendo para enviar una vana señal a un cielo desolado—. ¡Mi señor! —gritó, apurado.

—¿Hrodgeir?

—¡Mi señor! —Se dio la vuelta en la silla de montar, señaló con el dedo, más allá del promontorio, en lo alto de la orilla del río, a un segundo muro de escudos. Y lo formaban centenares de hombres que se acercaban a nosotros—. ¡Lo siento, mi señor! —dijo, como si tuviera la culpa de no haber frenado a tiempo aquel segundo ataque.

—¡Uhtred! —resonó una voz desde la otra orilla del río. Allí estaba Cnut, con las piernas separadas y *Carámbano de hielo* en la mano—. ¡Uhtred, gusano de mierda! —gritó—. ¡Venid y pelead!

—¡Mi señor! —volvió a avisarme Hrodgeir, que estaba mirando al oeste; me volví y miré hacia el mismo punto, y vi a unos jinetes que, tras abandonar los bosques, subían al promontorio. Centenares de hombres. De modo que teníamos al enemigo ante nuestros ojos, a nuestras espaldas, y también al norte de nosotros.

—¡Uhtred, gusano de mierda! —gritó de nuevo Cnut—. ¿Os atrevéis a pelear o habéis perdido vuestra bravura? ¡Acercaos y morid, pedazo de mierda, cagajón, pedazo de mierda pringosa! ¡Acercaos a *Carámbano de hielo*, que languidece por vos! Si morís, ¡permitiré que los vuestros sigan con vida! ¿Oís lo que os estoy diciendo?

Di un paso por delante del muro de escudos, y me quedé mirando a mi adversario.

—¿Permitiréis que los míos salgan con vida?

—Incluso vuestra puta podrá irse. ¡Todos podrán irse y saldrán con vida!

—¿Y qué valor tiene la promesa de un hombre que su madre trajo al mundo por el culo? —respondí a voces.

—¿Mi hijo sigue con vida?

—Sin sufrir daño alguno.

—Que se lleven al chico como prenda, ¡y saldrán con vida!

—No lo hagáis, mi señor —me apremió Finan—. Es muy rápido. ¡Permitidme que sea yo quien se enfrente con él!

Las tres Nornas se partían de la risa. Sentadas al pie del árbol, dos sujetaban las hebras; la otra sostenía unas tijeras de podar.

—Permitidme ir a mí, padre —dijo Uhtred.

Pero *wyrd bið ful āræd*. Siempre había sabido que ese momento habría de llegar. *Hálito de serpiente* frente a *Carámbano de hielo*. Sorteé los cadáveres de mis enemigos y me dispuse a enfrentarme con Cnut.

Capítulo XIII

Urðr, Verðandi y Skuld, las Nornas, las tres mujeres que tejen las hebras de nuestras vidas a los pies de Yggdrasil, el imponente fresno que sostiene el mundo. Me las imaginaba en una cueva, en una gruta como aquella donde Erce me había poseído, solo que mucho más espaciosa, casi ilimitada; un vacío aterrador reina en el sitio donde el árbol que sostiene el mundo hunde su tronco. Allí donde las raíces de Yggdrasil se enroscan y retuercen hasta asentarse en la roca primigenia de la creación, allí es donde las tres mujeres tejen el tapiz de nuestras vidas.

Aquel día, retiraron dos hebras del telar. Siempre me había imaginado que la hebra de mi vida sería amarilla, como el sol. No sé por qué, pero eso pensaba yo. La de Cnut tenía que ser blanca, como sus cabellos, como la empuñadura de marfil de *Carámbano de hielo*, como la capa de la que se desprendió cuando echó a andar hacia mí.

De modo que Urðr, Verðandi y Skuld se disponían a decidir nuestro destino. No eran mujeres amables, sino, más bien, monstruosas y malévolas brujas, y Skuld siempre tiene las tijeras a punto. Cuando esas tijeras cortan, provocan lágrimas que van a parar al pozo de Urðr, que se encuentra junto al árbol que sostiene el mundo, y de ese pozo sale el agua que impide que se seque Yggdrasil, porque si Yggdrasil se agosta, el mundo desaparece con él, así que hay que mantener siempre lleno el pozo y, para eso, hacen falta lágrimas. Los hombres lloramos; por eso el mundo sigue su curso.

Las hebras amarilla y blanca. Las tijeras al acecho.

Cnut se acercaba sin prisa. Íbamos a encontrarnos cerca de la orilla oriental del vado, donde el agua era tan escasa que apenas llegaba por los tobillos. *Carámbano de hielo* apuntaba al suelo en la mano derecha, aunque todo el mundo aseguraba que era igual de hábil con una mano que con la otra. No llevaba escudo porque no lo necesitaba. Era rápido, nadie tanto como él, y le bastaba con *Carámbano de hielo* para esquivar cualquier mandoble.

Yo cargaba con *Hálito de serpiente*. En comparación con *Carámbano de hielo* parecía colosal. El doble de pesada, un palmo más larga, y nadie me habría echado en cara que hubiera pensado que aquella larga hoja bastaría para deshacerme de la espada de Cnut; porque, según la leyenda, la hoja había sido forjada en las cavernas de hielo de los dioses, templada en un fuego que ardía más frío que el hielo y que era una espada indestructible, más rápida que la lengua de una serpiente. Pero aún apuntaba al suelo.

Diez pasos nos separaban. Se detuvo y esperó. Mantenía una leve sonrisa en los labios.

Di otro paso adelante. Notaba el agua que corría alrededor de mis botas. Acércate

más, pensé, que no tenga sitio para echar mano de esa espada sañuda. Era lo que estaba esperando que hiciera. Quizá debería haberme quedado donde estaba y que fuera él quien se acercase.

—¡Mi señor! —gritó una voz a mis espaldas.

Cnut enarboló *Carámbano de hielo*, aunque aún no la empuñaba con fuerza. Un resplandor plateado recorría la hoja, que se estremecía con el movimiento. Me miraba a los ojos. Un hombre que empuña una espada con habilidad letal siempre mira a los ojos de su adversario.

—¡Mi señor! —era Finan quien gritaba.

—¡Padre! —me apremió Uhtred, a voces.

Cnut echó un vistazo a mis espaldas y, de repente, reparé en que torcía el gesto. Hasta entonces, parecía despreocupado; en ese momento, le noté asustado. Di un paso atrás y me volví a mirar.

Y lo que vi no eran sino jinetes que llegaban por el oeste, centenares de hombres a caballo que se encaramaban a lo alto del promontorio, donde las chozas seguían ardiendo, enviando su lúgubre señal al cielo. ¿Cuántos eran? No sabría decirlo; doscientos o trescientos quizá. Me volví para observar a Cnut y, por la cara que ponía, me imaginé que los recién llegados no eran de los suyos. Había enviado tropas al otro lado de aquel ramal del río, al norte de donde estábamos; pero los jinetes que acababan de llegar contendrían cualquier ataque por ese flanco. Siempre y cuando fueran sajones, claro.

Me volví de nuevo, y me fijé en cómo desmontaban, mientras unos muchachos se hacían cargo de los caballos y los llevaban a los pies del promontorio, y formaban otro muro de escudos en lo alto de aquel pequeño desnivel, donde las cabañas seguían ardiendo.

—¿Quiénes son? —pregunté a Finan a voces.

—Sabe Dios —contestó.

Y el dios crucificado tenía que saberlo porque, de repente, desplegaron un enorme estandarte que llevaba la cruz cristiana.

No estábamos solos.

Di media vuelta, y a punto estuve de tropezar con un cadáver.

—¡Cobarde! —vociferó Cnut.

—Me dijisteis qué habría de pasar si yo moría —contesté a gritos—. Pero ¿y si sois vos quien perdéis la vida?

—¿Si muero? —la pregunta le dejó descolocado, como si pensara que algo así no podía pasar.

—¿Acaso vuestro ejército se rendirá ante mí? —insistí.

—Acabarán con vos —bramó.

Con la cabeza, señalé al promontorio donde los recién llegados se agrupaban bajo el estandarte de la cruz.

—Vistas las circunstancias, me parece que os va a resultar un poco más difícil.

—Más sajones que matar —repuso Cnut—. Más porquería que limpiar de la faz de la tierra.

—De modo que si vos y yo peleamos —repliqué—, y resultáis vencedor, ¿os dirigiréis al sur y os enfrentaréis con Eduardo?

—Quién sabe.

—Y si resulta que perdéis —insistí—, ¿vuestro ejército se dirigirá al sur?

—Eso no pasará —bramó.

—En tal caso, no me ofrecéis una pelea justa —dije—. Si perdéis, vuestro ejército tiene que rendirse ante mí.

Se echó a reír.

—Sois un necio, Uhtred de Bebbanburg.

—Si da igual que muera o no —contesté—, ¿por qué razón habría de luchar con vos?

—Porque es el destino —replicó—: vos y yo.

—Si morís —insistí—, vuestro ejército se pondrá a mis órdenes. Id y decídselo.

—Les diré que meen sobre vuestro cadáver —contestó.

Pero antes tenía que acabar conmigo y, en aquel momento, me sentía más fuerte. Bajo el estandarte de la cruz, los recién llegados estaban de nuestra parte, no eran enemigos. Los que habíamos visto hacia el oeste debían de ser los ojeadores y, para entonces, y aunque no podía decirse que fueran ejército, allí estaban unos doscientos o trescientos hombres en lo alto del promontorio, suficientes para contener a los daneses que habían cruzado al norte de donde estábamos.

—Si peleamos —le dije a Cnut—, que sea una pelea limpia. Si vos ganáis, mis hombres seguirán con vida. Si resultara ser yo, vuestros hombres se pondrán a mis órdenes.

No dijo nada, así que me di media vuelta y volví junto a los míos. Observé que, preocupados por los recién llegados, los daneses que estaban más al norte frenaban su avance, en tanto que los que estaban al otro lado del vado aún no se habían alineado para formar un muro de escudos. Se habían arremolinado en la orilla para ver la pelea, pero Cnut les estaba ordenando que formasen en hileras. Su intención no era otra que atacar cuanto antes, pero sus hombres aún tardarían un rato en recomponer sus filas y juntar los escudos.

Así que, mientras en esas estaban, regresé junto a los míos. Al galope y a lo loco, el joven Etelstano descendió del promontorio.

—¡Mi señor, mi señor! —gritó; Etelfleda venía con él, pero no les hice caso porque, en ese momento, dos de los jinetes que acababan de llegar bajaban también del promontorio. Uno de ellos era un hombre fornido y con barba, cota de malla y yelmo; el otro era un cura. No llevaba armadura, tan solo una larga sotana negra, y sonrió al llegar a mi lado.

—Pensé que necesitabais que os echaran una mano —dijo.

—Siempre igual —dijo el grandullón—. Lord Uhtred se atranca en un pozo de

mierda y siempre hay que echarle una mano —dijo, dirigiéndome una sonrisa de entendimiento—. Saludos, amigo mío.

Era el padre Pyrlig, y sí, era amigo mío. Antes de hacerse cura había sido un buen guerrero. Galés, estaba orgulloso de su pueblo. La barba se le había vuelto gris, igual que el pelo que le sobresalía del yelmo, pero su rostro se mantenía tan vivaracho como siempre.

—¿Me creeréis si os digo que estoy encantado de veros? —le solté.

—¡Y tanto que sí! Porque este es uno de los pozos de mierda más repugnantes que he visto en mi vida —repuso Pyrlig—. Vengo con doscientos treinta y ocho hombres. ¿Con cuántos cabrones cuenta ese?

—¿Cuatro mil?

—Estupendo —dijo Pyrlig—. Por suerte, somos galeses. ¿Cuatro mil daneses? Eso no es nada para un puñado de galeses.

—¿Son todos galeses? —le pregunté.

—Solicitasteis ayuda —dijo el otro cura— para cercioraros de que la luz del evangelio no se ha extinguido en Britania, así que los paganos sufrirán una severa y completa derrota, y el amor de Cristo se extenderá por estos parajes.

—Lo que trata de deciros —me aclaró Pyrlig— es que sabía que os estabais revolcando en la mierda y vino a verme para pedirme ayuda, y como no tenía nada mejor que hacer...

—Solicitamos a unos buenos cristianos que nos echasen una mano —continuó el otro cura, muy satisfecho—, y aquí están estos hombres.

—Y luego oí la voz de Dios —dijo Pyrlig alzando la suya, y caí en la cuenta de que estaba citando el libro sagrado de los cristianos—, que me decía: «¿A quién enviaré? ¿Quién irá en mi nombre?», y contesté: «Aquí me tenéis, Señor, enviadme a mí». —Guardó silencio, y me dirigió una sonrisa—. Siempre fui un necio, Uhtred.

—Y el rey Eduardo está a punto de llegar —añadió el cura más joven—. Solo tendremos que resistir durante un rato.

—¿Estáis seguro? —le pregunté, sin salir de mi asombro.

—Lo estoy... —guardó silencio, y añadió—: padre.

El más joven de los curas no era otro que el padre Judas, mi hijo. Aquel al que había injuriado y golpeado, el mismo del que había renegado. Me volví para que no pudiera ver las lágrimas que me asomaban a los ojos.

—Ambos ejércitos se encontraron al norte de Lundene —continuó el padre Judas—; pero eso fue hace cosa de una semana. Lord Etelredo procuró que sus tropas se uniesen a las del rey Eduardo, y ambos ejércitos se dirigen al norte.

—¿Que Etelredo abandonó Anglia oriental? —pregunté. Me resultaba difícil asimilar tantas novedades.

—Tan pronto como conseguisteis que Cnut y los suyos se alejasen de la frontera, se dirigió al sur, a Lundene.

—Lundene —acerté a decir, confuso.

—Creo que Eduardo y él se encontraron en algún punto al norte de la ciudad.

Di un respingo. Más daneses acudían al otro lado del río, donde el muro de escudos de Cnut crecía por momentos. Conseguirían envolvernos por los flancos. Eso quería decir que íbamos a ser derrotados. Me volví, y miré al hombre que, antaño, fuera hijo mío.

—Abominasteis de mí por haber acabado con el abad Wihfred —dije.

—Era un hombre santo —se revolvió.

—¡Y un traidor! Un emisario de Cnut, que llevaba a cabo su misión —señalé a los daneses con *Hálito de serpiente*—. ¡Eso era lo único que buscaba Cnut! —El padre Judas se me quedó mirando; me di cuenta de que trataba de saber si lo que decía era verdad o no—. Preguntádselo a Finan —añadí—, o a Rolla. Los dos estaban conmigo cuando sus hijos se refirieron a él como al tío Wihfred. Os hice un gran favor, malditos cristianos, pero no fue agradecimiento por vuestra parte lo que recibí.

—Pero ¿por qué quería Cnut que Eitelredo buscara los huesos del bienaventurado Oswaldo? —se interesó Pyrlig—. Sabía que si daban con ellos, infundiría ánimos renovados a los sajones. ¿Por qué hacerlo, pues?

—Porque ya había triturado y reducido esos huesos a polvo, que esparcieron al aire o arrojaron al mar. Sabían que no había rastro de tales huesos.

—Pero allí estaban —repuso el padre Judas, jubiloso—. Los encontraron. Alabado sea Dios.

—Encontraron un esqueleto que, antes, había descuartizado yo, joven irreflexivo. Preguntádselo a Osferth, si vivís lo suficiente como para volver a verlo. Incluso le corté el brazo que no era. ¡Vuestro venerado Wihfred no era sino un vasallo de Cnut! Y ahora, ¿qué tenéis que decir?

Apartó los ojos de mí, y observó al enemigo.

—Os diría, padre, que más os valdría que os retiraseis al promontorio.

—Insolente bastardo —repuse; pero tenía razón. Los daneses se disponían a avanzar, y su muro de escudos era mucho más ancho que el mío, lo que significaba que nos rodearían y acabarían con nosotros; así que nuestra única esperanza residía en unirnos a los galeses en lo alto de aquel bajo promontorio y que, juntos, hiciésemos frente al enemigo hasta que recibiéramos ayuda—. ¡Finan —grité—, a lo alto del promontorio! ¡Rápido! ¡Ahora mismo!

Pensaba que, al ver que nos retirábamos, Cnut daría la orden de atacar, pero estaba demasiado ocupado reuniendo a los hombres que seguían llegando y sumándolos a las filas del muro de escudos, que contaba ya con más de ocho hileras. Podría haberse abalanzado y cruzado el río mientras nosotros volvíamos a lo alto del promontorio, pero debió de imaginarse que llegaríamos a lo alto del desnivel mucho antes de que pudiese atraparnos, y prefirió utilizar su avasalladora fuerza cuando a él le pareciera bien.

Así que subimos al promontorio, nuestro postrer refugio. No podía decirse que tan siquiera fuera una colina capaz de intimidar al enemigo. No era sino una suave

pendiente fácil de salvar; pero allí estaban aquellas casas en llamas, formidables obstáculos. Siete de ellas seguían ardiendo. Las techumbres se habían venido abajo, de forma que parecían un humeante pozo de fuego, y nuestro muro de escudos cubría las brechas que se abrían entre aquellas resplandecientes hogueras. Los galeses vigilaban el norte, a los hombres que habían cruzado el río, en tanto que los míos defendían el este y el sur, por donde habrían de llegar las nutridas tropas de Cnut; allí juntamos los escudos, mientras observábamos cómo las hordas de Cnut salvaban el vado.

Los galeses entonaban un salmo en honor del dios crucificado. Sus voces resonaban recias, graves y serenas. Habíamos formado un círculo en lo alto del promontorio, un círculo de escudos, armas y fuego. Etelfleda estaba en el centro de aquel círculo, allí donde ondeaban nuestros estandartes, y donde, si no estaba equivocado, aplastarían y destrozarían a los últimos de los nuestros. El padre Judas y otros dos curas recorrían las filas, repartiendo bendiciones entre los hombres. Uno por uno, los cristianos se ponían de rodillas, y los curas les rozaban la cimera del yelmo.

—No perdáis la fe en la resurrección de los muertos —le decía el padre Judas a Sihtric, hasta donde yo pude oír—, ni en la vida perdurable, y que la paz de Dios resplandezca sobre ti.

—En cuanto a Wihfred, ¿decíais la verdad? —me preguntó Pyrlig. Estaba justo detrás de mí, en la segunda fila. Aquel día, por lo visto, se disponía a ser guerrero una vez más. Llevaba un recio escudo, adornado con un dragón que se retorció a los pies de una cruz; en la otra mano, una lanza corta y resistente.

—¿En cuanto a que era un emisario de Cnut? Sí.

Masculló algo para sus adentros.

—Un cabrón inteligente, el tal Cnut. Y vos, ¿cómo estáis?

—Rabioso.

—Como siempre —sonrió—. ¿Contra quién esta vez, si puede saberse?

—Contra todo el mundo.

—Es bueno sentirse así antes de una batalla.

Miré al sur, en busca del ejército del rey Eduardo. Era raro lo apacibles que parecían aquellos parajes: solo suaves colinas y exuberantes pastos, campos de rastrojos y pequeñas arboledas; un cisne volaba al oeste; en lo alto, con las alas extendidas, el halcón seguía describiendo círculos. Era todo tan hermoso y, a la vez, tan desolador. Nada de guerreros.

—¡Señora! —sortee nuestro escualido muro de escudos, abriéndome paso hasta llegar junto a Etelfleda. A su lado, velaba por ella un guerrero alto, provisto de un machete al aire.

—¿Lord Uhtred? —se sorprendió.

—¿Elegisteis al hombre que ha de hacer lo que os comenté?

Vaciló un instante y acabó por asentir.

—Pero Dios nos conducirá a la victoria.

Contemplé a aquel hombre alto con el machete en la mano; se limitó a enseñarme su espada corta para darme a entender que estaba preparado.

—¿Está afilada? —le pregunté.

—Será un golpe profundo y rápido, mi señor —respondió.

—Os amo —le dije a Etelfleda, sin preocuparme de quién pudiera oírme. Me quedé mirando un momento a mi mujer adorada, de recia mandíbula y ojos azules, y al instante corrí a ocupar mi puesto porque, en aquel momento, un estruendoso grito retumbó en el cielo.

Cnut se había puesto en marcha.



Tal y como me había imaginado. Se acercó sin prisa. Tan compacto y nutrido parecía su muro de escudos que la mayoría de aquellos hombres ni siquiera llegarían a pelear; solo se limitarían a ir detrás de las prolongadas filas delanteras que, a paso de tortuga, se dirigían al promontorio. Los daneses golpeaban las espadas contra los escudos al ritmo que marcaban los enormes tambores de guerra que acompañaban el compacto muro de escudos. Aunque no alcancé a entender lo que decían, venían cantando también. Igual que los galeses.

Me abrí paso hasta la primera línea y ocupé el lugar que me correspondía, entre Finan y mi hijo Uhtred. Con el escudo en alto para protegerme de las lanzas y las hachas que nos arrojarían antes del encontronazo de los dos muros de escudos, Pyrlig permanecía a mi espalda.

Insultos fue lo primero que nos lanzaron. Estaban lo bastante cerca como para que pudiéramos verles las caras bajo los yelmos, reparar en sus gestos y oír sus improperios.

—Cobardes —gritaban desafiantes—. ¡Nos serviremos de vuestras mujeres como putas!

Acompañado por dos guerreros altos, espléndidamente ataviados para guerrear, hombres con los brazos cuajados de brazaletes, hombres que habían destacado como matarifes en muchas batallas, Cnut me plantaba cara. Envainé a *Hálito de serpiente* y me hice con *Aguijón de avispa*, mi machete predilecto. Era mucho más corto que *Hálito de serpiente*, pero en las distancias cortas de un muro de escudos un arma larga resulta un estorbo, en tanto que una espada corta puede ser letal. Aunque para el ataque se había provisto de un escudo, un escudo revestido de cuero en el que, con pintura negra, habían embadurnado su divisa del hacha astillada, Cnut empuñaba a *Carámbano de hielo*. Los dos que iban con él portaban espadas de hoja ancha y hachas de guerra de mango largo.

—Lo que harán —dije— es tratar de privarme de mi escudo con las hachas para

que Cnut pueda acabar conmigo. Si lo hacen, aprovechad para liquidar a los dos hombres que empuñan las hachas.

Uhtred no decía nada. Temblaba. Nunca había peleado en un muro de escudos, y quizá nunca volviera a hacerlo, pero trataba de aparentar tranquilidad. Mantenía un gesto muy serio. Y me di cuenta de cómo se sentía. Sabía lo que era tener miedo. Finan musitaba algo en irlandés; me imaginé que estaría rezando. Llevaba una espada corta como la mía.

Los daneses seguían lanzándonos improperios. Que si éramos unas nenazas, que si parecíamos unos chiquillos, que si éramos una mierda. Se detuvieron a menos de veinte pasos de nosotros. Reunían ánimos antes de abalanzarse ladera arriba y dar comienzo a la carnicería. Dos hombres muy jóvenes se adelantaron y empezaron a desafiarnos, pero Cnut, con mal gesto, los hizo volver a las filas. No quería distracciones de ninguna clase. Solo quería acabar con todos nosotros. A aquellas nutridas filas las seguían jinetes. Si desbaratasen nuestro muro de escudos y algunos de nosotros pretendiesen huir al oeste, el único punto donde no había daneses amenazándonos, los perseguirían y darían buena cuenta de ellos. Cnut no solo quería acabar con todos nosotros, quería aniquilarnos, y que sus bardos ensalzaran aquella batalla en la que no había quedado un enemigo con vida mientras la sangre sajona empapaba la tierra. Sus hombres seguían insultándonos; podíamos distinguirles las caras, fijarnos en sus espadas, verlos escudos apretados y cómo volaban las lanzas. Lanzas y hachas que salían de las filas posteriores y, con los escudos bien juntos, nos agachamos mientras se nos venían encima aquellos proyectiles. Una lanza se estrelló con fuerza contra mi escudo, pero no llegó a clavarse. Nuestras lanzas no dejaron de responder, aunque pocas posibilidades tenían de perforar su muro de escudos. Pero, con el escudo inclinado, un hombre con una lanza o un hacha recia estaba en desventaja. Otra punta de lanza vino a estrellarse contra mi escudo y, en ese momento, Cnut gritó:

—¡Adelante!

—¡Dios está con nosotros! —vociferaba el padre Judas.

—¡Juntaos todo lo que podáis! —aullaba Finan.

Y allí estaban. En medio de un estruendo de gritos de guerra, con los rostros desfigurados por el odio, los escudos levantados y las armas dispuestas; y quizá nosotros gritásemos también, con las caras desfiguradas por el odio, asegurándonos de que los escudos seguían bien prietos y las armas preparadas. Atacaron, y doblé una rodilla en el suelo cuando el escudo de Cnut me embistió y se estrelló contra el mío. Lo llevaba bajo, con la esperanza de que inclinase el borde superior del mío y dejase mi cuerpo desprotegido, de forma que los hombres con hachas que venían con él lo engancharan con sus armas y lo arrastrasen al suelo, pero nuestros escudos chocaron en el centro y yo mantenía la posición, mientras el escudo de Pyrlig me resguardaba de las dos hachas que, al unísono, se me vinieron encima.

Di un paso adelante. Adelante y enderezándome. Las hachas se estrellaron contra

el escudo de Pyrlig, que chocó con fuerza contra mi yelmo, pero apenas si sentí el golpe, porque, entre bramidos, me movía deprisa y, en ese momento, mi escudo quedaba por debajo del de Cnut, y levanté el suyo. Los que venían con él trataron de arrancar sus hachas del escudo de Pyrlig, y Finan y Uhtred profirieron un grito mientras los ensartaban, pero lo único que veía era la cara interna de mi escudo cuando lo levantaba; y seguí haciéndolo. *Carámbano de hielo* era demasiado larga como para blandirla en aquel espacio tan angosto, en tanto que *Aguijón de avispa* era más corto y no menos recio y afilado, y cuando aparté mi escudo un poco a la izquierda, llegué a ver la cota de malla resplandeciente y lo hundí en ella.

Empleé todas mis fuerzas en aquella embestida, años de aprendizaje y práctica en el entrechocar de espadas. Cuando se lo clavé, me puse en pie. Había apartado el de Cnut con mi escudo, y se quedó desprotegido. *Carámbano de hielo* se había trabado en el mango de un hacha, mientras yo, con los dientes apretados, empuñaba con fuerza letal el pomo de *Aguijón de avispa*.

Y se lo hundí lo más fuerte que pude.

Sentí cómo el esfuerzo del golpe me subía por el brazo. La hoja corta de *Aguijón de avispa* acertó a Cnut de lleno; noté cómo retrocedía al sentir tan tremenda arremetida, y seguí apretando, tratando de arrancarle las entrañas que se escondían bajo aquella barriga; pero, en ese instante, el hombre que iba a la izquierda de Cnut bajó el escudo, me asestó un golpe y el borde fue a estrellarse contra mi antebrazo, con tanta fuerza que me obligó a retroceder y caí de rodillas, recuperando a *Aguijón de avispa* con aquel movimiento. Vi el hacha levantada, pero así se quedó, mientras el brazo con que lo sujetaba aquel hombre se quedaba sin fuerza. Tenía una lanza en el pecho; se la había lanzado un hombre a mis espaldas, y entonces embestí de nuevo con *Aguijón de avispa*, dirigiéndolo hacia abajo contra el hombre que portaba el hacha y cuya sangre ya le inundaba la cota de malla a la altura del pecho. Cayó al suelo, Uhtred clavó el machete en la cara del moribundo y lo sacó, mientras yo arrastraba mi escudo para protegerme, mirando hacia arriba, por encima del borde del escudo, por si distinguía a Cnut.

Pero no conseguí verlo. Había desaparecido. ¿Lo habría matado? La embestida que le había propinado habría sido capaz de tumbar a un buey, pero no había notado que le perforase la cota de malla ni rasgase piel o músculos. Había sentido la fuerza envenenada con que había dirigido el golpe, una estocada tan fuerte como un trueno de Odín, y sabía que si no muerto, al menos lo habría dejado malherido; el caso es que no pude ver a Cnut por ningún lado, solo llegué a ver a un hombre de barba rubia, con una cadena de plata al cuello, que ocupaba el lugar donde antes estuviera Cnut; un hombre que me gritaba al tiempo que me embestía con el escudo, y los dos nos enzarzamos. Lo intenté con *Aguijón de avispa*, pero no encontré resquicio alguno; a Voces, Pyrlig decía algo sobre Dios, mientras mantenía el escudo en alto. Una lanza me rozó el tobillo izquierdo, y comprendí que era un hombre agazapado que procedía de la segunda fila de los daneses. Embestí con el escudo con todas mis

fuerzas, y el hombre de la barba rubia retrocedió, tropezando con el lancero que gateaba, y se abrió una brecha, y Finan se coló dentro más de prisa que una comadreja que corretea por el campo. Su espada se sació de sangre. Acercó la punta al pescuezo del lancero, sin hundirla, solo lo justo para que, a chorros, brotase una sangre brillante, y retorció la hoja, en tanto que yo, sirviéndome de *Aguijón de avispa*, le propinaba una tremenda puñalada, con tanta fuerza que me dolió el antebrazo, allí donde me había golpeado el borde del escudo, pero el machete había encontrado carne y permití que siguiera su avance; se lo clavé entre las costillas, y mi hijo levantó la espada y le hundió la hoja en la barriga hasta levantarlo, dirigiendo la hoja todavía más arriba.

Tripas y sangre, amasijos brillantes y olor a mierda salieron de la barriga del moribundo antes de desplomarse en el suelo, en tanto los hombres gritaban y los escudos saltaban en añicos, y eso que solo habíamos peleado durante unos minutos. No sabía lo que estaba pasando en aquel bajo promontorio envuelto en humo. No sabía si mis hombres caían muertos, o si el enemigo había abierto una brecha en nuestro muro de escudos porque, cuando se produce el choque de dos muros, uno solo tiene ojos para lo que hay delante de él, o al lado. Sentí un fuerte golpe en el hombro izquierdo, pero no pasó de ahí; no llegué a ver quién me lo había propinado: había retrocedido y mantenía el escudo en alto, tocando el de Finan, a mi izquierda, y el de mi hijo, a mi derecha; y lo único que sabía era que la parte del muro de escudos que defendíamos había resistido, que habíamos obligado a Cnut a abandonar el combate y que los daneses se encontraban con los cadáveres de sus compañeros caídos, que formaban una pequeña barricada delante de nosotros. Esa circunstancia les puso las cosas más difíciles, dejándolos a nuestra merced para acabar con ellos. Pero seguían llegando.

Los galeses habían dejado de cantar, lo que me dio a entender que estaban peleando y, aunque apenas si me daba cuenta del estruendo de la lucha que se desarrollaba a mis espaldas, el retumbar de escudos contra escudos, el entrechocar de espadas, no me atreví a volverla vista atrás, porque un hombre se disponía a dirigir un hacha de mango largo sobre mi cabeza. Di un paso atrás, levanté el escudo para detener el golpe, y Uhtred, pasando por encima del cadáver que yacía a mis pies, ensartó a aquel individuo por la barbilla. Un solo tajo, rápido y hacia arriba, hundiéndole la hoja en la barbilla, traspasándole la boca, la lengua y, más arriba, hasta la nariz, antes de apartarse de la amenaza que representaba la embestida de una espada danesa, mientras aquel hombre temblaba como una hoja mohína, olvidándose del hacha que llevaba en la mano al darse cuenta de que ya no tenía fuerza para empuñarla; empezó a echar sangre por la boca, le caía en hilillos retorcidos por aquella barba que culminaba en unos anodinos aros de hierro. Un grito estremecedor me llegó por la izquierda y, por encima de aquel olor pestilente a sangre, cerveza y mierda, olí a carne quemada: un hombre había acabado cayendo, empujado a una de aquellas casuchas aún en llamas.

—¡Aquí, resistimos! —grité—. ¡Resistimos! ¡Dejad que esos cabrones se nos acerquen! —No quería que mis hombres rompieran filas para ir detrás de un enemigo herido—. ¡Resistid!

Habíamos acabado con la primera fila de nuestros enemigos y fuimos a por la segunda; entonces, los daneses que tenía delante retrocedieron dos o tres pasos. Para atacarnos tenían que salvar los obstáculos que les suponían sus compañeros muertos o moribundos, y parecieron dudar.

—¡Venid a por nosotros! —los desafié—. ¡Acercaos y morid!

Pero ¿dónde andaba Cnut? No podía verlo. ¿Lo habría herido? ¿Se lo habrían llevado para morir al pie de la ladera, donde los enormes tambores marcaban el ritmo de la guerra?

Pero si bien Cnut no estaba, allí andaba Sigurd Thorsson. Sigurd, el amigo de Cnut, con cuyo hijo había acabado yo en su día, pidiendo a gritos a los daneses que le abriesen paso.

—¡Os rajaré la barriga! —me gritó. Con los ojos inyectados en sangre, su recia y sólida cota de malla, su espada provista de una larga hoja que no se detenía ante nada, el cuello revestido de oro y sus brazos de brillante metal, echó a correr en mi busca ladera arriba, pero fue mi hijo quien dio un paso adelante.

—¡Uhtred! —grité, pero no me hizo caso, deteniendo con el escudo la espada de Sigurd, empuñando el machete por delante con la rapidez y la fortaleza propias de un hombre joven. El machete resbaló en el borde de hierro del escudo de Sigurd, y el danés, fortachón, trató de dirigir la espada a la cintura de mi hijo, pero con una embestida carente de fuerza, porque había perdido el equilibrio. Entonces, los dos se alejaron un instante, para estudiarse.

—Acabaré con vuestro cachorro —bramó Sigurd, mirándome— y, a continuación, haré lo mismo con vos. —Hizo una señal a sus hombres para que retrocediesen un paso y le dejaran sitio para pelear y, apuntando a mi hijo con su pesada espada, le dijo—: Adelante, niño, adelante y disponte a morir.

Uhtred se echó a reír.

—Pero si estáis tan gordo como un obispo —le dijo a Sigurd—, tanto como un cerdo bien cebado para Yule. No sois sino un mierda abotargado.

—Menudo cachorro —replicó Sigurd, y dio un paso adelante, con el escudo en alto, blandiendo la espada en su mano derecha; recuerdo que pensé que mi hijo, con tan solo un machete, estaba en clara inferioridad de condiciones, y pensé en lanzarle a *Hálito de serpiente*, cuando salió a su encuentro.

Hincó una rodilla en el suelo, mantuvo el escudo por encima de él, como si fuera una techumbre, y la larga espada de Sigurd resbaló contra el escudo y saltó por los aires; mi hijo se puso en pie, sujetando el machete con firmeza, y todo eso con tanta rapidez y agilidad que, a ojos de cualquiera, estaba cantado que perforaría la cota de malla de Sigurd y hundiría la hoja en aquella prominente barriga. Uhtred se incorporó casi por completo y empujó con todas sus fuerzas la hoja corta, que penetró hasta el

fondo de aquella tripa.

—¡Esto por mi padre! —gritó mientras acababa de incorporarse por completo.

—Buen chico —musitó Finan.

—Y por Dios Padre —continuó Uhtred, llevando el machete más arriba—, y por el Hijo —bramó, con otro empujón, mientras llevaba la hoja hacia arriba—, y por el Espíritu Santo. —Se puso en pie por completo, al tiempo que rasgaba la cota de malla y la carne de Sigurd, desde la entrepierna hasta el pecho, y allí dejó clavado el machete, hundido hasta la empuñadura, en aquel torso ensangrentado, utilizando la mano que le quedaba libre para apoderarse de la espada de Sigurd. Estampó el arma contra el yelmo de su contrario, y el hombretón se fue al suelo, en un revoltijo de tripas que ya se esparcía alrededor de sus botas. En ese momento, un grupo de daneses echó a correr para darle su merecido, pero me adelanté, atrapé a Uhtred y lo devolví al muro de escudos. Colocó su escudo a la altura del mío. Se reía.

—Necio —le dije.

Seguía riéndose cuando los escudos entrechocaron y los daneses tropezaron con los cadáveres o resbalaron con las tripas que había por el suelo, y seguimos adelante con la carnicería. *Aguijón de avispa* perforó otra cota de malla y otras costillas, acabando con la vida de un hombre que me arrojaba un aliento a cerveza agria; luego, las tripas se le soltaron, y solo llegué a oler sus zurullos. Estampé el escudo contra la cara de otro hombre y le hundí *Aguijón de avispa* en la barriga, pero solo le había traspasado un eslabón de la cota de malla cuando, tambaleándose, empezó a retroceder.

—Que Dios se apiade de nosotros —dijo Pyrlig, maravillado—, resistimos.

—¡Dios está con vosotros! —gritaba el padre Judas—. ¡Los paganos están cayendo!

—¡No este pagano! —bramé, y empecé a gritar a los daneses que se acercasen a morir. Los estaba desafiando, les suplicaba que viniesen a por mí.

Había tratado de explicar todo esto a muchas mujeres, pero pocas habían llegado a entenderlo. No era el caso de Gisela, o de Eteflada, pero la mayoría se me quedaba mirando como si les pareciera repugnante que les hablase de la euforia que se siente en una batalla. Es repugnante. Es devastador. Es aterrador. Huele mal. Muerte por doquier. Al final de la batalla, vemos amigos muertos, hombres moribundos, dolor, lágrimas y atroces agonías. Aun así, nos sentimos eufóricos. Los cristianos aseguran que el alma, algo que jamás han visto, olía, conservaba el gusto o sentía tales cosas, pero quizás el alma no sea sino el espíritu de un hombre y, durante la batalla, ese espíritu alza el vuelo por el aire, como un halcón. La batalla lleva a un hombre al borde del desastre, a un atisbo del caos en que acabará el mundo, pero él tiene que resistir en ese caos y en ese borde, y lo inunda la euforia. Sollozamos y nos regocijamos. A veces, cuando cae la noche y los días fríos se acortan, llevamos a casa alguien para que nos ayude a pasar el rato. Cantan, hacen juegos de manos, bailan o hacen malabarismos. He llegado a ver a un hombre que arrojaba cinco espadas

afiladas al aire, todas a la vez, con una habilidad pasmosa, mientras pensaba que, si le caía encima una de ellas, la pesada hoja podía dejarlo malherido, pero se las componía para atraparlas según caían y enviarlas a lo alto de nuevo. Eso es el borde del desastre. Si todo sale bien, uno se siente como un dios, pero, si algo va mal, serán nuestras entrañas las que acaben pisoteadas.

Y aquello nos salió bien. Nos habíamos retirado al promontorio, donde habíamos formado un círculo de escudos, y eso significaba que no podían atacarnos por los flancos y, a pesar de la enorme ventaja que, en número, mantenían nuestros enemigos, eso nos les valía de nada. Les habría servido al final, claro está. Aunque peleásemos como los mismísimos demonios del infierno, los hombres de Cnut habrían acabado con nosotros y nos habrían matado uno a uno, pero no les dimos tiempo para hacerlo. Pelearon, lucharon, empezaron a atacarnos, embistiéndonos con la confianza que les otorgaba su imponente número, y pensé que no saldríamos con vida de allí, hasta que, de repente, aflojó la presión de quienes, sabedores de que iban a morir, sostenían los escudos, empujados por los hombres que venían detrás.

Se produjo una situación desesperada durante un momento. Los daneses cruzaron la línea de la muerte y entrechocaron sus escudos contra los nuestros, en tanto los hombres que venían más atrás empujaban a los hombres que estaban en primera línea, y los daneses que ocupaban las líneas danesas más rezagadas lanzaban otra andanada de lanzas y hachas. Acabé con el hombre que tenía delante: le clave a *Aguijón de avispa* en el pecho y sentí la sangre caliente derramándose sobre mi mano enguantada; vi cómo ponía los ojos en blanco y dejaba caer la cabeza, pero, ensartado en mi machete y apoyándose en el escudo del que venía detrás, no llegó a desplomarse, mientras que quienes llegaban de más atrás no dejaban de empujar, así que aquel hombre muerto me obligó a retroceder, y no pude hacer nada salvo tratar de deshacerme de él con el escudo. Apareció un hacha de mango largo que me amenazaba; Pyrlig trataba de desviarla, lo que quería decir que no podía abalanzarse sobre mí y, paso a paso, no nos quedó otra que retroceder, aunque sabía que eso era lo que iban buscando los daneses: aislarnos en un grupo reducido al que pudieran aniquilar.

Me las compuse para retroceder de forma más rápida y aflojar la presión; el hombre muerto cayó de bruces y, pasando por encima de su espalda, dirigí a *Aguijón de avispa* contra el hombre que empuñaba el hacha. Algo me propinó un golpe en el yelmo, un golpe que me dejó turulato y me privó de visión durante un momento; solo veía tinieblas surcadas por rayos, pero seguí embistiendo con el machete, y lo clavé una y otra vez, y el ataque cobró un ímpetu renovado. Un entrechocar de escudos contra escudos. Un hacha me golpeó en el escudo y me obligó a bajarlo, y una lanza pasó por encima del borde superior y me acertó en el hombro izquierdo, hasta el hueso, y, a pesar del dolor insoportable que me recorría el brazo, alcé de nuevo el escudo, y *Aguijón de avispa* encontró carne y lo retorció. Mi hijo Uhtred había dejado caer su escudo, poco más que unos cuantos tablones astillados que se mantenían

juntos gracias al revestimiento de cuero y, a mandobles, la emprendió con la espada de Sigurd y la dirigió contra los daneses. Finan estaba medio agazapado, acechando con la espada entre los escudos, en tanto que los hombres que venían detrás de nosotros arrojaban lanzas a los barbudos daneses, y ya nadie gritaba. Refunfuñaban, maldecían, gemían, maldecían de nuevo.

Siguieron obligándonos a retroceder. En un abrir y cerrar de ojos, me di cuenta de que nos empujarían hasta más allá de las llamas de las cabañas incendiadas; los daneses verían las brechas que abríamos y, en grupo, se abalanzarían a través de ellas para acabar con nosotros desde el interior. Así era cómo iba a morir, pensé, y empuñé a *Aguijón de avispa* con todas mis fuerzas, porque tenía que llevarlo en la mano en el momento de enfrentarme con la muerte: solo así iría al Valhalla, donde bebería y me lo pasaría en grande en compañía de mis enemigos.

Hasta que, de repente, cesó la enorme presión que ejercían sobre nosotros y, de forma inesperada, los daneses retrocedieron. Siguieron luchando, con todo. Una especie de bestia desatada estrellaba un hacha contra mí, destrozando los tablones y tratando de privarme del escudo con que me resguardaba el brazo herido, hasta que Uhtred dio un paso y se colocó delante de mí, y embistió al hombre propinándole un mandoble por lo bajo; aquel hombre dejó caer su escudo y, con la celeridad con que un martín pescador emprende el vuelo, Uhtred alzó aquella espada que no era la suya y le asestó un tajo en el pescuezo; la barba de color castaño se tiñó de sangre y se tornó roja. Uhtred dio un paso atrás, un danés fue a por él y, como si nada, esquivó la espada y hundió la hoja en el pecho del adversario. El hombre cayó de espaldas, pero no había nadie para mantenerlo derecho. Entonces caí en la cuenta de que los daneses retrocedían.

Eduardo de Wessex había llegado.



A los bardos siempre se les llena la boca con tales carnicerías, aunque pocos he visto en un campo de batalla, y todos aquellos a los que vi se tapaban los ojos con las manos y gimoteaban en la retaguardia, y eso a pesar de que la matanza de Teotanheale había sido digna del más excelso de los suyos. Sin duda, alguna vez habréis oído esos poemas que ensalzan la victoria del rey Eduardo, cómo acabó con nuestros enemigos daneses, cómo sus pies chapoteaban en la sangre de los daneses, y cómo Dios puso en sus manos aquella victoria que será recordada mientras dure el mundo.

No fue así, desde luego. La verdad es que llegó cuando ya casi había concluido, aunque peleó y luchó con bravura. Fue la presencia de Steapa, un amigo mío, lo que de verdad infundió pavor a los daneses. Fue Steapa Snotor, como lo llamaban, o Steapa el Listo, lo que parecía una broma de mal gusto porque, en realidad, no lo era.

Era un hombre obtuso, pero leal y aterrador en la batalla. Había nacido esclavo, pero había llegado a ser el jefe de la guardia personal de Alfredo, y Eduardo había tenido el ojo suficiente de mantenerlo a su servicio. Al frente de un buen número de jinetes, había dirigido un ataque feroz contra las filas enemigas que se mantenían en la retaguardia.

Es cierto que hay hombres que siempre quedan rezagados en la retaguardia: aquellos que no sienten la euforia de la batalla, que se asustan tras un muro de escudos. Algunos, la mayoría quizá, están beodos, porque muchos suelen recurrir a la cerveza o al hidromiel para sacar fuerzas de flaqueza. Esos hombres son lo peor de una tropa, y a ellos fue a los que atacó Steapa al frente de la guardia del rey, y entonces fue cuando dio comienzo la verdadera carnicería y, cuando se inicia, no tarda en cundir el pánico.

Y los daneses dieron la espantada.

Los hombres de las últimas filas danesas no guardaban orden alguno, ni siquiera habían juntado los escudos, creyendo que no tendrían que pelear, y salieron por piernas antes incluso de que Steapa los alcanzara. Echaron a correr en busca de los caballos y fueron cayendo a manos de los jinetes sajones. Otro grupo de sajones comenzó a formar un muro de escudos en el vado, y reparé en que, con los ojos, buscaban a Eduardo por el lado equivocado. También yo había pensado que llegaría por el sur pero, en vez de eso, había seguido las calzadas romanas que partían de Tameworþig, de forma que había aparecido por el este. Enarbolaban el estandarte del dragón de Wessex desplegado y, a su lado, la divisa de Etelredo, la del caballo encabritado, y me eché a reír con ganas, porque había una tercera enseña que ondeaba en lo alto y en el centro del muro de escudos que estaban formando a toda prisa, y que carecía de divisa. En su lugar, habían colgado un esqueleto en lo alto del asta, un esqueleto decapitado, al que le faltaba un brazo. San Oswald se había unido a la lucha de su pueblo, y los huesos se mecían en lo alto, por encima de un ejército de sajones del oeste y tropas de Mercia.

Alguien pretendía infundir pánico a los daneses, que aún no daban por perdida la batalla. Los hombres que ocupaban la retaguardia de aquel muro de escudos huían en desbandada para caer a manos de los despiadados jinetes a las órdenes de Steapa. Centenares de ellos, sin embargo, emprendieron la huida hacia el este, hacia aquel ramal del río que era como un foso, donde, a voces, un hombre les ordenaba que formasen un nuevo muro de escudos. Y eso hicieron; y recuerdo haber pensado que eran unos magníficos guerreros. El ataque los había sorprendido y aterrado, pero conservaban el espíritu de disciplina adecuado como para darse media Vuelta y formar. El hombre que les daba órdenes iba a caballo.

—Es Cnut —dijo Finan.

—Pensé que ese cabrón había muerto.

No hubimos de pelear mucho rato. Los daneses habían huido, y nosotros seguíamos en el promontorio, rodeados de cuerpos ensangrentados, un círculo de

cuerpos; algunos con vida todavía.

—Es Cnut —insistió Finan.

Y así era. Lo distinguí en aquel momento, una silueta revestida de blanco, rodeada por filas de hombres con cotas de malla de color gris. Había encontrado un caballo y lo montaba bajo su estandarte sin dejar de volver la vista atrás para observar a los sajones del oeste que salvaban el vado. Estaba decidido a conservar a toda costa la mayor parte de su ejército con la esperanza de dirigirse al norte. Las tropas de Eduardo y Etelredo impedían cualquier intento de escapada hacia el sur, y los jinetes de Steapa avanzaban por el oeste; pero, allí, más al norte, se mantenían aquellos daneses que, si bien no habían conseguido desbaratar el muro de escudos de los galeses, habían mantenido la disciplina y se habían retirado al pie de la colina. Al frente de lo que quedaba de su ejército, Cnut se dirigió hacia donde estaban por una franja de prados que se extendía entre el río y el promontorio. Había perdido casi todos sus caballos y, quizá, la cuarta parte de sus hombres estaban muertos, heridos o tratando de salir de allí, pero conservaba aún un ejército formidable, y pensó en dirigirse al norte hasta dar con un sitio donde pudiera hacernos frente.

Los hombres de Eduardo todavía estaban formando el muro de escudos, y de poco habrían de servir los hombres de Steapa contra el nuevo muro de escudos que Cnut tenía en la cabeza. Los caballos podían atrapar a los hombres que huían, pero no hay caballo que se atreva a abalanzarse contra un muro de escudos, lo que significaba que, al menos de momento, Cnut estaba a salvo. A salvo y alejándose de aquel lugar, y solo se me ocurrió una forma de pararle los pies.

Me hice con el caballo de Etelstano y, a la fuerza, obligué al muchacho a echar el pie a tierra. A gritos, se hartó de protestar, pero lo dejé en el suelo, coloqué un pie en el estribo y monté. Tomé las riendas y espoleé el caballo hacia el río. Los galeses que ocupaban el este del promontorio me abrieron paso, y galopé hacia una nube de humo acre que procedía de un incendio a punto de extinguirse; me orienté hacia donde se alzaba la cima de la colina y, promontorio abajo, galopé al encuentro de los daneses.

—¿Os disponéis a emprender la huida, cobarde? —espeté a voces a Cnut—. ¿Ya no tenéis agallas para pelear, babosa de mierda?

Se detuvo y se volvió a mirarme. Sus hombres hicieron lo mismo. Uno de ellos me arrojó una lanza, pero se quedó corto.

—¿Pensabais huir? —me burlé de él—. ¿Abandonar a vuestro hijo? Lo venderé como esclavo, Cnut Turdson. Se lo venderé a uno de esos francos rollizos que tanto gustan de los jovencitos. Pagan bien por carne fresca.

Y Cnut mordió el anzuelo. Espoleó su montura, abandonó las filas y vino hacia donde yo estaba. Se detuvo a una veintena de pasos, sacó los pies de los estribos y echó el pie a tierra.

—Solo vos y yo —dijo, mientras desenvainaba a *Carámbano de hielo*. No llevaba escudo—. Cosas del destino, Uhtred —dijo casi afablemente, como si estuviéramos hablando del tiempo—. Es un capricho de los dioses: quieren veros a vos y a mí.

Quieren saber quién es el mejor de los dos.

—No os queda mucho tiempo —repliqué. El muro de escudos de los hombres de Eduardo ya estaba casi formado, y llegué a oír las voces de sus capitanes para cerciorarse de que mantenían las filas bien prietas.

—No me hace falta tiempo para poner fin a vuestra miserable vida —repuso—. Bajad del caballo y pelead.

Desmonté. Recuerdo haber pensado en lo extraño que me parecía que, al otro lado del río, hubiera dos mujeres recogiendo algo en un campo de rastrojos, inclinadas en busca de preciosos granos y, a primera vista, poco interesadas en los ejércitos que había al otro lado de aquel ramal del río. Todavía conservaba el escudo, pero el hombro y el brazo me dolían. El dolor era como un fuego abrasador que me quemaba los músculos y, cuando intenté empuñar el escudo, sentí una puñalada que me obligó a cejar en el intento.

Cnut inició el ataque. Se abalanzó sobre mí blandiendo *Carámbano de hielo* con la mano derecha y alzándola sobre la parte izquierda de mi cabeza y, a pesar del dolor que sentía, levanté el escudo y, sin llegar a saber cómo, vi que su espada venía en busca de mi lado derecho, y recuerdo que me quedé asombrado al observar la velocidad certera de aquel envite, pero *Hálito de serpiente* fue capaz de esquivar el golpe. Traté de levantarla para devolverle la embestida, pero la hoja de la espada de Cnut ya trataba de rebanarme el pescuezo, y hube de retroceder. Oí cómo se estrellaba y me arañaba el yelmo y, aprovechando que pesaba más, dirigí el escudo contra él, que se apartó y atacó de nuevo, de forma que *Carámbano de hielo* me perforó la cota de malla en busca de mi barriga. Volví a encararme rápidamente a él y me di cuenta de cuál había sido el resultado de aquella embestida al notar la sangre caliente que me corría por la piel, pero, por fin, conseguí acertarle con *Hálito de serpiente*, una estocada rasa que iba en busca del hombro. Dio un paso atrás, aunque volvió de nuevo a la carga en cuanto vio lo cerca que le había pasado la hoja; atrapé a *Carámbano de hielo* con el borde inferior de mi escudo y blandí a *Hálito de serpiente* hacia atrás para acertarle en el yelmo. La hoja descargó con fuerza contra uno de los lados de su yelmo, pero se apartó con rapidez y la embestida perdió casi todo el impulso que llevaba. Aun así, lo acusó y vi cómo le rechinaban los dientes, pero consiguió liberar a *Carámbano de hielo* de mi escudo y me la clavó en el pie izquierdo; sentí un latigazo de dolor cuando lo embestí con la empuñadura de *Hálito de serpiente* para obligarlo a retroceder. Se apartó y fui tras él con mi espada en alto, pero mi maltrecho pie resbaló en una bosta de vaca y me fui al suelo, apoyándome en la rodilla derecha, y Cnut, sangrando por la nariz, dirigió la espada contra mí.

Era rápido. Tanto como el rayo, y la única forma de detenerlo era acercándome a él y acosándolo, así que, de rodillas, me arrastré hacia delante, utilizando el escudo para detener sus envites y tratar de estampárselo en la cara. Yo era más alto y pesaba más que él; traté de sacar provecho de mi altura y de mi peso para intimidarlo, pero se dio cuenta de lo que intentaba. Me dirigió una sonrisa feroz, a través de la sangre

que le corría por la cara, y enarboló a *Carámbano de hielo* y la descargó sobre mi yelmo; en ese instante dio un salto atrás, con una sombra de duda, pero tal vacilación no fue más que un ardid porque, en cuanto di un paso hacia él, su pálida hoja me apuntó a la cara, y tuve que echarme a un lado antes de que la descargase sobre mi yelmo de nuevo. Se echó a reír.

—No sois lo bastante bueno, Uhtred.

Respirando con fatiga, hice un alto y lo miré, pero se dio cuenta de que ese era mi ardid. Esbozó una sonrisa y dejó caer a *Carámbano de hielo*, como si me invitase a ir a por él.

—Es asombroso —dijo—, pero me caéis bien.

—A mí me pasa lo mismo —contesté—. Pensaba que acabaría con vos en lo alto del promontorio.

Utilizó la mano que le quedaba libre y se la llevó al grueso broche que cerraba el tahalí del que colgaba la espada.

—Siempre renegasteis de mí y pusisteis tierra de por medio —dijo—. Y aquello me dolió, y tanto que sí. Me quedé sin respiración y mis hombres tuvieron que sacarme a rastras.

Levanté a *Hálito de serpiente*, y enarboló de nuevo a *Carámbano de hielo*.

—La próxima vez os acertaré en el pescuezo —dije.

—Sois más rápido que la mayoría, pero no lo suficiente —replicó.

A los pies de la colina, sus hombres observaban el combate, en tanto que los míos y los galeses que habían acudido en nuestra ayuda nos miraban desde lo alto del promontorio. Hasta el muro de escudos de Eduardo había hecho un alto y contemplaba el espectáculo.

—Si ven cómo morís —dijo Cnut, dirigiendo la punta de su espada hacia el ejército de sajones del oeste y hombres de Mercia—, perderán el coraje. Por eso tengo que mataros, pero será rápido —me soltó, dirigiéndome una sonrisa feroz. Aparte de la que le salía por la nariz, tenía sangre en su rubio bigote—. No sufriréis demasiado, os lo prometo, así que apretad la espada con fuerza, amigo mío, y nos veremos en el Valhalla —gritó, al tiempo que avanzaba medio paso hacia mí—. ¿Estáis preparado?

Miré a mi derecha, allí donde los hombres de Eduardo habían cruzado el vado.

—Se ponen en marcha de nuevo —comenté.

Dirigió la vista al sur, y di un salto. Me abalancé sobre él. Durante una fracción de segundo se quedó mirando a los sajones del oeste, obligados a ponerse en marcha, pero se volvió al instante, y *Carámbano de hielo* me apuntó a la cara, y sentí un rasguño en el pómulos y cómo se introducía entre mi cráneo y el yelmo y, sin saber por qué, aullé como un loco, un grito de guerra, y le estampé el escudo en la cara, con tanta fuerza como para que se fuera al suelo. Se retorció como una anguila, dirigió hacia atrás el brazo con el que empuñaba la espada y la hoja me cortó en la mejilla, pero el escudo le dio de lleno con todo mi peso en el brazo derecho, aunque todavía

intentó esquivar el golpe. Desde atrás, dirigí a *Hálito de serpiente* contra él, pero la esquivó y embistió contra el aire, de forma que yo estaba con los brazos abiertos, con el escudo en mi izquierda y *Hálito de serpiente* en la derecha, y vi cómo cambiaba la suya de mano, de forma que sostenía a *Carámbano de hielo* con la izquierda y cómo embestía contra mí como la cuchillada de un rayo. La hoja me astilló una costilla, me atravesó la cota de malla y el revestimiento de cuero, y ya estaba cantando victoria cuando apreté a *Hálito de serpiente* y le asesté una última estocada, a la desesperada; lo dejó atontado y retrocedió cayendo al suelo, mientras yo me abalanzaba sobre él, a pesar del tremendo dolor que me sobrecogía el pecho, con *Carámbano de hielo* clavada, mientras *Hálito de serpiente* se hundía en su pescuezo y se lo rebanaba, rasgaba carne y músculo, y su sangre me daba en la cara, y mi grito de guerra se convirtió en un aullido de dolor, los dos rodando por el prado.

Después, no recuerdo nada.



—No os mováis —dijo una voz, antes de repetir más alto—: ¡Guardad silencio!

Había un fuego encendido. Me dio la sensación de que había demasiada gente en aquella pequeña estancia. Olía a sangre, a pan recién hecho, a humo de madera y a tablones podridos surcados por pisadas presurosas.

—No morirá —dijo otra voz, más alejada.

—¿La lanza le fracturó el cráneo?

—He recolocado el hueso, ahora solo nos queda rezar.

—Pero no estaba herido en la cabeza —dije—, sino en el pecho. Me hundió la espada en el pecho. Aquí abajo, en el costado izquierdo.

Nadie me hizo caso. Me preguntaba por qué no veía nada. Volví la cabeza, y atisé un destello a través de las tinieblas en que estaban sumidos mis ojos.

—Lord Uhtred se ha movido. —Era la voz de Etefleda, y me di cuenta de que su mano pequeña me sostenía la mano izquierda.

—Fue en el pecho —insistí—, decidles que fue en el pecho, no en mi cráneo.

—El cráneo sanará —dijo un hombre, el mismo que había hablado de recolocar el hueso.

—Fue en el pecho, necio —repetí.

—Creo que trata de hablar —dijo Etefleda.

Llevaba algo en la mano derecha. Apreté los dedos y palpé la aspereza conocida de un revestimiento de piel. *Hálito de serpiente*. Un hondo alivio recorrió todo mi ser, porque fuere lo que fuere lo que había pasado, no la había soltado, y aquella mano apretada me habría conducido al Valhalla.

—Valhalla —acerté a decir.

—Creo que se está quejando —dijo un hombre que estaba cerca.

—Nunca llegará a saber que acabó con Cnut —dijo otro.

—¡Claro que sí! —añadió Eteflada, muy confiada.

—Señora...

—¡Claro que sí! —insistió, mientras sus dedos se cerraban sobre los míos.

—Lo sé —dije—. Le rebané el pescuezo. Claro que lo sé.

—Creo que se está quejando —repitió la voz de aquel hombre que andaba muy cerca de mí. Me enjugaron los labios con una tela áspera; luego, sentí un soplo de aire fresco y el alboroto de gente que entraba en la estancia. Media docena de personas se pusieron a hablar a un tiempo; alguien que estaba junto a mi cabeza me pasó una mano por la frente.

—No ha muerto, Finan —dijo Eteflada, con voz queda.

Finan no dijo nada.

—Lo maté —le dije a Finan—. Pero era rápido. Incluso más rápido que vos.

—¡Por Jesús bendito! —dijo Finan—. No puedo imaginarme una vida sin él —parecía destrozado.

—No estoy muerto, cabrón irlandés —dije—. A vos y a mí nos quedan muchas batallas que librar.

—¿Está hablando? —preguntó Finan.

—Solo se queja —respondió la voz de un hombre, y me di cuenta de que más gente había entrado en la estancia. Finan apartó la mano, y otra ocupó su lugar.

—¡Padre!

—Era Uhtred.

—Perdonadme si fui cruel con vos —dije—, pero sois muy bueno. ¡Acabasteis con Sigurd! Los hombres os lo reconocerán.

—¡Por Dios bendito! —dijo Uhtred, y retiró la mano—. ¡Mi señor! —exclamó.

—¿Cómo está? —la voz del rey Eduardo de Wessex resonó, y oí el estruendo de hombres que se postraban de rodillas.

—No durará mucho —dijo la voz de un hombre.

—¿Y lord Etefredo?

—La herida fue grave, pero saldrá adelante.

—¡Alabado sea Dios! ¿Qué pasó?

Se produjo un silencio, como si nadie quisiera responder.

—Que no me estoy muriendo —insistí, pero nadie me oyó.

—Al acabar la batalla, un grupo de daneses cargó contra lord Etefredo, mi señor —dijo alguien—. La mayoría se rendían. Esos fueron quienes intentaron acabar con él.

—No observo herida alguna —dijo el rey.

—En la parte de atrás del cráneo, mi señor. El yelmo se llevó la mayor parte, pero la punta de la lanza lo atravesó.

La parte de atrás del cráneo, pensé, sería en la parte posterior del cráneo. Y me eché a reír. Pero me dolió y dejé de hacerlo.

—¿Se muere? —se interesó una voz cercana.

Los dedos de Etefleda se estrecharon sobre los míos.

—Tan solo se ahoga —dijo.

—Hermana —volvió a la carga el rey.

—No digáis nada, Eduardo —respondió altiva.

—Deberíais estar con vuestro marido —insistió Eduardo.

—Vos, pedo flojo —le dije.

—Estoy donde quiero estar —dijo Etefleda, en un tono que conocía muy bien. Nadie podía discutir con ella en aquel momento y nadie lo intentó, aunque alguien musitó algo en cuanto a su indecoroso comportamiento.

—Son unos mierdas rancios —le dije, y noté cómo me ponía la mano en la frente. Hubo un silencio, y solo se oyó el crujido de los leños que ardían en el hogar.

—¿Ha recibido la extremaunción? —preguntó el rey al cabo de un momento.

—No la necesita —dijo Finan.

—Deberíamos hacerlo —insistió Eduardo—. ¿Padre Uhtred?

—Que no se llama así —rezongué—. Ahora es el padre Judas. ¡Ese cabrón tendría que haber sido guerrero!

Para mi asombro, el padre Judas estaba llorando. Le temblaban las manos cuando me tocó y empezó a rezar mientras me administraba los últimos sacramentos. Cuando hubo concluido, levantó los dedos de mis labios.

—Era un padre muy cariñoso —dijo.

—¡Por supuesto que no! —repuse.

—Un hombre complicado —dijo Eduardo, aunque con cariño.

—No lo era —repuso Etefleda, altiva—, pero solo se sentía feliz cuando peleaba. Y todos vosotros le teníais miedo, pero lo cierto es que era un hombre generoso, amable y testarudo. —Sollozaba quedamente.

—Basta ya, mujer —dije—. Sabéis que no puedo soportar a una mujer llorando.

—Mañana nos dirigiremos al sur —anunció el rey—, y daremos gracias por esta gran victoria.

—Una victoria que le debéis a lord Uhtred —dijo Etefleda.

—Que él nos la dio y que Dios permitió que recibiéramos de sus manos. Levantaremos fortines en Mercia. Nos queda mucha obra en nombre de Dios por delante.

—Mi padre querría que lo enterrasen en Bebbanburg —dijo el padre Judas.

—¡Quiero que me entierren al lado de Gisela! —dije—. ¡Pero aún no me estoy muriendo!

No veía nada, ni siquiera el resplandor del fuego. O, más bien, solo veía una inmensa bóveda que parecía oscura y luminosa a un tiempo, una bóveda que proyectaba unas extrañas luces, y allí, en los lugares más recónditos de aquellas tinieblas iluminadas, sobresalían unas siluetas, y pensé que Gisela era una de ellas, y apreté a *Hálito de serpiente* mientras el dolor me traspasaba de nuevo, de modo que

arqueé la espalda y el dolor se volvió más intenso. Etefleda sollozó y me apretó la mano, y alguien puso otra mano sobre el puño con que sostenía a *Hálito de serpiente*, sujetándola con fuerza.

—Se muere —dijo Etefleda.

—Que Dios se apiade de su alma. —Finan era quien me apretaba la mano alrededor de la empuñadura de *Hálito de serpiente*.

—¡Que no! —dije—. ¡Que no me muero!

La mujer de la gruta se había quedado sola en aquel momento, y sí, era Gisela, mi amada Gisela, que me sonreía y me tendía las manos, y hablaba, aunque no podía oír lo que decía.

—¡Callaos todos! —ordené—. Quiero oír a Gisela.

—En cualquier momento —musitó una voz.

Una larga pausa. Una mano me tocó la cara.

—Aún sigue con vida. ¡Alabado sea Dios! —dijo el padre Judas, no muy seguro.

Hubo otro silencio. Un largo silencio. Gisela había desaparecido, y solo veía un vacío neblinoso. Me di cuenta de la gente que había alrededor de la cama. Un caballo relinchó y, en el exterior, una lechuza ululó.

—*Wýrd bið ful ãræd* —dije, y nadie respondió; así que repetí—: *Wýrd bið ful ãræd*.

Nota histórica

«Año del Señor de 910. Año en el que Frithestan se hizo cargo de la diócesis de Wintanceaster y en que el rey Eduardo envió un ejército de tropas de Wessex y Mercia, que hostigó sin piedad al ejército de los hombres del norte, atacando a hombres y propiedades sin distinción. Acabaron con gran número de daneses, y permanecieron en aquellas tierras durante cinco semanas. Aquel mismo año, anglos y daneses se enfrentaron en Teotanheale, y los anglos se alzaron con la victoria».



Así rezaba una de las entradas de la Crónica anglosajona del año 910. En otra, se registraba el fallecimiento prematuro de Etelredo; algunos historiadores piensan que resultó tan gravemente herido en Teotanheale que aquellas heridas lo llevaron a la muerte en 911.

Teotanheale es, en la actualidad, Tettenhall, una agradable barriada a las afueras de Wolverhampton, en las West Midlands. Los lectores que conozcan bien la zona podrían hacer oír sus quejas en cuanto a que el río Tame no pasa cerca de Tettenhall, pero disponemos de testimonios que afirman que así era en el siglo X de nuestra era, mucho antes de que se levantara un dique para contenerlo, canalizarlo y desviarlo por el curso que sigue en la actualidad.

Sabemos que en el año 910, Tettenhall fue escenario de la batalla que libró un ejército conjunto de tropas de Wessex y Mercia, que derrotó por completo a las hordas danesas dedicadas al pillaje. Perdieron la vida los dos principales caudillos daneses. Eowils y Healfdan se llamaban. En lugar de introducir dos nombres ajenos a nuestro relato para, al poco, dar buena cuenta de ellos, he preferido recurrir a los de Cnut y Sigurd, que aparecen en algunas de las novelas anteriores sobre las aventuras de Uhtred. Sabemos muy poco, en realidad casi nada, de lo que allí ocurrió. Solo que hubo una batalla que perdieron los daneses, pero por qué o cómo sigue siendo un misterio. La batalla, pues, no es una invención mía, aunque la versión que aquí se ofrece sea pura ficción.

Dudo que los daneses fueran el motivo que desencadenase la búsqueda de los restos de san Oswaldo, aunque tales hechos coincidieran con el envío, por orden de Etelredo de Mercia, de una expedición al sur de Northumbria para tratar de recuperar la osamenta del santo. Oswaldo era natural de Northumbria, y hay quien sostiene que Etelredo aspiraba a contar con el apoyo de los sajones que, bajo el yugo de los daneses, vivían en aquella parte del país. Los huesos aparecieron, por fin, y los trasladaron a Mercia, donde se procedió a darles sepultura en Gloucester: todo el

esqueleto menos el cráneo, que continuó en Durham (en Europa, hay otros cuatro templos que aseguran que allí se guarda, aunque lo más probable es que sea la que se conserva en Durham); uno de los brazos se conservaba en Bamburgh (Bebbanburg), aunque, siglos más tarde, lo sustrajeron los monjes de Peterborough.

La primera cita en latín que se menciona en el capítulo once, «*moribus et forma conciliandus amor*», que aparece grabada en el cuenco romano que Uhtred reduce a pedazos de plata, es de Ovidio: «un aspecto agradable y modales amables ayudan al amor». La segunda de las citas, visible en el puente de Tameworþig, reproduce la que aparece en el soberbio puente romano de Alcántara, en España: «*pontem perpetui mansurum in saecula*», que significa: «He construido un puente que durará hasta el fin de los tiempos». Los sajones vivían a la sombra de lo que fuera la Britania romana; rodeados de sus imponentes monumentos en ruinas, utilizaban sus calzadas y, sin duda, se preguntaban cómo era posible que tanto esplendor hubiera caído en el olvido.

Hace mucho que nadie se refiere a la batalla de Tettenhall. Fue, sin embargo, un acontecimiento de importancia en el lento proceso que desembocó en la formación de Inglaterra. En el siglo IX, todo llevaba a pensar que la cultura sajona estaba condenada a desaparecer, que los daneses ocuparían el sur de Britania, de forma que no habría existido Inglaterra, sino un país que sería conocido como tierra de los daneses. Pero Alfredo de Wessex supo refrenar el avance de los daneses, contenerlos y delimitar su territorio. El arma fundamental de la que se sirvió no fue otra que los fortines, ciudadelas fortificadas donde se refugiaba la población para mayor desesperación de los daneses, que no gustaban de asedios. Wessex se convirtió así en el trampolín de las campañas que acabarían por recuperar el norte y crear un territorio unificado de las tribus angloparlantes: Inglaterra. En el año del Señor de 899, fecha del fallecimiento de Alfredo, todo el norte, todo menos la inexpugnable fortaleza de Bebbanburg, estaba en manos de los daneses, en tanto que la parte central del territorio se la repartían daneses y sajones. Poco a poco, sin embargo, de forma inexorable, los ejércitos sajones avanzaron hacia el norte, un proceso que, en 910, aún estaba lejos de concluir. Pero, tras la decisiva victoria alcanzada en Tettenhall, los sajones del oeste expulsaron a los daneses de los Midlands. Los nuevos fortines que levantaron en los territorios conquistados consolidaron su avance. Con todo, los daneses aún estaban lejos de ser derrotados. Llevaron a cabo nuevas invasiones, y aún era grande el poder que conservaban en el norte, pero, desde entonces, se mantuvieron casi siempre a la defensiva. Eduardo, el hijo de Alfredo, y Etelfleda, hija del mismo rey, fueron las fuerzas impulsoras, aunque ninguno de los dos viviría lo bastante para ver con sus propios ojos la victoria final, que desembocaría, por fin, en un país llamado Inglaterra. Esa victoria la conseguiría Etelstano, hijo de Alfredo, y Uhtred será testigo de tales hechos.

Pero ese es otro cantar.

Notas

[1] Inglaterra en nuestra edición española. <<